



# requiem

IMAGINA UN MUNDO SIN SENTIMIENTOS

Tercera parte de la saga DELIRIUM

LAUREN OLIVER 



Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

**<http://LeLibros.org/>**

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Hace una vida desde que Hana y Lena soñaban con escapar, con volar. Ahora Lena sueña con sobrevivir, con seguir luchando, con volver a amar como al principio. Hana solo desea dejar de soñar, casarse con quien han elegido para ella, olvidarlo todo.

Han tratado de acabar con nosotros. Pero todavía estamos aquí. Y cada día somos más. Quizá tengan razón y nuestros sentimientos nos vuelven locos. Tal vez el amor es una enfermedad de la que tendríamos que curarnos. Sin embargo, hemos elegido un camino diferente. Y al final, esa es la mejor cura: ser libres para elegir. Ser libres para elegir... aunque sea equivocadamente.

**L≡LIBROS**

Lauren Oliver

**Requiem**

**Trilogía Delirium - 3**

Para Michael,  
que derribó los muros

A los residentes de Portland, Maine, y sus alrededores:  
*Por favor, perdonen las libertades que me he tomado  
con la geografía de su bella ciudad.*

He vuelto a soñar con Portland.

Desde que Álex volvió, resucitado pero también distinto, atormentado como uno de esos fantasmas de las historias que contábamos de niños, el pasado ha ido regresando a mí. Se cuela entre las grietas cuando estoy desprevenida y tira de mí con dedos codiciosos.

Me advirtieron de esto durante todos aquellos años: este pesado lastre en el pecho, los fragmentos de pesadillas que me persiguen hasta cuando estoy despierta.

*Ya te lo advertí*, dice Tía Carol en mi mente.

*Ya te lo dijimos*, dice mi hermana Rachel.

*Deberías haberte quedado*. Esa es Hana, que llega atravesando el tiempo, por entre las capas espesas y turbias de la memoria, tendiéndome una mano mientras me hundo.

Unos veintitantos subimos hacia el norte desde Nueva York Raven, Tack, Julián y yo, y también Dani, Gordo y Pike, más otros quince o así que se contentan con estar callados y obedecer instrucciones.

Y Álex. Pero no mi Álex: un extraño que no sonríe nunca, que no ríe, que apenas habla.

Los otros, los que usaban la nave de las afueras de White Plains como hogar, se dispersaron y se marcharon hacia el sur o el oeste. Seguro que ahora ese refugio ha sido dismantelado y abandonado por completo. Ya no es seguro tras el rescate de Julián. Julián Fineman es un símbolo, un símbolo importante. Los zombis irán por él. Querrán vaciar ese símbolo de significado e imponer un castigo ejemplar, para que otros aprendan la lección.

Ahora tenemos que tener más cuidado que nunca.

Hunter, Bram, Lu y algunos de los otros del viejo hogar de Rochester nos esperan al sur de Poughkeepsie. Nos lleva casi tres días recorrer esa distancia, nos vemos obligados a rodear varias ciudades válidas.

Luego, de repente, llegamos. Los bosques simplemente se detienen al borde de una enorme extensión de cemento agrietada y marcada, aún débilmente, por las fantasmales líneas blancas de las plazas de aparcamiento. Todavía quedan coches oxidados a los que les faltan partes, neumáticos y trozos de metal. Parecen pequeños y un poco ridículos, como juguetes viejos abandonados por un niño.

El aparcamiento se extiende en todas direcciones como un agua gris, hasta terminar por fin junto a una amplia estructura de acero y cristal, un antiguo centro comercial. Un letrero en letra redondeada, manchado de caca de pájaro, dice: *Centro Comercial Empire State Plaza*.

El reencuentro es alegre. Tack, Raven y yo echamos a correr. Bram y Hunter también corren, y nos chocamos con ellos en mitad del cemento. Me lanzo sobre Hunter riendo, y él me abraza y me levanta. Todo el mundo habla y grita a la vez.

Por fin Hunter me deja en el suelo, pero le sigo agarrando del brazo, como si pudiera desaparecer. Alargo el otro brazo y toco a Bram, que estrecha la mano de Tack y, sin saber cómo, acabamos todos en una piña, saltando y gritando, con nuestros cuerpos entrelazados, en mitad de la luz brillante.

—Bueno, bueno —nos separamos y, al volvernos, vemos a Lu, que camina hacia nosotros con las cejas arqueadas. Se ha dejado crecer el pelo, y lo lleva hacia delante—. ¿A quién tenemos aquí?

Es la primera vez en mucho tiempo que me siento alegre de verdad.

En los pocos meses que hemos estado separados, Hunter y Bram han cambiado. Este último está, contra todo pronóstico, más corpulento. Hunter tiene nuevas arrugas en los ojos, aunque su sonrisa sigue siendo la de siempre.

—¿Cómo está Sara? —pregunto—. ¿Ha venido?

—Se ha quedado en Maryland —explica Hunter—. En el hogar viven treinta personas y así no tendrá que moverse. La Resistencia está intentando avisar a su hermana.

—¿Y qué ha sido de Grandpa y los demás?

Estoy sin aliento y siento una presión en el pecho, como si me estuvieran aplastando.

Bram y Hunter intercambian una breve mirada.

—Grandpa no lo consiguió —responde Hunter tersamente—. Le enterramos a las afueras de Baltimore.

Raven aparta la mirada, escupe en el suelo.

Bram añade rápidamente:

—Los demás están bien —alarga la mano y me toca con el dedo la cicatriz de la operación, la que me ayudó a imitar para iniciarme en la Resistencia—. Tiene buen aspecto —dice con un guiño.

Decidimos acampar para pasar la noche. Hay agua limpia cerca del viejo



centro comercial, y de lo que queda de las casas y los bloques de oficinas hemos sacado algunas cosas útiles: unas pocas latas de comida que seguían enterradas entre los escombros, herramientas oxidadas, hasta un rifle que encontró Hunter, aún apoyado sobre un par de pezuñas de ciervo vueltas hacia arriba, bajo un montón de yeso que se había derrumbado. Otra persona de nuestro grupo, Henley, una mujer baja y tranquila con una larga trenza de pelo gris, tiene fiebre. Así tendrá tiempo de reposar.

Cuando termina el día, comienza una discusión sobre adonde ir.

—Podríamos dividirnos —dice Raven. Está agachada junto a un hoyo que ha cavado para hacer lumbre, atizando las primeras ascuas con un palo chamuscado.

—Cuanto más seamos, más seguros estaremos —replica Tack. Se ha quitado el forro polar y solo lleva una camiseta, lo que deja al descubierto los nervudos músculos de sus brazos. Poco a poco ha ido subiendo la temperatura y los bosques han vuelto a la vida. Sentimos la llegada de la primavera como un animal que se despereza suavemente mientras duerme, soltando su aliento cálido.

Pero en este momento hace frío, el sol está bajo y la Tierra Salvaje ha sido tragada por largas sombras púrpura. Las noches siguen siendo invernales.

—Lena —grita Raven. Me sobresalto. Me he quedado mirando la hoguera incipiente, observando cómo las llamas se curvaban en torno al montón de agujas de pino, ramitas y hojas quebradizas—. Vete a ver cómo van las tiendas, ¿vale? Pronto oscurecerá.

Raven ha encendido la fogata en una hondonada poco profunda que anteriormente debió ser un arroyo, donde estará un poco a resguardo del viento. Ha evitado acampar demasiado cerca del centro comercial, con sus espacios embrujados, que se ve por encima de la línea de los árboles: un amasijo de metal negro retorcido y ojos vacíos, como una nave extraterrestre varada.

A unos diez metros subiendo por el terraplén, Julián está ayudando a montar las tiendas. Está de espaldas. Él también lleva solo una camiseta. Los apenas tres días en la Tierra Salvaje ya le han cambiado. Tiene el pelo revuelto y se le ha quedado atrapada una hoja justo detrás de la oreja izquierda. Parece más delgado, aunque no le ha dado tiempo a perder peso. Es simplemente el efecto de estar aquí, al aire libre, con ropas rescatadas demasiado amplias, rodeado por la vida salvaje, un recuerdo permanente de lo frágil de nuestra supervivencia.

En este momento, está atando una cuerda a un árbol y tira de ella para tensarla. Nuestras tiendas son viejas, están muy remendadas. No se sostienen solas. Hay que montarlas entre los árboles y amarrarlas a ellos para que las mantengan en pie, como velas al viento.

Gordo merodea cerca de Julián, observando con aprobación.

—¿Necesitáis ayuda?

Me paro a unos metros de distancia.

Julián y Gordo se detienen.

—¡Lena!

A Julián se le ilumina la cara, y al momento esa luz se apaga cuando se da cuenta de que no tengo intención de acercarme. Le he traído conmigo a este lugar, a este sitio nuevo tan extraño, y ahora no tengo nada que darle.

—No hace falta —contesta Gordo. Tiene el pelo de un rojo intenso y, aunque no es mayor que Tack, tiene una barba que le llega a la mitad del pecho—. Ya estamos acabando.

Julián se endereza y se limpia las manos en los vaqueros. Duda, luego baja la cuesta hacia mí, colocándose un mechón de pelo tras la oreja.

—Hace frío —dice cuando está cerca—. Deberías estar junto al fuego.

—Estoy bien —digo, pero me meto las manos en las mangas de la chaqueta. Tengo el frío dentro. Estar sentada al lado de la hoguera no me va a ayudar—. Las tiendas tienen buena pinta.

—Gracias. Creo que le estoy cogiendo el tranquilo.

La sonrisa no le llega a los ojos.

Tres días: tres días de tensas conversaciones y silencios. Sé que se pregunta qué ha cambiado, y si ese cambio es reversible. Sé que le estoy haciendo daño. Hay preguntas que se obliga a no formularse, y cosas que se esfuerza por no decir.

Me está dando tiempo. Es paciente y amable.

—Estás muy guapa con esta luz —dice.

—Te debes estar volviendo ciego.

Lo digo en broma, pero mi voz suena dura en el aire frío.

Mueve la cabeza, frunciendo el ceño, y aparta la vista. La hoja, de un amarillo profundo, sigue enredada en su pelo, tras la oreja. En ese momento, me dan unas ganas desesperadas de alargar la mano, quitársela, pasarle los dedos por el cabello y reírme con él al respecto. *Esto es la Tierra Salvaje*, diré. *¿Te lo habías imaginado alguna vez?* Y él entrelazará sus dedos con los míos y me apretará la mano. Dirá: *¿Qué haría yo sin ti?*

Pero no consigo moverme.

—Tienes una hoja en el pelo.

—¿Qué?

Parece sorprendido, como si le hubiera despertado de un sueño.

—Una hoja. En el pelo.

Se pasa la mano por el cabello, impaciente.

—Lena, y o...

*Bang.*

El sonido de un disparo de rifle nos sobresalta a los dos. Los pájaros alzan el vuelo de entre los árboles que están detrás de él, oscureciendo el cielo por un momento, antes de dispersarse y formar siluetas separadas. Alguien exclama:

—¡Maldición!

Dani y Álex salen de los árboles que están más allá de las tiendas. Ambos llevan rifles colgados del hombro.

Gordo se tensa.

—¿Un ciervo? —pregunta. Apenas queda luz. El pelo de Álex parece casi negro.

—Demasiado grande para ser un ciervo —dice Dani. Es una mujer grande, ancha de hombros, con ojos almendrados y la frente amplia y lisa. Me recuerda a Miyako, que murió el invierno pasado, antes de que nos fuéramos al sur. Quemamos su cuerpo en un día de frío helador, justo antes de la primera nevada.

—¿Un oso? —pregunta Gordo.

—Puede —contesta Dani, lacónica. Es más dura que Miyako. Ha dejado que la Tierra Salvaje la fuera tallando, hasta quedarse reducida a un núcleo de acero.

—¿Le habéis dado? —pregunto yo con un entusiasmo excesivo, aunque ya conozco la respuesta. Pero quiero que Álex me mire, que me hable.

—Puede que le hayamos rozado —dice Dani—. No estamos seguros. En cualquier caso, no lo suficiente para detenerle.

Álex no dice nada, ni siquiera reconoce mi presencia. Sigue andando, abriéndose paso entre las tiendas, al lado de donde estamos Julián y yo. Pasa tan cerca que me parece que puedo olerle, el antiguo olor a hierba y a madera secada al sol, un olor de Portland que me da ganas de llorar, ganas de enterrar el rostro en su pecho y aspirar profundamente.

Luego sigue bajando por el terraplén en el momento en que oímos la voz de Raven:

—La cena está lista. El que no venga se la pierde.

—Vamos.

Julián me roza el codo con los dedos. Suave, paciente.

Mis pies dan la vuelta y me llevan cuesta abajo, hacia la hoguera que ahora arde poderosa, hacia el muchacho que se convierte en una sombra al estar de pie junto a la luz, emborronado por el humo. Eso es Álex en este momento: un muchacho de sombras, una ilusión.

Durante tres días no me ha dirigido la palabra ni me ha mirado en absoluto.

¿Quieres saber mi profundo y terrible secreto? En la escuela dominical, yo copiaba en los exámenes.

Nunca pude engancharme con el *Manual de FSS*, ni siquiera de niña. La única parte que me interesaba algo era «Leyendas y Agravios», que está llena de cuentos folclóricos sobre el mundo anterior a la cura. Mi relato favorito, *La historia de Salomón*, es este:

*Hubo una vez, en tiempos de la enfermedad, dos mujeres y un bebé que comparecieron ante el rey. Cada una alegaba que el niño le pertenecía. Ambas se negaban a entregárselo a la otra y defendieron su caso apasionadamente, alegando que morirían de dolor si la criatura no les era devuelta.*

*El rey, cuyo nombre era Salomón, escuchó sus declaraciones y anunció que había encontrado una solución justa.*

*—Cortaremos al bebé en dos —dijo—, y de ese modo cada una de las dos tendrá una parte.*

*Las mujeres estuvieron de acuerdo en que era una solución justa, así que se trajo al verdugo, quien con su hacha cortó al niño limpiamente en dos mitades.*

*Y la criatura no lloró ni emitió ningún sonido, y las madres presenciaron el acto y desde entonces, durante mil años, hubo una mancha de sangre en el suelo del palacio, que no se pudo limpiar ni diluir con ninguna sustancia de la tierra...*

Yo debía tener unos ocho o nueve años la primera vez que leí ese fragmento, pero verdaderamente me dejó muy impresionada. Durante días no pude quitarme de la mente la imagen de aquel pobre bebé. No hacía más que verlo partido en dos en el suelo de baldosas, como una mariposa sujeta por un alfiler bajo el cristal.

Eso es lo magnífico de la historia. Es real. Lo que quiero decir es que, incluso si no sucedió de verdad (y hay mucho debate en torno a la sección de «Leyendas y Agravios» y sobre su precisión histórica), de cualquier manera muestra el mundo tal como es. Me acuerdo de que me sentía como aquella criatura: desgarrada por los sentimientos, dividida en dos, atrapada entre los deseos y la lealtad.

Así es el mundo enfermo.

Así era para mí, antes de ser curada.

Exactamente dentro de veintiún días, estaré casada.

Da la sensación de que mi madre podría echarse a llorar, y yo casi espero que lo haga. Solo la he visto llorar dos veces en mi vida: una cuando se rompió el tobillo y la otra el año pasado, cuando salió y se encontró con que los manifestantes habían escalado la verja, echado a perder nuestro césped y destrozado por completo su bello automóvil.

Al final solo comenta:

—Estás muy guapa, Hana.

Y después:

—Te queda un poco ancho de cintura, eso sí.

La señora Killegan (*Llámame Anne*, dijo sonriendo afectadamente la primera vez que vino para una prueba) da vueltas en silencio alrededor de mí, poniendo alfileres y haciendo ajustes. Es alta, de un rubio desvaído y un aire demacrado, como si a lo largo de los años se hubiera tragado accidentalmente alfileres y agujas de coser.

—¿Seguro que prefieres la manga corta ajustada?

—Seguro —contesto, justo en el momento en que mi madre dice:

—¿Te parece que le hace demasiado juvenil?

La señora Killegan, Anne, hace un expresivo gesto con una mano larga, huesuda.

—La ciudad entera estará mirando —comenta.

—El país entero —la corrige mi madre.

—Me gustan así las mangas —digo, y por poco añado: *Es mi boda*. Pero eso ya no es verdad, no desde los incidentes de enero, con la muerte del alcalde Hargrove. Ahora mi boda pertenece a la gente. Eso es lo que todo el mundo lleva semanas diciéndome. Ayer recibimos una llamada del Servicio Nacional de Noticias preguntando si se podía compartir con ellos la cobertura del acontecimiento... o si podían enviar su propio equipo de televisión para cubrir la ceremonia.

En este momento, más que nunca, el país necesita símbolos.

Estamos de pie ante un espejo de tres lados, y el ceño de mi madre se refleja desde tres ángulos distintos.

—La señora Killegan tiene razón —dice tocándome el codo—. Veamos cómo te quedan las de tres cuartos, ¿vale?

Sé que no debo discutir. Tres reflejos asienten a la vez: tres muchachas idénticas con idénticos mechones de cabello rubio trenzado, vestidas con tres trajes blancos idénticos que llegan al suelo. A estas alturas, ya casi no me

reconozco. El traje de novia me ha transfigurado, al igual que las luces brillantes del probador. Durante toda mi vida he sido Hana Tate.

Pero la muchacha del espejo no es Hana Tate. Es Hana Hargrove, futura esposa del futuro alcalde y un símbolo de todo lo positivo del mundo curado.

Un sendero y un camino para cada persona.

—Déjenme ver lo que tengo en la trastienda —dice la señora Killegan—. Te vamos a poner un estilo diferente, solo para que puedas comparar.

Se aleja por la gastada moqueta gris y desaparece en el almacén. Por la puerta abierta, veo docenas de vestidos cubiertos de plástico que cuelgan de las perchas, sin vida.

Mi madre suspira. Llevamos ya dos horas aquí y estoy empezando a sentirme como un espantapájaros: rellena, cosida y cubierta de pinchazos. Mi madre está sentada en un taburete gastado cerca de los espejos, sosteniendo su bolso remilgadamente en el regazo para que no toque la moqueta.

Este establecimiento siempre ha sido la mejor tienda de trajes de novia de Portland, pero aquí también se dejan sentir los efectos de los incidentes, y de las drásticas medidas de seguridad que el gobierno ha aplicado después. Prácticamente todo el mundo anda peor de dinero, y se nota. Una de las bombillas superiores está fundida y la tienda tiene cierto olor a moho, como si no se limpiara desde hace tiempo. En una pared, una mancha de humedad ha hecho que el papel empiece a abombarse, y antes me he fijado en que uno de los sofás tenía un cerco marrón. La señora Killegan me ha visto mirándolo y ha echado un chal por encima.

—La verdad es que estás muy guapa, Hana —dice mi madre.

—Gracias —digo. Sé que estoy muy guapa. Puede que suene presuntuoso, pero es la verdad.

Esto, también, ha cambiado desde la cura. Antes, aunque la gente me decía siempre que yo era guapa, nunca lo sentía. Pero después de la operación se derrumbó un muro en mi interior. Ahora veo que sí, que soy sencilla e indiscutiblemente hermosa.

Además, ahora ya no me importa en absoluto.

—Ya estamos —la señora Killegan vuelve de la trastienda sosteniendo en un brazo varios trajes en fundas de plástico. Me trago un suspiro, pero no con la suficiente rapidez. Ella me pone una mano en el hombro—. No te preocupes, querida —me dice—. Encontraremos el vestido perfecto. De eso se trata, ¿verdad?

Consigo componer una sonrisa con mis músculos faciales, y la chica guapa del espejo la compone conmigo.

—Por supuesto —digo.

El vestido perfecto. El enlace perfecto. Una vida perfecta de felicidad.

La perfección es una promesa y la garantía de que no nos equivocamos.

La tienda de la señora Killegan está en Old Port y, cuando salimos a la calle, me llegan los aromas familiares a alga seca y madera vieja. Está despejado, pero sopla un viento fresco desde la bahía. Unos cuantos barcos se balancean en el agua, casi todos pesqueros o mercantes. De lejos, los palos de amarre manchados de excrementos de gaviota parecen juncos que crecen en el agua.

La calle está vacía, salvo por dos reguladores y Tony, nuestro guardaespaldas. Mis padres decidieron contratar un servicio de seguridad justo después de los incidentes, cuando el padre de Fred Hargrove, el alcalde, fue asesinado y cuando se decidió que yo dejara la universidad y me casara cuanto antes.

Ahora Tony viene con nosotros a todas partes. Cuando tiene el día libre, manda a su hermano Rick como sustituto. Tardé un mes en distinguirlos. Ambos tienen el cuello gordo y corto y la cabeza afeitada, brillante. Ninguno de los dos habla mucho y, cuando hablan, nunca tienen nada interesante que decir.

Ese era uno de mis mayores miedos respecto a la cura: que la operación de alguna forma me iba a desenchufar e iba a inhibir mi capacidad de pensar. Pero sucede lo contrario. Ahora pienso con mayor claridad. De algún modo, hasta siento con mayor claridad. Antes sentía de una manera febril, me invadían el pánico, la ansiedad y los deseos encontrados. Había noches en que casi no podía dormir, días en que sentía que mis entrañas estaban tratando de salirse por mi garganta.

Estaba infectada. Ahora, la infección ha pasado.

Tony nos esperaba apoyado en el coche. Me pregunto si ha estado en esa posición las tres horas que hemos pasado en la tienda de la señora Killegan. Al acercarnos, se endereza y le abre la puerta a mi madre.

—Gracias, Tony —dice—. ¿Ha habido algún problema?

—No, señora.

—Bien.

Mi madre se sienta en el asiento de atrás y yo la sigo. Hace dos meses que tenemos este coche. Sustituye al que fue destrozado y, pocos días después de traerlo, mi madre salió de la tienda de ultramarinos para descubrir que alguien había escrito en la pintura la palabra CERDO con una llave. En secreto, pienso que la verdadera motivación de mi madre para contratar a Tony es su deseo de proteger el coche nuevo.

Cuando él cierra la puerta, el mundo de fuera de los cristales tintados adquiere un color azul oscuro. Tony sintoniza la radio hasta dar con el Servicio Nacional de Noticias. Las voces de los comentaristas me resultan familiares y reconfortantes.

Apoyo la cabeza en el respaldo y observo cómo el mundo comienza a moverse. He vivido siempre en esta ciudad y tengo recuerdos casi de cada calle y de cada esquina. Pero en este momento también me parecen lejanos, a salvo

en el pasado. Hace una vida, solía sentarme en esas mesas de *picnic* con Lena, jugando a atraer a las gaviotas con migas de pan. Hablábamos de volar. Hablábamos de escapar. Eran cosas de niños, como creer en unicornios y en la magia.

Nunca pensé que ella llegara a hacerlo de verdad.

Siento un calambre en el estómago. Me doy cuenta de que no he comido nada desde el desayuno. Debo tener hambre.

—Una semana muy ajetreada —dice mi madre.

—Sí.

—Y no te olvides, el *Post* quiere hacerte una entrevista esta tarde. —No me había olvidado.

—Ahora solo tenemos que encontrarte un vestido para la toma de posesión de Fred, y habremos terminado. ¿O has decidido ponerte el amarillo que vimos la semana pasada en Lava?

—Aún no estoy segura —digo.

—¿Qué quieres decir con que no estás segura? La toma de posesión es dentro de cinco días, Hana. Todo el mundo te estará mirando.

—Vale, el amarillo entonces.

—Claro, lo que no sé es qué me voy a poner yo...

Ya hemos llegado al West End, nuestro antiguo barrio. Históricamente, en esta zona vivían muchos mandos de la iglesia y de la medicina: sacerdotes de la Iglesia del Nuevo Orden, funcionarios del gobierno, médicos e investigadores de los laboratorios. Sin duda, por eso es por lo que fue objetivo de tantos ataques durante los disturbios que siguieron a los incidentes.

Esos desórdenes fueron sofocados rápidamente, y sigue habiendo mucho debate sobre si representaban un verdadero movimiento o si fueron el resultado de un enfado mal dirigido y de las pasiones que estamos tratando de erradicar con tanto empeño. Sin embargo, mucha gente pensó que el West End estaba demasiado cerca del centro, demasiado cerca de algunos de los barrios más problemáticos, donde se ocultan simpatizantes y miembros de la Resistencia. Después de aquello, muchas familias, como la nuestra, se trasladaron a lugares situados fuera de la península.

—Hana, no te olvides: se supone que tenemos que hablar con los del *catering* el lunes.

—Lo sé, lo sé.

Cogemos Danforth Street hacia Vaughan, nuestra antigua calle. Me inclino ligeramente hacia delante, intentando atisbar la que era nuestra casa, pero los árboles de hoja perenne de los Anderson la ocultan por completo y todo lo que consigo ver es una parte del tejado verde de dos aguas.

Nuestra casa, como la de los Anderson, situada al lado, y la de los Richard, que está enfrente, está vacía y probablemente seguirá así. Sin embargo, no se ve



ni un solo cartel de SE VENDE. Nadie puede permitirse comprar. Fred dice que el estancamiento económico todavía va a durar unos cuantos años más, hasta que las cosas empiecen a estabilizarse. Por el momento, el gobierno tiene que reafirmar su control. Hay que recordarle a la gente cuál es su sitio.

Me pregunto si los ratones ya habrán llegado hasta mi antiguo cuarto, dejando sus cagadas en los suelos de madera pulida, y si las arañas habrán empezado a tejer sus telas por los rincones. Pronto la casa se parecerá a la del número 37 de la calle Brooks, estéril, casi carcomida, derrumbándose poco a poco por obra de las termitas.

Otro cambio: ahora puedo pensar en la casa de la calle Brooks, y en Lena y en Álex, sin aquella sensación de ahogo.

—Apuesto a que no has revisado la lista de invitados que he dejado en tu cuarto, ¿verdad?

—No he tenido tiempo —digo distraídamente, mientras sigo mirando el paisaje que se desliza por nuestra ventanilla.

El vehículo entra en la calle Congress y el barrio cambia rápidamente. Enseguida pasamos una de las dos gasolineras de la ciudad, en torno a la cual monta guardia un grupo de reguladores con las armas apuntando al cielo; después vemos tiendas de baratillo, una lavandería con un toldo naranja desvaído y un *delicatessen* de aspecto deslucido.

De repente, mi madre se inclina hacia delante y coloca una mano en el respaldo del asiento de Tony.

—Sube eso —dice bruscamente.

El ajusta el dial. La voz de la radio se hace más fuerte.

—*Tras el reciente estallido de violencia en Waterbury, Connecticut...*

—Dios mío —dice mi madre—. Otro no.

—... *se ha animado enérgicamente a todos los ciudadanos, en particular a los residentes en los cuadrantes del sureste, a que evacúen temporalmente sus viviendas y se trasladen a la vecina población de Bethlehem. El jefe de las Fuerzas Especiales, Bill Ardury, ha tranquilizado a los ciudadanos: «La situación está bajo control», ha declarado durante su discurso de siete minutos. «El personal militar estatal y municipal está trabajando de manera conjunta para contener la enfermedad, acordonando la zona y ejecutando una operación de limpieza y desinfección a la mayor brevedad posible. No hay ninguna razón para temer que haya otros focos de contaminación...».*

—Ya basta —dice mi madre bruscamente, echándose hacia atrás—. Ya no puedo escuchar más.

Tony se pone a enredar con el dial. En la mayor parte de las emisoras no se oye más que ruido. El mes pasado, la gran noticia fue el descubrimiento por parte del gobierno de que varias frecuencias habían sido cooptadas por los inválidos para su uso. Pudimos interceptar y descifrar varios mensajes de gran

importancia, lo que llevó a una redada de gran éxito en Chicago y al arresto de varios inválidos muy importantes. Uno de ellos era el responsable de planear el atentado de Washington del otoño pasado, una explosión en la que murieron veintisiete personas, entre ellas una madre y su hijo.

Me alegré cuando ejecutaron a los inválidos. Alguna gente se quejó, alegando que la inyección letal era un método demasiado humano para terroristas convictos, pero a mí me pareció que contenía un mensaje muy potente: *Nosotros no somos los malos. Nosotros somos razonables y compasivos. Nosotros representamos la justicia, el sistema y el orden.*

Son los del otro lado, los incurados, quienes traen el caos.

—Es verdaderamente indignante —dice mi madre—. Si hubiéramos empezado a bombardear cuando los primeros problemas... ¡Tony, cuidado!

Tony pisa el freno a fondo. Los neumáticos chirrían. Yo salgo disparada hacia delante, apenas consigo evitar golpearme con la frente en el reposacabezas del asiento anterior antes de que el cinturón tire de mí hacia atrás. Se oye un golpe pesado. Huele a goma quemada.

—Mierda —dice mi madre—. Mierda. ¿Qué diablos...?

—Lo siento, señora, es que no la había visto. Ha salido de entre los contenedores...

Una chica está de pie frente al coche, las manos apoyadas en el capó. Lleva el pelo suelto junto a la cara delgada y fina, sus ojos son enormes y tienen una expresión aterrorizada. Me resulta vagamente familiar.

Tony baja la ventanilla. El olor de los contenedores —hay varios, uno junto a otro— llega hasta el coche, dulzón y podrido. Mi madre tose y se cubre la nariz con la mano.

—¿Estás bien? —pregunta Tony en voz alta sacando la cabeza por la ventanilla.

La niña no reacciona. Está jadeando, prácticamente hiperventilando. Sus ojos vuelan de Tony hasta mi madre, en el asiento trasero, y luego hasta mí. Me recorre una sacudida.

Jenny. La prima de Lena. No la he visto desde el verano pasado y está mucho más delgada. También parece mayor. Pero es ella, sin duda. Reconozco el corte de la nariz, la barbilla puntiaguda y orgullosa, y los ojos.

Ella también me reconoce. Lo noto. Antes de que yo pueda decir nada, aparta las manos del capó y cruza la calle corriendo. Lleva una vieja mochila con manchas de tinta, que reconozco porque perteneció a Lena. En uno de los bolsillos se ven dos nombres coloreados en barrigudas letras negras, el de Lena y el mío. Los dibujamos cuando estábamos en séptimo, un día que nos aburríamos en clase. Aquella fue la primera vez que se nos ocurrió nuestra palabra secreta, nuestro grito de ánimo, el que luego nos lanzábamos la una a la otra en las competiciones de *cross*. Halena. Una combinación de nuestros nombres.

—Por Dios bendito, cualquiera diría que esa chica tiene edad suficiente como para no lanzarse a la calzada en mitad del tráfico. Por poco me da un ataque al corazón.

—La conozco —digo sin pensar. No puedo quitarme su imagen de la cabeza, los enormes ojos oscuros, la cara pálida y esquelética.

—¿Que quieres decir con que la conoces?

Mi madre se vuelve hacia mí.

Cierro los ojos y procuro pensar en cosas serenas. La bahía. Gaviotas que vuelan recortadas contra el cielo azul. Ríos de tela blanca inmaculada. Pero lo que veo son los ojos de Jenny, los pronunciados ángulos de su mentón y sus mejillas.

—Se llama Jenny —digo—. Es prima de Lena...

—Cuidado con lo que dices —me interrumpe bruscamente mi madre. Me doy cuenta, demasiado tarde, de que no debería haber dicho nada. En mi familia, el nombre de Lena es peor que una maldición.

Durante años, mi madre estuvo orgullosa de mi amistad con ella, la veía como una prueba de lo abierta que era. *No juzgamos a la chica por su familia*, les decía a los invitados que sacaban el tema. *La enfermedad no es genética; esa es una idea anticuada.*

Para ella fue casi un insulto personal que Lena contrajera la enfermedad y que consiguiera escapar antes de que pudieran tratarla, como si lo hubiera hecho a propósito para hacerla parecer una tonta.

*Todos esos años la dejamos entrar en nuestra casa*, decía de repente en los días siguientes a la huida de Lena. *Aunque sabíamos cuáles eran los riesgos. Todo el mundo nos lo advirtió... Bueno, supongo que deberíamos haberles hecho caso.*

—Estaba muy delgada —digo.

—A casa, Tony.

Mi madre apoya la cabeza en el reposacabezas y cierra los ojos. Sé que la conversación ha terminado.

Me despierto en mitad de la noche después de una pesadilla. En ella, Grace estaba atrapada bajo las tablas del suelo, en nuestro antiguo dormitorio en casa de tía Carol. Del piso de abajo llegaban gritos: un incendio. El cuarto estaba lleno de humo. Yo intentaba llegar hasta Grace para rescatarla, pero su mano no hacía más que escurrirse de la mía. Me ardían los ojos y el humo me ahogaba, y sabía que si no me daba prisa, iba a morir. Pero ella lloraba y me gritaba que la salvara, que la salvara...

Me incorporo. Me repito mentalmente el mantra de Raven: *El pasado está muerto, no existe*, pero no funciona. No puedo quitarme la sensación de la mano diminuta de Grace, húmeda de sudor, que se desliza sin que yo pueda hacer nada.

La tienda de campaña está demasiado llena de gente. Dani se aprieta a mi lado y hay otras tres mujeres hechas un ovillo junto a ella.

Por el momento, Julián tiene su propia tienda. Es una pequeña muestra de cortesía. Le están dando tiempo para que se adapte, como lo hicieron conmigo cuando llegué a la Tierra Salvaje. Lleva tiempo acostumbrarse a la sensación de cercanía física, de cuerpos que chocan continuamente con el tuyo. En la Tierra Salvaje no hay intimidación y tampoco puede haber pudor.

Podría haberme ido con Julián a su tienda. Sé que él lo esperaba, después de lo que compartimos bajo tierra: el secuestro, el beso. Al fin y al cabo, yo le he traído aquí. Le rescaté y le conduje a esta nueva vida, una vida de libertad y sentimientos. No hay nada que me impida dormir junto a él. Los curados, los zombis, dirían que ya estamos infectados. Nos revolcamos en nuestra porquería, como hacen los cerdos en el estiércol.

¿Quién sabe? Quizá tengan razón. Quizá nuestras emociones nos vuelvan locos. Puede que el amor sea una enfermedad y que se esté mejor sin ella.

Pero nosotros hemos elegido un camino distinto. Y al final eso es lo importante de haber escapado de la operación: somos libres para elegir.

Incluso somos libres para elegir la opción equivocada.

No voy a ser capaz de volver a dormirme sin más. Necesito aire. Me

incorporo con cuidado de debajo del montón de mantas y sacos de dormir y busco a tientas el cierre de la tienda. Salgo reptando, tratando de no hacer demasiado ruido. A mi espalda, Dani patalea en sueños y murmura algo incomprensible.

La noche está fresca; el cielo, despejado y sin nubes. La luna parece más cercana de lo habitual y lo colorea todo con un brillo de plata, como una capa muy fina de nieve. Me quedo de pie un momento, disfrutando de la sensación de quietud y silencio: los picos de las tiendas manchados de luz de luna, las ramas bajas que apenas comienzan a brotar hojas nuevas; de vez en cuando, el ulular de un búho a lo lejos.

En una de las tiendas, Julián duerme.

Y en otra, Álex.

Me alejo de las tiendas. Me dirijo hacia el barranco pasando junto a los restos de la hoguera, que ya no son más que trozos calcinados de madera ennegrecida y unas pocas brasas humeantes. El aire sigue oliendo débilmente a alubias y a metal quemado.

No estoy segura de adonde me dirijo, y es una estupidez alejarse del campamento. Raven me lo ha advertido miles de veces. Por la noche, la Tierra Salvaje pertenece a los animales y es fácil desorientarse y perderse entre la maleza, entre la masa de árboles. Pero siento una necesidad en la sangre y la noche está tan clara que no tengo dificultades para orientarme.

Bajo dando saltos hasta el cauce seco del río, que está cubierto con una capa de rocas y hojas y, de vez en cuando, una reliquia de la antigua vida: una lata de refresco abollada, una bolsa de plástico, un zapato de niño. Camino hacia el sur durante unos cientos de metros, hasta que un enorme roble caído me impide avanzar más. Su tronco es tan ancho que, tumbado, me llega casi al pecho. Una vasta red de raíces se arquea hacia el cielo como el oscuro surtidor de agua de una fuente.

Oigo un crujido detrás de mí. Me vuelvo como una exhalación. Una sombra se desliza, se hace sólida y, durante un instante, mi corazón se detiene: no estoy protegida, no tengo armas, nada con lo que ahuyentar a un animal hambriento. Luego, la silueta sale al claro y adopta la forma de un muchacho.

A la luz de la luna, resulta imposible saber que su pelo tiene el color exacto de las hojas en otoño: un castaño dorado con reflejos rojizos.

—Ah —dice Álex—, eres tú.

Esas son las primeras palabras que me dirige en cuatro días.

Hay miles de cosas que deseo decirle:

*Por favor, compréndelo. Perdóname, te lo ruego.*

*Recé cada día para que estuvieras vivo, hasta que la esperanza se volvió dolorosa.*

*No me odies.*

*Aún te quiero.*

Pero todo lo que me sale es:

—No podía dormir.

Debe acordarse de que siempre me atormentaban las pesadillas. Hablamos mucho de ello durante el verano que pasamos juntos en Portland. El verano pasado, hace menos de un año. Es imposible imaginar la distancia que he cubierto desde entonces, el paisaje que se ha formado entre nosotros.

—Yo tampoco podía dormir —se limita a decir.

Solo eso, esa sencilla afirmación, y el hecho de que esté hablando conmigo, hacen que algo se afloje en mi interior. Quiero abrazarle, quiero besarle como solía hacer.

—Pensé que habías muerto —digo—. Eso por poco me mata.

—¿Seguro? —su voz suena neutra—. Te has recuperado bastante rápido.

—No. No lo entiendes — noto la garganta apretada, como si me estuvieran estrangulando—. No podía seguir esperando y luego despertarme cada día para descubrir que no era cierto, que tú te habías ido. Yo... yo no era tan fuerte.

Durante un instante se queda callado. Está demasiado oscuro para distinguir su expresión. Una vez más, su figura queda en la sombra, pero puedo sentir que me está mirando fijamente.

Por fin dice:

—Cuando me llevaron a las Criptas, pensé que me iban a matar. Ni siquiera se molestaron. Simplemente me dejaron para que muriera. Me metieron en una celda y cerraron la puerta

—Álex.

Esa sensación de estrangulamiento se ha desplazado desde la garganta hasta el pecho y, sin darme cuenta, he comenzado a llorar. Me desplazo hacia él. Quiero pasar las manos por su pelo y besarle la frente y cada uno de los párpados y alejar los recuerdos de lo que ha visto. Pero él retrocede hasta colocarse fuera de mi alcance.

—No morí. No sé cómo. Tendría que haber muerto. Había perdido un montón de sangre. A ellos les sorprendió tanto como a mí. Después se convirtió en una especie de juego, ver cuánto podía soportar. Ver cuánto podían hacerme antes de que yo...

Se interrumpe de repente. Ya no puedo oír más, no quiero saber, no quiero que sea verdad, no soporto pensar en lo que le hicieron allí. Doy otro paso adelante y le toco el pecho y los hombros en la oscuridad. Esta vez no me aparta. Pero tampoco me abraza. Se queda ahí, frío, quieto, como una estatua.

—Álex —repito su nombre como una plegaria, como un hechizo mágico que hará que todo vuelva a estar bien. Paso las manos por su pecho hasta la barbilla—. Lo siento, lo siento tanto...

De repente se echa hacia atrás bruscamente, al tiempo que me agarra por las

muñecas y me las coloca a los lados.

—Había días en que hubiera preferido que me mataran.

No me suelta las muñecas, las aprieta fuerte presionándome los brazos, manteniéndome inmóvil. Habla en voz baja, con tono de urgencia y tan lleno de ira que me duele incluso más que su contacto.

—Había días en que lo pedía yo mismo, en que rezaba por ello cuando me iba a dormir. Confiar en que volvería a verte, en que podría encontrarte, esa esperanza era lo único que me mantenía con vida —me suelta y retrocede un paso más—. Así que no. No lo comprendo.

—Álex, por favor.

Aprieta los puños.

—Deja de decir mi nombre. Ya no me conoces.

—Sí que te conozco —sigo llorando, tragándome los espasmos desde la garganta, luchando por respirar. Esto es una pesadilla y voy a despertar. Esto es una historia de monstruos y él ha regresado a mí como una criatura de terror, reconstruido a base de fragmentos, roto y lleno de odio, y cuando me despierte, él estará ahí, entero, y será mío de nuevo. Encuentro sus manos, entrelazo mis dedos con los suyos incluso cuando intenta apartarse—. Soy yo, Álex. Soy Lena. Tu Lena. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de la casa en el número 37 de Brooks y de la manta que solíamos dejar en el patio trasero...?

—No —dice. Su voz se quiebra al pronunciar esa palabra.

—Y yo siempre te ganaba al *Scrabble* —digo. Tengo que seguir hablando, y mantenerle aquí, y hacer que recuerde—. Porque tú siempre me dejabas ganar. ¿Y te acuerdas de que una vez hicimos un *picnic* y lo único que pudimos encontrar en la tienda fueron espaguetis en lata y judías? Y tú dijiste que los mezcláramos...

—Para...

—Y lo hicimos, y no estaba mal. Nos comimos la dichosa lata entera, del hambre que teníamos. Y cuando empezó a oscurecer, tú señalaste el cielo y me dijiste que había una estrella por cada cosa que amabas de mí.

Respiro entre jadeos, como si estuviera a punto de hundirme. Me aferró a él a ciegas, agarrándole del cuello de la ropa.

—Déjalo —me coge por los hombros. Su cara está a unos centímetros de la mía, pero resulta irreconocible: una máscara horrible, torcida—. Déjalo ya. Ya vale. Se acabó, ¿vale? Todo eso se ha acabado.

—Álex, por favor...

—¡Déjalo! —su voz es como un grito, como una bofetada. Me suelta y yo retrocedo con un tropiezo—. Álex ha muerto, ¿me oyes? Todo eso, lo que sentimos, lo que significó, todo eso ha terminado, ¿vale? Está enterrado. Se lo llevó el viento.

—¡Álex!

Se había girado para irse, pero se vuelve como un resorte. La luna le recubre con una luz descarnada, blanca y furiosa, una imagen de cámara fotográfica, en dos dimensiones, atrapada por un *flash*.

—No te amo, Lena, ¿me oyes? Nunca te he amado.

Me quedo sin aire. Me quedo sin nada.

—No te creo.

Estoy llorando tanto que casi no puedo hablar.

Da un paso hacia mí. Y en ese momento no le reconozco en absoluto. Se ha transformado completamente, se ha convertido en un extraño.

—Era una mentira, ¿vale? Todo fue una mentira. Una locura, como decían todos. Olvidate de ello. Olvidate de que ocurrió.

—Por favor... —no sé cómo consigo mantenerme en pie, por qué no me hago añicos hasta quedarme reducida a polvo, por qué mi corazón sigue latiendo cuando deseo tanto que deje de hacerlo—. Por favor, Álex, no hagas esto.

—¡Deja de decir mi nombre!

En ese momento lo oímos los dos: un crujido y un ruido de hojas a nuestras espaldas, el ruido de algo grande que merodea por los bosques. Álex cambia la expresión. Desaparece el enfado y lo sustituye otra cosa: una tensión congelada, como un ciervo justo antes de echar a correr.

—Lena, no te muevas —dice en voz baja, pero sus palabras están teñidas de urgencia.

Incluso antes de volverme, siento una forma a mis espaldas, el ruido de la respiración de un animal, el hambre, un anhelo, algo impersonal.

Un oso.

Se ha ido abriendo camino hasta la barranca y en este momento se encuentra a unos pocos metros de nosotros. Es un oso negro. A la luz de la luna, tiene el enmarañado pelo vetado de plata, y es grande: mide casi dos metros de alto; incluso a cuatro patas, me llega prácticamente hasta el hombro. Mira a Álex y después a mí; luego vuelve a mirar a Álex. Sus ojos son como piezas de ónice tallado, apagados, sin vida.

Me sorprenden dos cosas. Está muy delgado, pasa hambre. El invierno ha sido duro.

Y otra cosa: no nos tiene miedo.

Me recorre una sacudida de pánico que deja fuera el dolor, deja fuera cualquier otro pensamiento excepto uno: *Debería haber traído un arma*.

El animal avanza otro paso moviendo su enorme cabeza atrás y adelante, midiéndonos. Veo su aliento en el aire frío, sus omóplatos puntiagudos, altos y afilados.

—Vale —dice Álex con el mismo tono bajo de voz. Está de pie detrás de mí y noto la tensión en su cuerpo, derecho como un palo, petrificado—. Vamos a tomárnoslo con calma. Muy despacio. Vamos a retroceder, ¿vale? Suave y



lentamente.

Da un único paso hacia atrás y solo eso, ese pequeño movimiento, hace que el oso se tense como acucillándose, enseñando los dientes, que relucen con blancura de hueso a la luz de la luna.

Álex se queda inmóvil otra vez. El oso empieza a gruñir. Está tan cerca que noto el calor de su enorme cuerpo, puedo oler su acre aliento famélico.

*Debería haber traído un arma.* No hay forma de darse la vuelta y salir corriendo: eso nos convierte en presas y el animal está buscando una presa. *Una estupidez.* Esa es la regla de la Tierra Salvaje. Hay que ser más grande y más fuerte y más despiadado. Hay que herir o salir herido.

El oso se tambalea dando otro paso hacia delante, aún rugiendo. Cada músculo de mi cuerpo es una alarma que me grita que corra, pero me quedo plantada en el sitio obligándome a no moverme, a no pestañear siquiera.

El oso vacila. Yo no voy a salir corriendo. Así que quizá no soy una presa.

Retrocede unos centímetros, una ventaja, una minúscula concesión. Yo la aprovecho.

—¡Eh! —grito como un ladrido, tan fuerte como puedo, alzando los brazos por encima de mi cabeza para intentar parecer lo más corpulenta posible—. ¡Eh! ¡Fuera de aquí! ¡Vete! ¡Vete!

El oso retrocede otros pocos centímetros, confundido, sobresaltado.

—He dicho que te vayas.

Alargo una pierna hasta el árbol más cercano y golpeo el tronco con el pie, lo que hace que salten pedacitos de corteza en dirección al animal. Este sigue dudando, inseguro, pero ya no ruge: está a la defensiva, confuso. Me agacho a coger la primera piedra que encuentro y luego me levanto y la lanzo con toda la fuerza posible. Le da al oso justo debajo del hombro izquierdo, con un ruido pesado. El animal se echa hacia atrás, gimiendo. Luego se vuelve y se marcha corriendo hacia el bosque, un rápido manchón negro.

—Dios bendito —estalla Álex detrás de mí. Suelta el aire en un suspiro largo y con sonido, se dobla, se endereza otra vez—. Dios bendito.

La adrenalina, la liberación de la tensión, le han hecho olvidar; durante un instante, cae la nueva máscara y se vislumbra el antiguo Álex.

Siento un breve ataque de náusea. No puedo olvidar la mirada herida, desesperada, del oso y el pesado golpe de la piedra en su hombro. Pero no tenía elección.

Es la regla de la Tierra Salvaje.

—Eso ha sido una locura. Estás loca —Álex mueve la cabeza—. La Lena de antes habría echado a correr.

Hay que ser más grande, más fuerte, más despiadado.

Me va invadiendo la frialdad; un muro sólido se va elevando, piedra a piedra, en mi pecho. Él no me ama.

Nunca me ha amado.

Todo fue una mentira.

—La Lena de antes está muerta —digo, y después paso a su lado y bajo por la hondonada hacia el campamento. Cada paso me cuesta más que el anterior, la pesadez me invade y convierte mis miembros en piedra.

Hay que herir o salir herido.

Álex no me sigue, y yo no espero que lo haga. No me importa adonde vaya, si se queda en los bosques toda la noche o si no regresa nunca al campamento.

Como él ha dicho, todo eso, el que importe, ya está terminado.

No empiezo a llorar otra vez hasta que alcanzo las tiendas. Las lágrimas acuden a mis ojos de repente y tengo que dejar de caminar para doblarme sobre mí misma. Quiero que todos esos sentimientos salgan de mí. Durante un minuto pienso en lo fácil que sería regresar al otro lado, caminar directamente hasta los laboratorios y ofrecerme a los cirujanos.

*Téniais razão, yo estava equivocada. Extirpadlo.*

—¿Lena?

Alzo la vista. Julián ha salido de su tienda. Debo de haberle despertado. Tiene el pelo de punta en todas direcciones, como los radios rotos de una rueda, y lleva los pies descalzos.

Me enderezo, limpiándome la nariz en la manga de la sudadera.

—Estoy bien —digo, aún congestionada e hipando—, estoy bien.

Durante un instante se queda ahí, mirándome, y noto que sabe por qué estoy llorando y que comprende y que todo va a ir bien. Abre los brazos hacia mí.

—Ven aquí —dice suavemente.

No puedo acercarme con la suficiente rapidez. Casi me abalanzo sobre él. Me atrapa y me abraza fuerte contra su pecho y yo me dejo ir de nuevo, dejo que me recorran los sollozos. Él se queda allí conmigo y me susurra, hablándole a mi pelo, y me besa la coronilla y me permite llorar por la pérdida de otro chico, uno al que amaba más.

—Lo siento —repito una y otra vez contra su pecho—. Lo siento.

Su camisa huele a humo, a mantillo y a brotes de primavera.

—No importa —responde en un susurro.

Cuando nos calmamos un poco, me toma de la mano. Le sigo hasta la caverna oscura de su tienda, que huele como su camisa pero más concentrado. Me tiendo sobre su saco de dormir y él se tumba junto a mí, formando una concha perfecta para mi cuerpo. Me acurruco en ese espacio, a salvo, cálida, y dejo que las últimas lágrimas que derramaré nunca por Álex descendan calientes por mis mejillas, que lleguen al suelo y se alejen de mí.

## Hana

—¡Hana! —mi madre me mira con expectación—. Fred te ha pedido que le pases las judías.

—Perdón —digo obligándome a sonreír. Casi no he dormido la noche pasada. Incluso he tenido pequeños sueños, retazos de imágenes que se desvanecían antes de que pudiera centrarme en ellos.

Alcanzo el plato de cerámica esmaltada. Es bello como todo en la casa Hargrove, aunque Fred es más que capaz de alcanzarlo él solo. Es parte del ritual. Pronto seré su esposa y nos sentaremos así cada noche, interpretando una danza bien ensayada.

Fred me sonríe.

—¿Estás cansada? —me pregunta. En los últimos meses hemos pasado muchas horas juntos, nuestra cena de los domingos es solo una de las múltiples formas en que hemos empezado a practicar la fusión de nuestras vidas.

He pasado largo tiempo detallando sus rasgos, intentando decidir si es atractivo, y esta es mi conclusión final: resulta agradable mirarle. No es tan guapo como yo, pero es listo y me gusta su pelo oscuro y la forma en que le cae a veces sobre la ceja derecha.

—Sí que parece cansada —comenta la señora Hargrove. La madre de Fred a menudo habla de mí como si yo no estuviera delante. No me lo tomo como algo personal, lo hace con todo el mundo. El padre de Fred fue alcalde durante más de tres legislaturas. Ahora ha muerto, y a Fred se le ha educado para que le sustituya. Desde los incidentes en enero, Fred ha llevado a cabo una campaña incansable para obtener el nombramiento, y al final ha merecido la pena. Hace solo una semana, un comité provisional especial le nombró nuevo alcalde. La ceremonia de toma de posesión será a comienzos de la semana que viene.

La señora Hargrove está acostumbrada a ser la mujer más importante de la sala.

—Estoy bien —digo. Lena siempre decía que yo era capaz de mentir hasta en el infierno.

La verdad es que no estoy bien. Me preocupa no poder dejar de pensar en

Jenny y en lo delgada que estaba. Me preocupa haber vuelto a pensar otra vez en Lena.

—Claro, los preparativos de la boda son muy estresantes —dice mi madre.

Mi padre suelta un gruñido.

—Y eso que no sois vosotras las que firmáis los cheques.

Todo el mundo ríe el comentario. La sala se ilumina de repente por una rápida ráfaga de luz que procede del exterior. Un periodista apostado entre los arbustos, justo delante de la ventana, nos ha hecho una foto que luego venderá a los periódicos y a las cadenas de televisión locales.

La señora Hargrove es la responsable de que haya un *paparazzi* aquí esta noche. Ella también les sopló a los fotógrafos dónde iba a ser la cena que Fred dispuso para nosotros en Nochevieja. Las oportunidades para que nos saquen fotos se planean de forma muy cuidadosa, para que el público pueda contemplar nuestra historia paso a paso, y se vea lo felices que hemos conseguido ser por haber sido emparejados de una manera tan perfecta.

Y yo soy feliz con Fred. Nos llevamos muy bien. Nos gustan las mismas cosas, tenemos un montón de temas de los que hablar.

Por eso estoy preocupada: todo eso se irá al traste si la operación no ha funcionado adecuadamente.

—He oído en la radio que han evacuado zonas de Waterbury —dice Fred—. Y también de San Francisco. Hubo disturbios durante el fin de semana.

—Fred, por favor —dice la señora Hargrove—. ¿De verdad tenemos que hablar de esto durante la cena?

—Ignorarlo no va a ayudar —dice Fred volviéndose hacia ella—. Eso es lo que hizo papá. Y mira lo que sucedió.

—Fred —la voz de la señora Hargrove suena crispada, pero consigue mantener la sonrisa. *Clic*. Durante un instante, las paredes del comedor se iluminan por el *flash* de la cámara—. Realmente, este no es el momento...

—Ya no podemos seguir fingiendo —Fred nos mira como apelando a cada uno de nosotros. Yo bajo la vista—. La Resistencia existe. Puede que hasta esté creciendo. Una epidemia, eso es.

—Han acordonado la mayor parte de Waterbury —dice mi madre—. Estoy segura de que harán lo mismo en San Francisco.

Fred mueve la cabeza.

—Esto no es solo por los contagiados. Ese es el problema. Hay una estructura completa de simpatizantes, una red de apoyo. Yo no voy a hacer lo mismo que hizo papá —dice con repentina fiereza. La señora Hargrove se ha quedado muy quieta—. Durante años hubo rumores de que los inválidos existían, incluso se decía que cada vez había más. Tú lo sabes. Papá lo sabía. Pero se negaba a creerlo.

Mantengo la cabeza inclinada sobre el plato. Una tajada de cordero espera,

intacta, junto a las alubias y la gelatina de menta. Solo lo mejor para los Hargrove. Rezo para que los periodistas de fuera no nos hagan una foto en este momento: estoy segura de que me he ruborizado. Todo el mundo en la mesa sabe que la que era mi mejor amiga intentó escapar con un inválido y saben, o sospechan, que yo la encubrí.

La voz de Fred se hace más suave.

—Cuando por fin lo aceptó, cuando estuvo dispuesto a actuar, era demasiado tarde.

Extiende la mano para tocar la de su madre, pero ella coge el tenedor y se pone a comer de nuevo, apuñalando las alubias con tal fuerza que su tenedor chirría al chocar con el plato.

Fred se aclara la garganta.

—Bueno, pues yo me niego a mirar para otro lado —dice—. Es hora de que nos enfrentemos a esto de una vez.

—Es solo que no veo por qué tenemos que hablar de ello a la hora de la cena —dice la señora Hargrove—. Cuando estamos pasando una velada de lo más agradable...

—¿Puedo retirarme? —pregunto con un tono demasiado brusco. Todos en la mesa se vuelven para mirarme sorprendidos. *Clic*. Solo puedo imaginarme cómo será esta foto: la boca de mi madre congelada en una O perfecta, la señora Hargrove frunciendo el ceño, mi padre llevándose a la boca un pedacito ensangrentado de cordero,

—¿Qué quieres decir con retirarte? —dice mi madre.

—¿Te das cuenta? —la señora Hargrove suspira y mueve la cabeza en dirección a Fred—. Has hecho desgraciada a Hana

—No, no. No es eso. Es solo que... Teníais razón. No me siento bien —digo. Hago una bola con la servilleta sobre la mesa y luego, al ver la mirada de mi madre, la doblo y la coloco junto a mi plato—. Me duele la cabeza.

—Espero que no te estés poniendo enferma —dice la señora Hargrove—. No puedes estar enferma para la toma de posesión.

—No va a estar enferma —dice mi madre rápidamente.

—No voy a estar enferma —repito como un loro. No sé exactamente qué me pasa, pero siento pinchazos en la cabeza—. Solo necesito tumbarme un rato, creo.

—Llamaré a Tony.

Mi madre se pone de pie y se aparta de la mesa.

—No, por favor. —Por encima de todo, lo que quiero es que me dejen sola. En el último mes, desde que mi madre y la señora Hargrove decidieron que había que adelantar la boda para que coincidiera con la toma de posesión de Fred como alcalde, creo que el único momento en que he podido estar sola es cuando voy al baño—. No me importa ir caminando.

—¡Caminar!

Esto provoca una erupción volcánica en miniatura. De repente, todos se ponen a hablar a la vez. Mi padre dice:

—¡Eso ni pensarlo!

Y mi madre comenta:

—Imagínate lo que diría la gente.

Fred se inclina hacia mí:

—Ahora mismo no es seguro, Hana.

Y la señora Hargrove asevera:

—Tú debes tener fiebre.

Al final, mis padres deciden que Tony me lleve a casa y vuelva más tarde a recogerlos. Es una solución aceptable. Al menos, significa que tendré la casa para mí sola durante un rato. Me pongo de pie y llevo mi plato al fregadero, a pesar de que la señora Hargrove insiste en que deje que lo haga el servicio. Tiro los restos de comida a la basura y eso hace que me acuerde del olor de los contenedores de ayer, del modo en que Jenny apareció de repente entre ellos.

—Espero que la conversación no te haya disgustado.

Me vuelvo. Fred me ha seguido hasta la cocina. Mantiene entre nosotros una distancia respetuosa.

—No me ha disgustado —digo. Estoy demasiado cansada para tranquilizarle más. Solo quiero irme a casa.

—No tienes fiebre, ¿verdad? —Fred me mira fijamente—. Estás pálida.

—Solo estoy cansada —le digo.

—Bien —se mete las manos en los bolsillos del traje oscuro, arrugado por delante, como el de mi padre—. Me preocupaba que me hubiera tocado una defectuosa.

Muevo la cabeza, segura de que no he oído bien.

—¿Cómo?

—Estoy de broma —Fred sonríe. Tiene un hoyito en la mejilla izquierda y una dentadura perfecta. Eso es algo que aprecio de él—. Te veré pronto —se inclina hacia delante y me besa en la mejilla. Sin querer, me echo hacia atrás. Aún no estoy acostumbrada a que me toque—. Vete y descansa para que estés guapa.

—Lo haré —digo, pero él ya sale de la cocina camino del comedor, donde pronto se servirá el café y el postre. Dentro de tres semanas, él será mi marido y esta será mi cocina y el ama de llaves también será mía. La señora Hargrove tendrá que hacerme caso a mí, y yo decidiré lo que comemos cada día, y no nos faltará nada de lo que deseemos.

A menos que Fred tenga razón. A menos que yo sea defectuosa.

Sigue la discusión: adonde ir, si dividirnos o no.

Algunos miembros del grupo quieren volver al sur y luego dirigirse hacia el este en dirección a Waterbury, donde se rumorea que existe un potente movimiento de Resistencia y un enorme campamento de inválidos que florece libre de amenazas. Otros quieren ir hasta Cape Cod, que está prácticamente desierto y que, por lo tanto, ofrece más seguridad a la hora de montar un campamento. Unos pocos, en especial Gordo, quieren seguir hacia el norte y cruzar ilegalmente la frontera de EE UU hasta Canadá.

En el colegio siempre nos contaban que otros países, sitios donde no existe la cura, habían sido asolados por la enfermedad y se habían convertido en terrenos yermos. Pero eso, como casi todo lo demás que nos enseñaron, seguro que era mentira. Gordo ha oído historias a tramperos y vagabundos sobre Canadá, y las cuenta como si describiera el Edén al que se alude en el *Manual de FSS*.

—Yo voto por Cape Cod —dice Pike. Tiene el pelo rubio, muy claro, cortado implacablemente casi al cero—. Si empiezan a bombardear otra vez...

—Si empiezan a bombardear otra vez, no estaremos a salvo en ningún sitio —le interrumpe Tack Pike y él siempre chocan por todo.

—Estaremos más seguros cuanto más lejos nos vayamos de las ciudades —alega Pike—. Si la Resistencia se convierte en una rebelión en toda regla, seguramente el gobierno lanzará acciones de represalia. Tendremos más tiempo...

—¿Para qué? ¿Para cruzar el océano a nado?

Tack mueve la cabeza. Está agachado junto a Raven, que arregla una de las trampas. Es asombroso lo feliz que está ella: ahí, sentada en el suelo, tras caminar todo el día y cazar con trampas, mucho más contenta que cuando vivíamos los tres juntos en Brooklyn, fingiendo que éramos curados, en nuestro lindo apartamento de bordes relucientes y superficies pulidas. Allí era como una de esas mujeres que estudiábamos en clase de Historia, enfundadas en sus corsés sin poder apenas respirar ni hablar, ahogadas y pálidas.

—Mirad, no podemos escapar de esto. Más vale que unamos fuerzas, que

procuremos juntarnos con el mayor número de gente posible.

Tack capta mi mirada desde el otro lado de la hoguera. Le sonrío. No sé qué han deducido Raven y él de lo que ha pasado entre Álex y yo y de cuál es nuestra historia; a mí no me han comentado nada, pero se muestran más amables de lo normal.

—Estoy de acuerdo con Tack—dice Hunter. Lanza una bala al aire, la atrapa con el dorso de la mano y luego le da la vuelta para que caiga en la palma.

—Podríamos dividirnos en dos grupos —sugiere Raven por enésima vez. Está claro que no le cae bien Pike, ni tampoco Dani. En este nuevo grupo, las líneas de dominación no están tan claramente trazadas, y lo que dicen Tack o ella no se acepta automáticamente como si fuera el Evangelio.

—No nos vamos a dividir —dice firmemente Tack y enseguida coge la trampa en que estaba trabajando Raven y añade—: Deja que te ayude.

Así es como funcionan ellos, es su lenguaje particular: presionar y ceder, discutir y lograr concesiones. Con la cura, las relaciones son todas iguales, las reglas y las expectativas están muy definidas. Sin la cura, las relaciones tienen que ser reinventadas cada día, hay que interpretar y descifrar los lenguajes constantemente.

La libertad es agotadora.

—¿Tú qué crees, Lena? —pregunta Raven, y Pike, Dani y los otros se giran para mirarme. Ahora que he demostrado mi valía ante la Resistencia, mi opinión tiene valor. Desde las sombras, siento que también Álex me está mirando.

—Cape Cod —digo echando más ramitas al fuego—. Cuanto más nos alejemos de las ciudades, mejor, y tener alguna ventaja es mejor que no tener ninguna. Tampoco es como si fuéramos a estar completamente solos. Allí habrá otros hogares con gente, otros grupos a los que unirnos.

Mi voz suena potente en el claro. Me pregunto si Álex habrá notado este cambio: he ido adquiriendo confianza en mí misma y mi voz resuena más.

Sigue un momento de silencio. Raven me mira pensativa. Luego, de repente, se vuelve y lanza una mirada por encima de su hombro.

—¿Y tú qué opinas, Álex?

—Waterbury —responde él al momento. Se me hace un nudo en el estómago. Sé que es una tontería, sé que se trata de una decisión importante y que no nos afecta solo a nosotros dos, pero no puedo evitar enfadarme. Por supuesto, él no está de acuerdo conmigo. Era de esperar.

—No hay ninguna ventaja en estar aislados y sin acceso a la información —continúa—. Estamos en guerra. Podemos intentar negarlo, podemos tratar de enterrar la cabeza en la arena, pero esa es la verdad. Y la guerra acabará por alcanzarnos de un modo u otro. Yo voto por que nos enfrentemos a la situación.

—Tiene razón —interviene Julián.

Me vuelvo hacia él, sorprendida. Julián casi no habla por las noches, cuando



estamos en el fuego de campamento, Creo que todavía no se siente cómodo. Sigue siendo el novato, el forastero y, lo que es peor, un converso. Julián Fineman, hijo del difunto Thomas Fineman, fundador y presidente de América sin Deliria y enemigo de todo lo que nosotros representamos. No importa que él haya renegado de su familia y de su causa y que arriesgase su vida por estar aquí con nosotros. Sé que algunas personas aún no confían en él.

Habla con el ritmo medido de un aseasonado orador.

—No tiene sentido usar tácticas evasivas. Esto no se va a desvanecer. Si la Resistencia crece, el gobierno y el ejército harán todo lo que puedan por detenerla. Tendremos mejores posibilidades de devolver el golpe si estamos cerca cuando suceda. Si no, seremos simplemente conejos en una madriguera, esperando a que nos hagan salir y acaben con nosotros.

Aunque Julián manifiesta su acuerdo con Álex, su mirada está fija en Raven. Álex y Julián nunca se hablan directamente ni se miran, y los demás se cuidan de mencionarlo.

—Yo digo que vayamos a Waterbury —dice Lu, lo que no deja de sorprenderme. El año pasado no quería tener nada que ver con la Resistencia. Quería desaparecer en la Tierra Salvaje, hacerse un hogar tan lejos de las ciudades válidas como fuera posible.

—De acuerdo, entonces —Raven se pone en pie limpiándose la trasera de los vaqueros—. Iremos a Waterbury. ¿Alguna otra objeción?

Durante un instante, todos nos quedamos callados mirándonos unos a otros, nuestras caras sumidas en las sombras. Nadie habla. No me agrada la decisión, y Julián debe notarlo. Me pone una mano en la rodilla y me da un apretón.

—Bueno, ya está decidido. Mañana podemos...

Raven es interrumpida por una repentina ráfaga de voces. Todos nos ponemos de pie, una reacción instintiva.

—¿Qué demonios?

Tack se echa el rifle al hombro e inspecciona la masa boscosa que nos rodea, un muro enmarañado de ramas y trepadoras. Los bosques han vuelto a quedar en silencio una vez más.

—Chist —Raven levanta una mano.

Luego se oye:

—¡Necesito ayuda, gente!

Y luego:

—¡Mierda!

Se percibe un alivio colectivo, cómo se relaja la tensión. Reconocemos la voz de Sparrow. Se ha alejado hace un rato para ocuparse de sus cosas entre los árboles.

—¡Ya vamos, Sparrow! —responde Pike a gritos. Algunos corren hacia él y se convierten en sombras cuando salen del círculo de luz creado por la

hoguera.

Julián y yo nos quedamos donde estamos, y me doy cuenta de que Álex también se queda. Se oyen voces confusas, instrucciones:

—Las piernas, las piernas, cógela de las piernas... —y luego Sparrow y Tack, Pike y Dani llegan de nuevo al claro; cada pareja va cargada con un cuerpo. Al principio me parecen animales envueltos en lonas, pero luego, a la luz del fuego, descubro un brazo pálido que cuelga y se me revuelve el estómago.

Son personas.

—¡Agua, traedme agua!

—Raven, trae el botiquín. Está sangrando.

Durante un instante me quedo paralizada. Cuando Tack y Pike colocan los cuerpos en el suelo, cerca de la hoguera, vislumbro dos rostros: uno anciano, oscuro, curtido, una mujer que ha pasado en la Tierra Salvaje la mayor parte de su vida, si no toda. Le sale saliva por las comisuras de la boca y respira con dificultad, roncamente.

La otra cara es inesperadamente bella. Debe ser alguien de mi edad o incluso más joven. Tiene la piel de color almendra y el largo pelo castaño oscuro le cae por detrás, sobre la tierra.

Recuerdo mi propia huida a la Tierra Salvaje. Supongo que Raven y Tack me encontraron exactamente igual que ella, más muerta que viva, llena de golpes y moratones.

Tack se gira y me sorprende mirando fijamente.

—Lena, échame una mano —dice con severidad. Su voz me saca del trance. Me arrodillo a su lado, junto a la mujer mayor. Raven, Pike y Dani se están ocupando de la chica joven. Julián merodea por detrás de mí.

—¿Qué puedo hacer? —pregunta.

—Necesitamos agua limpia —dice Tack sin levantar la vista. Ha sacado su cuchillo y corta la camisa de la mujer. En algunos sitios parece tenerla casi soldada a la piel, y luego veo, horrorizada, que la parte inferior de su cuerpo sufre graves quemaduras y que sus piernas están cubiertas de llagas infectadas. Tengo que cerrar los ojos un segundo para no vomitar. Julián me roza el hombro con la mano y luego se va a buscar el agua.

—Mierda —murmura Tack cuando descubre una nueva herida. Es un corte largo en su pantorrilla, profundo e infectado—. Mierda —la mujer gime y de nuevo se queda en silencio—. No me abandones ahora —dice Tack. Se quita furiosamente la chaqueta. Le brilla la frente del sudor. Estamos cerca de la hoguera, mientras otros siguen avivando el fuego.

—Necesito un botiquín —agarra una toalla y se pone a cortarla en tiras, con rapidez. Servirán para los torniquetes—. Que alguien me traiga un puto botiquín.

El calor es una muralla junto a nosotros. El humo no deja ver el cielo. Se va metiendo también en mis pensamientos, distorsionando mis impresiones, que

empiezan a parecerse a un sueño: las voces, el movimiento, el calor y el olor de los cuerpos, todo fragmentado y sin sentido. No sé si llevo unos minutos arrodillada o varias horas. En algún momento regresa Julián cargando un cubo de agua humeante. Luego se va y vuelve otra vez. Estoy ayudando a limpiar las heridas de la mujer y un rato después ya no reconozco su cuerpo como piel y carne, sino como algo retorcido, extraño y combado, como los trozos de madera petrificada que encontramos en el bosque.

Tack me dice lo que tengo que hacer y yo lo hago. Más agua, esta vez fría. Un trapo limpio. Me pongo de pie, me muevo, cojo los objetos que me pasan y vuelvo con ellos. Transcurren más minutos, más horas.

En algún momento alzo la vista y no es Tack quien está a mi lado, sino Álex. Le está cosiendo a la mujer un corte en el hombro, usando una aguja normal de costura y un hilo largo oscuro. Está muy concentrado, pero se mueve con rapidez y de manera fluida. Está claro que tiene experiencia. Se me ocurre que hay muchas cosas que nunca supe sobre él: sobre su pasado, su papel en la Resistencia, cómo era su vida en la Tierra Salvaje antes de que llegara a Portland, y siento un ramalazo de tristeza tan intensa que casi me pongo a llorar, no por lo que he perdido, sino por las oportunidades que no he aprovechado.

Nuestros codos se tocan. Se aparta.

El humo me tapa la garganta, me cuesta respirar. El aire huele a ceniza. Sigo limpiando las piernas de la mujer y su cuerpo como madera, igual que cuando enceraba la mesa de caoba de mi tía una vez al mes, lenta y cuidadosamente.

Luego, Álex desaparece y vuelve Tack. Me pone las manos en los hombros y me aparta suavemente hacia atrás.

—Ya vale —me dice—. Déjalo. Ya vale. Ya no te necesita.

Durante un segundo pienso: *Lo hemos conseguido, ya está a salvo*. Pero entonces, cuando Tack me dirige hacia las tiendas, veo la cara de la mujer iluminada por la hoguera, blanca, cerúlea, los ojos abiertos que miran al cielo sin ver, y me doy cuenta de que está muerta y de que todo lo que hemos hecho no ha servido para nada.

Raven sigue arrodillada junto a la joven, pero sus cuidados son menos agitados, y noto que la chica respira de manera regular.

Julián ya está en la tienda. Estoy tan cansada que siento como si anduviera dormida. Se mueve hacia un lado y me deja un hueco y yo casi caigo sobre él, sobre ese pequeño signo de interrogación formado por su cuerpo. Mi pelo apesta a humo.

—¿Estás bien? —susurra Julián, encontrando mi mano en la oscuridad.

—Sí —contesto en voz igualmente baja.

—¿Está bien la mujer?

—Muerta —me limito a decir.

Julián contiene el aliento y noto que su cuerpo se tensa tras de mí.

—Lo siento, Lena.

—No se puede salvar a todos —digo—. No es así como funciona.

Eso es lo que diría Tack, y sé que es verdad, aunque en mi interior yo aún no me lo creo del todo.

Julián me abraza, me besa en la coronilla y entonces me permito avanzar por el túnel del sueño, alejándome del olor a quemado.

Una noche más, la niebla de mi sueño se ve perturbada por una imagen: dos ojos que flotan en las tinieblas. Luego, los ojos se convierten en discos de luz, faros que se dirigen hacia mí: estoy paralizada en mitad de una carretera, huele a basura y a tubos de escape de los coches... Estoy agarrotada, inmóvil, en el calor rugiente de un motor...

Me despierto justo antes de medianoche, cubierta de sudor.

Esto no puede estar sucediendo. No a mí.

Me levanto y me dirijo a tientas hacia el baño, me golpeo la espinilla con una de las cajas sin deshacer que hay en mi cuarto. Aunque hicimos la mudanza a finales de enero, hace más de dos meses, no me he preocupado de desempaquetar más que lo básico. Dentro de menos de tres semanas, me habré casado y tendré que volver a trasladarme. Además, mis cosas de antes, los animalitos de peluche, los libros y las curiosas figuritas de porcelana que coleccionaba de niña, y a no significan demasiado para mí.

En el baño, me echo agua fría en la cara intentando borrar el recuerdo de esos faros-ojos, la opresión en el pecho, el miedo a ser aplastada. Me digo a mí misma que no significa nada, que la cura funciona de manera distinta en cada persona.

Al otro lado de la ventana, la luna brilla, redonda. Aprieto la nariz contra el cristal. En la acera de enfrente hay una casa casi idéntica a la nuestra y, junto a ella, otra que es exactamente igual. Y así una y otra, decenas: los mismos tejados a dos aguas, de construcción reciente pero con aspecto antiguo.

Siento la necesidad de moverme. Antes sentía eso todo el tiempo, cuando el cuerpo me pedía a gritos que saliera a correr. Desde la operación no he salido más que una o dos veces, las pocas en que lo he intentado no ha sido igual, e incluso ahora la idea no me parece atractiva. Pero quiero hacer algo.

Me pongo un pantalón viejo de chándal y una sudadera oscura. Me pongo también una vieja gorra de béisbol que pertenecía a mi padre, en parte para mantener el pelo bajo control y en parte para que, si resulta que hay alguien fuera, no me reconozca. Técnicamente no es ilegal que salga pasada la hora del

toque del queda, pero no me apetece enfrentarme a las preguntas de mis padres. No es algo que Hana Tate, que pronto será Hana Hargrove, haría. No quiero que sepan que me está costando dormir. No quiero darles motivos para sospechar.

Me ato las deportivas y camino de puntillas hasta la puerta del dormitorio. El verano pasado, yo solía salir a escondidas todo el tiempo. Una vez fui a una macrofiesta prohibida en una nave detrás de Otrembas Paints, y también al concierto en Deering Highlands donde se produjo una redada; luego hubo noches en la playa de Sunset Park y citas ilegales con muchachos incurados, incluyendo aquella vez en Back Cove en que dejé que Steve Hilt pusiera una mano en mi muslo desnudo y el tiempo pareció detenerse.

Steven Hilt: cejas oscuras, dientes limpios y rectos, olor a agujas de pino, el desfondamiento en el estómago cada vez que me miraba.

Los recuerdos parecen fotos de una vida ajena.

Bajo con cuidado en medio de un silencio casi total. Encuentro el pestillo de la puerta principal y lo giro poco a poco, de forma que el cerrojo retrocede sin ruido.

Sopla un viento helado que mueve las matas de acebo que bordean nuestro patio, justo por dentro de la verja de hierro. Los arbustos también son un rasgo distintivo de la urbanización WoodCove Farms: *Para su seguridad y protección*, decían los folletos de la inmobiliaria, y *una verdadera intimidación*.

Me detengo, esperando por si se oye ruido de patrullas. Nada. Pero no deben estar demasiado lejos. WoodCove hace gala de un cuerpo voluntario de guardia que opera las veinticuatro horas, siete días a la semana. Sin embargo, la urbanización es amplia, tiene muchas calles sin salida y ramales separados. Con un poco de suerte, podré evitar a los vigilantes.

Bajo por el paseo delantero y por el sendero de baldosas hasta la cancela. Un remolino de murciélagos negros cruza por delante de la luna, y sus sombras se deslizan por el césped. Me estremezco. Ya se me están quitando las ganas. Pienso en volver a la cama, en acurrucarme entre las suaves mantas y las almohadas que huelen a limpio y en despertarme descansada para tomarme un estupendo desayuno a base de huevos revueltos.

Se oye un ruido en el garaje. Me doy la vuelta. La puerta está entreabierta.

Lo primero que se me ocurre es que se trata de un fotógrafo. Alguno de ellos habrá saltado la verja y se ha instalado en el patio. Pero enseguida desecho la idea. La señora Hargrove ha orquestado cuidadosamente todas nuestras apariciones en prensa y, por el momento, yo no he recibido ninguna atención a menos que estuviera con Fred.

Mi segunda idea es: *Ladrón de gasolina*. Hace poco, debido a las restricciones ordenadas por el gobierno, en especial en los barrios más pobres, ha habido una escalada de robos por la ciudad. Fue especialmente malo en invierno. Vaciaban de petróleo las calderas, a los coches les quitaban la gasolina, atacaban y

destrozaban casas. Solo en febrero hubo doscientos robos, el número más alto de delitos desde que se impuso la obligatoriedad de la cura hace cuarenta años.

Le doy vueltas a la idea de volver adentro y despertar a mi padre. Pero eso significaría preguntas y explicaciones.

Por eso lo que hago es cruzar el patio hacia el garaje, manteniendo la vista en la puerta entreabierta, a la busca de señales de movimiento. La hierba está cubierta de rocío, que enseguida me empapa las deportivas. Tengo una sensación como de picor por todo el cuerpo. Alguien me observa.

Una ramita se rompe detrás de mí. Me giro rápidamente. Una oleada de viento mueve el acebo. Tomo aire profundamente y me vuelvo hacia el garaje. Me palpita el corazón en la garganta, una sensación incómoda y poco familiar. No he tenido miedo, miedo de verdad, desde la mañana de mi cura, cuando ni siquiera podía desatarme el camión del hospital por cómo me temblaban las manos.

—¿Hola?—digo en un susurro.

Se oye otro ruido. Está claro que en el garaje hay algo o alguien. Me mantengo a un metro de la puerta, rígida de miedo.

Absurdo. Esto es absurdo. Voy a entrar en casa y a despertar a papá. Le diré que he oído un ruido y ya me ocuparé de las preguntas más tarde.

Entonces oigo, débilmente, un maullido. Por la puerta abierta, unos ojos de gato me miran un instante.

Suelto el aire. Un gato callejero, nada más. Portland está lleno de ellos. También de perros. La gente los compra y después no puede permitirse mantenerlos, o no quiere hacerlo, y los sueltan por las calles. Llevan años criando. He oído que hay jaurías enteras de perros salvajes que vagan por la zona de Highlands.

Avanzo lentamente. El gato me observa. Coloco la mano en la puerta del garaje y la abro con cuidado unos pocos centímetros más.

—Venga —le digo con voz zalamera—. Sal de ahí.

El animal se vuelve hacia el interior del garaje. Pasa junto a mi vieja bici, golpeándola contra el sujetabicis. La bici se tambalea y me apresuro a agarrarla antes de que caiga al suelo con estrépito. El manillar está cubierto de polvo, puedo notar la mugre incluso en esta oscuridad de lobo.

Sostengo la bici con una mano, para mantenerla derecha, y tanteo con la otra buscando el interruptor de la pared. Enciendo las luces superiores.

Al momento se recupera la normalidad del garaje: el coche, los cubos de basura, el cortacésped en la esquina, latas de pintura y bidones de gasolina almacenados ordenadamente en un rincón, en pirámide. El gato se ha acurrucado junto a ellos. Al menos parece relativamente limpio, no le sale espuma por la boca ni está cubierto de pupas. Nada que dé miedo. Doy un paso más hacia él y sale disparado. Esta vez da la vuelta alrededor del coche y,

pasando a mi lado, sale al patio.

Al apoyar la bici en la pared del garaje, reparo en el gastado sujetapelo morado que aún sigue anudado a uno de los manillares. Lena y yo teníamos bicis idénticas, pero ella me vacilaba diciendo que la suya era más rápida. Siempre estábamos cambiándolas sin querer, después de dejarlas en la hierba o en la playa. Ella se subía al sillín de la mía, casi no llegaba a los pedales, y yo me montaba en la suya, encogida como un niño pequeño, y volvíamos a casa pedaleando juntas, entre risas histéricas.

Un día compré dos bandas elásticas en la tienda de su tío, una morada para mí y otra azul para ella, e insistió en que las pusiéramos en los manillares para que pudiéramos distinguirlas.

La mía está llena de suciedad. No he montado en bici desde el verano pasado. Esta afición, como Lena, se ha desvanecido en el pasado. ¿Cómo es que ella y yo éramos tan buenas amigas? ¿De qué hablábamos? No teníamos nada en común. No nos gustaba la misma comida ni la misma música. Ni siquiera creíamos en las mismas cosas.

Y luego ella se fue y me rompió el corazón, hasta el punto de que casi no podía respirar. Si no me hubieran curado, no sé lo que habría hecho.

En este momento puedo admitirlo: debo haber amado a Lena. No de una forma antinatural, pero mis sentimientos por ella deben haber sido como una especie de enfermedad. ¿Cómo puede tener alguien el poder de reducirte a polvo y también el de hacerte sentir tan plena?

La urgencia de pasear se ha desvanecido por completo. Todo lo que quiero es meterme en la cama.

Apago las luces y cierro la puerta del garaje, asegurándome de que oigo cómo se desliza el pasador.

Cuando me vuelvo hacia la casa, veo un trozo de papel tirado en el césped, y manchado por la humedad. No estaba aquí hace un minuto. Obviamente, alguien se ha colado por la cancela mientras yo estaba en el patio.

Alguien me observaba; hasta podría estar observándome en este momento.

Cruzo el patio lentamente. Me veo acercarme al panfleto. Me veo agacharme para recogerlo.

Es una foto en blanco y negro de mala calidad; sin duda, una copia del original. Muestra a un hombre y a una mujer que se besan. La mujer de la foto está inclinada hacia atrás, con los dedos entre el cabello del hombre. El sonríe mientras la besa.

En la parte de debajo de la octavilla se ven unas palabras impresas: SOMOS MÁS DE LOS QUE PENSÁIS.

Instintivamente, lo arrugo con el puño. Fred tenía razón. La Resistencia está aquí, escondida entre nosotros. Deben tener acceso a copiadoras, a papel, a mensajeros.



A lo lejos, golpea una puerta y me sobresalto. De repente, la noche parece viva. Prácticamente llego corriendo hasta el porche delantero y me olvido de no hacer ruido mientras entro por la puerta y la cierro con tres cerrojos. Durante un momento me quedo en el recibidor, con la octavilla hecha una pelota aún en la mano, aspirando los olores familiares a limpiador y a cera de muebles.

En la cocina, tiro el papel a la basura. Luego, pensándolo mejor, lo echo en el triturador. Ya no me importa despertar a mis padres. Solo quiero librarme de la foto, librarme de las palabras, que son una clara amenaza: *Somos más de los que pensáis*.

Me lavo las manos con agua caliente y vuelvo a tuestas, torpemente, a mi habitación. Ni siquiera me preocupo de desvestirme, simplemente me quito las zapatillas y la gorra de béisbol y me meto entre las sábanas. Aunque la calefacción está encendida, sigo sin sentir calor.

Me atrapan largos dedos oscuros. Manos enfundadas en terciopelo, suave y perfumado, me van envolviendo la garganta, y Lena me susurra desde algún lugar lejano: *¿Qué hiciste?*, y luego, por fortuna, los dedos me sueltan, las manos se aflojan en torno a mi garganta, y caigo, caigo en un sueño profundo y sin sueños.

Abro los ojos. Una borrosa luz verde ilumina la tienda: es el reflejo del sol al transformarse en color cuando penetra por las finas paredes de tela. Por debajo de mí, el suelo está ligeramente húmedo, como siempre por las mañanas: la tierra desprende rocío, se quita de encima la escarcha nocturna. Oigo voces y el entrec chocar de cacharros metálicos. Julián no está.

No puedo recordar cuánto tiempo ha pasado desde que dormí tan profundamente. Ni siquiera recuerdo haber soñado. Me pregunto si esto es lo que significa estar curada: te levantas despejada y renovada, sin que te hayan molestado los largos dedos de sombra que acechan durante el sueño.

Fuera, el aire es sorprendentemente cálido. El canto de los pájaros inunda el bosque. Las nubes se deslizan borrachas por un cielo azul pálido. La Tierra Salvaje confirma audazmente la llegada de la primavera, como los primeros orgullosos petirrojos de pecho hinchado que aparecen en marzo.

Bajo al pequeño arroyo de donde estamos cogiendo el agua. Dani acaba de salir después de bañarse y está de pie totalmente desnuda, secándose el pelo con una camiseta. La desnudez solía chocarme, pero ya casi ni la noto; ella podría ser una nutria oscura que se seca al sol con el pelaje resbaladizo por el agua. Aun así, continúo corriendo abajo, me quito la camiseta y me echo agua por la cara y en las axilas, hundo la cabeza en el arroyo y jadeo un poco al sacarla. Sigue estando helada y no me apetece sumergirme del todo.

De vuelta en el campamento, veo que se han llevado el cuerpo de la anciana. Seguramente ya habrán encontrado dónde enterrarla. Me acuerdo de Blue, a la que tuvimos que dejar en la nieve mientras el hielo formaba una capa sobre sus oscuras pestañas y sellaba sus ojos cerrados, y de Miyako, a la que incineramos. Fantasmas, sombras en mis sueños. Me pregunto si alguna vez me veré libre de ellas.

—Buenos días, belleza —dice Raven sin alzar la vista de la chaqueta que está remendando. Sostiene varias agujas en la boca, como un abanico entre sus dientes, y habla a pesar de ellas—. ¿Has dormido bien? —no espera a que conteste—. Hay algo de papeo en el fuego, así que cómetelo antes de que Dani

vuelva a por una segunda ronda.

La muchacha a la que rescatamos anoche está despierta y sentada cerca de Raven, a poca distancia de la lumbre, con una manta roja sobre los hombros. Es incluso más guapa de lo que me había parecido. Tiene los ojos de un intenso color verde y su piel es luminosa y de aspecto suave.

—Hola —digo mientras me sitúo entre ella y la hoguera.

Me devuelve una sonrisa tímida, pero no habla y yo siento una oleada de compasión por ella. Me acuerdo de lo aterrorizada que estaba cuando escapé a la Tierra Salvaje y me encontré en mitad de un grupo con Raven, Tack y los demás. Me pregunto de dónde vendrá esta chica y qué cosas terribles habrá visto.

Al borde de la hoguera hay un perol abollado, medio enterrado en la ceniza. Dentro queda un poco de estofado de avena y alubias negras, lo que sobró anoche. Está tan cocido que tiene una textura crujiente y casi no sabe a nada. Me echo un poco en una taza de lata y me obligo a comerlo rápidamente.

Cuando estoy terminando, Álex sale de los bosques con paso enérgico, cargando un contenedor de plástico con agua. Alzo la mirada instintivamente para ver si se da cuenta de mi presencia, pero, como de costumbre, mantiene la mirada fija en el aire por encima de mi cabeza.

Pasa junto a mí y se detiene al lado de la chica nueva.

—Toma —dice. Su voz suena suave, es la voz del Álex de antes, el Álex de mis recuerdos—. Te he traído un poco de agua. No te preocupes, está limpia.

—Gracias, Álex —contesta la chica. El nombre me suena mal cuando lo pronuncia ella y me provoca una sensación de desconcierto, como cuando era niña y acudía al Festival de la Fresa en el Paseo de Eastern Prom y entraba en la Casa de los Espejos, como si todo estuviera distorsionado.

Tack, Pike y algunos otros salen de entre los árboles detrás de Álex, abriéndose paso con esfuerzo entre las ramas. Julián es uno de los últimos, y me pongo de pie y me dirijo corriendo hacia él, lanzándome a sus brazos.

—Pero bueno —se ríe, se echa un poco hacia atrás y me abraza, mostrándose sorprendido y encantado. Nunca soy tan cariñosa con él durante el día, delante de los demás—. ¿A qué ha venido eso?

—Te echaba de menos —digo, me falta el aliento sin saber por qué. Apoyo la frente en su clavícula, coloco una mano en su pecho. Su ritmo me reconforta. Él es real, él es el ahora.

—Hemos hecho un barrido completo —cuenta Tack—. Un círculo de cinco kilómetros. Todo parece en orden. Los carroñeros deben haberse ido en otra dirección.

Julián se tensa. Me vuelvo a mirar a Tack.

—¿Carroñeros? —pregunto.

Tack me lanza una mirada y no contesta. Se ha detenido ante la chica nueva. Álex sigue sentado junto a ella. Sus brazos están separados apenas por unos

centímetros y empiezo a observar fijamente el espacio entre sus hombros y codos, que forman como la mitad de un reloj de arena.

—¿No te acuerdas de qué día llegaron? —pregunta Tacka la muchacha, y me doy cuenta de que se esfuerza por no mostrar su inquietud. En apariencia, él es todo furia, furia y brusquedad, igual que Raven. Por eso se llevan tan bien.

La muchacha se muerde el labio. Álex le acaricia la mano, suave, reconfortante, y de pronto yo me revuelvo, de la cabeza a los pies, con la sensación de que voy a vomitar.

—Venga, Coral —dice. Coral. Claro, tenía que llamarse Coral. Algo bello, delicado y especial.

—Es... es que no me acuerdo.

Tiene la voz casi tan grave como los chicos.

—Inténtalo —dice Tack. Raven le mira airada. Su gesto es claro: *No te pases*.

La muchacha se ciñe algo más la manta en torno a los hombros. Se aclara la garganta.

—Llegaron hace pocos días, tres o cuatro, no sé exactamente. Habíamos encontrado un viejo granero, casi intacto... Dormíamos allí. Éramos un grupo pequeño: David y Tígg y... y Nan —su voz se quiebra un poco y contiene el aliento—. Y algunos más, ocho en total. Llevábamos juntos desde que vine por primera vez a la Tierra Salvaje. Mi abuelo era un sacerdote de una de las antiguas religiones —alza la vista desafiante, como retándonos a que la critiquemos—. Se negó a convertirse al Nuevo Orden y fue asesinado —se encoge de hombros—. Desde entonces, mi familia fue perseguida. Y cuando resultó que mi tía era simpatizante... Bueno, nos pusieron en la lista negra. No podíamos conseguir trabajo ni que nos asignaran pareja, por mala que fuese. No había un casero en todo Boston que quisiera alquilarnos una casa, aunque tampoco teníamos con qué pagar...

Su voz se ha ido llenando de amargura. Me doy cuenta de que es solo la experiencia traumática que acaba de vivir lo que le da un aspecto frágil. En circunstancias normales es una líder, como Raven. Como Hana.

Siento otro ataque de envidia al ver cómo la mira Álex.

—Los carroñeros —la anima Tack.

—Déjalo, Tack —interrumpe Raven—. No está preparada para hablar de eso.

—No, sí, sí que puedo. Es que... casi no me acuerdo... —vuelve a mover la cabeza, esta vez con aire confundido—. Nan tenía un problema con las articulaciones. No le gustaba estar sola en la oscuridad cuando tenía que ir al baño. Le daba miedo caerse —se aprieta más las rodillas contra el pecho—. Nos turnábamos para acompañarla. Aquella noche me tocaba a mí. Esa es la única razón por la cual no estoy... Es la única razón...

Se interrumpe.

—¿Así que los otros están muertos? —la voz de Tack suena a hueco.

Ella asiente. Dani murmura *joder* y lanza con el pie algo de tierra al aire, a ningún sitio en particular.

—Quemados —dice la chica—. Mientras dormían. Vimos cómo ocurría. Los carroñeros rodearon el sitio y ¡paf!... Ardió como una tea. Nan perdió la cabeza. Se echó a correr directamente hacia el granero. Yo fui tras ella... Después ya no recuerdo mucho. Me pareció que ella estaba en llamas... y luego recuerdo que me desperté en una zanja y estaba lloviendo... y después nos encontrasteis...

—Joder, joder, joder —cada vez que Dani pronuncia la palabra, le da una patada a un puñado de tierra.

—No ayudas —estalla Raven.

Tack se frota la frente y suspira.

—Se han ido de la zona —dice—. Eso nos da un margen. Esperemos que nuestros caminos no se crucen.

—¿Cuántos eran? —le pregunta Pike. Ella mueve la cabeza—. ¿Cinco? ¿Seis? ¿Diez? Venga, tienes que darnos algo con lo que...

—Yo lo que quiero saber es por qué —interrumpe Álex. Aunque habla en tono bajo, al instante todos se quedan callados y escuchan. Eso me encantaba de él: la forma en que puede hacerse con el control de una situación sin alzar la voz, la autoridad y confianza que irradia siempre.

Y ahora se supone que no debo sentir nada, así que me centro en pensar que Julián está detrás de mí, solo a unos centímetros de distancia, en que las rodillas de Álex y Coral casi se tocan y en que él no se aparta y parece tomárselo con mucha naturalidad.

—¿Por qué atacar? ¿Por qué quemar el granero? No tiene sentido —Álex mueve la cabeza—. Todos sabemos que los carroñeros se dedican a saquear y robar, no a destruir. Esto no fue un robo, fue una masacre.

—Los carroñeros trabajan con la ASD —dice Julián. Pronuncia las palabras con fluidez, aunque debe costarle. La ASD era la organización de su padre, la obra de su familia, y hasta que él y yo nos vimos metidos en la misma celda hace unas pocas semanas, también era su proyecto vital.

—Exacto —Álex se pone de pie. Aunque Julián y él están otra vez hablando, respondiéndose, se niega a mirar hacia nosotros. Mantiene la mirada fija en Raven y en Tack—. Para ellos ya no tiene que ver con la supervivencia, ¿verdad? Tiene qué ver con que están a sueldo de alguien a quien obedecen. Las apuestas son más altas y los objetivos son distintos.

Nadie le contradice. Todos sabemos que tiene razón. A los carroñeros nunca les ha importado la cura. Vinieron a la Tierra Salvaje porque no pertenecían a la sociedad normal, o porque los echaron. Vinieron sin ninguna afiliación ni lealtad a nada, sin ideales ni sentido del honor. Y aunque siempre han sido despiadados, sus ataques antes tenían una función: saqueaban y robaban, se llevaban suministros y armas y no les importaba matar para lograrlo.

Pero asesinar sin sentido y sin un objetivo...

Eso es muy diferente. Eso es asesinar por encargo.

—Van a por nosotros —Raven habla lentamente, como si la idea acabara de ocurrírsele. Se vuelve a Julián—. Van a acosarnos y a cazarnos como... como a animales, ¿no?

En ese momento, todos le miran: algunos, con curiosidad; otros, con resentimiento.

—No lo sé —dice las palabras con un leve tartamudeo. Luego continúa—: No pueden permitir que sigamos vivos.

—¿Ahora ya puedo decir *joder*? —pregunta Dani sarcásticamente.

—Pero si la ASD y los reguladores están usando a los carroñeros para acabar con nosotros, eso significa que la Resistencia tiene poder —protesto yo—. Nos ven como una amenaza. Eso es algo positivo.

Durante años, los inválidos que vivían en la Tierra Salvaje estuvieron protegidos por el gobierno, cuya postura oficial era que la enfermedad, *deliria nervosa de amor*, había sido totalmente erradicada durante la gran campaña de bombardeo aéreo y que todas las personas infectadas habían sido eliminadas. Ya no había amor. Reconocer que existían comunidades inválidas habría sido admitir su fracaso.

Pero ahora la propaganda no funciona. La Resistencia se ha hecho demasiado amplia y demasiado visible. Ya no pueden ignorarnos por más tiempo, o fingir que no existimos, así que ahora tienen que intentar borrarlos del mapa.

—Sí, veremos lo bien que nos va cuando los carroñeros nos frían mientras dormimos —replica Dani.

—Por favor —Raven se pone de pie. Una tira blanca cruza su pelo negro. Nunca me había dado cuenta antes, y me pregunto si siempre la ha llevado o se la ha puesto hace poco—. Simplemente, tendremos que tener más cuidado. Haremos mejores reconocimientos del terreno cuando vayamos a montar un campamento y pondremos guardia por la noche, ¿vale? Si vienen a cazarnos, tendremos que ser más listos y más rápidos. Y tendremos que trabajar juntos. Cada día somos más, ¿no? —mira deliberadamente a Pike y a Dani y luego dirige la vista a Coral—. ¿Te sientes fuerte para caminar?

Coral asiente:

—Creo que sí.

—Entonces, vamos —Tack se está poniendo nervioso. Deben de ser por lo menos las diez—. Hagamos una última ronda. Comprobad las trampas, empezad a recogerlo todo. Nos piramos en cuanto estemos listos.

Tacky y Raven ya no tienen el control incontestable del grupo, pero aún pueden conseguir que la gente se mueva y, en este caso, nadie discute. Llevamos casi tres días acampados cerca de Poughkeepsie y, ahora que hemos decidido adonde dirigirnos, todos estamos impacientes por llegar allí.

El grupo se dispersa cuando la gente se va metiendo entre los árboles. Llevamos menos de una semana viajando juntos pero cada uno ha asumido ya un papel diferente. Tack y Pike son los cazadores; Raven, Dani, Álex y yo nos turnamos comprobando las trampas; Lu transporta y hierve el agua; Julián recoge y descarga y vuelve a recoger. Otros remiendan la ropa y ponen parches en las tiendas. En la Tierra Salvaje, la existencia depende del orden.

En eso, los curados y los incurados están de acuerdo.

Me sitúo a la altura de Raven, que está subiendo una pequeña pendiente hacia una fila de cimientos de casas bombardeadas, donde antaño debió haber un bloque de viviendas. Por esta zona se ven huellas de mapaches.

—¿Va a venir con nosotros? —estallo.

—¿Quién? —Raven parece sorprendida de verme junto a ella.

—La chica —intento mantener un tono de voz neutro—. Coral.

Raven me mira arqueando una ceja.

—No es que tenga muchas opciones, ¿no? O viene con nosotros o se queda y se muere de hambre.

—Pero... —no puedo explicar por qué me empeño en que no deberíamos confiar en Coral—. No sabemos nada de ella.

Raven deja de caminar. Se vuelve hacia mí.

—No sabemos nada de nadie —dice—. ¿Aún no lo entiendes? Tú no sabes una mierda de mí, yo no sé una mierda de ti. Para el caso, tú no sabes una mierda de ti misma tampoco.

Me acuerdo de Álex, la extraña figura helada de un chico al que creí conocer una vez. Puede que él no haya cambiado tanto. Quizá yo nunca le conocí en absoluto.

Raven suspira y se frota la cara con las dos manos.

—Mira, lo que he dicho antes iba en serio. Todos estamos en esto juntos y tenemos que actuar así.

—Lo entiendo —digo. Miro atrás, hacia el campamento. Desde lejos, la manta roja sobre los hombros de Coral es una nota discordante, como una mancha de sangre en un suelo de madera pulida.

—Creo que no —dice Raven. Se coloca delante de mí obligándome a mirarla a los ojos: son duros, parecen casi negros—. Esto, lo que está sucediendo en este momento, es lo único que importa. No es un juego. No es una broma. Esto es la guerra. Es algo más grande que tú y que yo. Es más grande que todos nosotros juntos. Nosotros ya no importamos —su voz se suaviza—. ¿Te acuerdas de lo que siempre te he dicho? El pasado está muerto.

Me doy cuenta en ese momento de que está hablando de Álex. Empiezo a sentir una tensión en la garganta, pero me niego a permitir que me vea llorar. No voy a volver a llorar por Álex nunca más.

Echa a andar otra vez.

—Anda —me dice por encima del hombro—. Deberías ayudar a Julián a recoger las tiendas.

Miro hacia atrás. Él ya tiene la mitad de las tiendas desmanteladas. Mientras le miro deshace una más, que se encoge hasta quedarse en nada, como cuando sale un champiñón pero al contrario.

—Lo tiene controlado —digo—. No me necesita.

Hago ademán de seguirla.

—Confía en mí —Raven se gira tan rápido que su negro pelo se extiende como un abanico a su espalda—. Te necesita.

Durante un instante nos quedamos ahí, mirándonos la una a la otra. Algo relampaguea en sus ojos, una expresión que no consigo descifrar. Una advertencia, tal vez.

Luego forma una sonrisa con los labios.

—Sigo estando al mando, ya sabes —dice—. Tienes que hacerme caso.

Así que me doy la vuelta y bajo la colina hacia el campamento, hacia Julián, que me necesita.



Por la mañana me despierto un poco desorientada. La habitación está bañada en luz. Se me debe de haber olvidado cerrar las persianas.

Me incorporo, empujo la ropa a los pies de la cama. Las gaviotas chillan desde fuera y, al ponerme de pie, veo que el sol le ha dado a la hierba un tono verde intenso.

En mi mesa de estudio encuentro una de las pocas cosas que me he preocupado de sacar: *Tras la cura*, un grueso manual que me regalaron después de la operación y que, según reza en la introducción, *contiene la respuesta a las preguntas más comunes, y a las menos comunes, en torno al procedimiento quirúrgico y sus efectos*.

Paso las hojas rápidamente hasta el capítulo sobre los sueños y echo un vistazo a varias páginas que explican, en aburridos términos científicos, un efecto colateral no deseado de la cura: dormir sin soñar. Luego capto una frase que hace que me den ganas de abrazar el libro contra mi pecho:

*Como hemos remarcado a menudo, las personas son diferentes unas de otras, y aunque la operación minimiza las variaciones en temperamento y personalidad, necesariamente debe actuar de manera distinta para cada una. En torno a un cinco por ciento de las personas curadas siguen soñando cuando duermen.*

Un cinco por ciento. No es un porcentaje enorme, pero al menos tampoco es tan pequeño como para que incluya solo a bichos raros.

Me siento mejor de lo que me he sentido en muchos días. Cierro el libro. Acabo de tomar una decisión.

Hoy voy a ir en bici a la casa de Lena.

Hace meses que no me acerco a su casa, en la calle Cumberland. Esta será mi forma de rendir homenaje a nuestra antigua amistad y de calmar los sentimientos negativos que me han estado inquietando desde que vi a Jenny. Puede que Lena sucumbiera a la enfermedad, pero, por otro lado, aquello fue en parte por mi culpa.

Debe ser por eso que aún pienso en ella. La cura no suprime todos los sentimientos, y el de culpa sigue abriéndose paso.

Iré en bici hasta la casa donde vivía y me aseguraré de que todos están bien, y así me sentiré mejor. La culpa requiere absolución, y yo no me he absuelto a mí misma por mi parte en su delito. Tal vez, pienso, hasta les lleve un poco de café. A su tía Carol le encantaba.

Luego volveré a mi vida.

Me echo agua en la cara, me pongo unos vaqueros y mi forro polar favorito, desgastado después de años de lavados, y me recojo el pelo descuidadamente en un moño. Lena solía hacer un gesto cuando lo llevaba así. *Es injusto*, decía. *Si yo intentara ponérmelo así, parecería que llevo en la cabeza un nido en el que ha cagado un pájaro.*

—¿Hana? ¿Va todo bien? —me grita mi madre desde el pasillo con la voz amortiguada, preocupada. Abro la puerta.

—Sí —contesto—. ¿Por qué?

Me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Estabas... estabas cantando?

Debo haber estado tarareando sin darme cuenta. Siento un ramalazo de vergüenza.

—Estaba intentando acordarme de la letra de una canción que me puso Fred —digo rápidamente—. No puedo recordar más que unas pocas palabras.

La cara de mi madre se relaja.

—Estoy segura de que puedes encontrarlo en la Biblioteca de Música Autorizada —dice. Alarga la mano y me acaricia la barbilla, mientras me examina la cara durante un momento—. ¿Has dormido bien?

—Perfectamente —digo. Me separo de ella y voy hacia las escaleras.

Abajo, papá merodea por la cocina. Está vestido para ir al trabajo, excepto por la corbata. Solo con mirarle el pelo, me doy cuenta de que lleva un rato viendo las noticias. Desde el otoño pasado, cuando el gobierno hizo pública su primera declaración reconociendo la existencia de los inválidos, insiste en tener puestos los informativos de manera casi constante, incluso cuando no estamos en casa. Mientras mira la pantalla, se retuerce el pelo entre los dedos.

En la pantalla, una mujer con los labios naranjas por el carmín está diciendo: *Esta mañana, ciudadanos indignados han irrumpido en la comisaría de la calle State Street exigiendo saber cómo es posible que los inválidos pudieran moverse libremente por las calles de la ciudad para distribuir sus amenazas...*

El señor Roth, nuestro vecino, está sentado a la mesa de la cocina, dando vueltas a una taza de café que tiene entre las manos. Se está convirtiendo en una costumbre en nuestra casa.

—Buenos días, Hana —dice sin apartar la vista de la pantalla.

—Hola, señor Roth.

A pesar de que los Roth viven enfrente de nosotros y de que la señora Roth no hace más que hablar de la ropa nueva que le ha comprado a su hija mayor,

Victoria, sé que lo están pasando mal. Ninguno de sus hijos se ha casado particularmente bien, sobre todo debido a un pequeño escándalo en el que estuvo implicada Victoria, de la que se rumoreaba que tuvo que someterse a la operación antes de lo previsto, a raíz de que la pillaran por la calle después del toque de queda. La carrera del señor Roth se estancó y los síntomas de dificultades económicas son visibles: ya no usan su coche aunque sigue aparcado, todo reluciente, en el sendero más allá de la cancela. Y las luces se apagan muy temprano; obviamente, están intentando ahorrar electricidad. Sospecho que el señor Roth se pasa tanto por aquí porque ya no tiene una tele que funcione.

—Hola, papá —digo mientras paso junto a la mesa de la cocina.

Me contesta con un gruñido, mientras sigue tirándose del pelo y dándole vueltas. El presentador dice: *Las octavillas se distribuyeron en decenas de barrios distintos, hasta en patios de jugos y escuelas primarias.*

Las imágenes muestran a una multitud de manifestantes en las escaleras del Ayuntamiento. Las pancartas dicen: *Recuperad nuestras calles y América sin Deliria*. La ASD ha recibido mucho apoyo desde que su líder, Thomas Fineman, fuera asesinado. Ya lo están tratando como a un mártir y se han celebrado muchos homenajes por todo el país.

*¿Por qué nadie está haciendo nada para protegernos?*, declara un hombre ante un micrófono. Tiene que gritar para que se le oiga por encima de las voces de los otros manifestantes. *Se supone que la policía debe mantenernos a salvo de esos lunáticos. Y, sin embargo, esos perturbados llenan nuestras calles.*

Me acuerdo de lo frenética que estaba y o anoche por librarme de la octavilla, como si hacerlo significara que nunca había existido. Pero, por supuesto, los inválidos no nos eligieron a nosotros como objetivo específico.

—¡Es indignante! —explota mi padre. Le he visto alzar la voz solo dos o tres veces en mi vida, y tan solo perdió totalmente los papeles una vez: cuando hicieron públicos los nombres de las personas que habían sido asesinadas durante los atentados terroristas y Frank Hargrove, el padre de Fred, figuraba entre los que aparecían como muertos. Estábamos todos viendo la tele en el estudio y, de repente, mi padre se volvió y lanzó el vaso contra la pared. Fue tan sorprendente que mi madre y yo no pudimos evitar quedarnos mirándole fijamente. Nunca olvidaré lo que dijo aquella noche: *Los deliria nervosa de amor no son una enfermedad de amor. Son una enfermedad de egoísmo*—. ¿De qué sirve una Administración de la Seguridad Nacional si...

El señor Roth interviene:

—Venga, Richard, siéntate. Te estás disgustando.

—Claro que me estoy disgustando. Esas cucarachas...

En la despensa, las cajas de cereales y los paquetes de café están alineados rigurosamente. Me coloco un paquete de café bajo el brazo y reordeno los que

quedan para que no se note el hueco. Luego cojo una rebanada de pan y le pongo un poco de mantequilla de cacahuete, aunque las noticias han matado mi apetito casi por completo.

Vuelvo a cruzar la cocina y estoy a mitad del pasillo cuando mi padre se vuelve y me dice a gritos:

—¿Adonde vas?

Ladeo el cuerpo para que no vea el paquete de café.

—Se me había ocurrido ir a dar una vuelta en bici —digo alegremente.

—¿Una vuelta en bici? —repite mi padre.

—El vestido de novia me está un poco justo —hago un expresivo gesto con la rebanada doblada que llevo en la mano—. Estoy comiendo más por el estrés, supongo.

Al menos, mi habilidad para mentir no ha cambiado desde la operación.

Mi padre frunce el ceño.

—Pero mantente lejos del centro, ¿vale? Hubo un incidente anoche...

—Gamberros —dice el señor Roth—. Eso es todo.

En este momento, la tele muestra imágenes del atentado terrorista de enero: el derrumbamiento repentino del lado este de las Criptas, imágenes captadas con poca calidad por una cámara de mano; el fuego que se alza desde el Ayuntamiento; la gente que sale corriendo de autobuses que no pueden circular; gente asustada y confundida por la calle; una mujer acurrucada en la bahía, con el vestido ondeando, gritando que ha llegado el día del Juicio; una nube de polvo que flota por encima de la ciudad y lo vuelve todo de color blanco tiza.

—Esto es solo el principio —dice mi padre bruscamente—. Evidentemente, ellos querían que el mensaje fuera una advertencia.

—No lograrán hacer nada. No están organizados.

—Eso es lo que todo el mundo dijo el año pasado y acabamos con un agujero en las Criptas, un alcalde muerto y la ciudad llena de psicópatas. ¿Sabes cuántos presos escaparon aquel día? Trescientos.

—Desde entonces hemos incrementado la seguridad —insiste el señor Roth.

—La seguridad no impidió que anoche los inválidos trataran a Portland como una oficina de correos gigante. ¿Quién sabe lo que podría suceder? —suspira y se frota los ojos. Luego se vuelve hacia mí—. No quiero que mi única hija salte en pedazos.

—No voy a ir al centro, papá —digo—. Me voy a quedar fuera de la península, ¿vale?

Asiente y se vuelve hacia la televisión.

Una vez fuera, me quedo en el porche y me como el pan con una mano, manteniendo el paquete de café bajo el brazo. Me doy cuenta, demasiado tarde, de que tengo sed. Pero no quiero volver a entrar.

Me arrodillo, meto el café en mi vieja mochila, que sigue oliendo débilmente

al chicle de fresa que solía tomar, y me calo la gorra de béisbol otra vez sobre la coleta. También me pongo gafas de sol. No es que me dé un miedo especial que me descubran los fotógrafos, pero no quiero arriesgarme a encontrarme con nadie conocido.

Saco la bici del garaje y salgo a la calle pedaleando. Todos dicen que montar en bici es una habilidad que no se olvida nunca, pero por un momento, al subirme al sillín, me desequilibro como un niño pequeño que está aprendiendo.

Me tambaleo durante algunos segundos, pero luego consigo encontrar el equilibrio. Dirijo la bici colina abajo y desciendo por Brighton Court hacia la verja que marca el límite de la urbanización WoodCove Farms.

Hay algo muy reconfortante en el ruido de las ruedas sobre el pavimento y en sentir el viento en la cara, limpio y fresco. Ya no experimento las mismas sensaciones que cuando iba a correr, pero me proporciona satisfacción, como meterme entre sábanas limpias al final de un largo día.

Hace un día perfecto, brillante y sorprendentemente frío. En un día así, parece imposible imaginar que la mitad del país esté asolada por levantamientos de insurgentes y que los inválidos se muevan por Portland como las aguas residuales, difundiendo un mensaje de pasión y violencia. Parece imposible imaginar que pase algo malo en el mundo entero.

Un macizo de pensamientos se inclina como asintiendo, como si estuvieran de acuerdo, cuando paso rápidamente a su lado, dejándome llevar por la cuesta abajo. Paso a toda velocidad por la verja y más allá de la puerta sin detenerme. Alzo una mano en un gesto de rápido saludo, aunque dudo que Saúl me reconozca.

Fuera de la urbanización, cambia rápidamente el aspecto de la zona. Parcelas de propiedad pública junto a solares abandonados. Hay tres parques de caravanas seguidos, llenos de barbacoas y chimeneas exteriores, y rodeados de una película de humo y ceniza, ya que la gente que vive aquí usa la electricidad muy escasamente.

La avenida Brighton me lleva hasta la península y, técnicamente, más allá de la frontera y hacia el centro de Portland. Pero el Ayuntamiento y el grupo de edificios municipales y laboratorios donde se ha reunido la gente para protestar aún quedan a varios kilómetros de distancia. Las casas a esta distancia de Old Port no tienen más que unos pocos pisos de altura y están intercaladas con *delicatessen* en las esquinas, lavanderías baratas, iglesias destartaladas y gasolineras que hace mucho que no se usan.

Intento acordarme de la última vez que fui a la casa de Lena en vez de venir ella a la mía, pero todo lo que me viene es una mezcla de años e imágenes, el olor de los raviolis de lata y de la leche en polvo. A Lena le daban vergüenza aquella vivienda estrecha y su familia. Sabía lo que decía la gente. Pero a mí siempre me gustó ir a su casa. No sé muy bien por qué. Creo que en aquel

momento era el desorden lo que me atraía: las camas apretujadas en el cuarto de arriba, los electrodomésticos que nunca funcionaban bien, los fusibles que saltaban continuamente, la lavadora que estaba ahí oxidándose y solo se usaba como un sitio para guardar la ropa de invierno.

Aunque han pasado ocho meses, me oriento sin dificultad para llegar a su casa; hasta me acuerdo de un atajo por un aparcamiento que llega hasta su calle.

Para entonces ya estoy sudando, así que paro la bici unas puertas antes de llegar a la casa de los Tiddle, me quito la gorra y me paso la mano por el pelo, para tener al menos un aspecto medianamente presentable. Se oye una puerta más allá y una mujer sale a su porche, abarrotado de muebles rotos que incluyen, misteriosamente, un asiento de inodoro con manchas de óxido. La mujer lleva una escoba y se pone a barrer, arriba y abajo, arriba y abajo, los mismos dos metros de porche, con los ojos fijos en mí.

El aspecto del barrio es peor, mucho peor, de lo que era antes. La mitad de las casas están cerradas con tablas. Me siento como un buzo que recorre el casco de un petrolero hundido.

Se mueven cortinas en las ventanas y tengo la sensación de que hay ojos que no veo pero que me siguen a medida que avanzo por la calle, y siento también el enfado que burbujea en todos esos hogares tristes que se derrumban.

Empiezo a sentirme muy tonta por haber venido. ¿Qué voy a decir? ¿Qué puedo decir?

Pero ahora que estoy tan cerca, no puedo darme la vuelta hasta verlo: el número 237, la antigua casa de Lena. En cuanto llego con la bici hasta la valla, me doy cuenta de que lleva cierto tiempo abandonada. Al tejado le faltan algunas tejas y las ventanas están tapadas con maderas color moho. Alguien ha pintado una enorme equis roja en la puerta principal, un símbolo de que la casa estaba contaminada por la enfermedad.

—¿Qué quieres?

Me doy la vuelta. La mujer del porche ha dejado de barrer, sujeta la escoba con una mano y se protege los ojos con la otra.

—Buscaba a los Tiddle —digo. Mi voz suena demasiado fuerte en la calle abierta. La mujer no deja de mirarme fijamente. Me obligo a acercarme a ella, cruzo la calle con la bici y me acerco a su puerta, aunque en mi interior algo se rebela y me dice que me vaya. Este no es mi sitio.

—Los Tiddle se mudaron el otoño pasado —dice, y se pone a barrer otra vez —. Aquí ya no eran bienvenidos. No después de... —se interrumpe de repente—. Bueno, da igual. No sé lo que habrá sido de ellos, ni me importa tampoco. Por lo que a mí respecta, pueden pudrirse en Highlands. Echando a perder el vecindario, haciendo que sea más duro para todos los demás...

—¿Es ahí adonde fueron? —me aferró a esa pequeña información—. ¿A Deering Highlands?

Al momento, noto que se ha puesto a la defensiva.

—¿A ti qué te importa? —dice—. ¿Eres de la Joven Guardia o algo así? Este es un buen vecindario, un barrio limpio —golpea el porche con la escoba, como si intentara aplastar insectos invisibles—. Leemos el *Manual* cada día y yo he pasado mis revisiones como todo hijo de vecino. Pero la gente sigue viniendo a preguntar e inmiscuirse, a causar problemas...

—No soy de la ASD —digo para tranquilizarla—. Y no tengo intención de causar problemas.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? —me mira intensamente con los ojos entrecerrados y veo una lucecilla en su mirada: mi cara le suena—. Oye, ¿tú has estado antes por aquí?

—No —digo rápidamente, y me vuelvo a calar la gorra en la cabeza. Aquí y a no voy a recibir más ayuda, de eso estoy segura.

—Estoy convencida de que te conozco de algo —dice la mujer mientras me subo a la bici. Sé que enseguida le vendrá a la mente: *Esa es la chica a la que emparejaron con Fred Hargrove*.

—No me conoce de nada —replico, y salgo a la calle con la bici.

Debería pasar de todo. Sé que debería pasar. Pero ahora más que nunca siento la necesidad urgente de volver a ver a la familia de Lena. Tengo que saber lo que ha sucedido desde que ella se fue.

No he vuelto a Deering Highlands desde el verano pasado, cuando Alex, Lena y yo pasábamos el tiempo en la casa del número 37 de la calle Brooks, una de las muchas viviendas abandonadas de esa zona. Esa es la casa donde Lena y Alex fueron atrapados por los reguladores y desde donde intentaron escapar en el último momento.

Deering Highlands, también, tiene un aspecto más estropeado de lo que yo recordaba. Hace años, el barrio estaba prácticamente abandonado, tras una serie de redadas en la zona que le dieron fama de ser una zona contaminada. Cuando era pequeña, los niños mayores solían contar historias de fantasmas de los incurados que habían muerto de *deliria nervosa de amor* y seguían errando por las calles. Nos retábamos unos a otros para ir a Highlands y tocar alguna casa abandonada. Tenías que aguantar con la mano allí durante diez segundos completos, lo suficiente para que la enfermedad te entrara por las yemas de los dedos.

Lena y yo lo hicimos juntas una vez. Ella se acobardó a los cuatro segundos, pero yo aguanté los diez enteros, contando despacio en voz alta, para que las chicas que estaban mirando me pudieran oír. Fui la heroína de segundo durante dos semanas enteras.

El verano pasado, hubo una redada en una fiesta ilegal en las Highlands. Yo

estaba allí. Dejé que Steven Hilt se inclinara hacia mí y me susurrara, con su boca rozando mi oído.

Fue una de las cuatro fiestas ilegales a las que fui después de graduarme. Me acuerdo de la ilusión que me hacía andar por la calle sin que nadie lo supiera, mucho después del toque de queda, con el corazón palpitándome en la garganta, y de cómo Angélica Marston y yo nos juntábamos al día siguiente para reírnos por habernos librado una vez más. Hablábamos en susurros sobre besarse y amenazábamos con huir a la Tierra Salvaje, como si fuéramos niñas pequeñas hablando del País de las Maravillas.

Esa es la cuestión. Eran cosas de niños. Un pequeño juego de fantasía.

Se suponía que no iba a sucedernos ni a mí ni a Angie ni a ninguna otra persona. Y tampoco a Lena.

Después de la redada, la ciudad de Portland volvió a tomar posesión oficial del barrio y varias viviendas fueron arrasadas. El plan era construir nuevas casas de pisos baratos para algunos trabajadores municipales, pero la construcción se frenó tras los atentados terroristas. Al entrar en el barrio, todo lo que veo es escombros: agujeros en el suelo, árboles derribados y abandonados con las raíces expuestas apuntando al cielo, tierra sucia revuelta y letreros de metal oxidado que declaran que en esta zona es obligatorio llevar casco.

Hay tanto silencio que hasta el sonido de las ruedas al girar parece excesivo. Me llega de repente una idea a la mente, sin deseárselo: *En silencio sobre la tumba voy o en su interior estoy*, el antiguo dicho que solíamos pronunciar en un susurro al pasar por un cementerio cuando éramos niños.

Un cementerio. Eso es exactamente lo que es Deering Highlands en este momento.

Me bajo de la bici y la apoyo en un antiguo letrero de la calle que señala el camino hacia Maple Avenue, otra calle de grandes cuencos tallados de tierra oscura y árboles arrancados.

Bajo durante un rato en esa dirección, sintiéndome cada vez más tonta. Aquí no hay nadie. Eso está claro. Y este es un barrio grande, un laberinto de calles pequeñas y callejones sin salida. Incluso aunque la familia de Lena esté por aquí cerca, no quiere decir necesariamente que vaya a encontrarlos.

Pero mis pies siguen colocándose uno delante del otro, como si estuvieran controlados por algo que no es mi cerebro. El viento sopla silencioso sobre los solares vacíos y el aire huele a putrefacción. Paso unos antiguos cimientos, expuestos al aire, y me recuerdan extrañamente las placas de rayos X que me enseñaba el dentista: estructuras grises con forma de diente, como una mandíbula partida en dos y pegada al suelo con tachuelas.

Y luego me llega el olor: humo de madera. Es un olor débil pero claro, entremezclado con los otros olores.

Alguien está haciendo un fuego.



Giro a la izquierda en el siguiente cruce y tomo la calle Wynnewood Road. Esta es la parte del barrio que recuerdo del verano pasado. Aquí no arrasaron las casas. Aún se elevan sombrías y desiertas, tras espesos muros de viejos pinos.

Mi garganta empieza a tensarse y destensarse, una y otra vez. Ya no debo estar lejos del número 37 de la calle Brooks. Me entra un terror repentino de encontrarla.

Tomo una decisión: si llego a esa calle, será una señal de que debo volver atrás. Regresaré a casa y me olvidaré de esta ridícula misión.

—*Mamá, mamá, llévame a casa.*

La voz cantarina hace que me detenga. Durante un instante me quedo quieta conteniendo el aliento, intentando localizar el origen del sonido.

—*Estoy en el bosque y me siento sola.*

Las palabras pertenecen a una antigua canción de cuna sobre los monstruos que vivían en la Tierra Salvaje, según los rumores. Vampiros. Hombres lobo. Inválidos.

Excepto que resulta que los inválidos existen.

Paso de la calle a la hierba, por entre los árboles que discurren paralelos a la calzada. La voz es tan suave, tan débil, que me muevo despacio, con cuidado de apoyar los dedos de los pies ligeramente en el suelo antes de desplazar el peso hacia delante.

La calle hace esquina y al doblarla veo a una niña agachada en el medio, en un amplio tramo iluminado por la luz del sol, con su oscuro pelo descuidado que le cae como una cortina sobre la cara. Es toda huesos. Sus rótulas son como dos velas afiladas.

En una mano tiene una muñeca roñosa, y un palo en la otra. La muñeca tiene el pelo de hilo amarillo, todo revuelto, y los ojos son botones negros, aunque solo le queda uno cosido a la cara. La boca no es más que una costura roja y también se está deshaciendo.

—*Me paró un vampiro, una vieja piltrafa.*

Cierro los ojos al acordarme del resto de la canción.

*Mamá, mamá, llévame a la cama,  
estoy medio muerta y lejos de casa.*

*Conocí a un inválido y me cantó una canción,  
me enseñó su risa y fue directo a mi corazón.*

Cuando abro los ojos de nuevo, ella alza la vista brevemente y acuchilla el aire con su palo, como defendiéndose de un vampiro. Durante un instante, todo en mí

se paraliza. Es Grace, la prima pequeña de Lena. La prima favorita de Lena.

Es Grace, la que nunca le dijo una palabra a nadie, ni una sola vez en los seis años en que la vi crecer desde que era un bebé.

—*Mamita, llévame a la cama...*

Aunque a la sombra de los árboles se está fresco, se me acumula el sudor entre los pechos. Noto cómo va descendiendo hacia el estómago.

—*Conocí a un inválido y me cantó una canción.*

En ese momento coge el palo y lo coloca en el cuello de la muñeca, como haciendo la cicatriz de la operación.

—Seguridad, Salud y Felicidad se deletrean... —canturrea.

Su voz se ha hecho más aguda, es una canción de cuna.

—Sí, sí, así, sé buena. Esto no te va doler nada, te lo prometo.

Ya no puedo seguir mirando. Pincha el cuello blando de la muñeca con la punta del palo, haciendo que asienta con la cabeza una y otra vez. Salgo de entre los árboles.

—Gracie —la llamo. Sin darme cuenta, he alargado un brazo como si me aproximara a un animal salvaje.

Ella se queda paralizada. Doy otro paso cauteloso hacia ella. Agarra el palo en la mano con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos.

—Grace —me aclaro la garganta—. Soy yo, Hana. Soy amiga... Era amiga de tu prima, Lena.

Inesperadamente, se pone de pie y echa a correr, dejando atrás la muñeca y el palo. Automáticamente, yo también me pongo en movimiento y la sigo a toda velocidad por la calle.

—¡Espera! —grito—. Por favor... No te voy a hacer daño.

Grace es rápida. Ya me ha sacado veinte metros. Desaparece a la vuelta de una esquina y, cuando llego, ya no está.

Dejo de correr. Me late el corazón a toda velocidad en la garganta y tengo un sabor desagradable en la boca. Me quito la gorra y me limpio el sudor de la frente. Me siento como una idiota integral.

—Tonta —digo en voz alta, y me siento mejor, así que lo repito más alto—: Tonta.

Se oye una risita en algún punto por detrás de mí. Me doy la vuelta. No hay nadie. Se me eriza el pelo de la nuca, de repente tengo la sensación de que me observan y se me ocurre que si la familia de Lena vive aquí, habrá otras también. Noto que en las ventanas de la casa de enfrente hay cortinas de ducha baratas, de plástico; al lado hay un patio con restos de juguetes y piezas y bloques de construcción, pero ordenados, como si alguien hubiera jugado ahí hace poco.

De pronto me da vergüenza y me escondo entre los árboles manteniendo la vista en la calle a la busca de señales de movimiento.

—Tenemos derecho a estar aquí, ¿sabes?

La voz susurrante viene directamente de detrás de mí. Me doy la vuelta con rapidez, tan sorprendida que por un instante me quedo sin palabras. Una chica acaba de aparecer entre los árboles. Me mira fijamente con sus grandes ojos castaños abiertos de par en par.

—¿Willow? —consigo decir.

Parpadea. Si me reconoce, no lo demuestra. Pero claramente es ella, Willow Marks, mi antigua compañera de clase, a la que sacaron del colegio antes de que nos graduáramos, cuando circularon rumores de que la habían encontrado con un chico, un incurado, en el parque de Deering Oaks después del toque de queda.

—Tenemos derecho —repite con el mismo susurro urgente. Se retuerce las manos largas y finas—. *Un camino y un sendero para cada persona...* Esa es la promesa de la cura.

—Willow —retrocedo un paso y casi tropiezo—. Willow, soy yo. Hana Tate. Estuvimos juntas en *mates* el año pasado. En la clase del señor Fillmore. ¿Te acuerdas?

Mueve los párpados. Lleva el pelo largo y lo tiene muy enredado. Me acuerdo de que se ponía mechas de distintos colores. Mis padres siempre decían que se metería en problemas. Me decían que me mantuviera alejada de ella.

—Fillmore, Fillmore —repite. Cuando vuelve la cabeza, veo que tiene la marca de tres puntas de la intervención y me acuerdo de que la expulsaron abruptamente de la escuela apenas unos meses antes de la graduación: todos dijeron que sus padres la habían obligado a hacerse la operación antes de tiempo. Frunce el ceño y mueve la cabeza—. No sé, no me acuerdo. —Se lleva las manos a los labios y veo que tiene las uñas mordidas.

Se me revuelve el estómago. Tengo que salir de aquí. Nunca debería haber venido.

—Me alegro de verte, Willow —digo. Intento moverme muy despacio dando un rodeo, aunque me muero de ganas de echar a correr.

De pronto, ella extiende el brazo y me agarra por el cuello tirando de mí, como si quisiera darme un beso. Yo grito y me debato contra ella, pero tiene una fuerza sorprendente.

Con una mano me toca la cara y la barbilla, como si estuviera ciega. La sensación de sus uñas sobre mi piel me hace pensar en pequeños roedores de dientes afilados.

—Por favor —me doy cuenta de que estoy casi llorando. Mi garganta se agita en espasmos, el miedo me dificulta la respiración—. Por favor, suéltame.

Sus dedos palpan mi cicatriz de la operación. De repente, parece deshincharse. Durante un instante, sus ojos vuelven a enfocar y entonces me mira. Veo a la antigua Willow: lista y desafiante y ahora, en este momento, derrotada.

—Hana Tate —dice con tristeza—. A ti también te han pillado.

Entonces me suelta, y yo echo a correr.

Coral nos obliga a avanzar más despacio. No tiene heridas visibles, ahora que se ha bañado y le han vendado los cortes y rasguños, pero se nota que está débil. Se queda atrás en cuanto nos ponemos en marcha, y Álex permanece con ella. En las primeras horas del día, aunque intento ignorarlo, me llega el rumor de su conversación, entretejida con las otras voces. Una vez oigo cómo Álex se echa a reír.

Por la tarde, nos topamos con un roble enorme. Su tronco ha sido vaciado y tiene varios cortes. Se me escapa un grito en cuanto lo reconozco: un triángulo, seguido de un número y una flecha rudimentaria. Es la marca del cuchillo de Bram, las señales que usó cuando nos mudamos desde el hogar del norte el año pasado para dejar constancia de nuestro avance y ayudarnos a encontrar el camino de regreso en primavera.

Esta señal en concreto la recuerdo: indica el camino hasta una casa que encontramos el año pasado, intacta y habitada por una familia de inválidos. Raven debe reconocerla también.

—Premio —dice sonriendo. Luego alza la voz para que lo escuche todo el grupo—: ¡Quien quiera un techo, que me siga!

Se oyen exclamaciones y vivas. Solo una semana lejos de la civilización nos hace anhelar hasta las cosas más sencillas: un techo y paredes y bañeras con agua humeante. Jabón.

Faltan menos de dos kilómetros para la casa, y cuando veo el tejado de dos aguas, cubierto con una capa espesa de hiedra marrón, mi corazón da un salto. La Tierra Salvaje, tan vasta y tan cambiante, tan confusa, también nos hace ansiar lo conocido.

Le suelto a Julián:

—El otoño pasado hicimos una parada aquí. Durante el viaje hacia el sur desde Portland. Me acuerdo de esa ventana rota. ¿Ves cómo la han reparado con madera? Y mira la pequeña chimenea de piedra que asoma sobre la hiedra.

Sin embargo, me doy cuenta de que la casa tiene un aire incluso más abandonado que hace seis meses. La fachada de piedra está más oscura, cubierta

con una capa resbaladiza de moho negro que se ha introducido en el calafateado. El pequeño claro que rodea la casa, donde pusimos las tiendas el año pasado, ahora está cubierto de vegetación, con hierba alta y matas espinosas.

No sale humo de la chimenea. Debe hacer frío en el interior si no hay un fuego. El otoño pasado, los niños salieron corriendo a nuestro encuentro antes de que llegáramos a la puerta. Siempre estaban fuera, jugando, riendo y gritando. Ahora solo hay quietud y silencio, excepto el viento que se cuela entre la hiedra, un lento suspiro.

Empiezo a inquietarme. Los otros también deben sentirlo. Hemos avanzado muy rápidamente durante el último kilómetro, moviéndonos a la vez, animados por la promesa de una comida de verdad, un espacio bajo techo y una oportunidad de sentirnos humanos. Pero en este momento todo el mundo se queda callado.

Raven es la primera en llegar a la puerta. Duda con el puño en alto, luego llama. Suena a hueco, demasiado fuerte en la quietud. No sucede nada.

—A lo mejor han salido a buscar frutos —digo. Estoy tratando de contener el pánico, el miedo que solía sentir cada vez que pasaba por el cementerio de Portland. *Más vale que caminemos rápido*, solía decir Hana, *o nos agarrarán de los tobillos*.

Raven no contesta. Pone la mano en el pomo y lo gira. La puerta se abre.

Raven se vuelve hacia Tack. Él empuña el rifle y pasa por delante de ella hacia el interior. Ella parece aliviada de que él haya tomado la delantera. Saca un cuchillo de la funda que lleva en la cadera y le sigue. El resto vamos detrás.

Huele muy mal. Un poco de luz penetra por la puerta abierta y por las grietas de las tablas que cubren la ventana rota. Solo conseguimos distinguir los contornos de los muebles, la mayoría rotos o derribados. Alguien suelta un grito.

—¿Qué ha pasado? —pregunto en voz baja. Julián encuentra mi mano en la oscuridad y la aprieta. Nadie contesta. Tack y Raven avanzan más, sus zapatos pisan cristales rotos. Él coge el rifle y golpea con la culata, con fuerza, las tablas de la ventana. Se rompen fácilmente, dejando entrar más luz.

No es raro que huela tan mal: hay comida podrida que ha caído de cada cazuela derramada. Al dar un paso hacia delante, veo insectos que se escabullen hacia los rincones. Lucho contra una náusea.

—Dios mío —musita Julián.

—Miraré en el piso de arriba —dice Tack con un tono normal de voz, lo que hace que me sobresalte. Alguien enciende una linterna y el rayo barre el suelo cubierto de porquería. Luego me acuerdo de que yo también tengo una linterna y la busco a tientas en la mochila.

Voy con Julián a la cocina manteniendo la linterna delante de nosotros, rígida, como si pudiera protegernos. Aquí hay más señales de lucha: unos cuantos tarros de cristal hechos añicos, más insectos y comida podrida. Me tapo la nariz con la

manga y respiro a través de ella. Recorro las baldas de la despensa con el haz de luz. Aún están bastante bien abastecidas: tarros de carne y de verduras encurtidas alineados junto a tiras de carne seca en montones. Los botes están etiquetados con una escritura pulcra que describe su contenido, y de pronto siento vértigo, un vahído salvaje, al recordar a una mujer con el pelo rojo fuego, inclinada sobre un frasco de cristal con su pluma, sonriendo mientras comenta: *Casi no nos queda papel. Pronto tendremos que adivinar lo que hay en cada uno.*

—Despejado —anuncia Tack. Le oímos bajar haciendo ruido por las escaleras y Julián me lleva por el corto pasillo hasta la sala principal, donde permanece la mayor parte del grupo.

—¿Más carroñeros? —pregunta Gordo con voz áspera.

Tack se pasa la mano por el pelo.

—No buscaban alimento o pertrechos —digo—. En la despensa sigue habiendo comida.

—A lo mejor no han sido carroñeros —dice Bram—. A lo mejor la familia, sencillamente, se fue.

—¿Ah, sí? ¿Y antes de irse destrozaron la casa? —Tack toca con el pie una taza metálica—. ¿Y se dejaron toda la comida?

—Puede que tuvieran prisa —insiste Bram. Pero me doy cuenta de que no se lo cree ni él. La casa huele a podrido, no encaja. Aquí ha sucedido algo muy malo, y todos lo sabemos.

Avanzo hacia la puerta abierta y salgo al porche, aspirando el aire limpio del exterior, aromas a espacio y a cosas que crecen. Ojalá no hubiéramos venido.

La mitad del grupo ya está fuera. Dani se mueve despacio por el claro, apartando la hierba con la mano. No sé qué busca, como si estuviera vadeando un río que le llegara a la rodilla. De la parte de atrás de la casa me llega una conversación a gritos y, luego, la voz de Raven que se eleva por encima del ruido:

—Atrás, atrás. No vayáis ahí. Repito, no vayáis ahí.

Se me encoge el estómago. Ha encontrado algo.

Se acerca por un lado de la vivienda, sin aliento. Tiene los ojos brillantes, relucientes de furia.

Pero todo lo que dice es:

—Los he encontrado.

No tiene que explicar que están muertos.

—¿Dónde? —consigo preguntar.

—Al pie de la colina —dice brevemente, y luego pasa junto a mí, de vuelta a la casa.

Yo no quiero volver adentro, al mal olor y la oscuridad y la fina capa de muerte que lo cubre todo, a ese *algo que no encaja*, ese silencio malvado. Pero lo hago.

—¿Qué has encontrado? —dice Tack, de pie en mitad del cuarto. Todos los

demás la rodean en un semicírculo, paralizados, en silencio, y durante un instante, al volver a entrar, me parecen estatuas atrapadas en luz gris.

—Restos de un fuego —dice Raven, y luego añade en voz más baja—: Huesos.

—Lo sabía —la voz de Coral suena aguda y un poco histérica—. Han estado aquí. Es que lo sabía.

—Ya se han ido —dice Raven con voz tranquilizadora—. Ya no van a volver.

—No han sido carroñeros.

Todos nos volvemos de golpe. Álex está en la puerta. Algo rojo, una cinta, un trozo de tela, cuelga de su puño.

—Te he dicho que no bajaras allí —insiste Raven. Le mira fijamente. A pesar del enfado, percibo también el miedo.

Él la ignora y entra en el cuarto agitando la tela al moverse, sosteniéndola en alto para que todos la veamos. Es un trozo largo de cinta plástica roja. A intervalos tiene impresa una imagen de un cráneo y unas tibias, y las palabras *Peligro. Riesgo biológico*.

—Toda la zona está acordonada —dice Álex. Mantiene un gesto neutro, pero su voz parece estrangulada, como si hablara a través de una bufanda.

Ahora soy yo quien se siente como una estatua. Quiero hablar, pero me he quedado en blanco.

—¿Qué quiere decir? —dice Pike. Él ha vivido en la Tierra Salvaje desde niño. Casi no sabe nada de la vida en lugares vallados, no sabe nada de los reguladores ni de las iniciativas de salud, las cuarentenas y las cárceles, del miedo a la contaminación.

Álex se vuelve hacia él.

—A los infectados no se los entierra en un cementerio normal. O se los mantiene apartados en los patios de las prisiones, o se los incinera.

Durante apenas un instante, sus ojos se deslizan hasta encontrar los míos. Yo soy la única persona aquí que sabe que el cuerpo de su padre fue enterrado en el diminuto patio de las Criptas, sin señalar, sin conmemorar; yo soy la única persona que sabe que durante años él visitó aquella improvisada tumba y escribió el nombre de su padre con un rotulador en una piedra, para evitar que fuera olvidado. *Lo siento*, intento decirle, pero sus ojos ya se han alejado de mí.

—¿Es verdad, Raven? —pregunta Tack bruscamente.

Ella abre la boca, luego la vuelve a cerrar. Durante un instante me parece que lo va a negar. Pero al final admite con resignación:

—Parece obra de reguladores.

Todos contenemos el aliento.

—Joder —musita Hunter.

Pike dice:

—No lo creo.



—¿Reguladores...? —repite Julián—. Pero eso significa...

—La Tierra Salvaje ya no es segura —concluyo por él. Ahora crece el pánico, hasta llegar a su punto máximo en mi pecho—. La Tierra Salvaje ya no es nuestra.

—¿Ya estás contento? —pregunta Raven a Álex lanzándole una mirada turbia.

—Tenían que saberlo —dice sucintamente.

—Vale —Tack levanta las manos—. Tranquilos. Esto no cambia nada. Ya sabíamos que los carroñeros estaban al acecho. Tendremos que estar en guardia. Recordad: los reguladores no conocen la Tierra Salvaje. No están acostumbrados al terreno abierto y agreste. Este es nuestro territorio.

Sé que está haciendo todo lo posible para tranquilizarnos, pero se equivoca en una cosa: algo ha cambiado. Una cosa es bombardearnos desde el cielo. Pero los reguladores han violado las barreras, reales e imaginarias, que han mantenido separados nuestros dos mundos. Han rasgado la capa de invisibilidad que nos había cubierto durante años.

De repente me acuerdo de que una vez llegué a casa y descubrí que un mapache había conseguido entrar y había mordisqueado todos los paquetes de cereales y había dejado migas en cada cuarto. Lo acorralamos en el baño y tío William lo mató de un tiro, diciendo que probablemente nos podía contagiar alguna enfermedad. Había migas en mis sábanas, el animal había estado en mi cama. Lavé las sábanas tres veces antes de volver a dormir en ellas, e incluso así soñé con garras diminutas que se clavaban en mi piel.

—Vamos a ordenar un poco todo esto —dice Tack—. Que duerman dentro todos los que quepan. El resto puede acampar fuera.

—¿Nos vamos a quedar aquí? —suelta Julián.

Tack le mira con dureza.

—¿Por qué no?

—Porque... —Julián mira en vano a todos los demás. Nadie le mira a los ojos—. Aquí han matado a gente. No está..., no está bien.

—Lo que no está bien es volver a la Tierra Salvaje cuando tenemos un techo y una despensa llena de comida y mejores trampas que esa mierda que hemos estado usando —dice Tack enérgico—. Los reguladores ya han estado aquí. No van a volver. Hicieron su trabajo.

Julián me mira buscando ayuda. Pero yo conozco a Tack demasiado bien, y también conozco la Tierra Salvaje. Me limito a negar con la cabeza. *No discutas.*

Raven dice:

—Haremos que se vaya el olor más rápido si abrimos algunas ventanas.

—Hay madera cortada y apilada en la parte de atrás —dice Álex—. Puedo empezar a hacer lumbre.

—Vale, muy bien —Tack no vuelve a mirar a Julián—. Estamos de acuerdo entonces. Acamparemos aquí esta noche.

Apilamos los restos en la parte de atrás. Intento no mirar mucho los cuencos hechos añicos, los muebles rotos, ni pensar en que hace seis meses me senté en una de esas sillas, cálida y bien alimentada.

Limpiamos los suelos con vinagre que encontramos en un armario, y Raven recoge hierba seca en el patio y la quema por los rincones hasta que por fin se quita el olor dulzón y sofocante.

Raven me manda fuera con unas cuantas trampas pequeñas y Julián se ofrece a venir conmigo. Probablemente busca una excusa para salir de la casa. Me doy cuenta de que, incluso después de haber limpiado los cuartos de modo que no queden restos de lucha, sigue sintiéndose incómodo.

Caminamos un rato en silencio por el terreno cubierto de maleza hasta la espesura de los árboles. El cielo está manchado de rosa y púrpura y las sombras son gruesas pinceladas descarnadas sobre el suelo. Pero el aire sigue siendo cálido y varios árboles están coronados de diminutas hojas verdes.

Me gusta ver así la Tierra Salvaje: flaca, desnuda, todavía sin su ropaje de primavera. Pero ya creciendo, estirándose, llena de deseo y de una sed de sol que se ve saciada cada día un poco más. Pronto explotará, embriagada y vibrante.

Julián me ayuda a colocar las trampas, cubriéndolas con tierra suelta para ocultarlas. Me gusta sentir la tierra caliente, los dedos de Julián. Cuando acabamos de colocar las trampas y marcamos su posición atando un trozo de cuerda a los árboles que las rodean, él dice:

—Creo que no puedo volver allí. Todavía no.

—Vale.

Me pongo de pie, limpiándome las manos en los vaqueros. Yo tampoco puedo volver aún. No es solo la casa. Es Álex. Es también el grupo, las rencillas y las facciones, los resentimientos y las luchas. Es muy distinto de lo que vi cuando vine a la Tierra Salvaje y llegué al antiguo hogar: allí todo el mundo parecía una familia.

Julián también se pone en pie. Se pasa una mano por el pelo. De pronto dice:

—¿Te acuerdas de cuando nos conocimos?

—¿Cuando los carroñeros...? —empiezo a decir, pero me interrumpe.

—No, no —mueve la cabeza—. Antes de eso. En la reunión de la ASD.

Asiento con la cabeza. Aún me resulta extraño imaginar que el chico que vi aquel día, el símbolo de la causa anti-*deliria*, la encarnación de lo que es correcto, podría estar siquiera remotamente conectado con el chico que camina a mi lado, con ese pelo revuelto que le cae sobre la frente como hilos de caramelo y la cara enrojecida por el frío.

Eso es lo que me asombra: que las personas son distintas cada día. Que no son nunca igual. Hay que inventarlas todo el tiempo y ellas deben inventarse a sí

mismas también.

—Te dejaste el guante. Y luego entraste y me viste mirando aquellas fotos...

—Ya me acuerdo —digo—. Imágenes de vigilancia, ¿verdad? Me dijiste que estabas buscando campamentos de inválidos...

—Era mentira —mueve la cabeza—. Era solo que... me gustaba ver todos aquellos espacios abiertos. Aquellas extensiones, ¿sabes? Pero nunca me imaginé... ni siquiera soñé con la Tierra Salvaje y los lugares no vallados... Nunca pensé que de verdad podría ser así.

Alargo el brazo y le tomo la mano.

—Ya sabía que estabas mintiendo —digo.

Sus ojos son hoy azul puro, un color de verano. Algunas veces se vuelven tormentosos como el océano al amanecer, otras adquieren un tono tan pálido como un cielo recién estrenado. Estoy aprendiendo todas sus posibilidades. Me recorre la mandíbula con un dedo.

—Lena...

Me mira con tal intensidad que empiezo a sentir desazón.

—¿Qué pasa? —digo, intentando mantener un tono ligero en la voz.

—Nada —me coge la otra mano también—. No pasa nada. Yo... quería decirte algo.

*No lo hagas*, quiero decirle, pero las palabras se me rompen en un burbujeo de risa, la sensación histérica que solía darme antes de los exámenes. Sin darse cuenta, se ha hecho un tiznao de tierra en la mejilla y me echo a reír.

—¿Qué pasa? —dice con aire irritado.

Ahora que me he puesto a reír, no puedo parar.

—Tienes tierra —digo, y alargo la mano para tocarle la mejilla—. Estás cubierto.

—Lena —lo dice con tal vehemencia que por fin me callo—. Estoy intentando decirte algo, ¿vale?

Durante un instante nos quedamos en silencio, mirándonos. Por una vez, la Tierra Salvaje está en perfecta quietud. Es como si los árboles contuvieran el aliento. Me veo a mí misma reflejada en los ojos de Julián, una sombra de mí, sin sustancia, solo forma. Me pregunto qué piensa él de mí.

Julián inspira profundamente. Luego, apresuradamente, dice:

—Te amo.

Justo en ese momento, yo suelto:

—No lo digas.

Se produce otro instante de silencio. Él parece asombrado.

—¿Cómo? —dice por fin.

Ojalá pudiera tragarme lo que acabo de decir. Ojalá pudiera pronunciar *Yo también te amo*. Pero esas palabras están atrapadas en la jaula de mi pecho.

—Julián, tú tienes que saber cuánto me importas.

Intento tocarle, pero se aparta bruscamente.

—No me toques —dice. Aparta la vista de mí. El silencio se extiende largamente entre nosotros. Está haciéndose de noche minuto a minuto. El aire está entreverado de gris, como un dibujo a carboncillo que ha empezado a difuminarse.

—Es por él, ¿no? —dice por fin, clavando sus ojos en los míos—. Por Álex.

Creo que es la primera vez que dice su nombre.

—No —replico con exagerada vehemencia—. No es por él. Ya no hay nada entre nosotros.

Mueve la cabeza negándolo. Me doy cuenta de que no me cree.

—Por favor —digo. Acerco la mano una vez más y esta vez permite que le acaricie la mandíbula. Me pongo de puntillas y le beso una vez. No se aparta, pero tampoco me besa—. Solo dame tiempo.

Por fin cede. Tomo sus brazos y los coloco alrededor de mi cuerpo. Me besa en la nariz y después en la frente, luego traza un camino con sus labios hasta mi oído.

—No sabía que iba a ser así —dice en un susurro, y luego añade—: Tengo miedo.

Siento el latido de su corazón a través de la ropa. No sé exactamente a qué se refiere: a la Tierra Salvaje, a la huida, a estar conmigo, a amar a alguien, pero le aprieto fuerte y apoyo la cabeza en la ladera plana de su pecho.

—Lo sé —digo—. Yo también tengo miedo.

Luego, desde lejos, resuena la voz de Raven en el aire frío.

—¡La comida está lista! ¡O venís o ayunáis!

Su voz sobresalta a una bandada de pájaros. Se alzan hacia el cielo chillando. Se levanta el viento y la Tierra Salvaje vuelve a la vida con crujidos, chasquidos y sonidos de seres que se arrastran: un continuo parloteo sin significado.

—Vamos —digo, y llevo a Julián de vuelta hacia la casa muerta.

Explosiones: el cielo se hace añicos de repente. Primero una, luego otra, luego decenas, veloces sonidos de disparos, humo y luz y ráfagas de color bajo el cielo azul pálido del anochecer.

Cuando la última tanda de fuegos artificiales estalla por encima de la terraza, todo el mundo aplaude. Me pitán los oídos y el olor a humo me irrita las fosas nasales, pero yo también aplaudo.

Fred es ya, oficialmente, alcalde de Portland.

—¡Hana! —se acerca sonriendo, mientras las cámaras se iluminan a su alrededor. Durante los fuegos, como todo el mundo ha salido en tromba a las terrazas del Club de Campo y Golf de Harbor, nos habíamos separado. Ahora me toma las manos.

—¡Enhorabuena! —digo. Se disparan más cámaras: *clic, clic, clic*, como otra tanda pequeña de fuegos artificiales. Cada vez que parpadeo, veo estallidos de color—. Me alegro muchísimo por ti.

—Por los dos, querrás decir —añade. Su pelo, ese que se ha engominado y colocado con tanto cuidado, se ha ido rebelando a lo largo de la noche y ha migrado hacia delante, así que un mechón le cae sobre el ojo derecho. Siento un torrente de placer. Esta es mi vida y este es mi sitio, aquí, junto a Fred Hargrove.

—Tu pelo —susurro. Automáticamente, se lleva una mano a la cabeza y se alisa el mechón para que vuelva a su sitio.

—Gracias —dice. Justo en ese momento, una mujer que reconozco vagamente del periódico *Portland Daily* se abre paso hasta Fred.

—Alcalde Hargrove —dice, y me hace ilusión que le llamen así—. Llevo toda la noche intentando hablar con usted. ¿Dispone de un minuto...?

No espera su respuesta para llevarle lejos de mí. Él me mira por encima del hombro y me dice sin palabras: *Lo siento*. Le hago un pequeño gesto con la mano para mostrarle que me hago cargo.

Ahora que han terminado los fuegos artificiales, la gente entra de nuevo en grandes grupos en la sala de baile, donde va a continuar la recepción. Todo el mundo charla y ríe. Esta es una buena noche, un momento de celebración y

esperanza. En su discurso, Fred ha prometido restaurar el orden y la estabilidad en nuestra ciudad y erradicar a los simpatizantes y miembros de la Resistencia que se han escondido entre nosotros como termitas, ha declarado, erosionando lentamente nuestros valores y los fundamentos de nuestra sociedad.

*Nunca más*, ha afirmado, y todo el mundo ha aplaudido.

Este es el aspecto que tiene el futuro: padres felices, luces brillantes y música agradable, conversación placentera y manteles y cortinas colocados con gusto. Willow Marks y Grace, las casas destartaladas de Deering Highlands y el sentimiento de culpa que me obligó a salir de mi casa ayer y montarme en la bici, todo eso me parece un mal sueño.

Me acuerdo de la forma en que me miró Willow, con tanta tristeza: *A ti también te han pillado*.

*No me han pillado*, tendría que haberle dicho. *Me han salvado*.

Por fin se dispersan los últimos hilillos tenues de humo. Las verdes lomas del campo de golf están cubiertas por una sombra morada.

Durante un instante me quedo en el balcón, disfrutando del orden de todo lo que veo: la hierba bien cortada y el paisaje cuidadosamente definido, el patrón por el cual al día sigue la noche, que luego se vuelve a convertir en día: un futuro predecible, una vida sin dolor.

Cuando el número de personas que llenaba la terraza se va reduciendo, capto la mirada de un muchacho que está en el lado opuesto. Me sonríe. Me resulta familiar, aunque por un momento no consigo ubicarle. Pero cuando comienza a acercarse, siento una sacudida.

Steven Hilt. Casi no puedo creerlo.

—Hana Tate —dice—. Supongo que aún no puedo llamarte Hargrove, ¿no?

—Steven.

El verano pasado le llamaba Steve. Ahora me parece inapropiado. Ha cambiado, esa debe ser la razón por la cual al principio no le he reconocido. Cuando inclina la cabeza hacia una camarera para dejar su copa de vino vacía en la bandeja, veo que ha sido curado.

Pero es más que eso: está más corpulento, su estómago es una protuberancia redonda bajo la camisa, la línea de la mandíbula se confunde con su cuello. Lleva el flequillo recto sobre la frente, igual que mi padre.

Intento acordarme de la última vez que le vi. Puede que fuera la noche de la redada en Highlands. Yo había ido a la fiesta sobre todo porque tenía la esperanza de verle. Recuerdo que estábamos de pie en el sótano, medio en penumbra, mientras el suelo retumbaba al ritmo de la música, con las paredes cubiertas de humedad, y olía a alcohol y a crema solar y a cuerpos metidos en un espacio cerrado. Y él apretó su cuerpo contra el mío. Entonces estaba muy delgado y moreno, era alto y flaco, y yo permití que deslizara las manos por mi cintura y bajo mi blusa, y él se inclinó y apretó sus labios contra los míos y me abrió la

boca con su lengua.

Creía que le amaba. Creía que él me amaba.

Y entonces, el primer grito.

Disparos.

Perros.

—Tienes buen aspecto —comenta Steven. Hasta su voz suena distinta. Una vez más, no puedo evitar acordarme de mi padre, de la voz serena y profunda de un adulto.

—Tú también —digo mintiendo.

Inclina la cabeza hacia un lado, me lanza una mirada que dice *gracias* y *lo sé*. Sin darme cuenta, me aparto unos pocos centímetros. No puedo creer que le besara el verano pasado. No puedo creer que lo arriesgara todo, el contagio, la infección, por este chico.

Pero eso no es cierto. Entonces era un chico distinto.

—Bueno. ¿Y cuándo es el feliz enlace? El próximo sábado, ¿no?

Se introduce las manos en los bolsillos y se balancea sobre los talones.

—El viernes siguiente —me aclaro la garganta—. ¿Y a ti? ¿Ya te han emparejado?

El verano pasado nunca se me ocurrió preguntarle.

—Claro que sí. Celia Briggs. ¿La conoces? Ahora está en la universidad. No nos casaremos hasta que termine.

Claro que conozco a Celia Briggs. Asistía a la Academia New Friends, una escuela rival de St Anne. Tenía la nariz aguileña y una risa fuerte y escandalosa, que sonaba como si sufriera una grave infección de garganta.

Como si pudiera leer mis pensamientos, Steven dice:

—No es una belleza, pero no está mal. Y su padre es el jefe de la Oficina de Regulación, con lo que estaremos muy bien relacionados. Así es como conseguimos una invitación para este sarao —se ríe—. No está mal, tengo que admitir.

Aunque somos prácticamente las dos únicas personas que quedan en la terraza, de repente me entra una sensación de claustrofobia.

—Lo siento —tengo que hacer un esfuerzo para mirarle—. Tengo que volver a la fiesta. Pero ha sido un placer volver a verte.

—El placer ha sido mío —dice, y me guiña un ojo—. Que te diviertas.

No puedo más que asentir con la cabeza. Cruzo la puerta y me enganchó el dobladillo del vestido en una astilla de la madera. No me detengo; le doy un buen tirón a la prenda y oigo cómo se rasga la tela. Me abro paso entre grupos de invitados: los miembros más acaudalados e importantes de la comunidad de Portland, todos perfumados, bien vestidos y arreglados. A medida que avanzo por la sala, me llegan fragmentos de conversaciones, un flujo y reflujo de sonido.

—Ya sabes que el alcalde Hargrove tiene vínculos con la ASD.

—No públicamente.

—Aún no.

Ver a Steven Hilt me ha afectado por razones que no consigo entender. Alguien me coloca una copa de champán en la mano y me la bebo rápidamente, sin pensar. Las burbujas estallan en mi garganta y tengo que contener un estornudo. Hacía mucho tiempo que no bebía nada.

La gente da vueltas por la sala alrededor de la orquesta, al ritmo de vals y otros bailes de salón, con los brazos rígidos, los pasos elegantes y bien definidos, creando formas que cambian continuamente, tanto que marea contemplarlas. Dos mujeres, altas las dos, con el aspecto regio de aves de rapiña, me miran fijamente cuando paso junto a ellas.

—Una chica muy mona. Y de aspecto muy saludable.

—No sé. He oído que manipularon sus evaluaciones. Me parece que Hargrove podría haber conseguido algo mejor...

Las mujeres se alejan hacia el remolino de parejas que bailan y pierdo el hilo de sus voces. Otras conversaciones las tapan.

—¿Cuántos niños les está permitido tener?

—No sé, pero ella tiene pinta de poder criar una buena camada.

El calor me empieza a subir por el pecho hasta las mejillas. De mí. Están hablando de mí.

Busco a mis padres o a la señora Hargrove, pero no los veo. Tampoco veo a Fred y sufro un instante de pánico, me encuentro en una sala llena de desconocidos.

Entonces es cuando me doy cuenta de que ya no tengo amigos. Supongo que a partir de ahora me haré amiga de los de Fred, gente de nuestra clase y condición, gente que comparte intereses similares.

Gente como estas personas.

Respiro hondo, intentando calmarme. No debería sentirme así. Tendría que ser valiente y sentirme segura de mí misma y relajada.

—Al parecer hubo algunos problemas con ella el año pasado antes de que la curaran. Empezó a manifestar síntomas de...

—Les pasa a tantos, ¿verdad? Por eso es por lo que es tan importante que el nuevo alcalde se posicione del lado de la ASD. Si son capaces de cagar en un pañal, se les puede curar, es lo que yo digo.

—Por favor, Mark, déjalo ya...

Por fin distingo a Fred al otro lado de la sala, rodeado por una pequeña multitud y flanqueado por dos fotógrafos. Intento abrirme paso hacia él, pero la gente me bloquea el paso, parece que hay cada vez más a medida que avanza la velada. Un codo me golpea en el costado y tropiezo con una mujer que sostiene una gran copa de vino tinto.

—Perdone —murmuro cuando paso a su lado. Oigo una exclamación y



algunas risitas nerviosas, pero estoy demasiado ocupada en abrirme camino entre la gente para preocuparme por lo que ha atraído su atención.

En ese momento, mi madre se coloca a mi lado con aire enérgico. Me coge del codo con vehemencia.

—¿Qué te ha pasado en el vestido? —me pregunta con un siseo.

Bajo la vista y veo una mancha roja que se extiende por mi pecho. Siento la inoportuna necesidad de reír: parece como si me hubieran disparado. Por fortuna, consigo contenerme.

—Una mujer me ha derramado su copa de vino encima —digo apartándome de ella—. Estaba a punto de ir al baño.

En cuanto lo digo, me siento aliviada: allí conseguiré estar a solas.

—Bueno, date prisa —mueve la cabeza con desaprobación, como si fuera culpa mía—. Fred va a proponer un brindis enseguida.

—Me daré prisa —le digo.

En el pasillo se está mucho más fresco, y mis pisadas parecen succionadas por la elegante moqueta. Me dirijo al lavabo de señoras, inclinando la cabeza para evitar el contacto visual con el puñado de invitados que ha salido también. Un hombre habla en voz exageradamente alta por un teléfono móvil. Aquí todo el mundo puede permitirse ese lujo. Huele a ambientador floral y, más débilmente, a humo de puro.

Cuando llego al baño, me detengo con la mano en la puerta. Oigo voces en el interior y un estallido de risas. Luego, una mujer dice muy claramente:

—Será una buena esposa para él. Al menos, después de lo que pasó con Cassie.

—¿Con quién?

—Cassie O'Donnell. Su primera pareja. ¿No te acuerdas?

Cassie O'Donnell. La primera esposa de Fred. No me han contado prácticamente nada sobre ella. Contengo el aliento, esperando que sigan hablando.

—Claro, claro. ¿Cuánto hará? ¿Unos dos años?

—Tres.

Otra voz interviene:

—¿Sabéis? Mi hermana fue a la escuela primaria con ella. Entonces usaba su segundo nombre, Melanea. Un nombre tonto, ¿no os parece? Mi hermana dice que era una hija de puta total. Pero supongo que al final recibió lo que se merecía.

—A todo cerdo...

Sus pasos se acercan. Retrocedo, pero no con la suficiente rapidez. La puerta se abre de golpe. Una mujer aparece en el umbral. Probablemente tiene solo algunos años más que yo y está embarazada como un balón de playa. Sorprendida, retrocede para dejarme pasar.

—¿Ibas a entrar? —me pregunta con voz agradable. No manifiesta ninguna señal de vergüenza o incomodidad, aunque debe sospechar que he oído la conversación. Su mirada se detiene en la mancha de mi vestido.

Detrás de ella, otras dos mujeres están de pie ante el espejo, mirándome con idénticas expresiones de curiosidad y diversión.

—No —le espeto, me doy la vuelta y sigo pasillo abajo. Me imagino a esas mujeres mirándose unas a otras mientras intercambian una sonrisita de suficiencia.

Doblo una esquina y me lanzo a ciegas por otro pasillo, este más silencioso y fresco que el anterior. No debería haber tomado champán: me estoy mareando. Me apoyo en la pared

No he pensado mucho en Cassie O'Donnell, el primer matrimonio de Fred. Todo lo que sé es que estuvieron casados más de siete años. Debió suceder algo terrible, la gente ya no se divorcia. No hay necesidad. Es prácticamente ilegal.

Quizá ella no podía tener hijos. Si era biológicamente defectuosa, eso sería una razón válida para el divorcio.

Recuerdo las palabras de Fred: *Me preocupaba que me hubiera tocado una defectuosa*. Hace frío en el pasillo y me estremezco.

Un letrero indica la dirección hacia otros baños, siguiendo un tramo de escaleras enmoquetado. Aquí todo está en silencio, excepto un zumbido suave de electricidad. Me apoyo en la barandilla para mantener el equilibrio a pesar de los tacones.

Me detengo al pie de la escalera. Esta planta no tiene moqueta y está casi en penumbra. Solo he estado en el club dos veces, ambas con Fred y su madre. Mis padres nunca han sido socios, aunque mi padre se lo está pensando ahora. Fred dice que la mitad de los negocios del país se hacen en clubes como este y que esa es la razón por la cual el Consorcio declaró al golf deporte nacional hace casi treinta años.

Una partida perfecta de golf no desperdicia ningún movimiento: sus rasgos característicos son el orden, la forma y la eficacia. Todo esto lo he aprendido de Fred.

Paso por varios salones para banquetes, todos a oscuras, que deben usarse para reuniones privadas, y reconozco la enorme cafetería donde Fred y yo hemos comido juntos una vez. Finalmente encuentro el aseo de señoras: completamente rosa, como una enorme bombonera perfumada.

Me recojo el pelo y me seco la cara con toallitas de papel. No puedo hacer nada con la mancha, así que me quito el lazo de la cintura y me lo coloco por los hombros, anudándolo por delante. No es que luzca mi mejor aspecto, pero al menos disimula.

Ahora que me he orientado, me doy cuenta de que hay un atajo para regresar a la sala de baile, si voy a la izquierda en vez de a la derecha y me

dirijo hacia los ascensores. Mientras avanzo por el pasillo, oigo un murmullo suave y el ruido de una televisión.

Una puerta entreabierta lleva a una zona de cocina. Varios camareros — corbatas aflojadas, camisas medio abiertas y delantales hechos un gurrño sobre la encimera— están reunidos en torno a un pequeño televisor. Uno de ellos tiene los pies sobre la encimera de metal.

—Súbelo —dice una de las pinches, y él gruñe y se inclina hacia delante, levantando los pies de la encimera para girar el botón del volumen. Cuando se vuelve a sentar, vislumbro la imagen de la pantalla: una enorme masa verde, de la que salen hilos de humo oscuro. Siento una emoción pequeña, cargada de electricidad, y me quedo paralizada sin querer.

La Tierra Salvaje. Tiene que ser.

Un presentador dice: *En un esfuerzo para exterminar los últimos territorios de incubación de la enfermedad, los reguladores y tropas del gobierno han penetrado en la Tierra Salvaje...*

La imagen muestra ahora tropas gubernamentales de infantería, vestidas de camuflaje, circulando por una autopista interestatal, saludando y sonriendo a las cámaras.

*Ahora que el Consorcio va a reunirse para debatir el futuro de estas zonas sin clasificar, el presidente ha dirigido un improvisado discurso a la prensa, en el cual ha prometido acabar con los inválidos que quedan y hacer que sean tratados o castigados.*

Corte. El presidente Sobel, con esa forma tan particular que tiene de inclinarse sobre el estrado, como si fuera a derribarlo sobre las cámaras.

*Harán falta tropas y tiempo. Tendremos que ser pacientes e intrépidos. Pero vamos a ganar esta guerra...*

Corte. Se ve una imagen como un puzzle de verde y gris, humo y naturaleza, y diminutas lenguas de fuego que se dividen y entrecruzan. Y luego, otra imagen: más vegetación, un río estrecho que serpentea entre los pinos y los sauces. Y luego, otra, de un sitio donde los árboles han ardido hasta el punto de que solo queda la tierra roja.

*Lo que ustedes ven ahora son tomas aéreas de todo el país, donde nuestras tropas han sido desplegadas para dar caza a los últimos grupos que albergan la enfermedad...*

Por primera vez, se me ocurre que lo más probable es que Lena esté muerta. Me parece tonto no haber pensado en eso hasta este momento. Veo el humo que se eleva de los árboles y me imagino pequeños fragmentos de Lena que flotan en él: uñas, cabellos, pestañas, todo convertido en ceniza.

—Apagadlo —digo sin querer.

Los cuatro camareros se vuelven a la vez. Al momento, se levantan de las sillas, se ajustan la corbata y se colocan la camisa por dentro de los pantalones

negros de cinturilla alta.

—¿Podemos servirle en algo, señorita? —pregunta cortésmente uno de ellos, un hombre mayor. Otro alarga el brazo y apaga la televisión. El silencio que sigue es inesperado.

—No, yo... —muevo la cabeza—. Solo estaba tratando de encontrar el camino de regreso al salón de baile.

El camarero mayor parpadea una vez, con rostro impasible. Sale al pasillo y señala los ascensores con la mano. Están a menos de tres metros.

—Solo tiene que subir un piso, señorita. El salón de baile está al final del corredor —debe pensar que soy tonta, pero sigue sonriendo con amabilidad—. ¿Quiere que la acompañe?

—No —digo de forma demasiado vehemente—. Me arreglaré perfectamente.

Casi me echo a correr por el pasillo. Siento los ojos del camarero sobre mí. Me siento aliviada porque el ascensor llega rápidamente y suelto el aliento cuando las puertas se cierran a mis espaldas. Apoyo la frente un momento en la pared del ascensor, que está fría por contraste con mi piel, y respiro.

¿Qué me pasa?

Cuando se abren las puertas, se alza el sonido de voces, un estruendo de aplausos, y doblo la esquina y entro en la luz intensa del salón de baile justo en el momento en que mil voces repiten:

—¡Por su futura esposa!

Veo a Fred en el escenario alzando una copa de champán de color oro líquido. Veo mil caras brillantes e hinchadas que se vuelven hacia mí, como lunas infladas. Veo más champán, más líquido.

Alzo la mano. Saludo. Sonrío.

Más aplausos.

En el coche, al regresar de la fiesta, Fred está callado. Ha insistido en que le apetecía estar a solas conmigo y ha enviado a su madre y mis padres con un conductor distinto. Yo asumía que tenía algo que decirme, pero, de momento, no ha dicho nada. Tiene los brazos cruzados y la barbilla hundida en el pecho. Casi parece como si estuviera durmiendo. Pero reconozco el gesto; lo ha heredado de su padre. Significa que está pensando.

—Creo que ha sido un éxito —digo cuando el silencio se hace insoportable.

—Humm.

Se frota los ojos.

—¿Estás cansado? —pregunto.

—Estoy bien —alza la barbilla. Luego, de repente, se inclina hacia delante y golpea la mampara que nos separa del conductor—. Tom, aparca un momento,

¿vale?

Inmediatamente, el chófer dirige el coche a un lado y apaga el motor. Está oscuro y no puedo ver exactamente dónde estamos. A ambos lados del auto se yerguen barreras de árboles oscuros. Cuando se apagan los faros, la oscuridad es prácticamente total. La única iluminación procede de una farola, unos veinte metros más adelante.

—¿Qué vamos...? —empiezo a decir, pero Fred se vuelve hacia mí y me corta.

—¿Te acuerdas de cuando te expliqué las reglas del golf? —dice.

Me sorprende tanto la urgencia de su voz y lo extraño de la pregunta, que solo puedo asentir con un gesto.

—Te hablé —dice— de la importancia del cadí. Siempre un paso por detrás, como un aliado invisible, un arma secreta. Sin un buen cadí, hasta el mejor golfista puede hundirse.

—De acuerdo.

Tengo la sensación de que el coche es demasiado pequeño y de que hace un calor excesivo. El aliento de Fred huele acre, a alcohol. Intento bajar la ventanilla a tientos, pero, por supuesto, no puedo. El motor está apagado, las ventanillas están bloqueadas.

Fred se pasa una mano por el pelo.

—Mira, lo que quiero decir es que tú eres mi cadí. ¿Lo entiendes? Espero que me apoyes al cien por cien. Lo necesito.

—Te apoyo —digo, y luego me aclaro la garganta y lo repito—: Te apoyo.

—¿Estás segura? —se inclina hacia delante un poco más y me pone una mano en la pierna—. ¿Me vas a apoyar siempre, pase lo que pase?

—Claro —siento un destello de incertidumbre, y también de miedo. Nunca antes le he visto tan exaltado. Su mano me aprieta el muslo con tanta fuerza que temo que me deje marca—. En eso consiste estar casados.

Fred me mira fijamente durante un segundo más. Luego de pronto, me suelta.

—Bien —dice. Vuelve a dar un ligero golpecito en la mampara lo que Tom interpreta como una señal para encender el motor y ponerse en marcha. Fred se reclina en el asiento, como si no hubiera sucedido nada—. Me alegra ver que nos entendemos. Cassie nunca me entendió. No escuchaba. Esa era una gran parte del problema.

El coche se pone en marcha otra vez.

—¿Cassie? —el corazón me golpea contra la caja torácica.

—Cassandra, mi primer matrimonio.

Fred sonríe tensamente.

—No comprendo —digo.

Durante un instante no responde. Luego, de repente:

—¿Sabes cuál era el problema de mi padre? —sé que no espera que le conteste, pero igualmente muevo la cabeza en sentido negativo—. Él creía en la gente. Creía que si a la gente le enseñas el camino correcto, el camino hacia la salud y el orden, el camino para librarse de la infelicidad, entonces elegirán la opción correcta. Obedecerán. Era un ingenuo —se vuelve hacia mí otra vez, su cara está sumergida en la oscuridad—. Él no entendía. La gente es cabezota y estúpida. Son irracionales. Son destructivos. Ese es el quid de la cuestión, ¿no? Esa es la razón profunda para la cura. Así la gente ya no echará a perder su vida. Ya no podrá hacerlo. ¿Comprendes?

—Sí.

Me acuerdo de Lena y de esas imágenes de la Tierra Salvaje en llamas. Me pregunto qué estaría haciendo en este momento si se hubiera quedado. Estaría durmiendo a pierna suelta en una cama decente. Se levantaría mañana para ver cómo el sol sale por la bahía.

Fred se vuelve hacia la ventana y su voz adopta un tono de acero.

—Hemos sido poco estrictos. Ya hemos permitido demasiada libertad y demasiadas oportunidades para la rebelión. Eso debe cesar. En adelante, ya no lo voy a permitir; no voy a ver cómo mi ciudad y mi país se consumen desde dentro. Eso ha terminado.

Aunque nos separan treinta centímetros, en este momento me da tanto miedo como cuando me estaba agarrando el muslo. Además, nunca le he visto así, duro y extraño.

—¿Qué tienes en mente? —pregunto.

—Necesitamos un sistema —dice—. Vamos a premiar a la gente que obedezca las normas. La verdad es que es igual que entrenar a un perro.

Me vuelve la imagen de la mujer en la fiesta: *Tiene aspecto de poder criar una buena camada.*

—Y castigaremos a los que no cumplan. No será un castigo corporal, claro. Este es un país civilizado. Tengo planes para nombrar a Douglas Finch nuevo ministro de Energía.

—¿Ministro de Energía? —repite. Nunca he oído ese término.

Llegamos a un semáforo, uno de los pocos que aún funcionan en el centro. Fred lo señala con un gesto vago.

—La electricidad no es gratis. La energía no es gratis. Hay que ganársela. La electricidad, la luz, el calor se darán a la gente que se lo haya ganado.

Durante un instante no se me ocurre una respuesta. Los cortes y apagones siempre han sido obligatorios durante ciertas horas de la noche y en los barrios más pobres, en particular ahora. Muchas familias deciden prescindir del lavavajillas y la lavadora. Son demasiado caros de mantener.

Pero todo el mundo ha tenido siempre derecho a la electricidad.

—¿Cómo? —pregunto por fin.

Fred se toma mi pregunta de manera literal.

—En realidad, es muy sencillo. La red eléctrica ya está instalada, y en la actualidad todo esto está informatizado. Se trata simplemente, de recoger los datos y luego pulsar unas cuantas teclas. Un clic abre el grifo y otro clic lo cierra. Finch se ocupará de todo. Y cada seis meses o así podemos reevaluar las decisiones. Queremos ser justos. Como he dicho, este es un país civilizado.

—Habrá disturbios —digo.

Fred se encoge de hombros.

—Yo diría que habrá una cierta resistencia inicial —dice—. Por eso es tan importante que tú estés de mi lado. Mira, una vez conseguimos que nos apoye la gente adecuada, la gente importante, todos los demás acatarán los hechos. Tendrán que hacerlo —Fred me toma la mano. Me aprieta—. Se darán cuenta de que los disturbios y la resistencia solo empeorarán las cosas. Necesitamos una política de tolerancia cero.

Me da vueltas la cabeza. Si no hay electricidad, eso significa que no hay luces, ni refrigeración, ni hornos. Ni calderas.

—¿Qué hará la gente para calentarse? —suelto.

Fred se ríe levemente, de un modo indulgente, como si yo fuera un cachorrito que acaba de aprender un nuevo truco.

—Casi ha llegado el verano —comenta—. No creo que el calor sea un problema.

—¿Pero qué sucederá cuando empiece a hacer frío? —insisto. En Maine, los inviernos a menudo duran desde septiembre hasta mayo. El año pasado tuvimos veinte centímetros de nieve. Me acuerdo de lo flaca que está Grace, con sus codos como manillas de puerta, con sus omóplatos como alas picudas—. ¿Qué harán entonces?

—Supongo que tendrán que darse cuenta de que la libertad no los va a mantener abrigados —dice, y noto la sonrisa en su voz. Se inclina hacia delante y toca de nuevo en la mampara que nos separa del conductor—. ¿Qué tal si ponemos un poco de música? Me apetece. Algo alegre, ¿no crees, Hana?

La noche llega rápidamente, y con ella, el frío.

Estamos perdidos.

Buscamos una antigua autopista que debería guiarnos hacia Waterbury. Pike está convencido de que nos hemos desviado demasiado hacia el norte. Raven piensa que estamos demasiado al sur.

Caminamos prácticamente a ciegas, guiados por una brújula y un montón de bosquejos de mapas que han pasado de mano en mano entre otros inválidos y buhoneros, de forma que cada uno le ha ido añadiendo algo de información. Son mapas que muestran una selección aleatoria de hitos: ríos, carreteras dismanteladas, antiguos pueblos bombardeados durante la campaña aérea; las fronteras de las ciudades establecidas, para que sepamos cuándo debemos evitarlas; barrancos y sitios por donde no se puede pasar. La dirección a seguir, como el tiempo, es algo muy impreciso, sin límites ni fronteras. Es un proceso interminable de interpretación y reinterpretación, de volver sobre nuestros pasos y buscar el camino correcto.

Hacemos una parada mientras Pike y Raven discuten sobre el tema. Me duelen los hombros. Me quito la mochila y me siento encima, bebo un trago de agua de la cantimplora que me he colgado del cinturón. Julián merodea por detrás de Raven, colorado, con el pelo oscurecido por el sudor y la chaqueta anudada a la cintura. Intenta mirar más allá de ella, al mapa que sostiene Pike. Se está quedando muy delgado.

En la periferia del grupo, Álex está sentado, como yo, sobre su mochila. Coral hace lo mismo, acercándose un poquito a él de forma que sus rodillas se tocan. En unos pocos días se han hecho prácticamente inseparables.

Aunque lo intento, no consigo apartar los ojos de él. No entiendo de qué tienen que hablar Coral y él. Conversan mientras caminan y mientras montan el campamento. Charlan durante las comidas, apartados en un rincón. Mientras tanto, él apenas habla con nadie más, y a mí no me ha dirigido la palabra desde nuestro enfrentamiento con el oso.

Ella debe haberle hecho una pregunta, porque veo que él mueve la cabeza.



Y entonces, solo por un instante, ambos alzan la vista y me miran. Me doy la vuelta al momento, el calor me sube a las mejillas. Estaban hablando de mí. Lo sé. Me pregunto qué le habrá preguntado.

*¿Conoces a esa chica? Te está mirando fijamente.*

*¿Te parece que Lena es guapa?*

Aprieto los puños hasta que las uñas se me clavan en las palmas, respiro profundamente y me obligo a pensar en otra cosa. Álex y lo que piense de mí carecen de importancia.

Pike habla:

—Te lo estoy diciendo: tendríamos que haber tomado la dirección este en la vieja iglesia. Está marcado en el mapa.

—Eso no es una iglesia —rebate Raven quitándole el papel—. Es el árbol que hemos pasado antes, el que partió un rayo. Y eso significa que tendríamos que haber seguido hacia el norte.

—Insisto, eso es una cruz...

—¿Por qué no mandamos a alguien a explorar el terreno? —les interrumpe Julián. Enmudecidos por la sorpresa, se vuelven hacia él, Raven con el ceño fruncido y Pike con abierta hostilidad. Mi estómago empieza a retorcerse y, en silencio, le mando una plegaria a Julián: *Por favor, no te metas. No digas nada estúpido.*

Pero Julián continúa con serenidad:

—Nos movemos más despacio con todo el grupo, y es una pérdida de tiempo y de energía si vamos en la dirección equivocada —durante un instante veo resurgir a su antiguo yo, el Julián de los congresos y los pósteres, el joven líder de la ASD, seguro de sí mismo—. Así que lo que propongo es que dos personas vayan hacia el norte...

—¿Por qué hacia el norte? —interrumpe Pike, enfadado.

Julián no se detiene:

—O hacia el sur, da igual. Caminamos durante medio día buscando la autopista. Si no damos con ella, volvemos en dirección contraria. Al menos, tendremos una idea más precisa del terreno. Podremos ayudar a orientar al grupo.

—¿Podremos? —repite Raven.

Julián la mira.

—Yo me ofrezco voluntario —dice.

—No es seguro —interrumpo poniéndome de pie—. Hay carroñeros que patrullan... y quizá también reguladores. Tenemos que mantenernos juntos. Si no, seremos presa fácil.

—Lena tiene razón —dice Raven volviéndose a Julián—. No es seguro.

—Ya me he enfrentado con los carroñeros antes —insiste Julián.

—Y por poco te matan —le replico yo.

Sonríe.

—Pero no me mataron.

—Yo iré con él —Tack escupe una bola de tabaco y se limpia la boca con el dorso de la mano. Me quedo mirándole. Me ignora. Nunca ha ocultado que considera un error haber rescatado a Julián, y que llevarle con nosotros le parece una carga—. ¿Sabes disparar un arma?

—No —digo yo—. No sabe.

En este momento, todo el mundo me mira; no me importa. No sé qué es lo que Julián está intentando demostrar, pero no me gusta.

—Puedo manejar un arma —dice Julián mintiendo con rapidez.

Tack asiente:

—Muy bien —saca una pequeña cantidad de tabaco de un paquete que lleva colgado del cuello y se lo mete en la boca—. Espera que vacíe un poco la mochila. Saldremos dentro de media hora.

—Bueno, atención todos —Raven alza los brazos con un gesto de resignación—. Más vale que acampemos aquí.

Todos a la vez comienzan a quitarse la mochila y a dejar cosas en el suelo, como animales mudando la piel. Agarro a Julián del brazo y me lo llevo lejos de los demás.

—¿Eso de qué iba? —digo luchando por mantener la voz baja. Veo que Álex nos observa. Parece divertido. Ojalá tuviera algo que lanzarle.

Coloco a Julián de forma que su cuerpo me impide ver a Álex.

—¿Qué quieres decir?

Se mete las manos en los bolsillos.

—No te hagas el tonto —digo—. No deberías haberte ofrecido voluntario para ir a explorar. Esto no es una broma, Julián. Estamos en mitad de una guerra.

—Yo no lo considero una broma —su calma me resulta exasperante—. Y sé mejor que cualquiera de lo que es capaz el otro bando, ¿no te acuerdas?

Aparto la vista, me muerdo los labios. Tiene razón. Si alguien conoce las tácticas de los zombis, es Julián Fineman.

—Pero tú aún no conoces la Tierra Salvaje —insisto—. Y Tack no te va a proteger. Si os atacan, si sucede algo y hay que elegir entre nosotros y tú, te dejará. No va a poner en peligro al grupo por ti.

—Lena —Julián apoya a sus manos en mis hombros y me obliga a mirarle—. No va a pasar nada, ¿vale?

—Eso no lo sabes —digo. Ya sé que me estoy pasando, pero no puedo evitarlo. No sé por qué, me entran ganas de llorar. Pienso en la candidez de su voz cuando me dijo *te amo*, en la firmeza de su tórax cuando se eleva y desciende contra mi espalda mientras dormimos.

*Te amo, Julián.* Pero no me salen las palabras.

—Los demás no confían en mí —dice Julián. Abro la boca para protestar,

pero me corta—. No intentes negarlo. Sabes que es verdad.

No puedo contradecirle.

—¿Y qué? ¿Por eso tienes que demostrar que vales?

Suspira y se frota los ojos.

—Yo he elegido hacerme un sitio aquí, Lena. He elegido hacerme un sitio a tu lado. Ahora tengo que ganármelo. No se trata de demostrar mi valía. Pero como has dicho tú misma, hay una guerra. No quiero quedarme sentado al margen — se inclina hacia delante y me besa en la frente. Aún duda durante una fracción de segundo antes de besar, como si tuviera que sacudirse ese viejo temor, el miedo al contacto y al contagio—. ¿Por qué te preocupa tanto esto? No va a pasar nada.

*Tengo miedo, quiero decir. Tengo un mal presentimiento. Te amo y no quiero que salgas herido.* Pero una vez más, es como si las palabras estuvieran atrapadas, enterradas bajo miedos pasados y vidas anteriores, como fósiles sepultados.

—Volveremos dentro de unas horas —dice Julián, y me acaricia la barbilla—. Ya verás.

Pero a la hora de la cena aún no han vuelto, y tampoco están de vuelta cuando echamos tierra sobre la hoguera para apagarla durante la noche. Porque, aunque va a hacer más frío y sin el resplandor de las llamas Julián y Tack van a tener más complicado encontrar el camino hasta nosotros, Raven insiste.

Me ofrezco voluntaria para hacer guardia. Siento demasiada ansiedad para poder dormir. Raven me da un abrigo extra de nuestra reserva de ropa. Las noches siguen revestidas de hielo.

A unos cuantos metros del campamento hay una pequeña loma y una vieja pared de cemento, aún marcada con espectrales curvas de grafiti, que me va a resguardar del viento. Me acurruco con la espalda contra el muro, apretando la taza de agua caliente que Raven me ha preparado para que no se me enfrien las manos. He perdido los guantes, o me los han robado, en algún sitio entre el hogar de Nueva York y aquí, y ahora tengo que apañarme sin ellos.

Se alza la luna sobre el campamento, las siluetas dormidas, las tiendas y los improvisados refugios, cubriéndolo todo con su brillo. A lo lejos, una torre de agua, aún intacta, se eleva por encima de los árboles como un insecto metálico, posado sobre piernas largas y flacas. El cielo está limpio y sin nubes y en la oscuridad flotan miles de estrellas. Ulula un búho, un sonido hueco y lúgubre que resuena en el bosque. Incluso desde esa corta distancia, el campamento parece tranquilo envuelto en su neblina, rodeado por los naufragios de viejas casas: tejados hundidos en la tierra, un columpio volcado, un tobogán de plástico que aún sobresale de la tierra.

Dos horas después, bostezo tanto que me duele la mandíbula y parece que todo mi cuerpo se haya llenado de arena húmeda. Apoyo la cabeza en la pared, mientras lucho por mantener los ojos abiertos. Las estrellas por encima de mí se desdibujan hasta confundirse unas con otras... se convierten en un único rayo de luz... la luz del sol... Hana sale de ese resplandor, con hojas en el cabello, diciendo: *¿No ha sido una broma graciosa? Yo nunca planeé que me curaran, ya sabes...* Sus ojos están fijos en los míos y, cuando da un paso hacia delante, me doy cuenta de que está a punto de meter el pie en una trampa. Intento advertirla, pero...

*Tac.* Me despierto de golpe con el corazón latiéndome en la garganta y, con rapidez, tan silenciosamente como puedo, me agacho. El aire está quieto, pero sé que no me he imaginado ni he soñado el sonido: el ruido de una rama que se rompe.

El sonido de una pisada.

*Que sea Julián, pienso. Que sea Tac.*

Recorro el campamento y veo una sombra que se mueve entre las tiendas. Me tumbo y me echo hacia delante, muy lentamente, empuñando el rifle. Tengo los dedos hinchados por el frío, torpes. El arma parece más pesada que antes.

La figura entra en un claro iluminado por la luz de la luna y suelto el aire. Es solo Coral. Su piel tiene un intenso brillo blanco con esta luz y lleva una sudadera demasiado grande, que identifico como perteneciente a Álex. Se me encoge el estómago. Me llevo el rifle al hombro, giro hacia ella la boca del arma y pienso: *Bang.*

Bajo el arma enseguida, avergonzada.

Mi antigua gente no estaba totalmente equivocada. El amor es una especie de posesión. Es un veneno. Y si Álex ya no me ama, no puedo soportar la idea de que pueda amar a otra persona.

Coral desaparece en el bosque, probablemente va a hacer pis. Se me están durmiendo las piernas, así que me enderezo. Estoy demasiado cansada para seguir haciendo guardia. Voy a bajar a despertar a Raven, que se ha ofrecido a sustituirme.

*Tac.* Otra pisada, más cercana y al este del campamento. Coral se ha ido hacia el norte. Al instante, me vuelvo a poner en guardia.

Entonces le veo. Avanza muy lentamente, con el arma empuñada, saliendo de detrás de un espeso matorral. Me doy cuenta al momento de que no es un carroñero. Su postura es demasiado correcta, el arma está demasiado impoluta, la ropa le queda demasiado bien.

Se me para el corazón. Un regulador. Tiene que ser. Y eso quiere decir que es cierto que han abierto brecha en la Tierra Salvaje. A pesar de la evidencia, una parte de mí esperaba que no fuera verdad.

Durante un instante todo está en silencio, y luego parece oírse un ruido

aterrador, cuando la sangre se acelera hacia mi cabeza, golpeándome en los oídos, y la noche parece encenderse en gritos y ululares, extraña y salvaje, con animales que merodean en la oscuridad. Me sudan las palmas cuando me llevo una vez más el arma al hombro. Tengo la garganta seca. Sigo al regulador a medida que se acerca al campamento. Coloco el dedo en el gatillo. Se me acumula el pánico en el pecho. No sé si apretar el gatillo o no. Nunca he disparado a nada desde esta distancia. Nunca he disparado a una persona. Ni siquiera sé si soy capaz.

*Mierda, mierda, mierda, mierda.* Ojalá Tack estuviera aquí.

*Mierda.*

¿Qué haría Raven?

El regulador llega al borde del campamento. Baja el arma y yo aparto el dedo del gatillo. Quizá sea solo un explorador. Quizá tenga la misión de informar a alguien. Eso nos daría tiempo de movernos, de levantar el campamento, de prepararnos. Quizá todo vaya a ir bien.

En ese momento, Coral vuelve a salir del bosque.

Durante una fracción de segundo se queda ahí, paralizada y blanca como si estuviera enmarcada por el *flash* de un fotógrafo. Durante una décima de segundo, el hombre tampoco se mueve.

Luego, ella suelta un grito ahogado y él la apunta con el arma y, sin pensarlo ni planearlo, mi dedo vuelve a encontrar el gatillo y lo aprieta. La rodilla del regulador cede, y él grita y cae al suelo.

Entonces, todo es caos.

El retroceso del rifle me tira hacia atrás y me tambaleo intentando mantener el equilibrio. Un diente serrado de roca se me clava en la espalda y el dolor me recorre desde las costillas hasta el hombro. Se oyen más disparos, uno, dos, y luego gritos. Corro hacia el campamento. En menos de un minuto se ha desplegado, se ha abierto convirtiéndose en un enjambre de gente y voces.

El regulador yace boca abajo en el suelo, con los brazos y las piernas abiertos. En torno a él se extiende un charco de sangre como una sombra oscura. Dani está cerca de él con su arma de mano. Debe haber sido ella quien le ha matado.

Coral se rodea la cintura con los brazos, con aspecto horrorizado y un poco culpable, como si de algún modo ella hubiera llamado al regulador. Está ilesa, lo que es un alivio. Me alegro de que el instinto me llevara a salvarla. Me acuerdo del instante en que la he tenido en la mira del fusil y siento otro arrebatado de vergüenza. Esta no es la persona en la que yo quería convertirme. El odio se ha tallado un lugar permanente en mi interior, un hueco donde las cosas se pierden con facilidad.

Sobre el odio también me advirtieron los zombis.

Pike, Hunter y Lu están todos hablando a la vez. El resto se apiñan en torno a

ellos, pálidos y asustados a la luz de la luna, con los ojos vacíos, como fantasmas resucitados.

Solo Álex no está de pie. Está agachado, recogiendo su mochila rápida y metódicamente.

—Muy bien —Raven habla en voz baja, pero la urgencia de su tono capta nuestra atención—. Consideremos los hechos. Tenemos a un regulador muerto en nuestras manos.

Alguien gime.

—¿Qué vamos a hacer? —interrumpe Gordo. Su rostro está desencajado—. Tenemos que irnos.

—¿Adónde? —exige Raven—. No sabemos dónde están ni qué dirección han tomado. Podríamos estar metiéndonos en una trampa.

—Chist.

Dani nos hace callar bruscamente. Durante un instante hay un silencio total, excepto por el gemido grave del viento entre los árboles y el ulular de un búho. Luego lo oímos: desde el sur, un eco distante de voces.

—Yo digo que nos quedemos y luchemos —dice Pike—. Este es nuestro territorio.

—No vamos a luchar a no ser que nos veamos obligados —dice Raven volviéndose hacia él—. No sabemos cuántos reguladores hay, ni qué tipo de armas tienen. Ellos están mejor alimentados y son más fuertes que nosotros.

—Yo estoy harto de huir —rebate Pike.

—No estamos huyendo —dice Raven con calma. Se vuelve al resto del grupo—. Nos vamos a dividir. Extendeos en torno al campamento. Escondeos. Algunos podéis dirigiros al viejo cauce del río. Yo observaré desde la colina. Rocas, arbustos, cualquier cosa que pueda ocultaros, usadla. Subíos a un árbol si hace falta. Simplemente, manteneos fuera de la vista.

Nos mira a cada uno por turnos. Pike se empeña en no devolverle la mirada.

—Coged los cuchillos, las armas, todo lo que tengáis. Pero recordad: no luchamos a menos que no tengamos otra opción. No hagáis nada hasta que yo dé la señal, ¿vale? Que nadie se mueva. No quiero que nadie respire, tosa, estornude o se tire un pedo, ¿está claro?

Pike escupe en el suelo. Nadie habla.

—Vale —dice Raven—. Vámonos.

El grupo se divide rápidamente y sin hablar. La gente pasa a mi lado y se convierte en sombras; las sombras se doblan sobre sí mismas en la oscuridad. Me acerco a Raven, que se ha arrodillado junto al regulador muerto y le inspecciona buscando armas, dinero, todo lo que nos pueda servir.

—Raven —su nombre se me queda atrapado en la garganta—. ¿Crees...?

—Seguro que están bien —dice sin alzar la vista. Sabe que le iba a preguntar por Julián y Tack—. Y ahora, fuera de aquí.

Me muevo por el campamento corriendo, encuentro mi mochila junto a las demás al borde de la hoguera. Me la echo al hombro, junto al rifle, los tirantes se me clavan dolorosamente en la piel. Agarro otras dos mochilas más y me las cargo en el hombro izquierdo.

Raven pasa a mi lado corriendo.

—Es hora de irse, Lena.

Ella también se disuelve en la oscuridad.

Me pongo de pie. Luego me doy cuenta de que alguien sacó el botiquín anoche. Si pasa algo, si tenemos que salir corriendo y no podemos volver, lo vamos a necesitar.

Me quito una de las mochilas y me arrojo.

Los reguladores se acercan. Ya puedo distinguir voces, palabras concretas. De repente me doy cuenta de que el campamento se ha quedado totalmente vacío. Soy la única que queda.

Abro la cremallera. Me tiemblan las manos. Saco una sudadera de la bolsa y empiezo a llenarla con tiritas y antibióticos.

Una mano me agarra del hombro.

—¿Qué diablos estás haciendo? —Es Álex. Me pone una mano bajo el brazo y me obliga a ponerme de pie. Solo consigo cerrar la mochila—. Vamos.

Intento apartar el brazo, pero me tiene bien sujeta. Tira de mí en dirección al bosque, me lleva lejos del campamento.

De pronto, me acuerdo de la noche de la redada en Portland cuando él me condujo así por un laberinto negro de habitaciones; cuando nos acurrucamos en el suelo con olor a orines de un cobertizo de herramientas y, con delicadeza, me envolvió la pierna herida con sus manos suaves y fuertes, que provocaban extrañas sensaciones en mi piel.

Aquella noche me besó.

Aparto el recuerdo.

A toda prisa, bajamos por una pronunciada pendiente, nos hundimos en una capa de hojas húmedas y podridas, en dirección a una zona donde el terreno crea una cueva natural, una especie de vaciado en la ladera de la colina. Álex me obliga a agacharme y prácticamente me mete de un empujón en el espacio oscuro y pequeño.

—¡Cuidado!

Pike también se ha escondido ahí; unos pocos dientes brillantes, una silueta de oscuridad. Se mueve ligeramente para hacernos sitio.

Álex se desliza hasta colocarse a mi lado, con las rodillas apretadas contra el pecho.

Las tiendas están a menos de veinte metros de nosotros, colina arriba. Rezo en silencio para que los reguladores piensen que hemos huido y no pierdan el tiempo buscándonos.

Esperar es una agonía. Las voces que venían del bosque han callado. En este momento los reguladores deben de moverse con lentitud, al acecho, acercándose. Puede que ya hayan llegado al campamento, que pasen junto a las tiendas: sombras silenciosas, letales.

El espacio es demasiado estrecho; la oscuridad, intolerable. Una idea me inunda de repente: estamos en un ataúd.

Álex se mueve junto a mí. El dorso de su mano me roza el brazo. Se me seca la garganta. Respira más deprisa de lo normal. Me tenso, totalmente rígida, hasta que retira la mano. Debe haber sido un accidente.

Otro angustioso periodo de silencio.

Pike musita:

—Esto es una estupidez.

—Chist —Álex le hace callar bruscamente.

—Quedarnos aquí sentados como ratas...

—Joder, Pike...

—Callaos los dos —susurro con vehemencia. Nos quedamos de nuevo en silencio. Al cabo de unos pocos segundos, alguien grita. Álex se alerta. Pike se quita el rifle del hombro, con lo que me da un codazo en el costado. Tengo que tragarme el grito.

—Se han ido.

La voz nos llega desde el campamento: ya lo han alcanzado. Supongo que ahora que han visto que las tiendas están vacías, ya no necesitan hablar en voz baja. Me pregunto cuál sería su plan: rodearnos, acribillarnos a balazos mientras dormíamos.

¿Cuántos serán?

—Maldición. Tenías razón sobre los disparos que hemos oído. Es Don.

—¿Está muerto?

—Sí.

Se oye un débil crujido, como si alguien diera patadas a las tiendas.

—Mirad cómo viven. Todos amontonados. Revueltos en la mierda. Como animales.

—Tened cuidado. Todo está contaminado.

Hasta ahora he contado seis voces.

—Se nota en el olor, ¿verdad? Los huelo. Qué asco.

—Respira por la boca.

—Cabrones —musita Pike.

—Chist —digo automáticamente, aunque a mí también me domina la ira, además del miedo. Los odio. Odio a cada uno de ellos por pensar que son mejores que nosotros.

—¿Adonde crees que se dirigen?

—Sea donde sea, no pueden haber ido lejos.



Siete voces distintas en total. Quizá ocho, es difícil calcular. Nosotros somos veintitantos. Sin embargo, como ha dicho Raven, es imposible saber qué armas tienen, o si hay refuerzos esperándolos cerca de aquí.

—Acabemos aquí, entonces, ¿vale, Chris?

—Entendido.

Se me han empezado a dormir los muslos. Desplazo suavemente mi cuerpo hacia atrás buscando alivio, y me apoyo en Álex. No se aparta. De nuevo me roza el brazo con la mano, y no estoy segura de si es por casualidad o se trata de un gesto tranquilizador. Durante un instante, y a pesar de todo, mis entrañas se vuelven blancas y eléctricas, y Pike y los reguladores y el frío desaparecen, y solo queda el hombro de Álex contra el mío, y sus costillas que se expanden y se contraen contra las mías, y la áspera calidez de sus dedos.

El aire huele a gasolina.

El aire huele a fuego.

Vuelvo al presente con una sacudida. Gasolina. Fuego. Algo que arde. Están quemando nuestras cosas. Ahora el aire cruje. Las voces de los reguladores llegan atenuadas por el ruido. Columnas de humo bajan por la colina, flotan hasta hacerse visibles desde donde estamos, retorciéndose como serpientes.

—Hijoputas —dice Pike de nuevo, con voz estrangulada. Hace ademán de salir corriendo y le agarro, tirando de él hacia atrás.

—No lo hagas. Raven ha dicho que esperáramos a que ella diera la señal.

—Raven no está al mando.

Se aparta de mí y se tira sobre el estómago, sosteniendo el rifle delante de él como si fuera un francotirador.

—¡No lo hagas, Pike!

O no me oye o me ignora. Comienza a subir lentamente la colina reptando.

—Álex.

El pánico me va llenando como una marea. El humo, la furia, el rugido del fuego al extenderse, todo eso me impide pensar.

—Mierda —Álex pasa junto a mí y trata de alcanzar a Pike, pero solo se le ven las botas—. Pike, no seas un maldito imbécil...

*Bang. Bang.*

Dos disparos. El ruido parece producir un eco y amplificarse en el espacio hueco. Me tapo los oídos.

Y después: *bang, bang, bang*. Disparos por todas partes y gente que grita. Cae sobre mí un montón de tierra. Me pitan los oídos y tengo la cabeza llena de humo. *Céntrate.*

Álex ya ha salido del agujero y le sigo, luchando por quitarme el arma que llevo al hombro. En el último minuto, me deshago de las mochilas. Solo conseguirán ralentizar mi avance.

Explosiones por todos lados y el rugido de un enorme incendio.

El bosque está lleno de humo y fuego. Llamas naranjas y rojas se alzan entre los árboles negros, descarnados, con el cuello tieso como testigos paralizados de horror. Pike está arrodillado, medio escondido tras un árbol, disparando. Su rostro tiene un tono anaranjado por el fuego y tiene la boca abierta en un aullido. Veo a Raven que se mueve a través de las llamas. El aire vibra por los disparos: son tantos que me recuerda cuando me sentaba en el Paseo de Eastern Prom, con Hana, el Día de la Independencia, para ver los fuegos artificiales, los ruidos entrecortados y los *flashes* de color deslumbrante. El olor a humo.

—¡Lena!

No me da tiempo a ver quién me llama. Una bala pasa silbando junto a mí y se aloja en el árbol que está detrás, lo que hace que salte un montón de astillas del tronco. Reacciono y me lanzo hacia delante, en plancha, contra el tronco de un arce azucarero. Varios metros más adelante, Álex también se ha refugiado tras un árbol. Cada pocos segundos, asoma la cabeza, dispara algunas balas y luego vuelve a ponerse a salvo.

Los ojos se me llenan de agua. Inclino la cabeza con cautela alrededor del tronco, intentando distinguir las figuras que forcejean en la oscuridad, iluminadas desde atrás por el resplandor del fuego. Desde lejos, casi parecen bailarines, parejas que se balancean, luchan, caen, giran.

No sé quién es quién. Parpadeo, toso, me palpo los ojos. Pike ha desaparecido.

Ahí: por un instante veo la cara de Dani cuando se vuelve hacia el fuego. Un regulador ha saltado sobre ella desde atrás, le ha pasado un brazo alrededor del cuello. Los ojos de Dani se salen de sus órbitas, tiene la cara morada. Alzo el arma, la vuelvo a bajar. Imposible apuntar desde aquí, no cuando no dejan de moverse. Dani se retuerce y se contorsiona como un toro intentando sacudirse al jinete.

Hay otro coro de disparos. El regulador retira su arma del cuello de Dani y se lleva la mano a un codo gritando de dolor. Se vuelve hacia la luz y veo la sangre entre sus dedos. No tengo ni idea de quién ha disparado ni de si la bala iba dirigida a Dani o a él, pero el alivio momentáneo de la presión le da a Dani la ventaja que necesita. A tientas busca el cuchillo en su cinturón, jadeando y respirando con dificultad. Está cansada, pero se mueve con la persistencia de un animal al que se va a matar lentamente.

Dirige el arma en un golpe circular hacia el cuello del regulador, el metal brilla en su puño. Cuando se lo clava, él se convulsiona violentamente. Su rostro muestra sorpresa. Caen sobre las rodillas y luego de cara. Dani se arrodilla junto a él, coloca una bota bajo su cuerpo y hace palanca para sacar el cuchillo.

En algún lugar, más allá del muro de humo, grita una mujer. Impotente, apunto con el rifle de un lado a otro del campamento en llamas, pero todo es un remolino de confusión. Tengo que acercarme más. Desde donde estoy, no puedo

ayudar a nadie.

Salgo fuera de la protección del árbol, agachándome todo lo que puedo, y me desplazo hacia el fuego y el caos de cuerpos más allá de Álex, que permanece atento tras un sicómoro.

—¡Lena! —me grita cuando paso corriendo a su lado. No contesto. Tengo que concentrarme. El aire está caliente y espeso, El fuego salta ya desde las ramas de los árboles, un dosel mortal sobre nuestras cabezas: las llamas se trenzan en torno a los troncos, volviéndolos de un color blanco tiza. El cielo está oscurecido más allá del humo. Esto es todo lo que queda de nuestro campamento, de los pertrechos que reunimos con tanto cuidado, la ropa que buscamos trabajosamente, lavamos en el río y llevamos puesta hasta que se caía a pedazos, y las tiendas que arreglamos con tanto esfuerzo, tatuadas de puntadas y remiendos: este calor hambriento que lo consume todo.

A unos metros de mí, un hombre del tamaño de un peñasco ha tirado a Coral al suelo. Me lanzo hacia ella, cuando alguien me ataca por detrás. Al caer, asesto un golpe fuerte hacia atrás con la culata del rifle. El hombre lanza una maldición y retrocede unos centímetros, lo que me da tiempo y espacio para rodar hasta quedar de espaldas. Uso el arma como un bate de béisbol, lo dirijo a su mandíbula. Hace contacto produciendo un crujido escalofriante y el hombre cae de lado.

Tack tenía razón en una cosa: los reguladores no están entrenados para este tipo de combate. Casi siempre actúan desde el aire, desde la cabina de un bombardero, a distancia.

Me pongo en pie rápidamente y corro hacia Coral, que sigue aún en el suelo. No sé qué le ha pasado al arma del regulador, pero tiene sus manos rodeando el cuello de Coral.

Alzo todo lo que puedo la culata de mi rifle por encima de mi cabeza. Los ojos de Coral se giran hasta mirarme. Justo cuando bajo el rifle sobre la cabeza del regulador, él se gira hacia mí. Consigo rozarle un lado del hombro, pero la fuerza del golpe me desequilibra. Me tambaleo y él me lanza un brazo a las pantorrillas y me hace caer. Me muerdo el labio y noto el sabor a sangre. Quiero darme la vuelta para quedar de espaldas, pero de repente siento un peso sobre mí, que me aplasta y me deja sin aire en los pulmones. Me arrebató el arma de la mano.

No puedo respirar. Tengo la cara aplastada contra la tierra. Algo —¿una rodilla?, ¿un codo?— se clava en mi cuello. Ráfagas de luz estallan tras mis párpados.

Luego hay un *tac* y un gruñido y ya no siento el peso. Me doy la vuelta, aspirando aire y soltándome del regulador a patadas. Sigue sobre mí, pero está apoyado hacia un lado, con los ojos cerrados. De la frente le cae un hilillo de sangre. Álex está de pie a mi lado, sosteniendo su rifle.

Se inclina y me toma por el codo, me ayuda a incorporarme. Luego coge mi arma y me la pasa. Más allá de él, el fuego sigue extendiéndose. Los bailarines que oscilaban se han dispersado. Ya no distingo más que un enorme muro de llamas y varias siluetas apiñadas en el suelo. Me inunda una gran desazón. No sé quién ha caído, si son de los nuestros o no.

A nuestro lado, Gordo levanta a Coral y se la carga a la espalda. Ella gime y mueve los párpados, pero no despierta.

—Vamos —grita Álex. El ruido del fuego es tremendo: una cacofonía de crujidos y pequeñas explosiones, como un monstruo que chupara y sorbiera.

Álex nos lleva lejos del fuego, usando la culata del rifle para abrir camino entre los árboles. Me doy cuenta de que nos dirigimos hacia el pequeño arroyo que localizamos ayer.

Gordo jadea detrás de mí. Yo sigo mareada y no me siento muy segura al caminar. Mantengo los ojos fijos en la chaqueta de Álex y no pienso en nada más que en seguir avanzando, un pie delante del otro, alejándome del fuego tanto como sea posible.

—¡Cuuu-iiii!

A medida que nos acercamos al arroyuelo, oímos la llamada de Raven por el bosque. Por la derecha, una linterna corta la oscuridad. Nos abrimos paso entre una masa espesa de vegetación muerta y salimos a una suave pendiente de tierra pedregosa, por la cual discurre resueltamente un arroyo poco profundo. Un claro en el dosel de árboles permite que la luz de la luna llegue hasta él. Entrevera la superficie del agua con hilos de plata, hace que los guijarros de las orillas muestren un ligero brillo.

Nuestro grupo se acurruca, todos juntos, a unos cuantos metros en el otro lado del río. El alivio se abre paso en mi pecho. Estamos intactos, hemos sobrevivido. Y Raven sabrá qué hacer con Julián y Tack. Ella sabrá cómo encontrarlos.

—¡Cuuu-iiii! —vuelve a llamar Raven, apuntando con una linterna en nuestra dirección.

—Ya te vemos —gruñe Gordo. Se adelanta, su respiración suena áspera y ronca, y cruza la corriente hasta el otro lado.

Antes de que podamos cruzar, Álex se gira y da dos pasos hacia mí. Me sorprende ver en su cara un gesto de enfado.

—¿Por qué diablos has hecho eso? —pregunta furioso. Me lo quedo mirando, sin más, y continúa—: Podrías haber muerto, Lena. Si no hubiera sido por mí, habrías muerto.

—¿Es esa tu forma de pedirme que te dé las gracias? —me siento temblorosa, cansada, perdida—. Podrías aprender a pedir las cosas por favor, ¿sabes?

—Hablo en serio —Álex mueve la cabeza—. Deberías haberte quedado donde estabas. No había ninguna necesidad de que te lanzaras a la pelea como si fueras una especie de heroína.

Siento un conato de ira. Me aferró a él y lo avivo.

—Perdóname —digo—. Si no me hubiera metido en la pelea, tu nueva... tu nueva novia ahora estaría muerta.

Casi no he tenido ocasión de usar esa palabra en mi vida, y tardo un segundo en recordarla.

—Ella no es responsabilidad tuya —me dice Álex sin alterar la voz.

En lugar de aliviarme, su respuesta me hace sentir peor. Después de todo lo que ha sucedido esta noche, esta tontería me da ganas de llorar: no ha negado que ella sea su novia.

Me trago ese sabor desagradable que tengo en la boca.

—Bueno, yo no soy responsabilidad tuya tampoco, ¿recuerdas? No puedes decirme lo que tengo que hacer —he encontrado de nuevo el hilo de la furia. Ahora lo sigo, tiro de él para continuar, poco a poco—. Y además, ¿a ti qué te importa? Si tú me odias...

Álex se me queda mirando.

—Tú no lo entiendes, ¿verdad? —su tono es duro.

Me cruzo de brazos y aprieto fuerte, intentando así eliminar el dolor, enterrarlo bajo la ira.

—¿No entiendo qué?

—Nada —Álex se pasa una mano por el pelo—. Olvidalo.

—¡Lena!

Me vuelvo. Tack y Julián acaban de aparecer desde los árboles del otro lado del arroyo y Julián corre hacia mí salpicando agua. Parece que no se da cuenta de lo que hace. Pasa junto a Álex y me coge en brazos y me levanta del suelo. Yo suelto un único sollozo, amortiguado por su camisa.

—Estás bien —susurra. Me aprieta tan fuerte que casi no puedo respirar. Pero no me importa. No quiero que me suelte, nunca.

—Estaba tan preocupada por ti... —digo. Ahora que mi furia contra Álex se ha agotado, resurge la necesidad de llorar, me presiona en la garganta.

No estoy segura de que Julián me oiga. Mi voz está amortiguada por su ropa. Pero me da otro abrazo fuerte antes de soltarme. Me aparta el pelo de la cara.

—¿Cuándo habéis vuelto?... Pensaba que os habría pasado algo...

—Decidimos acampar para pasar la noche —Julián tiene un aire culpable, como si su ausencia hubiera podido ser la causa del ataque—. La interna de Tack se rompió, y en cuanto se puso el sol, ya no podíamos ver nada. Nos preocupaba perdernos. Estábamos probablemente a solo un kilómetro de aquí —mueve la cabeza—. Al oír los disparos, hemos venido lo más rápido posible —me toca la frente con la suya y añade, un poco más bajo—: Tenía mucho miedo.

—Estoy bien —digo. Mantengo los brazos alrededor de su cintura. Es tan sólido, tan estable—. Había reguladores, siete u ocho, quizá más. Pero los hemos echado de aquí.

Julián encuentra mi mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—Debería haberme quedado contigo —dice, y la voz se le quiebra un poco.

Me llevo su mano a los labios. Sencillamente eso, el hecho de que puedo besarle así, libremente, de repente me parece un milagro. Han intentado dejarnos sin espacio, acabar con nosotros para que fuéramos solo algo del pasado. Pero aún estamos aquí.

Y somos más cada día.

—Vamos —digo—. Vamos a ver si los demás están bien.

Álex ya debe haber cruzado el arroyo y se habrá reunido con el resto del grupo. A la orilla del riachuelo, Julián se agacha y me pasa un brazo bajo las rodillas, así que yo caigo hacia atrás, en sus brazos. Me coge y yo le paso los brazos por el cuello y apoyo la cabeza en su pecho. Su corazón late con ritmo firme, tranquilizador. Vadea el arroyo y me deja al otro lado.

—Qué bien que os hayáis reunido con nosotros —Raven le está diciendo irónicamente a Tack, cuando Julián y yo nos abrimos un hueco en el círculo. Pero noto alivio en su voz. A pesar de que a menudo discuten, es imposible imaginar al uno sin el otro. Son como dos plantas que han crecido la una en torno a la otra, se aprietan y compiten, pero se apoyan mutuamente.

—¿Y ahora qué podemos hacer? —pregunta Lu. Es una silueta informe en la penumbra. La mayor parte de las caras son círculos oscuros, con rasgos fragmentados por pequeños haces de luz de luna. En un lado se ve una nariz; en otro, una boca o parte de un fusil.

—Iremos a Waterbury, como habíamos planeado —dice firmemente Raven.

—¿Con qué? —pregunta Dani—. No tenemos nada. No hay comida. Ni mantas. Nada.

—Podría haber sido peor —dice Raven—. Hemos conseguido escapar con vida, ¿no? Y no podemos estar muy lejos.

—No lo estamos —interviene Tack— Julián y yo hemos encontrado la autopista. Está a medio día de aquí. Estamos demasiado hacia el norte, como comentaba Pike.

—Bueno, supongo que en ese caso podemos perdonarte —dice Raven— por hacer que casi nos maten.

Pike, por primera vez en su vida, no tiene nada que decir.

Raven suspira dramáticamente.

—Vale, lo admito, yo estaba equivocada. ¿Es eso lo que querías oír?

De nuevo, no hay respuesta.

—¿Pike? —dice Dani en el silencio.

—Mierda —musita Tack, luego repite—: Mierda.

Otra pausa. Me estremezco. Julián me rodea con sus brazos y yo me inclino hacia él.

Raven dice con voz suave:

—Podemos encender una pequeña hoguera. Si está perdido, le ayudará a encontrarnos.

Ese es su regalo para nosotros. Ella sabe, como todos sabemos en nuestro fuero interno, que Pike ha muerto.

## Hana

*Señor, perdóname porque he pecado. Límpiame de estas pasiones, pues los contaminados se revolcarán en la porquería con los perros y solo los puros ascenderán al cielo.*

Se supone que la gente no debe cambiar. Esa es la belleza del matrimonio: a la gente se la puede unir, hacer que sus intereses respectivos se entrelacen, minimizar las diferencias entre ellos.

Eso es lo que promete la cura.

Pero es mentira.

Fred no es Fred; al menos, no es el Fred que yo pensé que era. Y yo no soy la Hana que se supone que debía ser. No soy la Hana que todo el mundo me dijo que sería después de la cura.

Darme cuenta de eso conlleva una decepción incluso física y una sensación también de alivio.

La mañana después de la toma de posesión de Fred, me levanto y me doy una ducha, sintiéndome alerta y muy descansada. Noto que le presto demasiada atención al brillo de las luces, al pitido de la cafetera en el piso de abajo y al tun-tun-tun de la ropa en la secadora. Electricidad, electricidad por todas partes. Vibramos con ella.

El señor Roth ha venido de nuevo a ver las noticias. Si se porta bien, quizá el ministro de Energía le devuelva su electricidad, y entonces no tendré que verle cada mañana. Podría hablarle a Fred del tema.

Esa idea hace que me den ganas de reír.

—Buenos días, Hana —dice con los ojos fijos en la tele.

—Buenos días, señor Roth —digo alegremente, y entro en la despensa. Recorro las baldas bien surtidas, paso los dedos por los paquetes de arroz y cereales, los tarros idénticos de crema de cacahuete, media docena de mermeladas.

Tendré que tener cuidado, claro, de robar solo un poco cada vez.



Me dirijo directamente a la calle Wynnewood, donde vi a Grace jugando con la muñeca. Una vez más, dejo la bici un poco antes y recorro la mayor parte del camino a pie, con cuidado de permanecer cerca de los árboles. Me mantengo a la escucha por si oigo voces. Lo último que quiero es que Willow Marks me vuelva a pillar por sorpresa.

La mochila se me clava en el hombro y me hace daño, bajo los tirantes tengo la piel resbaladiza por el sudor. Pesa. Al moverme, escucho el ruido del líquido y rezo para que la tapa de la botella usada de leche esté bien enroscada: la he llenado con toda la gasolina del garaje que he podido sin que se notara demasiado el hurto.

Como el otro día, huele un poco a humo de madera. Me pregunto cuántas casas estarán ocupadas y qué otras familias se habrán visto obligadas a vivir aquí, a buscarse la vida como pueden. No sé cómo consiguen sobrevivir en invierno. No me extraña que Jenny, Willow y Grace tengan un aspecto tan pálido y tan demacrado. Es un milagro que sigan vivas.

Me acuerdo de lo que dijo Fred: *Deben aprender que la libertad no los va a mantener abrigados.*

Así que la desobediencia los matará lentamente.

Si consigo encontrar la casa de los Tiddle, puedo dejarles la comida que he robado y la botella con gasolina. Es poco, pero es algo.

En cuanto giro hacia Wynnewood, solo dos calles más allá de la calle Brooks, vuelvo a ver a Grace en la calle, esta vez agachada en la acera, delante de una casa gris de aspecto muy destartado, lanzando piedras sobre la hierba como si estuviera intentando hacer que saltaran sobre el agua.

Respiro hondo y salgo de entre los árboles. Al momento, Grace se pone tensa.

—Por favor, no te vayas —digo con suavidad, porque parece dispuesta a salir corriendo. Avanzo con precaución hacia ella, que se pone de pie enseguida, así que me detengo. Sin dejar de mirarla, me quito la mochila de los hombros—. Puede que no te acuerdes de mí —digo—. Yo era amiga de Lena —me atraganto un poco al pronunciar su nombre y tengo que aclararme la garganta—. No voy a hacerte daño, ¿vale?

La mochila choca con la acera cuando la bajo, y Grace la mira de reojo. Lo considero una buena señal y me agacho, sin dejar de mirarla, pidiendo mentalmente que no salga corriendo. Despacio, abro la cremallera.

En este momento, sus ojos se mueven entre la mochila y yo. Relaja un poco los hombros.

—Te he traído algunas cosas —digo, metiendo lentamente la mano en la bolsa y sacando lo que he robado: un paquete de harina de avena, otro de harina de trigo para gachas y dos paquetes de macarrones con queso, latas de sopa, verduras y atún, una bolsa de galletas. Lo dejo todo en la acera, una cosa al lado

de otra. Grace da un rápido paso hacia delante, luego se para.

Por último, saco la botella usada de leche llena de gasolina.

—Esto también es para ti —digo—. Para tu familia.

Veo movimiento en una ventana del piso de arriba y me asusto. Pero es solo una toalla sucia, colgada como cortina, que aletea con el viento.

De repente, Grace corre hacia mí y me arrebatla la botella de las manos.

—Ten cuidado —digo—. Es gasolina. Es muy peligrosa. Se me ha ocurrido que la podíais usar para quemar cosas —explico un poco tontamente.

Grace no dice nada. Está intentando coger toda la comida que he traído. Cuando me agacho e intento ayudarla, agarra el paquete de galletas y lo aprieta contra el pecho.

—Con cuidado —digo—. Solo intento ayudarte.

Ella hace un gesto, pero me permite ayudarla a hacer un montón y recoger las latas de verdura y de sopa. Estamos a pocos centímetros de distancia, tan cerca que huelo su aliento, desagradable y hambriento. Tiene tierra bajo las uñas, manchas de hierba en las rodillas. Nunca he estado tan cerca de ella y me encuentro observando su cara, buscando un parecido con Lena. La nariz de Grace es más afilada, como la de Jenny, pero tiene los ojos castaños y el pelo oscuro de Lena.

Siento una especie de pálpito: una tensión en el fondo del estómago, un eco de otro tiempo, sensaciones que ya deberían haberse serenado para siempre.

Nadie puede saberlo, ni siquiera sospecharlo.

—Tengo más cosas para darte —le digo a Grace rápidamente cuando se pone de pie sosteniendo una precaria pila de bolsas y paquetes en los brazos, además de la botella de plástico—. Volveré. Solo puedo traer un poco cada vez.

Ella simplemente se queda ahí, mirándome con los ojos de Lena.

—Si no estás por aquí, te dejaré la comida en algún sitio seguro. En algún sitio donde no... se estropee —me detengo en el último momento antes de decir: *donde no la roben*—. ¿Conoces algún buen escondite?

Se da la vuelta de pronto y sale corriendo por el lateral de la casa gris, a lo largo de un tramo de hierbajos y césped crecido. No estoy segura de si quiere que la siga, pero yo lo hago. La pintura está descascarillada, uno de los postigos cuelga torcido de una ventana del primer piso y golpea ligeramente con el viento.

En la parte de atrás de la casa, Grace me espera junto a una trampilla grande de madera en el suelo, que debe conducir a una bodega. Coloca con cuidado la pila de comida en la hierba, luego agarra la oxidada manija de metal de la portezuela y tira de ella. Por debajo se abre un agujero de oscuridad y unos peldaños de madera que bajan hacia un espacio pequeño, con el suelo de tierra. El cuarto está vacío salvo por algunas baldas torcidas que contienen una linterna, dos botellas de agua y algunas pilas.

—Esto es perfecto —digo. Durante un instante, una sonrisa revolotea en su

cara.

Le ayudo a bajar toda la comida hasta la bodega y a colocarla en las baldas. Coloco la botella de gasolina junto a una pared. Grace mantiene el paquete de galletas contra su pecho y se niega a separarse de él. El sitio huele mal, como el aliento de Grace: agrio y terroso. Me alegro cuando salimos de nuevo a la luz del sol. La mañana me ha dejado en el pecho una sensación de pesadumbre que se niega a disiparse.

—Volveré —le digo a Grace.

Casi he dado la vuelta a la esquina cuando habla.

—Me acuerdo de ti —dice, con una voz que es apenas un susurro. Me vuelvo, sorprendida. Pero ya corre hacia los árboles, y desaparece antes de que yo pueda contestar.

El amanecer es doble: dos resplandores humeantes, en el horizonte y a nuestras espaldas, sobre los árboles, donde el incendio sigue avanzando. Las nubes y los cúmulos de humo negro son casi indistinguibles.

En la oscuridad, en medio de la confusión, no nos habíamos dado cuenta de que faltan dos miembros del grupo: Pike y Henley. Dani quiere regresar a buscar sus cuerpos, pero el incendio lo hace imposible. Ni siquiera podemos regresar a buscar latas que no se hayan quemado o pertrechos que puedan haber sobrevivido a las llamas.

Por el contrario, en cuanto hay luz en el cielo, nos ponemos en marcha.

Caminamos en silencio, en línea recta, con los ojos fijos en el suelo. Tenemos que llegar cuanto antes al campamento de Waterbury, sin desviarnos, ni descansar, sin explorar las ruinas de antiguas ciudades, en las que hace tiempo que no queda nada útil. El ambiente está cargado de ansiedad.

Podemos considerarnos afortunados: el mapa de Raven lo tenían Julián y Tack y no ha sido destruido con el resto de nuestras pertenencias.

Tack y Julián caminan juntos en cabeza; de vez en cuando, se paran a consultar las notas que le han añadido al mapa. A pesar de lo sucedido, me enorgullece ver que Tack consulta a Julián y siento también otro tipo distinto de placer: venganza, porque sé que Álex también lo habrá notado.

Álex, por supuesto, cierra la marcha con Coral.

Hace calor, tanto que me he quitado la chaqueta y me he remangado. El sol calienta la tierra con generosidad. Resulta difícil creer que hemos sido atacados hace solo unas horas excepto porque las voces de Pike y Henley han desaparecido de la conversación susurrada.

Julián está delante de mí; Álex, detrás. Así que camino hacia delante, agotada, con los pulmones ardiendo y la boca llena de olor a humo.

Waterbury, según nos ha contado Lu, es el comienzo de un orden nuevo. Se ha formado un enorme campamento, fuera de los límites de la ciudad, y muchos de los residentes válidos de la ciudad han escapado. Hay zonas que han sido evacuadas por completo, en otras se han elevado barricadas contra los inválidos

del otro lado.

Lu ha oído que el campamento inválido es casi como una ciudad en sí mismo. Todo el mundo colabora, todos ayudan a reparar los refugios y a buscar comida y agua. Hasta el momento se ha salvado de represalias, en parte porque no ha quedado nadie que pueda devolver el golpe. Las dependencias municipales han sido destruidas y se ha expulsado al alcalde y a sus ayudantes.

Allí construiremos refugios con ramas y ladrillos recuperados; por fin encontraremos un lugar para nosotros.

En Waterbury, todo va a ir bien.

Los árboles empiezan a escasear y pasamos junto a viejos bancos de parque cubiertos de pintadas y pasos subterráneos medio bombardeados, con manchas de moho; un tejado, intacto, posado sobre un campo de hierba, como si el resto de la casa simplemente hubiera sido absorbido por el subsuelo; tramos de carretera que no llevan a ninguna parte... Elementos de una gramática sin sentido. Este es el lenguaje del mundo de antes, un mundo de confusión y caos, felicidad y desesperación, antes de que el bombardeo masivo convirtiera las calles en una mera cuadrícula, las ciudades en cárceles y los corazones en polvo.

Sabemos que nos estamos acercando.

Por la tarde, cuando el sol comienza a ponerse, la ansiedad vuelve con más fuerza. Ninguno de nosotros quiere pasar otra noche solos, expuestos, en la Tierra Salvaje, incluso habiendo conseguido por el momento despistar a los reguladores.

De la parte delantera llega un grito. Julián se ha alejado de Tack y camina conmigo, aunque en general hemos ido casi todo el rato en silencio.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Estoy tan cansada que me siento adormecida. No puedo ver más allá de la gente que va justo por delante de mí. El grupo se va abriendo en abanico en lo que parece que antes fue un aparcamiento. La mayor parte del suelo ha desaparecido. Dos farolas, sin bombilla, están clavadas en el suelo. Junto a una de ellas se han detenido Raven y Tack.

Julián se pone de puntillas.

—Creo... creo que hemos llegado.

Antes incluso de que termine de hablar, me abro paso entre el grupo para echar un vistazo.

En el extremo del antiguo aparcamiento, el suelo se hunde de repente y cae hacia abajo de forma pronunciada. Una serie de senderos en zigzag descienden la loma hasta un terreno desnudo y sin árboles.

El campamento no es para nada como me lo había imaginado. Yo pensaba en casas de verdad o, al menos, en estructuras sólidas, cobijadas entre árboles. Esto es simplemente un campo extenso y lleno de cosas, un revoltijo de mantas y basura, y cientos y cientos de personas, que llegan casi hasta el muro de la ciudad, teñido de rojo por la luz crepuscular. A lo largo y ancho de esa extensión,

de vez en cuando hay fogatas encendidas, que parpadean como luces de una ciudad lejana. El cielo, eléctrico en el horizonte, tiene en otros lados un tono oscuro compacto, como una tapa de metal que ha sido atornillada para cubrir desperdicios.

Durante un momento me acuerdo de la deforme gente del subsuelo que Julián y yo conocimos cuando estábamos intentando escapar de los carroñeros, y de sus catacumbas mugrientas, llenas de humo.

Nunca había visto a tantos inválidos. Nunca había visto a tanta gente.

Incluso desde aquí, nos llega su olor.

Noto una sensación en el pecho como si me lo hubieran aplastado.

—¿Qué es este lugar? —murmura Julián.

Yo quiero decir algo que le consuele, quiero decirle que todo va a ir bien, pero me siento lastrada, embotada por la desilusión.

—¿Esto es? —Dani es la que expresa lo que todos debemos sentir en este momento—. ¿Este es el gran sueño? ¿El nuevo orden?

—Aquí, al menos, tenemos amigos —dice suavemente Hunter. Pero ni siquiera él puede mantener la ilusión. Se pasa una mano por el pelo y se le queda de punta, todo revuelto. Está pálido: durante todo el camino ha venido tosiendo, su aliento es húmedo y entrecortado—. Además, no teníamos opción.

—Podríamos haber ido a Canadá, como dijo Gordo.

—No lo habríamos conseguido sin nuestros pertrechos —replica Hunter.

—Aún tendríamos nuestras provisiones si nos hubiéramos dirigido al norte desde el principio —rebate Dani, furiosa.

—Bueno, pero no lo hemos hecho. Estamos aquí. Y yo no sé vosotros, pero yo tengo una sed endiablada —Álex se abre camino entre el grupo. Tiene que desviarse para coger el primer sendero que baja la colina zigzagueando. Se resbala un poco por lo empinado del terreno, con lo que lanza un montón de gravilla hacia el campamento.

Al llegar al sendero, se detiene y vuelve la vista hacia nosotros.

—Bueno, ¿qué? ¿Venís?

Sus ojos se deslizan por todo el grupo. Cuando me mira, me recorre una pequeña sacudida y bajo la mirada rápidamente. Durante apenas un segundo, casi parecía mi Álex una vez más.

Raven y Tack avanzan juntos. Álex tiene razón en una cosa: ya no tenemos opción. En la Tierra Salvaje no duraríamos ni unos pocos días más, sin trampas, ni provisiones, ni cazuelas para hervir el agua. El resto del grupo también debe saber esto, porque siguen a Raven y a Tack, desviándose hacia el camino de tierra uno detrás de otro. Dani musita algo entre dientes, pero al final los sigue.

—Vamos —agarro la mano de Julián.

Retrocede. Tiene los ojos fijos en la amplia llanura humeante que está por debajo de nosotros y en el lúgubre mosaico de retales formado por las mantas y

las tiendas de campaña improvisadas. Durante un instante, me parece que va a negarse. Luego se lanza hacia delante, como si se abriera paso cruzando una barrera invisible, y baja la colina por delante de mí.

En el último momento, noto que Lu sigue de pie en la cresta. Parece diminuta, más pequeña por la altura de la vegetación que hay a sus espaldas. Ya le llega el pelo casi hasta la cintura. Mira fijamente, pero no al campamento, sino al muro más allá: la piedra manchada de rojo que marca el comienzo del otro mundo. El mundo zombi.

—¿Vienes, Lu? —digo.

—¿Cómo? —parece sorprendida, como si la hubiera despertado; luego, al momento—. Sí, ya voy.

Lanza una última mirada a la frontera antes de seguirnos. Tiene una expresión atormentada.

La ciudad de Waterbury parece muerta, al menos a esta distancia: no se eleva el humo de las chimeneas industriales, no brillan las luces en las torres oscuras, cubiertas de vidrio. Es un molde vacío de una ciudad, casi como las ruinas por las que hemos pasado en la Tierra Salvaje. Solo que esta vez las ruinas están en el otro lado de los muros.

Y me pregunto qué es, exactamente, lo que le da miedo a Lu.

Una vez abajo, el olor es intenso, casi insoportable: el hedor de miles de cuerpos que no se lavan ni se bañan, bocas hambrientas, orines, viejas hogueras y tabaco. Julián tose y murmura:

—Joder.

Yo me llevo la manga a la boca, intentando respirar a través de la tela.

La periferia del campo está bordeada por anchos barriles metálicos y viejas latas de basura manchadas de óxido, en las que han encendido hogueras. La gente se junta en torno a la lumbre, cocinando o calentándose las manos. Cuando pasamos, nos miran con aire de sospecha. Al momento, me doy cuenta de que no somos bienvenidos.

Incluso Raven parece insegura. No está claro dónde deberíamos ir, o con quién deberíamos hablar, o si el campo está organizado en absoluto. Cuando finalmente el sol es tragado del todo por el horizonte, la multitud se convierte en una masa de sombras: los rostros se encienden, torcidos y grotescos a la luz parpadeante. Los refugios se han construido a toda prisa con trozos de zinc y planchas de metal; otros han improvisado tiendas de campaña con sábanas sucias. Y otros están tumbados en el suelo, arremolinados unos junto a otros, buscando el calor.

—¿Y bien...? —dice Dani. Habla en voz alta, un desafío—. ¿Y ahora qué?

Raven está a punto de responder cuando, de repente, le cae un cuerpo encima

y casi la tira al suelo. Tack la agarra para ayudarla a mantener el equilibrio y grita furioso:

—¡Eh!

El chico que se ha lanzado contra Raven, flaco, con la mandíbula prominente de un bulldog, ni siquiera la mira. Sale corriendo de vuelta hacia una sucia tienda de campaña roja, donde se ha congregado una pequeña multitud. Un hombre mayor, con el pecho desnudo pero que lleva un largo abrigo de invierno, tiene los puños apretados y la cara torcida en un gesto de furia.

—¡Cerdo asqueroso! —escupe—. Te voy a matar, joder.

—¿Estás loco? —la voz de Bulldog es sorprendentemente aguda—. ¿Qué demonios quieres...?

—Me has robado la puta lata. Admítelo. Me has robado la lata —en las comisuras de su boca se acumula saliva. Tiene los ojos muy abiertos, salvajes. Se vuelve en un círculo completo, haciendo un llamamiento a la multitud. Luego alza la voz—: Yo tenía una lata entera de atún, sin abrir. La tenía con mis cosas. Él me la ha robado.

—Yo no la he tocado. Estás loco.

Bulldog hace ademán de apartarse. El hombre del abrigo harapiento suelta un grito de furia.

—¡Mentiroso!

Da un salto. Durante un instante, parece suspendido en el aire, con el abrigo que aletea a sus espaldas como las grandes alas de un murciélago. Luego aterriza sobre la espalda del chico y le tira al suelo.

De repente, la multitud se alza gritando, echándose hacia delante, animándolos. El chico rueda hasta colocarse encima del hombre, a horcajadas, y se pone a golpearle. Entonces, el viejo se lo quita de encima con una patada y aprieta la cara del chico contra el suelo. Grita, pero no se entiende lo que dice. El chico se revuelve y consigue sacudirse al viejo y lo manda contra el lateral de un barril metálico. El hombre grita. Sin duda, el fuego lleva ardiendo largo tiempo y el metal debe estar muy caliente.

Alguien me empuja desde atrás y por poco me caigo al suelo. Julián consigue a duras penas pasarme la mano por el brazo y así no pierdo el equilibrio. La multitud ya está furiosa. Las voces y los cuerpos se han hecho uno, como agua oscura que burbujea: un monstruo de muchas cabezas y muchos brazos.

Esto no es libertad. Esto no es el mundo nuevo que hemos imaginado. No puede ser. Esto es una pesadilla.

Me abro paso entre la multitud siguiendo a Julián, que no suelta mi mano en ningún momento. Es como desplazarse a través de una marea violenta, un estallido de muchas corrientes distintas. Me aterroriza haber perdido a los demás, pero luego veo a Tack, Raven, Coral y Álex, de pie un poco más allá, buscando entre la muchedumbre al resto de nuestro grupo. Dani, Bram, Hunter y Lu se



abren paso con dificultad hasta llegar a nuestro lado.

Nos apretamos unos junto a otros y esperamos a los demás. Busco a Gordo entre la gente, su barba que le llega al pecho, pero todo lo que veo es un barullo y una niebla, caras que se mezclan entre nubes de humo aceitoso. Coral empieza a toser.

Los demás no llegan. Al final nos vemos obligados a admitir que nos hemos separado. Raven dice, sin demasiado entusiasmo, que seguro que consiguen dar con nosotros. Tenemos que encontrar algún sitio en el que podamos acampar y estar a salvo; tenemos que encontrar a alguien que esté dispuesto a compartir comida y agua.

Preguntamos a cuatro personas diferentes antes de encontrar a una que nos quiera ayudar. Una chica, que quizá no tenga más de trece años y va vestida con prendas tan sucias que todas se han vuelto de un gris desvaído y uniforme, nos dice que hablemos con Pippa y nos señala una parte del campamento mejor iluminada que el resto. A medida que nos dirigimos a la zona que nos ha indicado, siento la mirada de la chica que nos observa. Me vuelvo una vez para mirarla. Lleva una manta tapándole la cabeza y su cara es una sombra, pero sus ojos son enormes y luminosos. Me acuerdo de Grace y siento un dolor agudo en el pecho.

Parece que el campamento en realidad está dividido en pequeñas secciones, cada una de las cuales pertenece a una persona o a un grupo de gente distinto. A medida que avanzamos entre los pequeños fuegos de campamento que al parecer marcan el dominio de Pippa, oímos muchas peleas a propósito de límites, territorio y posesiones.

De repente, Raven suelta un grito de reconocimiento:

—¡Flaqui! —exclama, y echa a correr.

La veo lanzarse a los brazos de una mujer, la primera vez que he visto a Raven abrazar voluntariamente a alguien que no sea Tack y cuando se separa, las dos se ponen a hablar y a reír a la vez.

—Tack —dice Raven—, ¿te acuerdas de Flaqui? Estuvo con nosotros ¿hace cuánto?... ¿Tres veranos?

—Cuatro —la corrige riendo la mujer. Tendrá unos treinta años y su apodo debe ser irónico. Tiene una constitución como la de un hombre, corpulenta, con hombros anchos y caderas muy estrechas. Tiene el pelo cortado casi al cero. También se ríe como un hombre, una risa profunda y fuerte. Me cae bien enseguida—. Ahora tengo un nuevo nombre, ¿sabes? —dice con un guiño—. Por aquí, la gente me llama Pippa.

El terreno que ella ha reclamado para sí es más amplio y está mejor organizado que lo que hemos visto en otros lados del campamento. Esto es un refugio de verdad: Pippa se ha apoderado de una amplia cabaña de madera con techo y paredes en tres lados, o la ha construido ella misma. Dentro hay varios bancos toscamente fabricados, media docena de faroles a pilas, montones de

mantas y dos frigoríficos, uno grande, como el de una cocina, y otro pequeño, ambos cerrados con cadena y candado. Pippa nos cuenta que ahí es donde guarda la comida y las medicinas que ha conseguido reunir. Además, ha buscado a varias personas para atender las hogueras continuamente, hervir agua y mantener alejado a cualquiera con ganas de robar.

—No os podríais creer lo que me ha tocado ver por aquí —dice—. La semana pasada, una persona fue asesinada por un maldito cigarrillo. Es una locura —mueve la cabeza—. No me extraña que los zombis no se hayan molestado en bombardearnos. Sería desperdiciar munición. A este paso, acabaremos matándonos unos a otros —hace un gesto indicándonos que nos sentemos en el suelo—. Más vale que os quedéis por aquí un tiempo. Prepararé comida. No hay mucho. Estoy esperando una nueva entrega. Hemos estado recibiendo ayuda de la Resistencia. Pero debe haber pasado algo.

—Patrullas —dice Álex—. Había reguladores justo al sur de aquí. Nos hemos topado con un grupo de ellos.

Pippa no parece sorprendida. Ya debe saber que la Tierra Salvaje ha sido atacada.

—No me extraña que todos tengáis tan mal aspecto —dice suavemente—. Venga. La cocina está a punto de abrir. Descansad un poco.

Julián está muy callado. Noto la tensión en su cuerpo. No hace más que mirar alrededor como si esperase que alguien fuera a saltarle encima desde las sombras. Ahora que estamos de este lado de los fuegos de campamento, rodeados de luz y calor, el resto del campo parece un manchón de sombra: una penumbra que se revuelve y se agita, hinchada de sonidos animales.

Solo puedo imaginarme lo que piensa de este lugar, lo que debe pensar de nosotros. Esta es la visión del mundo sobre la que siempre le han advertido: un mundo de enfermedad es un mundo de caos y suciedad, de egoísmo y desorden.

Me siento enfadada con él sin un motivo justificado. Su presencia, su ansiedad, son un recuerdo de que hay una diferencia entre su gente y la mía.

Tack y Raven se han cogido uno de los bancos. Lu, Dani, Hunter y Bram se aprietan en el otro. Julián y yo nos sentamos en el suelo. Álex sigue de pie. Coral está sentada justo delante de él e intento no fijarme en que ella se inclina hacia atrás, apoyándose en sus espinillas y tocándole la rodilla con la nuca.

Pippa se quita una llave de alrededor del cuello y abre el frigorífico grande. Dentro hay filas y filas de comida enlatada, así como paquetes de arroz. Las baldas de abajo están llenas de vendas, pomada antibacteriana y frascos de ibupofreno. Mientras se mueve, Pippa nos habla sobre el campamento y sobre los disturbios en Waterbury que llevaron a su creación.

—Empezó en la calle —explica mientras echa arroz en una cazuela grande y abollada—. Eran sobre todo chavales. Incurados. Algunos fueron espoleados por los simpatizantes, y también teníamos dentro del movimiento a algunos

miembros de la Resistencia como infiltrados, para mantener la indignación de la gente.

Se mueve con gestos precisos, sin desperdiciar energía. La gente aparece saliendo de las tinieblas para ayudarla. Enseguida tiene colocadas varias cazuelas en uno de los fuegos del perímetro. Nos llega el humo, delicioso, cargado de olores a comida.

Inmediatamente se produce un pequeño cambio, una diferencia en la penumbra que nos rodea: se forma un círculo de gente, un muro de ojos oscuros, hambrientos. Dos de los hombres de Pippa hacen guardia junto a las ollas, con los cuchillos desenfundados.

Me estremezco. Julián no me pasa el brazo por el hombro.

Comemos arroz y alubias de una cazuela común, usando las manos. Pippa no deja de moverse en ningún momento.

Camina con el cuello hacia delante, como si esperara encontrarse continuamente con una barrera y tuviera la intención de atravesarla de un cabezazo. Tampoco deja de hablar.

—La Resistencia me mandó aquí —dice. Raven le ha preguntado cómo es que ha venido a Waterbury—. Después de todos los disturbios en la ciudad, pensamos que teníamos una buena oportunidad de organizar una protesta, de planear la oposición a gran escala. Hay unas dos mil personas en el campamento en este momento, más o menos. Eso es un montón de mano de obra.

—¿Y qué tal va? —pregunta Raven.

Pippa se agacha junto a la hoguera y escupe.

—¿Tú qué crees? Llevo un mes aquí y habré encontrado a unas cien personas a quienes les importe la causa, que están dispuestas a luchar. El resto tiene demasiado miedo, están demasiado cansados, o desmoralizados.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta Raven.

Pippa extiende las manos.

—¿Qué puedo hacer yo? No puedo obligarlos a implicarse y no puedo decirle a la gente lo que tiene que hacer. Esto no es Zombilandia, ¿no?

Yo debo estar poniendo un gesto raro, porque Pippa me mira con dureza.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Miro a Raven en busca de una respuesta, pero su gesto es inexpresivo. Vuelvo la vista a Pippa.

—Tiene que haber algún modo... —digo.

—¿Tú crees? —su voz adopta un gesto duro—. ¿Cómo? Yo no tengo dinero, no puedo sobornarlos. No tenemos la fuerza suficiente para amenazarlos. Si no quieren escuchar, yo no puedo convencerlos. Bienvenidos al mundo libre. Le damos a la gente la capacidad de elegir. Pueden incluso elegir la opción equivocada. Bonito, ¿no? —se pone de pie de pronto y se aleja del fuego: cuando vuelve a hablar, el tono es calmado—. No sé lo que va a pasar. Estoy esperando

que me digan algo desde arriba. Puede que sea mejor irse de aquí y dejar que este sitio se vaya a la mierda. En fin, al menos por el momento estamos a salvo.

—¿Y qué pasa con la posibilidad de que haya represalias? —pregunta Tack—. ¿No crees que la ciudad pueda devolver el golpe?

Pippa mueve la cabeza.

—La ciudad fue evacuada casi por completo después de los disturbios —su boca se curva en una pequeña sonrisa—. Miedo al contagio: los *deliria* que se extienden por las calles, convirtiéndonos a todos en animales —luego, su sonrisa se desvanece—. Ahora, os digo una cosa: con lo que yo he visto aquí... puede que tengan razón.

Saca el montón de mantas y se las pasa a Raven.

—Toma, haced algo útil. Tendréis que compartir. Cuesta más mantener a salvo las mantas que las cazuelas. Acostaos donde encontréis sitio. Pero no os vayáis muy lejos, eso sí. Por aquí hay bastantes majaras. He visto de todo: operaciones fallidas, lelos, criminales, de todo. Que durmáis bien, niños.

Sólo cuando Pippa menciona el sueño, me doy cuenta de lo agotada que estoy. Hace más de treinta y seis horas desde que dormí por última vez, y hasta ahora me ha servido de combustible el miedo a lo que podría sucedernos. Ahora mi cuerpo parece de plomo. Julián tiene que ayudarme a ponerme de pie. Le sigo como una sonámbula, a ciegas, apenas consciente de lo que me rodea. Nos alejamos de la cabaña de tres paredes.

Julián se detiene junto a una hoguera que han dejado que se apague. Estamos al pie mismo de la colina: aquí la pendiente es incluso más pronunciada que por donde hemos bajado nosotros, y no hay ningún sendero por este lado.

No me importa lo duro que esté el suelo, el frío que hace, los gritos constantes que llegan de todas direcciones, la penumbra viva y amenazante. Julián se coloca detrás de mí y nos abriga a los dos con las mantas. Yo ya estoy en otro sitio: estoy en el viejo hogar, en la enfermería, y Grace está ahí, hablándome, repitiendo mi nombre una y otra vez. Pero su voz se ve ahogada por un aleteo de alas negras, y cuando alzo la vista veo que el tejado ha sido destruido por las bombas de los reguladores, y que en vez de un techo ahora solo queda el oscuro cielo nocturno, y miles y miles de murciélagos que no dejan ver la luna.

Me despierto cuando el alba apenas baña el horizonte. En algún lugar fuera de mi ventana ulula un búho, y mi cuarto está lleno de oscuras siluetas móviles.

Dentro de dos semanas, estaré casada.

Me uno a Fred para cortar la cinta del nuevo muro fronterizo de cinco metros de altura y hecho de hormigón armado. Esta nueva muralla va a sustituir a todas las alambradas electrificadas que han rodeado siempre la ciudad.

La primera fase de construcción, completada solo dos días después de que Fred se convirtiera oficialmente en alcalde, llega desde Old Port hasta las Criptas, pasando por Tukey s Bridge. La segunda fase tardará un año más y extenderá una pared hasta el río Fore; dos años más tarde, se erigirá la última sección, que las conectará a ambas y así estará completa la modernización y reforzamiento de la frontera, justo a tiempo para la reelección de Fred.

Durante la ceremonia, Fred da un paso hacia delante con un par de tijeras grandes, sonriendo a los periodistas y a los fotógrafos agrupados en torno al muro. Es una mañana soleada y luminosa, un día de promesas y posibilidades. Alza las tijeras con aire dramático acercándolas a la ancha cinta roja tendida sobre el cemento. En el último momento se detiene, se vuelve y me hace un gesto para que me acerque.

—¡Quiero que mi futura esposa haga los honores en un día tan señalado! — grita, y se oye un aullido de aprobación cuando me adelanto, ruborizada, fingiendo sorpresa.

Todo esto ha sido ensayado, claro. Él interpreta su papel. Y yo tengo mucho cuidado de interpretar el mío.

Las tijeras, de pega, son romas y me cuesta introducir la cinta entre las cuchillas. Unos segundos después, me sudan las palmas de las manos. Noto junto a mí la impaciencia de Fred tras su sonrisa, siento el peso de la mirada de sus socios y de los miembros del comité, todos observándome desde una pequeña zona acordonada, junto al grupo de periodistas.

*Clac.* Por fin consigo que las tijeras corten la cinta, que cae lentamente al suelo, y todo el mundo aplaude ante la alta y lisa pared de cemento. El alambre

de espino que la corona brilla al sol, como dientes de metal.

Más tarde, pasamos al sótano de una iglesia local para una pequeña recepción. La gente toma pastelitos de chocolate y taquitos de queso que sostienen en servilletas de papel, y se sientan en sillas plegables mientras mantienen vasos de plástico con refresco en el regazo.

Esto también, la informalidad, la idea de cercanía, el sótano de la iglesia con sus paredes blancas y limpias y un cierto olor a trementina, todo ha sido cuidadosamente planeado.

Fred recibe las felicitaciones y contesta a preguntas sobre medidas políticas y cambios de planes. Mi madre está radiante, más feliz de lo que la he visto en la vida, y cuando nuestras miradas se cruzan de un lado a otro de la sala, me guiña un ojo. Se me ocurre que esto es lo que ha deseado para mí, para nosotros, desde que nací.

Me paseo entre la multitud, sonriendo, charlando amablemente cuando se me necesita. Por debajo de la charla y la risa, me persigue un ruido de conversación, como un silbido de serpiente, un nombre que va detrás de mí a todas partes.

*Más mona que Cassie...*

*No tan esbelta como Cassie...*

*Cassie, Cassie, Cassie...*

Al volver a casa en coche, Fred está de muy buen humor. Se afloja la corbata y se abre el cuello, se sube las mangas hasta el codo y baja las ventanillas para que entre la brisa en el coche, con lo que le cae el pelo por la cara.

Ya se parece más a su padre. Tiene la cara roja, pues en la iglesia hacía calor, y durante un instante no puedo evitar imaginarme cómo será cuando estemos casados y con qué rapidez querrá empezar a tener niños. Cierro los ojos y me imagino la bahía, dejo que la imagen de Fred tumbado encima de mí se disuelva entre las olas.

—Les ha encantado —dice Fred excitado—. Les he soltado un par de insinuaciones, aquí y allá, sobre Finch y el Ministerio de Energía, y les ha gustado más que a un tonto una tiza, estaba claro.

De repente, ya no puedo contenerme y hago la pregunta:

—¿Qué le pasó a Cassandra?

Su sonrisa flaquea.

—¿Me has estado escuchando siquiera?

—Claro que sí. Les ha encantado. La idea les ha gustado más que a un tonto una tiza —hace una mueca cuando uso esa expresión vulgar, aunque solo estoy repitiendo sus propias palabras—. Pero tú me has recordado algo que tenía ganas de preguntarte. Nunca me has contado lo que le sucedió a Cassandra.

Ahora la sonrisa ha desaparecido por completo. Se vuelve hacia la ventana. El sol de la tarde forma tiras en su cara alternando luz y sombra.

—¿Qué te hace pensar que sucedió algo?

Mantengo el tono ligero de voz.

—Solo quería... Solo quería saber por qué te divorciaste.

Se vuelve a mirarme, con los ojos entrecerrados, como esperando atrapar la mentira en mi cara. Mantengo un gesto natural. Se relaja un poco.

—Diferencias irreconciliables —recupera la sonrisa—. Debieron de meter la pata cuando la evaluaron. Al final resultó que no era la persona correcta para mí.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro, ambos sonriendo, cumpliendo con nuestro deber, guardándonos nuestros respectivos secretos.

—¿Sabes una de las cosas que más me gustan de ti? —pregunta cogiéndome el brazo.

—¿Cuál?

Bruscamente, tira de mí. Sorprendida, suelto un grito. Me pellizca la carne blanda de la parte inferior del codo, lo que envía una corriente aguda de dolor a lo largo de mi brazo. Se me llenan los ojos de lágrimas y respiro hondo, haciendo un esfuerzo por no mostrarlas.

—Que no haces demasiadas preguntas —dice, y luego me aparta violentamente de su lado—. Cassie hacía demasiadas preguntas.

Después se reclina en el asiento y hacemos el resto del trayecto en silencio.

La última hora de la tarde solía ser mi favorita, mía y de Lena. ¿Sigue siéndolo?

No lo sé. Mis sentimientos, mis antiguas preferencias, están como lejos de mi alcance, no borrados por completo, como deberían estar, pero sí como sombras que se desvanecen cuando intento centrar mi atención en ellos.

No hago preguntas.

Solo me voy.

El trayecto en bici hasta Deering Highlands se me hace cada vez más fácil. Por suerte, no me encuentro a nadie. Dejo la comida y la gasolina en la bodega subterránea que Grace me enseñó.

A continuación me dirijo a la calle Preble, donde el tío de Lena tenía su pequeña tienda de comestibles. Como sospechaba, está cerrada y clausurada. Han colocado rejillas metálicas sobre las ventanas; al otro lado de la celosía de metal, veo grafitis en el cristal, ahora indecifrables, desvaídos por la lluvia y la intemperie. El toldo, de color azul real, está rasgado y medio caído. Uno de los soportes de metal, fino como la pata de una araña, se ha desprendido de la tela y cuelga como un péndulo en el viento. Un letrero fijado sobre una de las rejillas metálicas dice: *Próxima apertura. Barbería y Salón de Belleza Bee.*

Sin duda, la ciudad le obligó a cerrar su negocio o los clientes dejaron de acudir, preocupados porque los culparan por asociación. La madre de Lena, el tío de Lena, William, y ahora, ella misma...

Demasiados malos genes. Demasiada enfermedad.

No es de extrañar que se hayan ocultado en Deering Highlands. No es de extrañar que Willow se haya ocultado allí también. Me pregunto si fue por elección propia o si fueron coaccionados, si los amenazaron o incluso los sobornaron para que se fueran de los barrios buenos.

No sé qué es lo que me hace dar la vuelta por detrás, hasta la calleja estrecha y la pequeña puerta azul que daba al almacén. Lena y yo solíamos pasar el rato ahí juntas, cuando ella tenía que reponer productos después de clase.

El sol cae duro sobre los tejados inclinados de los edificios de alrededor, saltando por encima de la calleja, que está oscura y fresca. Las moscas revolotean en torno a un contenedor de basura, zumbando y chocando con el metal. Me bajo de la bici y la apoyo en una de las paredes de cemento. Los sonidos de la calle —gente que grita, el ruido ocasional de un autobús— ya parecen distantes.

Me dirijo hacia la puerta azul, que está manchada de caca de paloma.

Durante un instante, el tiempo parece partirse en dos, y me imagino a Lena que me abre la puerta, como hacía siempre. Me sentaría en una de las cajas de leche en polvo o judías verdes y nos repartiríamos una bolsa de patatas y un refresco robado del inventario, y hablaríamos de...

¿De qué?

¿De qué hablábamos entonces?

De la escuela, supongo. De las otras chicas de la clase, de las competiciones deportivas, de los conciertos en el parque, de quién estaba invitada al cumpleaños de quién, y de las cosas que queríamos hacer juntas.

Nunca de chicos. Lena no hacía eso. Tenía demasiado cuidado.

Hasta que un día dejó de tenerlo.

Ese día lo recuerdo perfectamente. Yo seguía en estado de *shock* por las redadas de la noche anterior: la sangre y la violencia, los gritos y chillidos. Esa misma mañana, había vomitado después de desayunar.

Me acuerdo de la expresión de Lena cuando él llamó a la puerta: ojos salvajes, aterrorizados, el cuerpo tenso, y cómo la miró Álex cuando por fin le dejó entrar en el almacén. Me acuerdo exactamente de la ropa que él llevaba también, y de su pelo revuelto y las deportivas con los cordones teñidos de azul. Llevaba la zapatilla derecha desatada. Él no se daba cuenta.

No se daba cuenta de nada que no fuera Lena.

Recuerdo el arrebato de calor que me recorrió como una puñalada. Celos.

Extiendo la mano hasta la manilla de la puerta, inspiro hondo y tiro. Está cerrado, claro. No sé lo que esperaba ni por qué me siento tan decepcionada. Tenía que estar cerrada con llave. En el interior, el polvo se irá depositando sobre las baldas.

Así es el pasado: se difumina, se adensa. Si no tienes cuidado, acabará por enterrarte. Esa es, en parte, la razón para la cura: hace un barrido; consigue que



el pasado, con todo su dolor, se convierta en algo distante, como la más ligera huella en un cristal brillante.

Pero la cura tiene efectos distintos para cada persona y no siempre funciona a la perfección para todos.

Estoy decidida a ayudar a la familia de Lena. Les quitaron la tienda y les expropiaron la casa, y de eso yo soy responsable en parte. Yo soy la que la animó a que fuera a su primera fiesta ilegal; yo soy la que siempre la incitaba haciéndole preguntas sobre la Tierra Salvaje, hablando sobre abandonar Portland.

Y yo fui también quien ayudó a Lena a escapar. Yo llevé a Álex la nota donde le decía que la habían pillado y que habían adelantado la fecha de su operación. De no haber sido por mí, Lena habría sido curada. Puede que ahora estuviera sentada en una de sus clases en la Universidad de Portland o caminando por las calles de Old Port con su pareja. La tienda Stop-N-Save aún estaría abierta y la casa de la calle Cumberland seguiría habitada.

Pero el sentimiento de culpa es más profundo todavía. Eso, también, es polvo: se han acumulado capas y capas.

Porque, de no haber sido por mí, a Lena y a Álex no los habrían atrapado.

Yo los delaté.

Yo tenía celos.

*Señor, perdóname, porque he pecado.*

## Lena

Me despierto por el ruido y el movimiento. Julián se ha ido.

El sol está alto, el cielo despejado y el día tranquilo. Aparto las mantas con el pie y me siento, parpadeando. Me sabe la boca a polvo.

Raven está arrodillada cerca echando ramitas, de una en una, a uno de los fuegos del campamento. Alza la mirada hacia mí.

—Bienvenida a la tierra de los vivos. ¿Has dormido bien?

—¿Qué hora es? —pregunto.

—Mediodía —se pone de pie—. Estábamos a punto de bajar al río.

—Voy con vosotros.

Agua: eso es lo que necesito. Necesito beber y lavarme. Tengo la sensación de que todo mi cuerpo está cubierto de mugre.

—Vamos, entonces —dice.

Pippa está sentada en la linde de su territorio, hablando con una mujer desconocida.

—Es de la Resistencia —explica Raven cuando ve que me quedo mirando, y mi corazón salta de una manera peculiar en mi pecho. Mi madre está con la Resistencia. Es posible que esa extraña la conozca—. Llega una semana tarde. Venía de New Haven con pertrechos, pero fue atacada por una patrulla.

Trago saliva. Me da miedo pedirle noticias a la desconocida. Me aterra que me desilusione una vez más.

—¿Tú crees que Pippa se va a ir de Waterbury? —pregunto.

Raven se encoge de hombros.

—Ya veremos.

—¿Adónde vamos a ir nosotros? —le pregunto.

Me lanza una pequeña sonrisa y me toca el codo.

—Oye, no te preocupes tanto, ¿vale? Eso es tarea mía.

Siento una oleada de afecto hacia ella. Las cosas entre nosotras no han sido igual desde que descubrí que Tack y ella nos habían usado, a mí y a Julián, para el movimiento. Pero sin ella yo estaría perdida. Todos estaríamos perdidos.

Tack, Hunter, Bram y Julián están de pie juntos, sosteniendo varios cubos

improvisados y contenedores de tamaños distintos. Sin duda, estaban esperando a Raven. No sé dónde están Coral y Álex. Tampoco veo a Lu.

—Hola, dormilona —dice Hunter. Parece haber dormido bien. Tiene mil veces mejor aspecto que ayer y ya no tose.

—Venga, empecemos esta fiesta —dice Raven.

Abandonamos la seguridad relativa del campamento de Pippa y nos metemos entre el barullo de gente, nos adentramos en el laberinto de refugios improvisados y tiendas de campaña remendadas. Intento no aspirar profundamente. Huele mal, a cuerpos que no se lavan y, lo que es peor, a olores de cuarto de baño. El aire está lleno de moscas y bichos. Me muero por meterme en el agua, por quitarme de encima la suciedad y los olores. A lo lejos, distingo apenas el hilo oscuro del río, que serpentea por el lado sur del campamento. Ya no falta mucho.

Poco a poco, las tiendas y los refugios van escaseando hasta desaparecer. Tiras de cemento, ahora fragmentadas y agrietadas, cruzan el paisaje. Los cuadrados grandes marcan los cimientos donde había casas.

A medida que nos aproximamos al río, vemos que en sus orillas se ha juntado una multitud. La gente grita, empujándose y dándose codazos para llegar al agua.

—¿Y ahora qué pasa? —rezonga Tack.

Julián se sube el asa de los cubos hacia el hombro y frunce el ceño, aunque sigue callado.

—No hay problema —dice Raven—. Todos están excitados ante la idea de darse una ducha —pero su voz suena forzada.

Nos abrimos paso a la fuerza entre la espesa marea de cuerpos. El olor es abrumador. Me dan náuseas, pero no hay sitio para moverse, no hay forma de llevarse una mano a la boca. Una vez más, agradezco ser bajita, eso al menos me permite escabullirme por los huecos más pequeños entre la gente, y lucho por llegar la primera a la parte delantera de la muchedumbre, hasta alcanzar la empinada ribera pedregosa del río, mientras la masa de gente continúa aumentando a mis espaldas, esforzándose por llegar.

Algo pasa. El agua está muy baja, es solo un hilo de unos treinta centímetros aproximadamente, y con menos profundidad todavía, y viene tan revuelta que parece casi lodo. A medida que el río fluye hacia la ciudad, se llena con un puzle móvil de gente que se acumula en la ribera, desesperada por llenar sus botellas y cubos. Desde lejos, parecen insectos.

—¿Qué demonios...? —Raven consigue llegar por fin a la orilla y se queda junto a mí, asombrada.

—Se está acabando el agua —digo. Al ver esa aletargada corriente de lodo, me entra el pánico. De repente siento más sed de la que he sentido en mi vida.

—Imposible —dice Raven—. Pippa comentó que ayer el río fluía como siempre.

—Será mejor que cojamos la que podamos —dice Tack. Además de él, Hunter y Bram han conseguido por fin pasar entre la gente. Julián los sigue un momento después. Tiene la cara roja de sudor. Su pelo está pegado a la frente. Durante un momento, me siento profundamente triste por él. Nunca debería haberle pedido que viniera aquí conmigo. Nunca debería haberle pedido que cruzara al otro bando.

Cada vez más gente baja al río y pelea por la poca agua que queda. No hay opción: tenemos que luchar con ellos. Al acercarme al agua, alguien me empuja para apartarme y acabo cayendo de espaldas.

Aterrizo en las rocas con un buen golpe. El dolor me recorre la columna, e incorporarme me lleva tres intentos. Demasiada gente pasa junto a mí y me empuja. Por fin, Julián se abre paso entre ellos y me ayuda a ponerme de pie.

Al final, conseguimos solo una parte muy pequeña del agua que queríamos y perdemos algo en el camino de regreso al campamento de Pippa, cuando un hombre se tropieza con Hunter, haciendo oscilar uno de los cubos. El agua que hemos recogido está llena de barro, y se quedará todavía en menos cuando la hirvamos y separemos la tierra. Si pensara que puedo permitirme desperdiciar líquido, lloraría.

Pippa y la mujer de la Resistencia están de pie en el centro de un pequeño círculo de gente. Álex y Coral han vuelto. No puedo evitar hacer especulaciones sobre dónde han estado juntos.

Es una tontería, cuando hay tantas otras cosas de las que preocuparse, pero aun así la mente sigue volviendo a esta en particular.

*Deliria nervosa de amor: afecta a la mente de forma que no se puede pensar con claridad, ni tomar decisiones racionales sobre el propio bienestar. Síntoma número doce.*

—El río... —comienza a decir Raven cuando nos acercamos pero Pippa la interrumpe.

—Ya lo hemos oído —tiene una expresión sombría. A la luz del día, me doy cuenta de que es mayor de lo que yo pensaba. Había asumido que tenía treinta y pocos años, pero su cara tiene muchas arrugas y su pelo es gris por las sienes. O quizá es solo el efecto de estar aquí, en la Tierra Salvaje, y de luchar en esta guerra—. No fluye.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Hunter—. Un río no deja de fluir de la noche a la mañana.

—Deja de fluir si se construye una presa —dice Álex.

Durante un segundo, se produce un silencio.

—¿Qué quieres decir con una presa? —Julián es el primero en hablar. Él también está intentando luchar contra el pánico. Lo noto en su voz.

Álex se le queda mirando.

—Una presa —repite—. O sea, algo que detiene la corriente, que la bloquea.

Se construye una pared que obstruye y confina...

—¿Pero quién la ha construido? —le corta Julián. Se niega a mirar a Álex, pero es este quien le responde.

—Está claro, ¿no? —se mueve ligeramente, alineando su cuerpo hacia Julián. El ambiente está cargado de electricidad—. La gente del otro lado —se detiene—. Tu gente.

Julián todavía no está acostumbrado a perder los estribos. Abre la boca y la vuelve a cerrar. Pregunta, muy calmado:

—¿Qué has dicho?

—Julián.

Coloco una mano en su brazo.

Pippa interviene:

—Waterbury estaba prácticamente evacuado antes de que yo llegara —dice—. Pensamos que era por la Resistencia. Lo tomamos como un síntoma de avance —suelta una áspera carcajada—. Claramente, tenían otros planes. Han cortado el suministro de agua en la ciudad.

—Bueno, pues tendremos que irnos —dice Dani—. Hay otros ríos. La Tierra Salvaje está llena de ellos. Iremos a otra parte.

Su sugerencia es recibida en silencio. Su mirada va de Pippa a Raven.

Pippa se pasa una mano por la corta pelusilla de su cabeza.

—Sí, claro —la mujer de la Resistencia interviene. Tiene un acento peculiar, cantarín y melodioso, como mantequilla derretida—. La gente que podamos reunir, los que puedan ser movilizados, podremos irnos. Podemos dispersarnos, dividirnos en grupos, volver a la Tierra Salvaje. Pero seguramente haya patrullas esperándonos. Sin duda estarán concentrándose en estos momentos. Es más fácil para ellos si estamos en grupos pequeños, hay menos posibilidades de que podamos luchar. Además, es mejor para la cobertura mediática. Una carnicería a gran escala resulta más difícil de encubrir.

—¿Cómo sabes tanto?

Me vuelvo. Lu acaba de unirse al grupo. Le cuesta trabajo respirar y le brilla la cara, como si hubiera venido corriendo. Me pregunto dónde ha estado todo este rato. Como de costumbre, tiene el pelo suelto, pegado al cuello y a la frente.

—Esta es Summer —dice serenamente Pippa—. Está con la Resistencia. Ella es la razón de que podáis cenar esta noche.

El mensaje subyacente es claro: *Cuidado con lo que decís*.

—Pero tenemos que irnos —la voz de Hunter es casi un ladrido. Me dan ganas de apretarle la mano. Hunter nunca pierde los papeles—. ¿Qué otra opción nos queda?

Summer no se achica.

—Podríamos plantar cara —dice—. Todos estábamos deseando tener una oportunidad de juntarnos y de sacar algo de todo este desmadre —hace un gesto

señalando el despliegue de refugios, como enormes fragmentos de metralla, cuyo brillo se extiende hacia el horizonte—. Ese era el objetivo de venir a la Tierra Salvaje, ¿no?, para todos nosotros. Estábamos hartos de que nos dijeran lo que teníamos que elegir.

—¿Pero cómo luchamos? —me siento más insegura ante esta mujer, con su suave voz musical y sus ojos intensos, de lo que me he sentido ante nadie desde hace mucho tiempo, pero continuo de todos modos—. Ya estamos bastante débiles. Pippa ha dicho que no estamos organizados. Y sin agua...

—No estoy sugiriendo un enfrentamiento frontal —me interrumpe—. Ni siquiera sabemos a qué nos enfrentamos, cuánta gente queda en la ciudad, ni si hay patrullas que se están congregando en la Tierra Salvaje. Lo que sugiero es que reconquistemos el río.

—Pero si han construido una presa...

Una vez más, me interrumpe.

—Las presas se pueden volar —dice con sencillez.

Nos quedamos en silencio durante un segundo. Raven y Tack intercambian una mirada. Actuando por costumbre, esperamos a que uno de ellos intervenga.

—¿Cuál es tu plan? —dice Tack, y así, sin más, sé que es de verdad. Esto está sucediendo. Esto va a suceder.

Cierro los ojos. Me vuelve una imagen: cuando nos bajamos de la furgoneta con Julián después de escapar de Nueva York y creíamos, en aquel momento, que ya habíamos escapado a lo peor, que la vida empezaba de nuevo para nosotros.

Por el contrario, la vida se ha vuelto más dura.

Me pregunto si eso va a cambiar alguna vez.

Siento en mi hombro la mano de Julián: un apretón para tranquilizarme. Abro los ojos.

Pippa se acucilla y dibuja en el suelo con un dedo una línea como una lágrima grande.

—Digamos que esto es Waterbury. Nosotros estamos aquí —dibuja una equis en el sureste del extremo más ancho—. Y sabemos que cuando empezó la lucha, los curados se retiraron al lado oeste de la ciudad. Yo diría que el corte de agua está aproximadamente en esta zona.

Marca al azar otra equis en el lado este, donde la lágrima comienza a estrecharse.

—¿Por qué? —dice Raven. Su cara vuelve a estar viva, alerta. Durante un instante, al mirarla, me entra un pequeño escalofrío. Ella vive para esto, para la lucha, para la batalla por la supervivencia. Ella verdaderamente disfruta con esto.

Pippa se encoge de hombros.

—Esta es mi hipótesis: en esa parte de la ciudad era casi todo parque; probablemente, lo que hayan hecho es inundarla por completo, después de

redirigir el cauce. Allí habrán reforzado las defensas, claro, pero si tuvieran suficiente potencia de fuego para aniquilarnos, ya nos habrían atacado. Estamos hablando de las fuerzas que han logrado reunir en una o dos semanas.

Alza la vista hasta nosotros para asegurarse de que seguimos su explicación. Luego dibuja una flecha en torno a la base de la lágrima, apuntando hacia arriba.

—Probablemente estarán esperando que vayamos al norte, desde donde viene la corriente. O pensarán que nos vamos a dispersar —dibuja líneas que salen en varias direcciones desde la base de la lágrima; ahora parece una cara sonriente y barbuda, desquiciada—. Yo creo que, por el contrario, deberíamos lanzar un ataque directo, mandar un pequeño grupo a la ciudad, abrir la presa con una explosión.

Traza una línea que corta la lágrima en dos.

—Me apunto —dice Raven. Tackescape. No tiene que decir nada para que se sepa que él también.

Summer se cruza de brazos, mirando el diagrama de Pippa.

—Necesitaremos tres grupos separados —dice lentamente—. Dos que distraigan creando problemas en diferentes lugares... —se inclina y hace dos equis en dos puntos distintos de la periferia—, y un grupo más pequeño que entre, haga el trabajo y salga.

—Me apunto —interviene Lu—. Siempre que pueda participar en el grupo principal. No quiero estar en nada de eso de distraer la atención.

Eso me sorprende. En el antiguo hogar, ella nunca mostró interés por unirse a la Resistencia. Ni siquiera se hizo una cicatriz falsa de la operación. Lo único que quería era mantenerse lo más lejos posible de la lucha, quería fingir que el otro lado, el lado curado, no existía. Algo debe haber cambiado en los meses en que hemos estado separadas.

—Lu puede venir con nosotros —sonríe Raven—. Es un amuleto de buena suerte andante. Así es como consiguió su nombre. ¿No es así, Lucky?

Lu no contesta.

—Yo también quiero ser parte del grupo principal —interviene Julián de repente.

—Julián —susurro. Él me ignora.

—Yo iré donde haga más falta —dice Álex. Julián le mira y durante un instante percibo el resentimiento entre ellos, una fuerza contundente, afilada.

—Y yo también —dice Coral.

—Contad con nosotros —dice Hunter hablando también en nombre de Bram.

—Yo quiero ser la que encienda la cerilla —dice Dani.

Otra gente se va apuntando, ofreciéndose para diferentes tareas. Raven me mira.

—¿Y tú qué, Lena?

Noto sobre mí los ojos de Álex. Tengo la boca seca, el sol es tan cegador que

aparto la vista hacia los cientos y cientos de personas que se han visto obligadas a abandonar sus hogares, a dejar atrás su vida para venir a este lugar de polvo y suciedad, todo porque querían el poder de sentir, de pensar, de elegir.

No podían saber que esto era una mentira, que nunca elegimos de verdad, no del todo. Siempre nos presionan y nos aprietan para que vayamos por un camino o por otro. No nos queda más remedio que dar un paso adelante y luego dar otro paso más y luego otro, y de repente nos encontramos en un camino que no hemos elegido en absoluto.

Pero quizá la felicidad no se encuentra en elegir. Quizá en la ficción, en fingir que el lugar donde acabamos era donde queríamos estar desde el principio.

Coral se mueve y lleva la mano al brazo de Álex.

—Yo voy con Julián —digo por fin.

Esto, después de todo, es lo que he elegido.



Antes de volver a casa, deambulo un rato por las inmediaciones de Old Port intentando aclararme la mente, limpiar mis pensamientos de Lena y de la culpa, librarme de la voz de Fred: *Cassie hacía demasiadas preguntas.*

Me subo a la acera y pedaleo a toda velocidad, como si pudiera conseguir que mis pensamientos saliesen por los pies. Dentro de dos semanas, no tendré siquiera esta libertad. Seré demasiado conocida, demasiado visible, me seguirán demasiado. El sudor me corre por el cráneo. Una anciana sale de una tienda y casi no me da tiempo a virar bruscamente, bajar de la acera de un salto y aterrizar en la calzada casi patinando, para no golpearla.

—¡Tonta! —me grita.

—¡Perdone! —grito por encima del hombro, pero la palabra se pierde en el viento.

Y en ese momento, de la nada aparece un perro que ladra, una bola enorme de pelo negro que salta hacia mí. Giro bruscamente el manillar a la derecha y pierdo el equilibrio. Me caigo de la bici, me doy un fuerte golpe en el suelo con el codo y derrapo un metro o así mientras el dolor me desgarrar el lado derecho. La bici cae con un ruido a mi lado, chirriando sobre el cemento. Alguien grita y el perro sigue ladrando. Uno de los pies se me ha quedado atrapado entre los radios de la rueda delantera. El perro da vueltas en torno a mí, jadeando.

—¿Estás bien? —un hombre cruza la calle rápidamente—. Perro malo —dice dándole un fuerte golpe al perro en la cabeza.

El animal se escabulle, gimiendo, hasta quedarse a unos metros de distancia.

Me siento en el suelo, sacando con cuidado el pie de la bici. Tengo rasguños en el brazo derecho y en la espinilla, pero milagrosamente, creo que no me he roto nada.

—Sí, estoy bien.

Me pongo de pie con cuidado, giro los tobillos y las muñecas despacio, comprobando si hay dolor. Nada.

—Tendrías que mirar por dónde vas —dice el hombre. Parece irritado—. Podrías haberte matado.

Luego se aleja caminando por la calle, y le silba a su perro para que le siga. El animal se va corriendo tras él, con la cabeza baja.

Recojo la bici y la llevo por el manillar hasta la acera. Se le ha salido la correa y el manillar está un poco torcido, pero, por lo demás, parece que está bien. Al agacharme a colocar la cadena, me doy cuenta de que he aterrizado justo delante del Centro para la Organización, Investigación y Educación. Debo haber estado dando vueltas alrededor durante una hora.

El COIE alberga los registros públicos de la ciudad: los documentos de constitución de sus empresas, pero también los nombres, fechas de nacimiento y direcciones de sus habitantes, copias de los certificados de nacimiento y matrimonio, así como historias médicas y dentales, infracciones cometidas, informes y notas de las revisiones anuales, además de resultados de las evaluaciones y emparejamientos propuestos.

*Una sociedad abierta es una sociedad sana; la transparencia es esencial para la confianza.* Es lo que enseña el *Manual de FSS*.

Mi madre lo expresaba de otra manera: *Solo la gente que tiene algo que ocultar monta un número por el tema del derecho a la intimidad.*

Sin apenas darme cuenta, encadeno la bici a una farola y subo las escaleras del edificio corriendo. Entro por las puertas giratorias y accedo a una sala amplia y sencilla, con losetas de linóleo gris y luces altas.

Una mujer está sentada detrás de un escritorio de imitación madera, ante un ordenador de aspecto muy antiguo. Tras ella, hay una cadena colgada en una puerta abierta y un letrero grande: *Solo personal autorizado y empleados esenciales.*

La mujer apenas alza la vista cuando me acerco a la mesa. Una identificación pequeña de plástico dice que ella es *Tanya Bourne, auxiliar de Seguridad.*

—¿Puedo ayudarla en algo?—pregunta con voz monótona. Me doy cuenta de que no me reconoce.

—Espero que sí—contesto con tono alegre, apoyando las manos sobre el escritorio y haciendo que me mire a los ojos. Lena la llamaba mi mirada de *cómprame un puente*—. Verá, se acerca mi boda y le he fallado totalmente a Cassie, y ahora casi no queda tiempo para localizarla...

La mujer suspira y se reclina en la silla.

—Y, por supuesto, Cassie tiene que estar en mi boda. Vamos, que aunque haga mucho que no nos vemos... Bueno, ella me invitó a la suya, y es que no estaría nada bien, ¿no?

Suelto una risita.

—¿Señorita?—dice la mujer con aire cansado.

Vuelvo a reírme tontamente.

—Ay, lo siento. Me quedo sola hablando, es una mala costumbre que tengo. Supongo que son los nervios, ya sabe, por la boda y todo eso —hago una pausa y respiro hondo—. Bueno, ¿cree usted que puede ayudarme?

Ella parpadea. Tiene los ojos de color agua sucia.

—¿Cómo?

—¿Puede usted ayudarme a encontrar a Cassie? —pregunto apretando los puños, con la esperanza de que no se dé cuenta. *Por favor, di que sí*—. Cassandra O'Donnell.

Observo cuidadosamente a Tanya, pero no parece reconocer el nombre. Suelta un suspiro exagerado, se levanta de la silla y se acerca a un montón de papeles clasificados. Vuelve balanceándose y prácticamente suelta el formulario como si fuera una bofetada. Es casi tan gordo como los impresos de ingreso médico, por lo menos veinte páginas.

—Se pueden dirigir peticiones de información personal al COIE, a la atención del Departamento de Censo, que se procesarán en noventa días...

—¡Noventa días! —la corto—. Pero si me caso en dos semanas.

Su boca forma una línea fina. Toda su cara es del color del agua sucia. Quizá estar aquí día tras día, bajo la luz mortecina, ha empezado a avinagrarla. Dice con aire resuelto: Los formularios de petición acelerada de información personal deben ir acompañados de una declaración personal...

—Mire —extendiendo los dedos sobre la mesa y aplasto mi frustración con las manos—. La verdad es que Cassandra es una bruja, ¿vale? Ni siquiera me cae bien.

Tanya se anima un poco.

Las mentiras me salen bordadas.

—Ella siempre dijo que yo suspendería las evaluaciones, ¿sabe? Y cuando sacó un ocho, no hizo más que presumir durante días. Bueno, pues ¿sabe qué? Yo saqué mejor nota que ella, y mi emparejamiento es mejor, y mi boda será mejor también —me acerco un poco más, bajo el tono hasta el susurro—. Quiero que esté allí. Quiero que lo vea.

Tanya me observa con atención durante un minuto. Luego, lentamente, su boca se curva en una sonrisa.

—Conocí a una mujer así —dice—. Se diría que el jardín de Dios crecía bajo sus pies —vuelve su mirada hacia la pantalla del ordenador—. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Cassandra. Cassandra O'Donnell.

Las uñas de Tanya producen un ruido exagerado al pulsar las teclas. Luego mueve la cabeza con el ceño fruncido.

—Lo siento. No hay nadie listado con ese nombre.

Mi estómago da un salto raro.

—¿Está segura? Quiero decir, ¿seguro que lo ha escrito bien y todo eso?

Ella se gira desde la pantalla del ordenador hacia mí.

—Tengo más de cuatrocientos O'Donnells. No hay ni una Cassandra.

—¿Y buscando por Cassie? —tengo que luchar contra una sensación extraña, una para la cual no tengo nombre. Imposible. Incluso si estuviera muerta, aparecería en los archivos. El COIE conserva los datos de todo el mundo, vivo o muerto, de los últimos sesenta años.

Ella ajusta la pantalla y vuelve a clicar, luego mueve otra vez la cabeza.

—Nada. Lo siento. ¿Quizá se ha equivocado con la forma de escribirlo?

—Puede ser.

Intento sonreír, pero la boca no me obedece. Esto no tiene ningún sentido. ¿Cómo desaparece una persona? Se me ocurre una idea. Quizá fue invalidada. Es lo único que tendría lógica. Quizá su cura no funcionó, tal vez se contagió de *deliria*, puede que escapara a la Tierra Salvaje.

Eso encajaría. Eso sería una razón para que Fred se hubiera divorciado de ella.

—... al final, todo sale bien.

Parpadeo. Tanya estaba diciendo algo. Me mira con aire paciente, espera que conteste.

—Lo siento. ¿Qué decía?

—Decía que yo no me preocuparía demasiado por ello. Al final, las cosas funcionan. Cada uno recibe lo que se merece —se ríe con fuerza—. Las ruedas de Dios no giran a menos que encajen todas las piezas, ¿sabe lo que quiero decir? Y usted recibe lo que le corresponde y ella recibirá lo que le corresponde.

—Gracias —digo. Oigo que se vuelve a reír mientras me vuelvo hacia las puertas giratorias; el sonido me sigue hasta la calle y sigue resonando suavemente en mi mente incluso cuando estoy a varias manzanas de distancia.

No es que el sol se ponga, es que descompone el cielo. El horizonte tiene un tono rojo ladrillo. El resto del firmamento está recorrido por líneas de color rojo intenso.

El río se ha ido haciendo cada vez más lento hasta convertirse apenas en un chorrito. La gente se pelea por el agua. Pippa nos advierte que no nos apartemos de su círculo y apostea guardias a lo largo del perímetro. Summer ya se ha ido. Pippa no sabe adonde o no comparte sus planes con nosotros.

Al final, ella decide que, cuantos menos, mejor: a cuantas menos personas impliquemos, menos oportunidad habrá de que alguien la fastidie. Los mejores luchadores, Tack, Raven, Dani y Hunter, se ocuparán de la acción principal: llegar a la presa, esté donde esté, y volarla. Lu insiste en ir con ellos y también Julián, y aunque ninguno de los dos es un luchador entrenado, Raven acaba por aceptar.

Podría matarla.

—También necesitaremos guardias —alega—. Gente que vigile. No te preocupes. Le traeré de vuelta sin problemas.

Álex, Pippa, Coral y uno del grupo de Pippa apodado Beast —solo puedo asumir que es por su mata salvaje de pelo negro y la barba oscura que le oscurece la boca— compondrán una fuerza de distracción. De algún modo, me reclutan para que lidere el segundo grupo. Bram será mi apoyo.

—Yo quería ir con Julián —le digo a Tack No me siento cómoda quejándome directamente a Pippa.

—¿Sí? Bueno, esta mañana yo quería bacon y huevos —dice sin alzar la vista. Se está liando un cigarrillo.

—Después de todo lo que he hecho por ti —digo—, todavía me sigues tratando como a una niña.

—Solo cuando te comportas como tal —dice con severidad y me acuerdo de una pelea que tuve con Álex una vez, hace una vida, al descubrir que mi madre había pasado casi toda mi vida presa en las Criptas. No he pensado en aquel momento, y en el repentino estallido de Álex, desde hace un montón. Aquello

ocurrió justo antes de que me dijera por primera vez que me quería. Y eso fue justo antes de que yo se lo dijera también.

De repente, me siento desorientada y tengo que clavarme las uñas en las palmas hasta que siento una pequeña sacudida de dolor. No comprendo cómo cambia todo, cómo son enterradas las capas de nuestra vida. Imposible. En algún momento, todos debemos explotar.

—Mira, Lena —en este momento, Tack alza la cabeza—. Te estamos pidiendo que hagas esto porque confiamos en ti. Eres una líder. Te necesitamos.

Me sorprende tanto la sinceridad de su tono que no se me ocurre qué contestar. En mi antigua vida, nunca era una líder. Hana era la líder. Yo era la que la seguía.

—¿Cuándo termina? —digo por fin.

—No lo sé —dice Tack. Es la primera vez que le oigo admitir que no sabe algo. Intenta liarse el cigarrillo, pero le tiemblan las manos—. Puede que no termine.

Al final se da por vencido y tira el cigarrillo, indignado. Durante un momento, nos quedamos en silencio.

—Bram y yo necesitamos a alguien más —digo por fin—. Así, si pasa algo, si cae uno de nosotros, el otro seguirá teniendo un apoyo.

Tack vuelve a mirarme. Me acuerdo de que él también es joven, veinticuatro, me dijo Raven una vez. En ese instante, aparenta la edad que tiene. Parece un chico agradecido, como si acabara de ofrecermelo para ayudarlo con los deberes escolares.

Luego, el momento pasa y su gesto se endurece de nuevo. Saca el tabaco y los papelillos de liar y empieza de nuevo.

—Puedes llevarte a Coral —dice.

La parte de la misión que más me asusta es el trayecto por el campamento. Pippa nos da una de las linternas que funcionan con baterías, que lleva Bram. A la luz rota de su resplandor, la multitud que nos rodea se descompone en trozos y fragmentos: el brillo de una sonrisa aquí; una mujer con el pecho desnudo que amamanta a un bebé mientras nos mira fijamente con resentimiento. Una marea de gente se abre apenas para dejarnos pasar, luego se cierra de nuevo a nuestras espaldas. Percibo su necesidad de beber. Ya han empezado los gemidos, los susurros: *Agua, agua*. De todas partes, además, nos llega el sonido de voces, gritos amortiguados en la oscuridad, puños que golpean carne humana.

Llegamos a la ribera, que en este momento está sumida en un silencio escalofriante. Ya no hay más gente que abarrota la parte profunda peleando por el líquido. Ya no hay agua por la que luchar, solo un hilo, no más ancho que un dedo, negro por la tierra.

Falta un kilómetro y medio hasta la pared, y luego otros siete hacia el noroeste a lo largo del perímetro, hasta una de las zonas mejor fortificadas. Ahí el problema será crear la máxima conmoción y atraer al mayor número posible de miembros de las fuerzas de seguridad, con el fin de alejarlos del punto por el que tienen que introducirse Raven, Tack y los demás.

Antes de irnos, Pippa ha abierto el segundo frigorífico, el más pequeño, para revelar baldas cargadas de armas que le ha enviado la Resistencia. A Tack, Raven, Lu, Hunter y Julián les ha entregado un arma a cada uno. Nosotros tenemos que conformarnos con una botella de gasolina medio vacía, con un harapo viejo dentro: un *explosivo casero*, lo ha llamado Pippa. Por consenso tácito, me han elegido para llevarlo. Al caminar, parece hacerse cada vez más pesado en mi mochila, me da golpes incómodos en la columna. No puedo evitar imaginarme explosiones repentinas y que salto en trocitos por los aires.

Llegamos a la zona donde el campamento circunda la pared fronteriza sur de la ciudad. Hay una maraña de gente y tiendas de campaña que bordean la muralla. Esta parte del muro, y de la ciudad más allá de él, ha sido abandonada. Enormes reflectores oscuros inclinan el cuello hacia el campamento. Solo queda intacta una bombilla: proyecta una luz brillante y blanca, delimita claramente el contorno de las cosas, dejando fuera el detalle y la profundidad, como un faro que lanzara su rayo sobre aguas oscuras.

Seguimos la pared fronteriza hacia el norte y por fin dejamos atrás el campamento. La tierra está seca bajo nuestros pies. La almohada de agujas de pino cruje y produce pequeños estallidos con cada una de nuestras pisadas. Aparte de eso, una vez queda atrás el ruido del campamento, todo es silencio.

La ansiedad me corroe el estómago. No me preocupa nuestro papel: si todo va bien, ni siquiera tendremos que cruzar el muro, pero Julián se ha metido en algo que le queda muy grande. No tiene ni idea de lo que está haciendo, ni idea de lo que implica.

—Esto es una locura —dice Coral de pronto. Tiene la voz aguda, chillona. Debe haber luchado contra el pánico todo este rato—. No puede funcionar. Es un suicidio.

—No tenías por qué venir —replico con severidad—. Nadie te ha pedido que te ofrecieras voluntaria.

Es como si no me oyera.

—Deberíamos haber liado el petate y habernos pirado de allí —dice.

—¿Y dejar que cada uno se las apañe como pueda? —respondo.

Coral no dice nada. Obviamente, a ella le gusta tan poco como a mí que nos hayan obligado a trabajar juntas; puede que incluso menos, porque yo soy la que está al mando.

Caminamos entre los árboles siguiendo los movimientos desacompañados de la linterna de Bram, que da botes por delante de nosotros como una luciérnaga

demasiado grande. De vez en cuando cruzamos tiras de cemento, que salen de forma radial de las murallas de la ciudad. Antaño, estas antiguas carreteras llevarían a otras ciudades. Ahora se hunden en la tierra, fluyen como ríos grises en torno a los troncos de árboles jóvenes. Hay letreros, casi ahogados por la yedra parda, que indican el camino hacia ciudades y restaurantes desmantelados hace mucho.

Compruebo el pequeño reloj de plástico que me ha prestado Beast: son las once y media de la noche. Hace una hora y media que nos hemos puesto en camino. Nos queda otra media hora hasta que podamos prender fuego al harapo y mandar el explosivo al otro lado del muro. Esto se hará de forma sincronizada con una explosión en el lado este, justo al sur de donde Raven, Tack, Julián y los demás estarán cruzando en ese momento. Con suerte, las dos explosiones distraerán la atención de ese punto de ruptura.

A esta distancia del campamento, la frontera está mejor mantenida. El alto muro de cemento no ha sufrido daños y está limpio. Los reflectores funcionan y son más numerosos: ojos enormes, muy abiertos, situados a intervalos de ocho o diez metros.

Más allá de las luces, distingo las siluetas negras de altos bloques de apartamentos, edificios de fachada de vidrio, agujas de iglesias. Sé que debemos estar acercándonos al centro de la ciudad, una zona que, a diferencia de algunos de los barrios residenciales de la periferia, no ha sido evacuada por completo.

La adrenalina empieza a hacerme efecto, me hace sentir muy alerta. De repente me doy cuenta de que la noche no es silenciosa en absoluto. Oigo animales que se escabullen a nuestro alrededor, el sonido de pisadas de pequeños cuerpos que se deslizan entre las hojas.

Y entonces, débilmente, voces que se entremezclan con los sonidos del bosque.

—Bram —le susurro—. Apaga la linterna.

Lo hace. Nos paramos todos. Los grillos cantan cortando el aire en trocitos, marcando los segundos. Oigo el patrón desesperado de la respiración de Coral, superficial. Está asustada.

De nuevo, voces y algunas risas. Nos pegamos a los árboles, ocultos en un tramo espeso de oscuridad entre dos reflectores. Cuando mis ojos se adaptan a la penumbra, observo el resplandor de una luz diminuta, una luciérnaga naranja, que merodea por encima de la muralla. Brilla un momento, se amortigua, vuelve a brillar. Un cigarrillo. Un guardia.

Otro estallido de risa rompe el silencio, esta vez más fuerte, y una voz de hombre dice:

—Para nada.

Guardias. En plural.

Vale. O sea, que hay puestos de vigía a lo largo de la pared. Esas son buenas



y malas noticias. Más guardias significa que hay más gente para dar la voz de alarma, más fuerzas a las que distraer del punto principal de ataque. Pero también hace que sea más peligroso acercarse al muro.

Le indico por gestos a Bram que siga moviéndose. Ahora que la linterna está apagada, tenemos que desplazarnos despacio. Vuelvo a mirar el reloj. Veinte minutos.

Entonces lo veo: una estructura metálica que se eleva por encima del muro como una jaula enorme. Una torre de vigía. Manhattan, que tenía un muro parecido a este, también tenía estas torres. En el interior de la estructura de alambre hay una palanca que activará las sirenas por toda la ciudad, convocando a los reguladores y a la policía hacia la frontera.

Por suerte, la torre está situada en uno de los tramos de oscuridad entre dos reflectores. Aun así, podemos apostar sobre seguro que habrá guardias protegiendo esta parte de la frontera, aunque no los veamos. La parte superior de la muralla es una masa de sombra y ahí podrían esconderse un buen número de reguladores.

Con un susurro, ordeno a Bram y Coral que se detengan. Aún nos faltan sus buenos treinta metros hasta el muro, y estamos cobijados a la sombra de altos robles y otros árboles de hoja perenne.

—Lanzaremos el dispositivo explosivo lo más cerca posible de la torre de alarma —digo manteniendo la voz baja—. Si la explosión no la hace saltar, lo harán los guardias. Bram, necesito que apagues uno de los reflectores más allá. Pero no demasiado lejos. Si hay guardias en la torre, quiero que abandonen su posición. Voy a tener que acercarme para poder lanzar esta cosa.

Me quito la mochila.

—¿Qué voy a hacer yo? —pregunta Coral.

—Quedarte aquí —digo—. Vigilar. Cubrirme si algo sale mal.

—Eso es una chorrada —dice poco convencida.

Vuelvo a comprobar el reloj. Quince minutos. Casi la hora de la acción. Saco la botella de la mochila. Me parece más grande de lo que me había parecido antes, y más pesada. No encuentro las cerillas que me ha dado Tack y, por un segundo, me entra el pánico de que se me hayan perdido en la oscuridad sin saber cómo, pero luego me acuerdo de que las he guardado en el bolsillo por seguridad.

*Prende la mecha, lanza la botella, me ha dicho Pippa. No tiene ningún problema.*

Respiro hondo, suelto el aire en silencio. No quiero que Coral sepa que estoy nerviosa.

—Vale. Bram.

—¿Ya? —habla bajo, pero con serenidad.

—Ve ahora. Pero espera a mi silbido.

Se pone de pie y se aleja de nosotros sin hacer ruido. Enseguida le absorbe la gran oscuridad. Coral y yo esperamos en silencio. En algún momento, nuestros codos se chocan y se echa hacia atrás bruscamente. Yo me agacho un poco apartándome, observando el muro, intentando distinguir si las sombras que veo son personas o solo trucos de la noche.

Compruebo el reloj, y lo vuelvo a comprobar. De repente, los minutos parecen acelerarse y pasar a toda velocidad. Las 11:50. 11:53. 11:55.

Ahora.

Tengo la garganta reseca. Casi no puedo tragar y tengo que humedecerme los labios dos veces antes de poder soltar un silbido.

Durante largos momentos de agonía, no sucede nada. Ya no tiene sentido fingir que no tengo miedo. El corazón me martillea en el pecho y mis pulmones parece que estuvieran aplanados.

Entonces le veo. En apenas un segundo, al correr hacia el muro, cruza la trayectoria del reflector y la luz lo ilumina, congelado como una fotografía; luego, la oscuridad vuelve a tragarle, y un segundo después se oye un ruido enorme y el reflector se queda oscuro.

Al momento, me pongo de pie y salgo corriendo hacia el muro. Oigo gritos, pero no distingo ninguna palabra, no me centro sino en el muro y en la torre de alarma más allá. Ahora que el reflector está apagado, las siluetas de la torre se ven mejor delineadas, iluminadas desde atrás por la luna y por algunas luces aisladas de la ciudad. A unos cinco metros de la pared, me aprieto contra el tronco de un roble joven. Coloco el explosivo entre mis muslos mientras busco la forma de encenderlo. La primera cerilla se apaga.

—Vamos, vamos —musito. Me tiemblan las manos. La segunda y la tercera cerilla no se encienden.

Una ráfaga de disparos rompe el silencio. Parecen lanzados a ciegas y rezo una breve oración para que Bram haya conseguido regresar ya a los árboles y esté escondido y a salvo, observando para asegurarse de que el resto del plan sale bien.

El cuarto fósforo prende. Muevo la botella de entre mis muslos, acerco la cerilla a la tela y veo cómo arde con una llama blanca y caliente.

Y entonces salgo del refugio entre los árboles, respiro hondo y la lanzo.

La botella sale disparada hacia el muro, formando un círculo de llamas que marea. Me preparo para la explosión, pero nunca llega. El trapo, aún ardiendo, se sale de la botella y cae al suelo. Por un momento me quedo embelesada mirando cómo descende, siguiendo su trayectoria como un pájaro de fuego, lisiado y herido, que cae entre la maleza acumulada al pie de la muralla. La botella se estrella inofensiva contra el cemento.

—¿Qué cojones? ¿Y ahora qué pasa?

—Un fuego, parece.

—Seguramente tus dichosos cigarrillos.

—Anda, deja de criticar y acércame una manguera.

Sigue sin sonar la alarma. Con toda probabilidad, los guardias están acostumbrados a los ataques vandálicos de los inválidos, y ni un reflector dañado ni un pequeño incendio son suficientes para hacer que se preocupen. Puede que no tenga importancia: la distracción creada por Pippa, Álex y Beast es más importante, está más cerca de la acción principal, pero no puedo sacudirme el miedo de que tal vez su plan no haya funcionado tampoco. Eso dejará una ciudad llena de guardias preparados, dispuestos, atentos.

Eso sería mandar a Raven, Tack, Julián y los demás directamente al matadero.

Sin una decisión consciente de ponerme en movimiento, me vuelvo a poner de pie y corro hasta un roble cercano a la pared, que tiene aspecto de poder soportar mi peso. Todo lo que sé es que tengo que pasar al otro lado del muro y hacer saltar la alarma yo misma. Coloco un pie en un nudo del tronco y me impulso hacia arriba. Tengo menos fuerzas que el otoño pasado, cuando estaba acostumbrada a coger nidos rápidamente, sin dificultad. Caigo al suelo.

—¿Qué haces?

Me doy la vuelta. Coral ha salido de entre los árboles.

—¿Y tú qué haces?

Me vuelvo hacia el árbol y lo intento de nuevo, eligiendo una forma distinta esta vez. No hay tiempo, no hay tiempo, no hay tiempo.

—Me has dicho que te cubriera —dice Coral.

—Mantén la voz baja —susurro bruscamente. Me sorprende que de verdad le importe lo suficiente como para seguirme—. Tengo que pasar al otro lado del muro.

—¿Y hacer qué?

Lo intento una tercera vez y consigo rozar con los dedos las ramas por encima de mi cabeza, antes de que las piernas me vengzan y me vea obligada a caer de nuevo al suelo. El cuarto intento es peor que los anteriores. Estoy perdiendo el control, no puedo pensar bien.

—Lena, ¿qué pretendes hacer? —insiste Coral.

Me doy la vuelta para mirarla.

—Dame impulso —le digo en un susurro.

—¿Cómo?

—Venga —el pánico se palpa en mi voz—. Si Raven y los demás no han cruzado todavía, estarán a punto de intentarlo en cualquier momento. Cuentan conmigo.

Coral ha debido notar el cambio en mi voz, porque no hace más preguntas. Entrelaza los dedos y se agacha para que yo pueda apoyar el pie en el hueco formado por sus manos. Luego me eleva, con un gruñido, y yo me alzo y

consigo llegar hasta las ramas, que se abren en abanico desde el tronco, como las varillas de un paraguas sin tela. Una rama se alarga hasta casi llegar al muro. Me apoyo en el estómago, apretándome fuerte contra la corteza, y avanzo poco a poco como un gusano.

La rama comienza a ceder bajo mi peso. Algunos centímetros más y empieza a mecerse. No puedo continuar. Si la rama cede, aumenta la distancia entre donde estoy y la parte superior del muro. Un poco más y perderé la oportunidad de pasar al otro lado.

Respiro hondo y me agacho, con las manos aferrando bien la rama, que se balancea ligeramente. No hay tiempo de preocuparse ni vacilar. Salto hacia arriba en dirección a la pared y la rama se mueve conmigo, como un trampolín, cuando se libera de mi cuerpo.

Durante un segundo estoy en el aire, sin peso. Luego, el borde de la pared se me clava en el estómago con fuerza y me deja sin respiración. Apenas consigo agarrarme con las dos manos y subir hasta caer en el sendero elevado por el que caminan los guardias mientras patrullan. Me detengo en la sombra hasta controlar la respiración.

Pero no puedo descansar mucho rato. Oigo una repentina explosión de sonido: guardias que se llaman unos a otros y pisadas que corren hacia donde estoy yo. Me van a encontrar enseguida y habré perdido mi oportunidad.

Me pongo de pie y corro hacia la torre de alarma.

—Oye, oye, ¡para!

Hay siluetas que adquieren forma en la oscuridad. Uno, dos, tres guardias, todos hombres, luz de luna sobre metal. Armas.

El primer proyectil rebota en uno de los soportes metálicos de la torre. Me lanzo hacia la torre pequeña, al tiempo que otras detonaciones llenan el aire de sonidos. Me centro en la misión y todo suena lejano. En mi mente se suceden imágenes distorsionadas, como fotos fijas de distintas películas: Disparos. Petardos. Gritos. Niños en la playa.

Y después todo lo que puedo ver es la pequeña palanca, iluminada desde arriba por una única bombilla rodeada de cables metálicos: ALARMA DE EMERGENCIA.

El tiempo parece detenerse. Es como si mi brazo fuera el de otra persona que se acerca flotando a la palanca, con una lentitud angustiosa. La palanca está en mi mano; el metal está extrañamente frío. Lenta, muy, muy lentamente, la mano agarra, el brazo tira.

Otro disparo, un sonido metálico que me envuelve: una vibración alta, fina.

En ese momento, de repente, la noche es perforada por un aullido agudo y el tiempo regresa a su velocidad normal con un escalofrío. El sonido es tan potente que lo siento hasta en los dientes. En lo alto de la torre se enciende una bombilla enorme y empieza a girar, con lo que una luz roja barre la ciudad.

Hay brazos que tratan de alcanzarme por entre el andamio de metal: brazos de araña, enormes y peludos. Uno de los guardias me agarra de la muñeca. Yo extendiendo el brazo y le cojo de la parte trasera del cuello, le tiro de repente hacia delante y se da con la frente en uno de los soportes metálicos. Me suelta mientras retrocede dando tumbos y maldiciendo.

—¡Putá!

Bajo de la torre. Dos pasos, saltar el muro y estaré bien, seré libre. Bram y Coral me estarán esperando en los árboles... Daremos esquinazo a los guardias en la oscuridad y las sombras...

Puedo conseguirlo...

Es en ese momento cuando Coral pasa el muro. Me quedo tan pasmada que dejo de correr. No sigue el plan previsto. Antes de que tenga tiempo de preguntarle qué está haciendo, un brazo me aferra por la cintura y tira de mí hacia atrás. Huelo a cuero y siento un aliento cálido en el cuello. El instinto se apodera de mí: pego al guardia un golpe en el estómago con el codo, pero no me suelta.

—Quieta —mascula.

Todo son pequeños estallidos: alguien grita y tengo una mano en la garganta. Coral está delante de mí, pálida y hermosa, con el pelo que le cae por la espalda, el brazo en alto, una visión.

Tiene una piedra en la mano.

Su brazo describe un círculo, una pirueta elegante y clara, y pienso: *Me va a matar.*

En ese momento, el guardia suelta un gruñido y el brazo que me aferraba por la cintura se queda flojo y la mano me suelta cuando él cae al suelo.

Pero ahora vienen de todas partes. La alarma sigue sonando como un aullido y, a intervalos, la escena se ilumina de rojo: dos guardias por la izquierda, otros dos por la derecha. Tres guardias, hombro con hombro, pegados a la pared bloqueando nuestra ruta de escape hacia el otro lado.

Barrido: la luz nos pasa por encima de nuevo, ilumina una escalera de metal a nuestra espalda, que llega hasta una estrecha sima de calles de la ciudad.

—Por aquí —digo jadeando. Agarro a Coral y tiro de ella hacia las escaleras. Este movimiento ha sido inesperado y los guardias tardan en reaccionar. Para cuando alcanzan la escalera, nosotras ya estamos en la calle. En cualquier momento llegarán más reguladores, convocados por la sirena. Pero si podemos encontrar una esquina oscura... Algún sitio en el que escondernos y esperar a que pase todo...

Solo unas pocas farolas están aún encendidas. Las calles están oscuras. Se oyen algunas ráfagas, pero está claro que los agentes disparan al azar.

Cogemos por la derecha, luego por la izquierda, luego otra vez por la derecha. Se oyen pasos que se acercan. Más patrullas. Dudo, preguntándome si

deberíamos volver por el mismo camino. Coral me pone una mano en el brazo y me conduce hacia un espeso triángulo de sombra: un portal escondido, con olor a cigarrillos y a pis de gato, medio oculto tras una entrada con columnas. Nos agachamos en la oscuridad. Un minuto más tarde pasa una maraña de cuerpos, con un zumbido de *walkie-talkies* y respiraciones pesadas.

—La alarma sigue sonando. La posición veinticuatro notifica que se ha producido un incidente.

—Esperamos refuerzos para iniciar barrido.

En cuanto pasan, me vuelvo a Coral.

—¿Qué demonios pensabas que estabas haciendo? —le digo—. ¿Por qué me has seguido?

—Tú me has dicho que tenía que cubrirtte —dice—. Al oír la alarma, me he puesto muy nerviosa. He pensado que tenías que estar en peligro.

—¿Y qué pasa con Bram? —pregunto.

Coral niega con la cabeza.

—No sé.

—No deberías haberte arriesgado —le digo con severidad, y luego añado—: Gracias.

Hago ademán de incorporarme, pero Coral tira de mí.

—Espera —susurra, y se lleva los dedos a los labios. Entonces lo oigo: más pisadas, que se mueven en dirección contraria. Aparecen dos figuras que caminan deprisa.

Una de ellas, un hombre, dice:

—No sé cómo has podido vivir tanto tiempo entre esa basura... Te lo juro, y yo no habría podido hacerlo.

—No ha sido fácil.

La segunda es una voz de mujer. Me resulta familiar.

En cuanto desaparecen de la vista, Coral me da un empujoncito. Tenemos que salir de esa zona, que enseguida estará a rebosar de patrullas; probablemente encenderán hasta las farolas, para que la búsqueda sea más fácil.

Tenemos que dirigirnos hacia el sur. Así podremos cruzar de vuelta hacia el campamento.

Nos movemos rápidamente, en silencio, manteniéndonos muy cerca de los edificios, donde podemos ocultarnos con facilidad en callejones y portales. Me llena el mismo miedo sofocante que sentí cuando Julián y yo huimos por los túneles, y tuvimos que encontrar una salida por los subterráneos.

De repente, todas las farolas se encienden a la vez. Es como si las sombras fueran un océano y la marea se hubiera retirado, dejando un paisaje inhóspito, estriado de calles vacías. Instintivamente, Coral y yo nos refugiamos en un portal oscuro.

—Mierda —musita.

—Me temía que iba a pasar esto —susurro—. Tendremos que limitarnos a usar las callejuelas, eligiendo los sitios más oscuros que encontremos.

Coral asiente con la cabeza.

Nos movemos como ratas: correamos de una sombra a otra, ocultándonos en los pequeños espacios, en las callejuelas y en las grietas, en los portales oscuros y detrás de los contenedores de basura. Dos veces más, oímos patrullas que se acercan y nos escondemos entre las sombras, hasta que se desvanece el zumbido de los *walkie-talkies* y el ritmo de los pasos.

La ciudad cambia. Pronto, los edificios empiezan a escasear. Por fin, el sonido de la alarma, que sigue aullando, se convierte en un grito lejano y nos sumergimos, agradecidas, en otra zona donde las farolas están apagadas. La luna está alta y muy hinchada. Los apartamentos a ambos lados de la calle tienen el aspecto abandonado de niños a quienes se ha separado de sus padres. Me pregunto a qué distancia estaremos del río, si Raven y los otros habrán conseguido volar la presa, si deberíamos haber oído la explosión. Me acuerdo de Julián y siento un poco de ansiedad y de arrepentimiento. He sido muy dura con él. Lo hace lo mejor que puede.

—Lena.

Coral se detiene y señala con el dedo. Estamos cruzando un parque, en el centro hay un anfiteatro excavado en la tierra. Durante un segundo de confusión, me parece ver petróleo oscuro que brilla entre los asientos de piedra. La luna reluce sobre una superficie negra.

Luego me doy cuenta: es agua.

La mitad del teatro está inundada. Una capa de hojas dispersas flota en la superficie interrumpiendo el reflejo de la luna, las estrellas y los árboles. Tiene una extraña belleza. Sin darme cuenta, doy un paso adelante, hacia la hierba, que se hunde bajo mis pies. El barro burbujea bajo mis zapatos.

Pippa tenía razón. Al construir la presa, deben haber redirigido el agua fuera del cauce, inundando zonas del centro. Eso debe significar que estamos en uno de los barrios que fueron evacuados tras las protestas.

—Volvamos al muro —digo—. No tendríamos que tener ningún problema para cruzar.

Continuamos rodeando el perímetro del parque. Nos envuelve un silencio profundo, completo, tranquilizador. Empiezo a sentirme bien.

Lo hemos conseguido. Hemos hecho lo que teníamos que hacer; con suerte, el resto del plan habrá funcionado también.

En una esquina del parque hay una pequeña rotonda de piedra, rodeada por unos pocos árboles oscuros. Si no hubiera sido por una farola de estilo antiguo que luce en una esquina, no habría visto a la chica que está sentada en uno de los bancos de piedra. Tiene la cabeza entre las rodillas, pero reconozco su pelo largo y las zapatillas moradas manchadas de barro. Es Lu.

Coral la ve al mismo tiempo que yo.

—¿No es esa...? —empieza a decir, pero yo ya he echado a correr.

—¡Lu! —grito.

Ella alza la mirada, sobresaltada. Parece que no me reconoce inmediatamente; durante un instante, su cara tiene un color blanco intenso, asustado. Me agacho delante de ella, le pongo las manos en los hombros.

—¿Estás bien? —digo sin aliento—. ¿Dónde están los demás? ¿Ha pasado algo?

—Yo... —se interrumpe, y mueve la cabeza.

—¿Estás herida? —me pongo de pie, manteniendo las manos en sus hombros. No veo sangre por ningún sitio, pero tiembla ligeramente bajo mis dedos. Abre la boca y luego la cierra otra vez. Tiene los ojos vacíos, muy abiertos—. Lu, hálame.

Alzo las manos desde los hombros hacia su cara dándole un pequeño meneo, intentando que salga del estado en que está. Al hacerlo, las yemas de mis dedos rozan la piel bajo su oreja izquierda.

Se me para el corazón. Lu suelta un pequeño grito e intenta separarse bruscamente de mí. Pero yo mantengo las manos apretadas con fuerza en la parte trasera de su cuello. Ella se resiste y se revuelve, intentando luchar para librarse de mí.

—Apártate de mí —dice, casi escupiendo las palabras.

No digo nada. No puedo hablar. Toda mi energía está ya en mis manos, en mis dedos. Ella es fuerte, pero la he pillado por sorpresa y consigo ponerla de pie y empujarla contra una columna de piedra. Le clavo el codo en el cuello para obligarla a volverse, tosiendo, hacia la izquierda.

Apenas soy consciente de la voz de Coral.

—Lena, ¿qué demonios estás haciendo?

Aparto con brusquedad el cabello de Lu de su cara para que se le vea el cuello, blanco y hermoso.

Siento el aleteo frenético de su pulso, justo bajo la cicatriz clara de tres puntas.

La marca de la operación. La de verdad.

Lu está curada.

Me acuerdo de las últimas semanas: de su quietud y de sus cambios de temperamento. El hecho de que se dejara crecer el pelo y de que se lo peinara cuidadosamente hacia delante cada día.

—¿Cuándo? —consigo decir como croando. Aún mantengo el antebrazo oprimiéndole la garganta. Algo negro y antiguo se alza en mi interior. *Traidora*.

—Suéltame —jadea. Su ojo izquierdo gira para mirarme.

—¿Cuándo? —repito, y le pego un apretón en la garganta. Suelta un grito.

—Vale, vale —dice, y yo aflojo la presión, solo un poco. Pero la mantengo



sujeta contra la piedra—. Diciembre —dice con dificultad—. Baltimore.

Me da vueltas la cabeza. Por supuesto. Ha sido a ella a quien he oído hace un rato. Me vienen de nuevo a la mente las palabras del regulador con un significado nuevo, terrible. *No sé cómo has podido vivir tanto tiempo entre esa basura.* Y las de Lu: *No ha sido fácil.*

—¿Por qué? —casi muerdo las palabras. Comoquiera que no me contesta al momento, la aprieto con más fuerza otra vez—. ¿Por qué?

Comienza a hablar apresuradamente, con voz ronca.

—Ellos tenían razón, Lena, ahora lo sé. Piensa en toda esa gente ahí fuera, en los campamentos, en la Tierra Salvaje como animales. Eso no es la felicidad.

—Es la libertad —digo yo.

—¿De verdad? —me mira con los ojos muy abiertos, el iris ha sido tragado por el negro—. ¿Eres tú libre, Lena? ¿Es esta la vida que querías?

No puedo contestar. La furia es un barro espeso y oscuro, una marea que se alza en mi pecho y en mi garganta.

La voz de Lu cae hasta ser un susurro de plata, como el ruido de una serpiente que se desliza por la hierba.

—Lena, no es demasiado tarde para ti. No importa lo que hayas hecho en el otro lado. Eso lo borraremos, empezaremos de nuevo. Esa es la cuestión. Podemos borrar todo eso: el pasado, el dolor, todas tus penas. Puedes comenzar de cero.

Durante un instante, nos quedamos mirándonos fijamente. Ella respira con dificultad.

—¿Todo? —digo.

Intenta asentir con la cabeza y hace un gesto de dolor al encontrarse una vez más con mi codo.

—La inquietud, la infelicidad. Podemos hacer que todo eso desaparezca.

Aflojo la presión sobre su cuello. Aspira aire lentamente, agradecida. Me acerco mucho a ella y repito algo que me dijo Hana una vez, hace una vida.

—Ya sabes que no se puede ser feliz a menos que uno sea infeliz a veces, ¿verdad?

Su gesto se endurece. Acabo de darle el espacio suficiente para maniobrar y, cuando intenta darme un golpe, le agarro la muñeca izquierda y le retuerzo el brazo por detrás, obligándola a que se doble en dos. La fuerzo a que se tumbe en el suelo y la aprieto contra él colocándole una rodilla entre los omóplatos.

—¡Lena! —grita Coral. La ignoro. Una sola palabra me golpetea en la mente: *Traidora. Traidora. Traidora.*

—¿Qué les ha pasado a los demás? —pregunto. Mis palabras suenan agudas y estranguladas, atrapadas en las garras de la ira.

—Es demasiado tarde, Lena.

La cara de Lu está medio aplastada contra el suelo, pero aun así consigue

torcer la boca y formar una sonrisa horrible un gesto de malicia.

Menos mal que no tengo un cuchillo. Se lo clavaría directamente en el cuello. Me acuerdo de Raven sonriendo, riendo mientras comentaba: *Lu puede venir con nosotros. Es un amuleto andante de buena suerte.* Me acuerdo de Tack que compartía su pan, dándole la parte mayor a ella cuando se quejaba de que tenía hambre. Parece que el corazón se me hubiera vuelto de tiza y estuviera rompiéndose en pedazos. Desearía llorar y gritar a la vez: *Confiábamos en ti.*

—Lena —insiste Coral—. Yo creo...

—Cállate —digo ásperamente, manteniendo la atención centrada en Lu—. Dime qué les ha pasado o te mato.

Se debate bajo mi peso y sigue lanzándome esa horrible sonrisa retorcida.

—Demasiado tarde —repite—. Ellos llegarán mañana antes del anochecer.

—¿De qué estás hablando?

Su risa es un traqueteo en su garganta.

—No pensarías que iba a durar, ¿no? No pensarías que os íbamos a permitir que siguierais jugando en vuestro pequeño campamento, entre vuestra porquería... —Le retuerzo los brazos un poco más hacia los omóplatos. Suelta un grito y luego sigue hablando aceleradamente—. Diez mil soldados, Lena. Diez mil soldados contra mil incurados muertos de hambre y de sed, enfermos, desorganizados. Van a acabar con vosotros. Os van a borrar del mapa. En un pispás.

Creo que voy a vomitar. Tengo la cabeza espesa, como llena de líquido. Desde lejos, me doy cuenta de que Coral me habla de nuevo. Me cuesta un momento que las palabras penetren la oscuridad, los ecos acuosos de mi mente.

—Lena, creo que viene alguien.

Apenas ha dicho las palabras cuando un regulador, seguramente el que he visto antes con Lu, dobla la esquina diciendo:

—Perdón por tardar tanto. La caseta estaba cerrada con llave...

Se interrumpe al vernos a Coral y a mí, y a Lu en el suelo. Coral grita y se lanza sobre él, pero torpemente, sin equilibrio. Él la empuja hacia atrás y oigo un pequeño crujido cuando su cabeza choca contra una de las columnas de piedra. El regulador se lanza hacia delante, usando su linterna para atacar. Ella consigue evitarlo a duras penas y la linterna choca contra la piedra y se rompe, con lo que quedamos a oscuras.

El regulador le ha puesto demasiado ímpetu al golpe, por lo que pierde el equilibrio. Eso le da a Coral el tiempo suficiente para apartarse de él alejándose de la columna. Está mareada, no se tiene de pie. Se da la vuelta, tambaleante, para hacerle frente de nuevo, pero con una mano se agarra la parte de atrás de la cabeza. El regulador se incorpora y se lleva la mano al cinturón. Un arma.

Me pongo de pie en un instante. No tengo más opción que liberar a Lu de mi peso. Me lanzo contra el regulador y le agarro por la cintura. Mi peso y el

impulso nos hacen caer a los dos al suelo y rodamos con los brazos y las piernas enredados. Noto en la boca el sabor de su uniforme y su sudor, y siento el peso de su arma que se clava en mi muslo.

A mis espaldas, oigo un grito y un cuerpo que cae a tierra y rezo para que sea Lu y no Coral.

Luego, el regulador se libera de mí y se pone de pie, apartándose con brusquedad. Está jadeando, colorado. Es más grande que yo y más fuerte, pero también más lento: no está en forma. Forcejea con el cinturón, pero antes de que pueda sacar la pistola de la cartuchera, me pongo de pie. Le agarro por la muñeca y suelta un rugido de frustración.

*Bang.*

El arma se dispara. La explosión es tan inesperada que hace que una sacudida recorra todo mi cuerpo. Siento que me sube vibrando hasta los dientes. Me lanzo hacia atrás. El regulador grita de dolor y cae hecho un ovillo. Una mancha negra se extiende por su pierna derecha. Él se da la vuelta para quedar de espaldas, mientras se aprieta el muslo. Tiene el gesto torcido, la cara empapada de sudor. La pistola sigue en la cartuchera: se ha disparado sin querer.

Avanzo un paso y le quito el arma. No se resiste. Simplemente, sigue gimiendo y estremeciéndose y no deja de repetir:

—Ay, mierda, mierda.

—¿Qué demonios has hecho?

Me doy la vuelta a toda velocidad. Lu está de pie, jadeando, mirándose fijamente. Detrás veo a Coral tumbada en el suelo, de lado, con la cabeza apoyada en un brazo y las piernas dobladas hacia el pecho. Se me para el corazón. *Por favor, que no esté muerta.* Luego veo que mueve las pestañas y una de las manos. Gime. No está muerta, menos mal.

Lu da un paso hacia mí. Alzo el arma, la apunto con ella. Se queda paralizada.

—Oye, oye —tiene un tono de voz cálido, relajado, amistoso—. No hagas una tontería, ¿vale? Espera un momento.

—Sé lo que estoy haciendo —digo. Me sorprende ver lo firme que está mi mano. Me asombra que esto, la muñeca, el dedo, el puño, el arma, me pertenezcan.

Lu consigue sonreír.

—¿Te acuerdas del viejo hogar? —dice en ese mismo tono suave como de canción de cuna—. ¿Te acuerdas de cuando Blue y yo encontramos todos aquellos arándanos?

—No te atrevas a decirme lo que recuerdo —digo casi escupiendo las palabras—. Y no te atrevas a hablar de Blue tampoco.

Amartillo el arma. La veo estremecerse. Su sonrisa flaquea. Sería tan fácil... Flexionar y soltar. *Bang.*

—Lena —dice, pero no la dejo terminar. Doy un paso más hacia ella,

acercándome, luego le paso un brazo por el cuello y le doy un abrazo, apretando la boca del revólver contra la suave carne de su barbilla. Empieza a poner los ojos en blanco, como un caballo cuando está asustado; noto que se revuelve contra mí, temblando, intentando liberarse.

—No te muevas —le digo en una voz que no parece mía. Ella se queda floja, excepto los ojos que siguen girando, aterrorizados, entre mi cara y el cielo.

Flexionar y soltar. Un sencillo movimiento, un tironcito.

Huelo su aliento también; acre y caliente.

La empujo alejándola de mí. Cae hacia atrás, sin aire, como si la hubiera ahogado.

—Vete —le digo—. Cógele —señalo al regulador, que sigue gimiendo y apretándose el muslo— y marchaos.

Se humedece los labios con nerviosismo y lanza una mirada al hombre que está en el suelo.

—Antes de que cambie de opinión —añado.

Después de eso, no duda más: se agacha y se pasa el brazo del regulador por los hombros para ayudarle a ponerse de pie. La mancha del pantalón de él es negra, y le llega desde la mitad del muslo hasta la rodilla.

De repente, se me ocurre la idea cruel de desear que se desangre antes de que puedan encontrar ayuda.

—Vámonos —le dice Lu en un susurro, con los ojos aún fijos en los míos. La observo mientras el regulador y ella se van por la calle caminando con dificultad. Cada uno de los pasos de él es subrayado por una exclamación de dolor. En cuanto se los traga la oscuridad, suelto aire. Me vuelvo y veo que Coral está sentada en el suelo, frotándose la cabeza.

—Estoy bien —me dice cuando voy a ayudarla. Se pone de pie con aire inseguro. Parpadea varias veces, como intentando aclarar su visión.

—¿Estás segura de que puedes andar? —pregunto, y ella asiente con la cabeza—. Venga —digo—. Tenemos que ver cómo salir de aquí.

Lu y el regulador nos van a delatar en cuanto tengan oportunidad. Si no nos damos prisa, en cualquier momento estaremos rodeadas. Siento un profundo espasmo de odio pensando en cómo Tack compartió su cena con Lu hace apenas unos días, pensando en que ella aceptó ese regalo.

Por suerte, conseguimos llegar hasta la pared fronteriza sin tropezamos con más patrullas, y encontramos una escalera de metal oxidado que lleva al sendero de vigía, que también está vacío; debemos estar en este momento en el extremo sur de la ciudad, muy cerca del campamento, y la seguridad se centra en las zonas más pobladas.

Coral sube las escaleras con aire inestable y yo voy detrás de ella para asegurarme de que no va a caer, pero rechaza mi ayuda y se aparta bruscamente cuando le pongo una mano en la espalda. En unas pocas horas, mi

respeto por ella ha aumentado muchísimo. Cuando llegamos al sendero, la alarma que sonaba a lo lejos por fin se detiene y la quietud repentina, de algún modo, resulta más aterradora: un grito silencioso.

Bajar por el otro lado del muro es más complicado. Tiene sus buenos cinco metros de caída y abajo hay un montón empinado de grava y piedras. Voy y primero y me cuelgo de una de las farolas que no tienen luz: al soltarme, caigo al suelo, resbalo varios metros, me doy en las rodillas y noto la grava que me araña la piel a través de la tela del pantalón. Con la cara pálida por el esfuerzo, Coral me sigue y aterriza con una débil exclamación de dolor.

No sé qué esperaba: creo que temía que los tanques hubieran llegado ya, que nos encontráramos el campamento sumido en el caos y que fuera ya pasto de las llamas, pero se extiende ante nosotras como antes, un campo enorme y agujereado de refugios y tiendas de campaña puntiagudas. Más allá, al otro lado del valle, están los altos riscos, coronados por una desordenada masa negra de árboles.

—¿Cuánto tiempo crees que nos queda? —pregunta Coral. Sé sin preguntarle que se refiere al momento en que lleguen las tropas.

—No lo suficiente —digo.

Nos movemos en silencio hacia las afueras del campamento: caminar por la periferia siempre será más rápido que intentar orientarnos entre el laberinto de gente y tiendas. El río sigue seco. El plan, claramente, ha fallado. Raven y los demás no han conseguido volar la presa. No es que importe mucho, a estas alturas.

Toda esta gente... sedienta, agotada, débil. Serán más fáciles de acorralar.

Y por supuesto, mucho más fáciles de matar.

Para cuando llegamos de vuelta al campamento de Pippa tengo la garganta tan seca que casi no puedo tragar. Durante un instante, cuando Julián se acerca corriendo, no reconozco su cara: es una colección de formas y sombras aleatorias.

Detrás de él, Álex se aparta del fuego. Me mira a los ojos y hace ademán de acercarse a mí con la boca abierta, las manos extendidas. Todo se paraliza y sé que he sido perdonada y abro las manos, extendiendo los brazos hacia él...

—¡Lena! —en ese momento, Julián me coge en brazos y yo vuelvo a mi ser y aprieto mi mejilla contra su pecho. Seguramente, Álex estaba recibiendo a Coral. Le oigo susurrarle a ella, y en cuanto me aparto de Julián, veo que Álex la lleva hacia una de las hogueras. Estaba segura, durante apenas un instante, de que se estaba abriendo a mí.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Julián acariciándome la cara y agachándose un poco para que estemos casi a la misma altura—. Bram nos ha dicho...

—¿Dónde está Raven? —pregunto cortándole.

—Estoy aquí mismo.

Sale de la oscuridad como flotando y de repente me siento rodeada: Bram, Hunter, Tack y Pippa, todos hablan a la vez, acribillándome a preguntas.

Julián mantiene una mano en mi espalda. Hunter me ofrece agua de una jarra de plástico, que está casi vacía. La tomo agradecida.

—¿Esta bien Coral?

—Lena, estás sangrando.

—Dios mío. ¿Qué ha pasado?

—No hay tiempo —el agua me ha ayudado, pero aun así las palabras me desgarran la garganta—. Tenemos que irnos. Tenemos que reunir a toda la gente que podamos y tenemos que...

—Para, para.

Pippa levanta las dos manos. La mitad de su cara está iluminada por el fuego; la otra, sumida en la oscuridad. Me acuerdo de Lu y me dan ganas de vomitar: una persona a medias, una traidora de dos caras.

—Empieza desde el principio —dice Raven.

—Hemos tenido que luchar —digo—. Hemos tenido que entrar al otro lado.

—Pensábamos que os habrían cogido —dice Tack. Me doy cuenta de que está ansioso, excitado, todos lo están. El grupo entero está cargado de malas vibraciones—. Después de la emboscada...

—¿Emboscada? —repito bruscamente—. ¿Qué quieres decir con emboscada?

—No hemos conseguido llegar hasta la presa —dice Raven—. Álex y Beast han conseguido hacer estallar su carga sin problemas. Estábamos a dos metros del muro cuando ha caído sobre nosotros un grupo de reguladores. Era como si nos estuviesen esperando. Nos habrían fastidiado bien de no ser por Julián, que ha visto algo de movimiento y ha dado la alarma enseguida.

Álex se ha unido al grupo. Coral se pone en pie torpemente, su boca es una línea fina, oscura. Me parece que está más hermosa que nunca. Se me encoge el corazón. Me doy cuenta de por qué le gusta a Álex.

Quizá incluso de por qué la ama.

—Hemos vuelto aquí a toda velocidad —interviene Pippa—. Después ha aparecido Bram. Estábamos considerando si ir a buscar...

—¿Dónde está Dani? —por primera vez, me doy cuenta de que no está en el grupo.

—Muerta —dice Raven brevemente, evitando mi mirada—. Y a Lu la han cogido. No pudimos llegar a ellas a tiempo. Lo siento, Lena —concluye con un tono más suave, y vuelve a mirarme.

Siento otro ataque de náusea. Me abrazo el estómago con los brazos, como si pudiera contener las ganas de vomitar.

—A Lu no la han cogido —digo. Me sale la voz como un ladrido—. Y claro

que os estaban esperando los reguladores. Era una trampa.

Hay un momento de silencio. Raven y Tack intercambian una mirada. Álex es el que habla.

—¿Qué estás diciendo?

Es la primera vez que me habla directamente desde aquella noche en la orilla, después de que los reguladores nos quemaran el campamento.

—Lu no es lo que pensábamos que era —digo—. No es quien creíamos que era. Ha sido curada.

Más silencio: un minuto afilado de estupefacción.

Por fin, Raven estalla:

—¿Cómo lo sabes?

—Le he visto la marca —digo. De pronto me siento exhausta—. Y me lo ha dicho ella misma.

—Imposible —dice Hunter—. Yo estuve con ella... Fuimos juntos a Maryland...

—No es imposible —dice Raven lentamente—. Me dijo que durante un tiempo se había separado del grupo, que pasó una temporada yendo de un hogar a otro.

—Solo estuvo fuera unas pocas semanas.

Hunter mira a Bram buscando una confirmación. Este asiente con la cabeza.

—Con ese tiempo basta —dice Julián suavemente. Álex le mira fijamente. Pero Julián tiene razón: con ese tiempo basta.

La voz de Raven suena tensa.

—Continúa, Lena.

—Van a traer soldados —digo. Una vez las palabras abandonan mi boca, me siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

Se produce otro momento de silencio.

—¿Cuántos? —exige saber Pippa.

—Diez mil.

Apenas puedo pronunciar las palabras.

Se oye la respiración contenida, jadeos por todo el círculo. Pippa mantiene sus ojos en mí como un rayo láser.

—¿Cuándo?

—En menos de veinticuatro horas —contesto.

—Si es que decía la verdad —dice Bram.

Pippa se pasa una mano por el pelo, haciendo que se quede todo de punta.

—No lo creo —dice, pero añade casi al momento—: Me preocupaba que pasara algo así.

—Joder, la voy a matar —dice suavemente Hunter.

—¿Qué hacemos ahora? —Raven dirige el comentario a Pippa.

Esta se queda en silencio un instante mirando fijamente el fuego. Luego se

despeja.

—No vamos a hacer nada —dice firmemente, recorriendo deliberadamente el grupo con la mirada: de Tack y Raven a Hunter y Bram; de Beast y Álex a Coral y Julián. Por fin, sus ojos se fijan en los míos y retrocedo sin querer. Es como si se hubiera cerrado una puerta en su interior. Por una vez, no se mueve—. Raven, Tack y tú vais a liderar el grupo y lo vais a conducir a una casa de seguridad justo en las afueras de Hartford. Summer me indicó cómo llegar. Algunos contactos de la Resistencia llegarán allí en los próximos días. Tendréis que esperarlos.

—¿Y tú? —pregunta Beast.

Pippa sale de un empujón del círculo, entra en la estructura de tres lados situada en el centro del campamento y se acerca al viejo frigorífico.

—Yo haré lo que pueda por aquí —dice.

Todos se ponen a hablar a la vez. Beast dice:

—Yo me quedo contigo.

Tack suelta:

—Eso es un suicidio, Pippa.

Y Raven dice:

—No eres rival para diez mil soldados. Os arrollarán...

Pippa alza una mano.

—No estoy pensando en luchar —dice—. Intentaré hacer correr la voz de lo que va a pasar. Haré lo que pueda para que la gente se vaya.

—No hay tiempo —interviene Coral. Su voz es aguda—. Las tropas están en camino... No hay tiempo de trasladar a todos, no hay tiempo de hacer correr la voz...

—He dicho que voy a hacer lo que pueda.

En este momento, su voz se vuelve cortante. Se quita la llave que lleva al cuello, abre el candado que asegura el frigorífico, y empieza a sacar comida y equipo médico de las baldas en penumbra.

—No nos iremos sin ti —dice testarudo Beast—. Nos quedaremos. Te ayudaremos a hacer que la gente se vaya.

—Haréis lo que yo os diga —replica Pippa sin volverse a mirarle. Se agacha y empieza a sacar mantas de debajo del banco—. Iréis a la casa de seguridad y esperaréis allí a la Resistencia.

—No —dice él—. Yo no.

Sus ojos se encuentran. Entre ellos se produce una especie de diálogo sin palabras y, finalmente, Pippa asiente con la cabeza.

—De acuerdo —dice—. Pero el resto os tenéis que pirar.

—Pippa... —Raven empieza a protestar.

Pippa se endereza.

—Nada de protestar —en este momento veo de dónde ha sacado Raven su



dureza, su forma de liderar a la gente—. Coral tiene razón en una cosa — continúa con voz suave—. Casi no queda tiempo. Quiero que estéis fuera de aquí en veinte minutos —vuelve a recorrer el círculo de gente con la mirada—. Raven coge los pertrechos que te parezca que vais a necesitar. Hay un día de camino hasta la casa, algo más si tenéis que rodear a los soldados. Tack, ven conmigo. Te haré un mapa.

El grupo se divide. Quizá sea el cansancio, o el miedo, pero todo parece suceder como en un sueño: Tack y Pippa están agachados mirando algo, haciendo gestos; Raven envuelve la comida en mantas, atando los bultos con cuerda vieja; Hunter me apremia para que beba más agua y entonces, de pronto, Pippa nos mete prisa para que nos vayamos, ya, ya, ya.

La luna cae sobre los senderos en zigzag que se entrecruzan por la colina, secos y de color pardo, como si estuvieran sumergidos en sangre seca. Lanzo una última mirada hacia el campamento, hacia ese mar de sombras que se retuercen: gente, toda esa gente que no sabe que en este mismo instante ya se aproximan las armas y las bombas y los soldados.

Raven también debe notarlo: el nuevo miedo en el aire, la proximidad de la muerte, la forma en que debe sentirse un animal cuando cae en una trampa. Se vuelve y le grita a Pippa:

—Por favor, Pippa.

Su voz se desliza por la pendiente vacía. Pippa está al pie del camino de tierra, observándonos. Beast está detrás de ella. Ella sostiene una linterna que ilumina su cara desde abajo y la talla en piedra, en planos de sombra y luz.

—Iros —dice Pippa—. No os preocupéis. Me reuniré con vosotros en la casa de seguridad.

Raven la mira fijamente durante algunos segundos más, y luego comienza a darse la vuelta de nuevo.

Luego, Pippa nos dice gritando:

—Pero si no llego dentro de tres días, no me esperéis.

Su voz nunca pierde la calma. Y en ese momento sé qué era esa mirada que he visto antes en sus ojos. Era algo más que calma. Era aceptación.

Era la mirada de alguien que sabe que va a morir.

Dejamos atrás a Pippa, de pie en las oscuras entrañas del campamento, mientras el sol comienza a manchar el cielo de una luz eléctrica y las armas se acercan por todas direcciones.

El sábado por la mañana hago mi visita a Deering Highland. Se está convirtiendo casi en una costumbre. Por suerte, consigo no ver a Grace: las calles están en silencio, quietas, envueltas en la neblina de la mañana temprana, y además me alegra comprobar que las baldas del cuarto subterráneo ya parecen más llenas.

De vuelta en casa, me doy una ducha con agua demasiado caliente, hasta que se me pone la piel rosa. Me froto con cuidado incluso debajo de la uñas, como si el olor a Highlands, a toda esa gente que vive ahí, se me pudiera haber pegado. Pero nunca se es demasiado cuidadoso. Si Cassie fue invalidada porque contrajo la enfermedad, o porque Fred sospechaba que era así, solo puedo imaginarme lo que nos haría a mí y a mi familia si descubriera que la cura no ha funcionado a la perfección.

Tengo que saber con certeza qué le pasó a Cassandra.

Fred va a pasar el día jugando al golf con un grupo numeroso de simpatizantes y personas que apoyan su campaña, incluyendo a mi padre. Mi madre va a comer con la señora Hargrove en el club. Yo me despido alegremente de mis padres y después paso media hora matando el tiempo, demasiado inquieta para ver la tele o para hacer otra cosa que no sea dar vueltas.

Cuando ha transcurrido el tiempo suficiente, cojo la lista de invitados definitiva, con la distribución por mesas, y meto los papeles de cualquier manera en una carpeta. No tiene sentido que guarde el secreto sobre adonde me dirijo, así que llamo a Rick, el hermano de Tony, y espero en el porche delantero a que venga con el coche.

—A la casa de los Hargrove, por favor —digo en tono alegre, mientras me acomodo en el asiento de atrás.

Intento no moverme demasiado. No quiero que él se dé cuenta de que estoy nerviosa. No quiero que me haga preguntas. Pero no me hace ningún caso. Mantiene la vista en la carretera. Su cabeza calva, encajada en el cuello de la camisa, me recuerda un huevo rosa hinchado.

En la casa de los Hargrove no hay ninguno de los tres coches en el sendero circular. De momento, todo va bien.

—Espera aquí —le digo a Rick—. No tardaré.

Una chica que reconozco como parte del servicio de la casa abre la puerta. No tiene más que unos pocos años más que yo y muestra un aire permanente de sospecha aburrida, como un perro al que le han pegado demasiado en la cabeza.

—¡Vaya! —dice cuando me ve, y duda, claramente insegura, sobre si debe dejarme entrar.

Me pongo a hablar al instante:

—He venido todo lo rápido que he podido. ¿Puedes creer que al final a mi madre se le ha olvidado traer los planos a la comida? La señora Hargrove tiene que supervisar el reparto de asientos, por supuesto.

—¡Vaya! —dice otra vez la chica. Frunce el ceño—. Pero la señora Hargrove no está. Se ha ido al club.

Dejo escapar un gemido fingiendo una gran sorpresa.

—Cuando mi madre me ha dicho que iban a comer juntas yo simplemente he asumido...

—Están en el club —repito nerviosa. Se agarra a ese dato como si fuera un salvavidas.

—Tonta de mí —digo—. Y claro, ya no me da tiempo a ir al club. ¿Quizá puedo dejar aquí las listas para que la señora Hargrove...?

—Yo se las puedo dar, si quieres —dice.

—No, no. No hace falta —digo rápidamente. Me humedezco los labios con la lengua—. Si puedo entrar un segundo, le dejo una nota rápida. Las mesas seis y ocho puede que haya que cambiarlas, y quiero estar segura de qué hacer con el señor y la señora Kimble...

La chica se aparta para dejarme entrar.

—Claro —dice, abriendo un poco más la puerta.

Paso junto a ella. Aunque he estado muchas veces en la casa, sin los dueños parece distinta. La mayor parte de los cuartos están a oscuras y todo está tan silencioso que oigo el crujido de pasos en el piso superior y un ruido de telas a varias habitaciones de distancia. Se me pone la carne de gallina. Hace fresco en el vestíbulo, pero es también la sensación que da la vivienda, como si toda ella estuviera conteniendo el aliento, a la espera de que ocurra un desastre.

Ahora que estoy aquí, no sé por dónde empezar. Fred debe haber conservado los documentos de su boda con Cassie, y probablemente también de su divorcio. Nunca he estado en su estudio, pero él me enseñó dónde estaba durante mi primera visita, y es bastante probable que cualquier documento que tenga esté guardado ahí. Aunque primero tengo que librarme de la chica.

—Muchas gracias —le digo cuando me conduce hasta el salón. Le lanzo mi sonrisa más rutilante—. Me sentaré aquí un minuto y le escribiré una nota. Y tú le dices a la señora Hargrove que los papeles están en la mesita del café, ¿vale?

Mi intención es que ella se tome el comentario como una indirecta para que

se vaya, pero se limita a asentir y se queda ahí mirándome tontamente.

En este momento estoy ya improvisando, buscando excusas a la desesperada.

—¿Me podrías hacer un favor? Ya que estoy aquí, ¿puedes ir arriba y buscar las muestras de color que le prestamos a la señora Hargrove hace mucho? El florista las necesita de vuelta. Y la señora Hargrove comentó que me las había dejado en su dormitorio, quizá en su escritorio o por ahí.

—¿Muestras de color...?

—Sí, un libro grande —digo. Y después, como todavía no se mueve, continúo —: Yo esperaré aquí mientras las buscas.

Por fin me deja sola. Espero hasta que oigo sus pasos en el piso de arriba antes de volver al vestíbulo.

La puerta del estudio de Fred está cerrada, pero, por suerte, no con llave. Me cuelo dentro y cierro sin hacer ruido. Tengo la boca seca y el corazón me late en la garganta. Tengo que recordarme que no he hecho nada malo. Al menos, aún no. Técnicamente, esta es también mi casa, o lo será muy pronto.

Tanteo la pared buscando la luz. Es un riesgo, cualquiera podría ver el resplandor por debajo de la puerta, pero por otro lado, andar a tientas en la penumbra volcando muebles también hará que vengan corriendo.

El cuarto está presidido por un amplio escritorio y una silla de cuero de respaldo duro. Reconozco el pisapapeles de plata y uno de los trofeos de golf de Fred, colocados sobre las librerías vacías. En un rincón hay un gran archivador de metal; junto a él, en la pared, hay un enorme retrato de un hombre, presumiblemente un cazador, de pie entre varios cuerpos de animales muertos. Aparto rápidamente la vista.

Me dirijo al archivador, que tampoco está cerrado con llave. Recorro montones de documentos con información financiera: papeles de bancos, declaraciones de impuestos, recibos y resguardos de depósitos que se remontan a casi diez años atrás. Un cajón contiene toda la información sobre el personal, incluyendo copias de los carnés de identidad. La chica que me ha abierto la puerta se llama Eleanor Latterly, y tiene exactamente la misma edad que yo.

Y entonces lo encuentro, escondido en la parte de atrás del cajón de abajo: un sobre sin marcar, fino, que contiene el certificado de nacimiento de Cassie y el de matrimonio. No hay ninguna referencia a un divorcio, solo una carta, doblada en dos, escrita a máquina en papel grueso.

Leo la primera línea rápidamente: *Esta carta se refiere al estado físico y mental de Cassandra Melanea Hargrove, de soltera O'Donnell, que fue admitida bajo mi supervisión...*

Oigo ruido de pisadas que cruzan muy rápido en dirección al estudio. Devuelvo bruscamente la carpeta a su sitio, cierro el archivador con el pie y me guardo la carta en el bolsillo trasero, dando gracias a Dios por haberme traído los vaqueros. Cojo una pluma del escritorio. Cuando Eleanor abre la puerta, yo

enarboló con aire triunfante la pluma antes de que tenga oportunidad de hablar.

—¡La he encontrado! —digo alegremente—. ¿Puedes creer que no se me había ocurrido traer algo para escribir? Hoy tengo la cabeza en las nubes.

No se fía de mí. Me doy cuenta. Pero tampoco es que pueda acusarme de nada.

—No había ningún libro de muestras —dice lentamente—. No estaba por ningún sitio, por lo que he podido ver.

—¡Qué raro! —Entre los pechos me corre un hilillo de sudor. Observo cómo sus ojos recorren en detalle toda la habitación, como buscando algo que esté fuera de su sitio—. Supongo que hoy ha sido un malentendido tras otro. Permíteme.

Tengo que apartarla para poder salir. Apenas me acuerdo de garabatear una nota rápida para la señora Hargrove: *¡Para tu aprobación!*, escribo, aunque en realidad no me importa lo que piense. Eleanor permanece todo el tiempo detrás de mí merodeando, como si pensara que voy a robar algo.

Demasiado tarde.

Toda la operación no ha durado más de diez minutos. Rick todavía tiene el coche en marcha. Me siento atrás.

—A casa —le digo.

Mientras sale con el coche hacia la calle, me parece ver a Eleanor observándome desde una ventana.

Sería más seguro esperar hasta estar en casa para leer la nota pero no puedo contenerme y la desdoble.

Echo una mirada más detenida al encabezamiento: *Dr. Sean Perlin, Supervisor Jefe de Cirugía, Laboratorios Portland.*

La carta es breve.

*A quien pueda interesar,*

*Esta carta se refiere al estado físico y mental de Cassandra Melanea Hargrove, de soltera O'Donnell, que fue admitida bajo mi supervisión durante un periodo de nueve días.*

*En mi opinión como profesional, la señora Hargrove sufre agudos delirios provocados por una inestabilidad mental muy arraigada: tiene fijación con el mito de Barbazul y conecta esa historia con sus manías persecutorias, sufre un estado de neurosis profundo y, a mi modo de ver, es improbable que mejore.*

*Su condición parece ser de tipo degenerativo y puede haber sido provocada por ciertos desequilibrios químicos ocurridos como resultado de la operación, aunque resulta imposible afirmarlo de manera taxativa.*

Leo la carta varias veces. Así que yo tenía razón: le pasaba algo. Se volvió majareta.

Quizá el procedimiento la trastornó, como le pasó a Willow Marks. Es raro que nadie lo notara antes de que se casara con Fred, pero supongo que a veces estas cosas suceden de manera gradual.

Con todo, el nudo que tengo en el estómago se niega a desenredarse. Bajo la pulida prosa del doctor hay un mensaje separado: un mensaje de miedo.

Me acuerdo de la historia de Barbazul: la historia de un hombre, un apuesto príncipe, que mantiene en su castillo una puerta cerrada con llave. Le dice a su nueva esposa que puede entrar en cualquier cuarto excepto en ese. Pero un día, la curiosidad de ella es demasiado grande y descubre una habitación llena de mujeres asesinadas, colgadas por los tobillos. Cuando él descubre que ella ha desobedecido sus órdenes, la añade a esa horrible y sanguinaria colección.

Cuando yo era niña, ese cuento me aterrorizaba, en especial la imagen de las mujeres acumuladas en un montón, con los brazos pálidos y los ojos sin vida, vacíos.

Doblo la carta con cuidado y la devuelvo al bolsillo trasero. Me estoy comportando como una estúpida. Cassie era defectuosa, como yo pensaba, y Fred tenía todas las razones del mundo para divorciarse de ella. Solo porque ella ya no aparezca en los registros no significa que le haya sucedido nada horrible. Quizá haya sido solo un fallo administrativo.

Pero durante todo el camino hasta casa, no puedo evitar acordarme de la extraña sonrisa de Fred y de la forma en que dijo: *Cassie hacía demasiadas preguntas*.

Y tampoco puedo evitar el pensamiento que me viene a la cabeza, sin querer: ¿y si Cassie tenía razón al estar asustada?

Durante la primera parte del día no vemos ninguna señal de los soldados y se me ocurre que quizá Lu nos haya mentido, Me invade la esperanza. Quizá no ataquen el campamento después de todo, y no le pase nada a Pippa. Claro que siempre tendrán el problema del dichoso río, pero ella encontrará un modo de resolverlo. Es como Raven: una superviviente nata.

Pero por la tarde oímos gritos a lo lejos. Tack alza una mano indicando silencio. Todos nos quedamos paralizados y, cuando él nos hace una señal, nos dispersamos por el bosque. Julián se ha adaptado bien a la Tierra Salvaje y a nuestra necesidad de camuflarnos. Un instante está de pie junto a mí y al siguiente desaparece tras un pequeño grupo de árboles. Los demás se desvanecen con la misma rapidez.

Yo me agacho detrás de una antigua pared de cemento, que parece haber caído al azar desde algún sitio. Me pregunto a qué tipo de estructura pertenecía y, de pronto, me acuerdo de una historia que Julián me contó cuando estuvimos presos juntos, de una niña llamada Dorothy cuya casa se elevaba en espiral hacia el cielo por la fuerza poderosa de un tornado y terminaba llegando a un país mágico.

A medida que el sonido de los gritos se hace más fuerte y que el ruido de las armas y de las pisadas de botas se convierte en un ritmo regular y pesado, me encuentro imaginando que nosotros también nos desvanecemos: todos nosotros, todos los inválidos, la gente a la que se ha empujado por todos los medios para echarla de la sociedad, todos desaparecemos como por ensalmo y, al despertar, nos encontramos en un lugar distinto.

Pero esto no es un cuento de hadas. Esto es abril en la Tierra Salvaje y el barro negro que se va filtrando por mis zapatillas y nubes de mosquitos que merodean y aliento contenido y esperas.

Las tropas están a unos cien metros de nosotros, bajando por una suave pendiente, al otro lado de un pequeño arroyo. Desde nuestra posición más elevada, vemos sin dificultad la larga línea de soldados a medida que se hace visible, una mancha de uniformes militares que entra y sale de entre los árboles.

El contorno de las hojas en forma de diamante se funde a la perfección con la masa borrosa y móvil de hombres y mujeres con uniforme de camuflaje, que cargan ametralladoras y gas lacrimógeno. Da la sensación de que no termina nunca.

Por fin acaba el paso de los soldados y, sin hablar, nos ponemos de acuerdo para reagruparnos y comenzar a caminar de nuevo. El silencio está cargado de inquietud. Intento no pensar en aquella gente del campamento, contenida en un cuenco de tierra, atrapada. Me acuerdo de una vieja expresión, *como pescar en un balde*, y me dan unas ganas salvajes e inapropiadas de reír. Eso es lo que son todos esos inválidos: peces con mirada salvaje y vientre pálido, vueltos hacia el sol, como si ya estuvieran muertos.

Conseguimos llegar a la casa de seguridad en algo menos de doce horas. El sol ha completado su ciclo y en este momento se esconde tras los árboles, descomponiéndose en vetas acuosas de naranja y amarillo. Me recuerda los huevos escalfados que me preparaba mi madre cuando estaba enferma, cómo la yema se extendía por el plato, con un color dorado vivo y asombroso, y siento una punzada de nostalgia de mi hogar. Ni siquiera estoy segura de si echo de menos a mi madre o, sencillamente, la antigua rutina de mi vida: una vida de escuela y compañeras, y reglas que me mantenían a salvo; de límites y fronteras, hora del baño y toque de queda. Una vida sencilla.

Localizamos la casa de seguridad. Es una pequeña estructura de madera, no más amplia que una letrina exterior y equipada con una puerta bastante tosca. Todo debe haber sido construido con materiales recuperados tras el gran bombardeo. Cuando Tack abre la puerta, girándola sobre sus bisagras oxidadas, dobladas y retorcidas como todo lo demás, apenas distinguimos unos cuantos peldaños que descienden a un agujero oscuro.

—Esperad —Raven se arrodilla, busca a tientas en una de las mochilas que le ha dado Pippa y saca una linterna—. Iré yo primero.

El aire huele a humedad y a algo más, un olor agrisado que no consigo identificar. Seguimos a Raven por las empinadas escaleras. Dirige la linterna a una sala que es sorprendentemente espaciosa y está muy limpia: estanterías, algunas mesas desvencijadas, un hornillo de queroseno. Más allá hay un pasillo en penumbra que lleva a otros cuartos. Siento un aleteo de calidez en el pecho. Me recuerda al hogar cerca de Rochester.

—Debería haber lámparas en algún sitio.

Raven da varios pasos hacia el interior de la habitación. La luz barre en zigzag el suelo de cemento y veo un par de ojillos relucientes, un destello de pelo gris. Ratones.

Raven encuentra en un rincón un montón de polvorientas lámparas que funcionan a pilas. Hacen falta tres para acabar con todas las sombras del cuarto. Normalmente ella insistiría en ahorrar electricidad, pero creo que piensa, como



todos los demás, que esta noche necesitamos tanta luz como podamos conseguir. De otro modo, las imágenes del campamento volverán a atormentarnos, cargadas sobre tenebrosos dedos plateados: toda esa gente atrapada, impotente. Lo que debemos hacer es centrarnos en esta habitación brillante, pequeña, subterránea, con sus rincones iluminados y sus estanterías de madera.

—¿Hueles eso? —le dice Tack a Bram. Coge una de las linternas y se la lleva al siguiente cuarto—. ¡Bingo! —grita.

Raven ya está rebuscando en la mochila y va sacando comida. Coral ha encontrado grandes contenedores de metal llenos de agua almacenados en una de las baldas de abajo, se ha agachado y bebe agradecida. Pero el resto seguimos a Tack hasta la segunda habitación.

Hunter pregunta:

—¿De qué se trata?

Tack está de pie, sosteniendo en alto la linterna para mostrar una pared cubierta con una estantería de madera, como una celosía en forma de diamante.

—Una antigua bodega —dice—. Me había parecido oler el alcohol.

Quedan dos botellas de vino y una de whisky. Al momento, Tack abre el whisky y le da un trago antes de ofrecerle la botella a Julián, que acepta tras vacilar una décima de segundo. Hago ademán de protestar. Estoy segura de que no ha bebido nunca, prácticamente podría jurarlo, pero antes de que yo pueda hablar, le da un buen lingotazo y, milagrosamente, consigue tragar sin que le den arcadas.

Tack lanza una de sus raras sonrisas y le da una palmada en el hombro a Julián.

—Tú vales, Julián —le dice.

Este se limpia la boca con el dorso de la mano.

—No ha estado mal —dice con un pequeño jadeo, y Tack y Hunter se ríen. Álex le quita la botella a Julián y, sin decir nada, le pega un trago.

Todo el agotamiento de los últimos días me cae encima de repente. Más allá de Tack, al otro lado de la habitación con la celosía, hay varios catres, y prácticamente llego tambaleándome hasta el más cercano.

—Creo que... —empiezo a decir al tumbarme, encogiéndome las rodillas junto al pecho. No hay mantas ni almohada, pero aun así me parece un lugar celestial: una nube, una pluma. No, yo soy la pluma. Me deslizo. *Voy a dormir un rato*, quiero decir, pero no puedo pronunciar las palabras y ya estoy durmiendo.

Me despierto en una oscuridad total. Durante un instante me asusto, pensando que sigo en la celda subterránea con Julián. Me siento, con el corazón que me golpea contra las costillas, y solo cuando oigo a Coral susurrar en el catre de al lado me acuerdo de dónde estoy. Huele mal y hay un cubo junto a la cama de Coral.

Debe haber vomitado.

Un hilo de luz se cuela por la puerta abierta y oigo risas amortiguadas que proceden de la habitación contigua.

Alguien me ha tapado con una manta mientras dormía. La empujo hasta los pies de la cama y me levanto. No tengo ni idea de qué hora es.

Hunter y Bram están sentados en la habitación de al lado, juntos, riendo. Tienen el aspecto sudoroso y la mirada vidriosa de las personas que han bebido. La botella de whisky descansa entre ellos, casi vacía, junto con un plato que contiene los restos de lo que debe haber sido la cena: alubias, arroz, frutos secos.

Se quedan callados en cuanto entro en el cuarto, y me doy cuenta de que, fuera lo que fuese de lo que se reían, era algo confidencial.

—¿Qué hora es? —digo acercándome a los contenedores de agua. Me agacho y me llevo uno de los recipientes hasta la boca sin molestarme en echar el líquido en una taza. Me duelen las rodillas, los brazos y la espalda, mi cuerpo siente aún la pesadez del agotamiento.

—Probablemente, medianoche —dice Hunter. O sea, que no he dormido mucho.

—¿Dónde están los demás? —pregunto.

Hunter y Bram se miran brevemente. Bram intenta contener una sonrisa.

—Raven y Tack se han ido a poner trampas de medianoche —dice alzando una ceja. Esto es un antiguo chiste, una expresión en clave que inventamos en el antiguo hogar. Raven y Tack consiguieron mantener en secreto su relación durante casi un año. Pero una vez Bram no podía dormir y decidió dar un paseo y los pilló escabullándose juntos. Cuando les preguntó abiertamente qué estaban haciendo, Tack soltó: ¡Poner trampas!, aunque eran casi las dos de la mañana y todas las trampas habían sido inspeccionadas y vueltas a colocar poco antes.

—¿Dónde está Julián? —pregunto—. ¿Dónde está Álex?

Se produce otra pequeña pausa. Ahora Hunter hace esfuerzos por no reírse. Está borracho, lo noto en el color de sus mejillas, casi como una erupción.

—Fuera —dice Bram, y luego no puede remediarlo y suelta una gran carcajada. Al momento, Hunter se echa a reír también.

—¿Fuera? ¿Juntos? —Me pongo de pie, confundida, irritada. Cuando ninguno de los dos contesta, insisto—: ¿Qué están haciendo?

Bram lucha por controlarse.

—Julián quería aprender a pelear...

Hunter concluye por él:

—Álex se ha ofrecido voluntario para enseñarle.

Vuelven a partirse de risa.

Siento calor de repente, y a continuación, frío.

—¿Pero qué demonios? —estallo, y el enfado en mi voz hace que por fin se callen—. ¿Por qué no me habéis despertado?

Dirijo la pregunta sobre todo a Hunter. No espero que Bram comprenda. Pero Hunter es mi amigo y es demasiado sensible para no haber notado la tensión entre Álex y Julián.

Durante un instante, Hunter adopta un gesto de culpabilidad.

—Venga, Lena. No tiene importancia...

Estoy demasiado furiosa para contestar. Cojo una linterna de una estantería y voy hacia las escaleras.

—Lena, no te enfades...

Ahogo las palabras de Hunter haciendo ruido con los pies al subir. Imbécil, imbécil.

Fuera, el cielo está despejado y brillan relucientes puntos de luz. Agarro fuerte la linterna con una sola mano, intentando canalizar toda mi furia hacia los dedos. No sé a qué está jugando Álex, pero estoy más que harta.

Los bosques están quietos. No se ve a Tack ni a Raven, no se ve a nadie. Mientras escucho en la oscuridad, me doy cuenta de que el aire es muy cálido: debemos estar ya a mediados de abril. Pronto llegará el verano. Durante un instante me invade una avalancha de recuerdos, a caballo entre el aire y el olor a madreSelva: Hana y yo echándonos zumo de limón en el pelo para aclarárnoslo, robando refrescos de la nevera en la tienda de tío William y llevándonoslos a Back Cove; aquellas cenas a base de almejas en el viejo porche de madera cuando hacía demasiado calor para comer dentro; persiguiendo a Gracie en su triciclo y tambaleándome en la bici para no adelantarla.

Los recuerdos traen, como siempre, un dolor profundo a mi interior. Pero ya estoy acostumbrada: espero a que ese sentimiento pase, y pasa.

Enciendo la linterna y hago un barrido por los bosques. A la luz de color amarillo pálido, la red de árboles y arbustos parece blanqueada con lejía, irreal. Apago la linterna. Si Julián y Álex han ido juntos a algún sitio, es difícil que los encuentre.

Estoy a punto de volver adentro cuando oigo un grito. El miedo me atraviesa. La voz de Julián.

Me sumerjo en la maraña de vegetación hacia la derecha, avanzando en dirección al sonido, usando la linterna para ayudarme a limpiar el sendero de agujas de pino y plantas trepadoras.

Poco después, llego de repente a un claro grande. Durante un instante me siento desorientada, pensando que estoy en la orilla de un amplio lago plateado. Luego me doy cuenta de que es un aparcamiento. Un montón de escombros en un extremo marca lo que debió haber sido un edificio.

Álex y Julián están de pie a pocos metros, respirando con dificultad, mirándose fijamente el uno al otro. Julián se sujeta la nariz con la mano y tiene los dedos manchados de sangre.

—¡Julián!

Corro hacia él, mientras él mantiene los ojos fijos en Álex.

—Estoy bien. Lena —dice. Su voz suena amortiguada y extraña. Cuando le pongo una mano en el pecho, la retira con suavidad. Huele débilmente a alcohol.

Me doy la vuelta para mirar a Álex.

—¿Qué diablos has hecho?

Sus ojos parpadean durante un segundo.

—Ha sido un accidente —dice con tono neutro—. He levantado demasiado el puño.

—Y una mierda —escupo. Me vuelvo hacia Julián—. Vamos —digo en voz baja—. Vayamos dentro. Te voy a limpiar la sangre.

Se quita la mano de la nariz, se lleva la camisa a la cara y se limpia la sangre del labio. Ahora la prenda está veteada de oscuro, con un brillo casi negro en la noche.

—Para nada —dice, todavía sin mirarme—. Apenas estábamos empezando, ¿verdad, Álex?

—Julián... —hago ademán de rogarle. Álex me interrumpe.

—Lena tiene razón —dice con tono deliberadamente suave—. Es tarde. Apenas se puede ver. Podemos continuar de nuevo mañana.

La voz de Julián también es suave, pero esconde un tono duro de enfado, una amargura que no reconozco.

—No hay mejor momento que el presente.

El silencio se extiende entre ellos, cargado y peligroso.

—Por favor, Julián —extiendo el brazo para cogerle de la muñeca, pero me aparta. Me vuelvo de nuevo a Álex, para que me mire y rompa el contacto visual con Julián. La tensión entre ellos aumenta, llega a su punto máximo, como algo negro y asesino que se alza en la superficie del aire—. Álex...

Por fin me mira y durante un instante veo una expresión de sorpresa en su rostro, como si no se hubiera dado cuenta hasta entonces de que estaba allí, o como si acabara de verme. Rápidamente adopta una expresión de arrepentimiento, y así, sin más, la tensión se desvanece y puedo respirar.

—Esta noche, no —dice Álex brevemente. Luego se da la vuelta y se adentra en el bosque.

En un instante, antes de que yo pueda reaccionar o soltar un grito, Julián se abalanza sobre él y le agarra por detrás. Le trae a trompicones hasta el suelo de cemento y empiezan a escupir y a gruñir, ruedan el uno sobre el otro tirándose al suelo. Entonces grito los nombres de los dos, y *parad*, y *por favor*.

Julián está encima de Álex. Alza el puño, oigo el ruido sordo cuando lo lanza contra la mejilla de Álex. Este le escupe, le agarra por la mandíbula, le obliga a levantar la cabeza, apartándole. A lo lejos, me parece oír gritos, pero no puedo concentrarme, no puedo hacer nada más que gritar hasta que me duele la garganta. También hay luces que brillan en la periferia de mi visión, como si yo

fuera la que recibe los golpes, como si mi visión explotara en estallidos de color.

Álex consigue hacerse con la ventaja y presiona a Julián contra el suelo. Le golpea dos veces, duro, y oigo un terrible chasquido. La sangre fluye ahora por la cara de Julián.

—¡Álex, por favor!

Estoy llorando. Quiero apartarle de Julián, pero el miedo me paraliza.

Álex no me oye, o prefiere ignorarme. Nunca le he visto así: la cara inundada de cólera, transformada por la luz de la luna en algo cruel y aterrador. Ni siquiera puedo gritar, no puedo hacer nada más que llorar de forma compulsiva, sentir que la náusea se acumula en mi garganta. Todo es irreal, como a cámara lenta.

En ese momento, Tack y Raven irrumpen de entre los árboles en un estallido de luz, sudando, sin aliento, con linternas, y ella grita y me agarra por los hombros, y él consigue separar a Álex y Julián.

—¿Qué cojones estás haciendo? —y todo recupera la velocidad normal. Julián tose una vez y se tumba en el suelo. Yo me aparto de Raven y corro hacia él, caigo de rodillas a su lado. Sé al momento que tiene la nariz rota. Tiene la cara oscurecida por la sangre y sus ojos son apenas dos ranuras mientras intenta sentarse.

—Oye —le pongo una mano en el pecho, tragándome los espasmos de la garganta—. Oye, tranquilo, tranquilo.

Julián vuelve a relajarse. Noto que su corazón late contra mi palma.

—¿Pero qué ha pasado? —grita Tack

Álex está de pie, un poco alejado de donde yace Julián. Todo su enfado se ha evaporado: por el contrario, parece perplejo, con las manos laxas a los lados. Mira fijamente a Julián con aire confuso, como si no supiera cómo ha llegado a esa situación.

Me pongo de pie y me acerco a él, sintiendo la furia entre los dedos. Ojalá pudiera ponérselos al cuello y ahogarle.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa?

Hablo en voz baja. Tengo que hacer pasar las palabras por el nudo grueso de ira que tengo en la garganta.

—Lo... lo siento —susurra Álex. Mueve la cabeza—. Yo no quería... No sé qué ha sucedido. Lo siento, Lena.

Si sigue mirándome así, suplicándome, intentando hacerme comprender, sé que voy a perdonarle.

—Lena.

Da un paso hacia mí, y yo retrocedo. Durante un momento nos quedamos ahí; siento la presión de sus ojos y también su sentimiento de culpa. Pero no voy a mirarle. No puedo.

—Lo siento —repite una vez más, demasiado bajo para que Raven o Tack lo

oigan—. Siento todo lo que ha pasado.

Entonces se vuelve y se dirige hacia el bosque, donde desaparece.

## Hana

De las arenas movedizas, mi sueño se alza y toma forma.

La cara de Lena.

La cara de Lena, que sale flotando de las sombras. No. No de las sombras. Sale de la ceniza, de una corriente profunda de cenizas y carbonilla. Tiene la boca abierta. Tiene los ojos cerrados.

Está gritando.

*Hana*, grita llamándome. La ceniza se precipita como arena en su boca abierta, y sé que pronto volverá a estar enterrada de nuevo, obligada al silencio, de vuelta a la oscuridad. Y sé también que no hay forma de alcanzarla, no hay esperanza de salvarla.

*Hana*, grita mientras yo me quedo inmóvil.

*Perdóname*, digo yo.

*Hana*, ayúdame.

*Perdóname*, *Lena*.

—¡Hana!

Mi madre está de pie en el umbral. Me incorporo, confusa y aterrorizada. La voz de Lena reverbera en mi mente. He soñado. Se supone que no debo soñar.

—¿Qué pasa? —su silueta se dibuja en la puerta abierta, detrás de ella solo distingo la pequeña luz nocturna de fuera de mi baño—. ¿Estás enferma?

—Estoy bien.

Me paso la mano por la frente y veo que está húmeda. Estoy sudando.

—¿Estás segura? —hace un gesto como para entrar en el cuarto, pero en el último instante se queda en la puerta—. Has gritado.

—Estoy segura —digo. Y luego, como parece que espera más—. Son los nervios, supongo, por la boda.

—No hay nada en absoluto por lo que ponerse nerviosa —dice, irritada—. Todo está bajo control. Todo va a salir perfecto.

Sé que se refiere a algo más que la ceremonia. Se refiere al matrimonio: todo ha sido dispuesto y coordinado, todo se ha organizado para que salga a la perfección, diseñado para la eficiencia y la belleza.

Mi madre suspira.

—Intenta dormir —dice—. Mañana a las nueve y media vamos a una iglesia en los laboratorios con los Hargrove. La prueba final del vestido es a las once. Y después está la entrevista con *Casa y Hogar*.

—Buenas noches, mamá —digo, y ella se va sin cerrar la puerta. La intimidad significa menos para nosotros de lo que significaba en el pasado: ese es otro beneficio, un efecto colateral de la cura. Menos secretos.

O menos secretos en la mayoría de los casos.

Voy al baño y me echo agua en la cara. Aunque el ventilador está enchufado, sigo teniendo calor. Durante un instante veo la cara de Lena en el espejo, que me mira desde detrás de mis ojos: un recuerdo, una visión de un pasado enterrado.

Parpadeo. Ya no está.



Álex no ha regresado cuando Raven, Tack, Julián y yo volvemos a la casa de seguridad. Julián se ha recuperado e insiste en que puede andar, pero Tack, de todos modos, le pasa un brazo por los hombros. Julián camina de modo vacilante y sigue sangrando profusamente. En cuanto llegamos a la casa, Bram y Hunter charlan muy excitados sobre lo que ha sucedido, hasta que les lanzo la mirada más iracunda que puedo. Coral se asoma al umbral parpadeando con aire soñoliento, cubriéndose el estómago con un brazo.

Cuando terminamos de limpiar las heridas de Julián, Álex no ha vuelto.

—Rota —comenta Julián con voz espesa haciendo una mueca cuando Raven le pasa un dedo por el puente de la nariz. Y tampoco ha vuelto cuando todos, por fin, nos tumbamos en nuestros colchones con nuestras finas mantas y hasta Julián consigue dormir, respirando ruidosamente por la boca.

Cuando nos despertamos, Álex ya ha regresado y se ha ido de nuevo. Sus cosas no están, tampoco una botella de agua y uno de los cuchillos.

No ha dejado nada más que una nota, que encuentro pulcramente doblada bajo una de mis zapatillas.

*La historia de Salomón es la única forma que conozco de explicarlo.*

Y luego, con letra más pequeña:

*Perdóname.*

Quedan trece días para la boda. Los regalos ya han empezado a llegar: cuencos de sopa y pinzas para servir la ensalada, jarrones de cristal, montañas de ropa blanca, toallas bordadas con nuestras iniciales, y cosas que hasta ahora no sabía nombrar: terrinas, ralladores, morteros. Este es el lenguaje de la vida adulta, la vida de casada, y me resulta totalmente extraño.

Doce días.

Me siento frente a la tele y escribo tarjetas de agradecimiento. Estos días, mi padre deja al menos un televisor encendido todo el tiempo. Me pregunto si se deberá en parte a que quiere demostrar que podemos permitirnos despilfarrar electricidad.

Fred sale en pantalla, me parece que es la décima vez hoy. Su cara tiene un tono anaranjado por el maquillaje. El sonido está desconectado, pero sé lo que dice. Los noticieros han estado informando una y otra vez sobre el anuncio en torno al Ministerio de Energía y Electricidad, y sobre los planes de Fred para la Noche Negra.

En la noche de nuestra boda, un tercio de las familias de Portland, cualquiera de quien se sospeche que es simpatizante o miembro de la Resistencia, se verá sumido en la oscuridad.

*Las luces arden y brillan para quienes obedecen; los otros habitarán en las sombras todos los días de su vida (Manual de FSS, Salmo 17).* Fred ha usado esa cita en su discurso.

*Muchas gracias por las servilletas de lino rematadas de encaje. Son exactamente lo que yo habría elegido.*

*Muchas gracias por el azucarero de cristal. Quedará perfecto sobre la mesa del comedor.*

Suena el timbre de la puerta. Oigo que mi madre se dirige a abrir y el murmullo amortiguado de voces. Un minuto después, entra en la sala, acalorada, con aire agitado.

—Fred —dice en el momento en que él entra en el cuarto tras ella.

—Gracias, Evelyn —dice con voz crispada, y ella lo toma como una

indicación para dejarnos a solas. Cierra la puerta por fuera.

—Hola —me pongo de pie, deseando no haberme puesto una camiseta vieja y unos gastados pantalones cortos. Fred lleva vaqueros oscuros y una camisa blanca remangada. Siento que sus ojos me examinan: mi pelo sucio, el dobladillo roto de los pantalones, la cara lavada—. No te esperaba.

No dice nada. En este momento hay dos Fred que me miran, el de la pantalla y el de verdad. El de la pantalla sonríe, se inclina hacia delante, simpático y relajado. El de verdad está de pie, tenso, mirándome fijamente.

—¿Pasa... pasa algo? —digo cuando el silencio se extiende durante varios segundos. Cruzo la sala y apago la tele, en parte para no tener que ver a Fred mirándome y en parte porque no soporto ver a más de un Fred.

Cuando me vuelvo, contengo la respiración. El se ha acercado en silencio, y en este momento está de pie a muy poca distancia, con la cara blanca de furia. Nunca antes le he visto así.

—¿Qué...? —empiezo a decir, pero me interrumpe.

—¿Qué demonios es esto?

Se lleva la mano a la chaqueta y saca un sobre marrón doblado y lo tira en el cristal de la mesita de café. El movimiento hace que varias fotos se salgan del sobre y se extiendan por la mesa en abanico.

Ahí estoy, congelada, detenida por la lente de la cámara. *Clic*. Caminando con la cabeza baja junto a una casa destartada, la de los Tiddle en Deering Highlands, con la mochila vacía colgada al hombro. *Clic*. Desde atrás: saliendo de una masa de vegetación, alzando el brazo para apartar una rama baja. *Clic*. Dándome la vuelta, sorprendida, recorriendo con la mirada el bosque situado detrás de mí, a la busca del origen del sonido, un ruido suave de algo que se mueve, el clic.

—¿Quieres explicarme —pregunta Fred con frialdad— qué hacías en Deering Highlands el sábado?

Una oleada de cólera me atraviesa, y también de miedo. Lo sabe.

—¿Has hecho que me sigan?

—No te creas tan importante —dice en el mismo tono monocorde—. Hugo Bradley es amigo mío. Trabaja para el *Daily*. Estaba haciendo un encargo y te vio dirigirte a Highlands. Por supuesto, le entró curiosidad —su mirada se ha oscurecido. Tiene el color del cemento húmedo—. ¿Qué estabas haciendo?

—Nada —digo rápidamente—. Estaba explorando.

—Explorando... —Fred, prácticamente, escupe la palabra—. ¿Entiendes, Hana, que Highlands es un barrio condenado? ¿Tienes idea del tipo de gente que vive allí? Delincuentes Gente infectada. Simpatizantes y rebeldes. Se apoderan de esas casas como las cucarachas.

—Yo no estaba haciendo nada —insisto. Ojalá no se pusiera tan cerca. De pronto, temo que pueda oler el miedo, las mentiras, como lo hacen los perros.

—Pero estabas allí —dice Fred—. Eso ya es suficientemente malo —aunque nos separan apenas unos pocos centímetros, se mueve hacia delante. Inconscientemente, retrocedo y me choco con el televisor, que está detrás de mí —. Acabo de declarar públicamente que no vamos a tolerar más desobediencia civil. ¿Te das cuenta de la impresión que causaría si la gente se entera de que mi prometida se pasea a escondidas por Deering Highlands? —se acerca más aún. Ya no me queda sitio para retroceder, y me obligo a quedarme muy quieta. Entrecierra los ojos—. Pero quizá era ese el objetivo. Estás intentando avergonzarme. Fastidiar mis planes. Hacerme quedar como un tonto.

La esquina del aparato se me clava en la parte trasera de los muslos.

—Lo siento, Fred —digo—, pero no todo lo que hago tiene que ver contigo. De hecho, la mayor parte de las cosas tienen que ver conmigo.

—Muy lista —responde.

Durante un instante nos quedamos así, mirándonos el uno al otro. Se me ocurre la idea más tonta. Cuando a Fred y a mí nos emparejaron, ¿dónde estaba este núcleo duro y frío?, ¿dónde se mencionaba entre sus *cualidades y características*?

Fred retrocede unos centímetros y yo me permito respirar.

—Las cosas van a ir muy mal si vuelves allí —dice.

Me obligo a mirarle a los ojos.

—¿Eso es una advertencia o una amenaza?

—Es una promesa —su boca se curva en una pequeña sonrisa—. Si no estás conmigo, estás contra mí. Y la tolerancia no es una de mis virtudes. Cassie te lo podría confirmar, pero me temo que últimamente no tiene mucha gente con quien hablar.

Se ríe como un ladrido.

—¿Qué... qué quieres decir?

Ojalá pudiera hablar sin que me temblara la voz.

Entorna los ojos. Yo contengo el aliento. Durante un instante me da la sensación de que va a admitirlo: lo que le hizo, dónde está. Pero simplemente dice:

—No voy a permitir que eches a perder algo por lo que he luchado tanto. Vas a hacer lo que yo te diga.

—Soy tu prometida —digo—. No tu perro.

Sucede a la velocidad del rayo. Se acerca hasta mí y me pone la mano en torno a la garganta y me deja sin respiración. El pánico, pesado y negro, se asienta en mi pecho. La saliva se me acumula en la garganta. No puedo respirar.

Los ojos de Fred, fríos e impenetrables, bailan ante mí.

—Tienes razón —dice. En este momento se muestra totalmente calmado mientras aprieta los dedos alrededor de mi garganta. Mi visión se encoge hasta un único punto: esos ojos. Durante un instante, todo se vuelve oscuro, un parpadeo, y

luego ahí está él, mirándome fijamente, hablándome con esa voz como de canción de cuna—. Tú no eres mi perro. Pero aun así vas a aprender a saltar cuando yo te lo diga. Aun así vas a aprender a obedecer.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

La voz llega desde el recibidor. Al momento, Fred me suelta Trago aire y enseguida empiezo a toser. Me arden los ojos. Los pulmones tartamudean en mi pecho, intentando aspirar más aire.

—¿Hola?

Se abre la puerta y entra en la sala Debbie Sayer, la peluquera de mi madre.

—¡Ay! —dice, y se detiene. Se pone colorada cuando nos ve a Fred y a mí —. Alcalde Hargrove —dice—. No quería interrumpir...

—No nos has interrumpido —dice Fred—. Ya me iba.

—Teníamos hora —añade Debbie, insegura. Me mira. Yo me paso la mano por los ojos, están húmedos—. Íbamos a hablar de peinados para la ceremonia... No me habré equivocado con la hora, ¿verdad?

La boda: en este momento parece algo absurdo, una broma de mal gusto. Este es mi camino: casarme con este monstruo, que es capaz de sonreír en un momento y apretarme la garganta al siguiente. Siento que los ojos se me llenan de lágrimas y me tapo con las palmas apretando los párpados, haciendo un esfuerzo para que no caigan.

—No —tengo la garganta en carne viva—. Tienes razón.

—¿Estás bien? —me pregunta Debbie.

—Hana tiene alergias —responde Fred con fluidez, antes de que yo pueda hacerlo—. Le he dicho mil veces que pida una receta... —alarga la mano y toma la mía, me aprieta los dedos con mucha fuerza, pero ella no se da cuenta—. Es muy cabezona.

Retira la mano. Me llevo los dedos doloridos a la espalda y los flexiono, aún luchando contra las ganas de llorar.

—Mañana nos vemos —dice Fred lanzándome una sonrisa—. No te has olvidado del cóctel, ¿verdad?

—No me he olvidado —digo negándome a mirarle.

—Bien —cruza la sala. En el vestíbulo, oigo que comienza a silbar.

En cuanto él se va, Debbie se pone a charlar.

—Tienes tanta suerte... Henry, mi pareja, ya sabes, tiene una cara que parece que se la hubiera aplastado una roca —se ríe—. Pero para mí es una buena pareja. Somos partidarios acérrimos de tu esposo, o de tu futuro esposo, supongo que debería decir. Le apoyamos mucho.

Coloca un secador, dos cepillos y una bolsa transparente con horquillas, todo en fila sobre las tarjetas de agradecimiento y las fotos, en las que no se ha fijado.

—¿Sabes? Henry conoció a tu futuro marido hace muy poco, en un acto de recogida de fondos. ¿Dónde habré dejado la laca?

Cierro los ojos. Quizá todo esto es solo un sueño: Debbie, la boda, Fred. Quizá me despierte y sea el verano pasado, o hace dos veranos, o cinco, antes de que todo esto fuera real.

—Sabía que iba a ser un gran alcalde. No me caía mal Hargrove padre, y estoy segura de que lo hizo lo mejor que pudo pero si quieres mi opinión, era un poco blando. De verdad quería dismantelar las Criptas... —mueve la cabeza—. Lo que yo digo es que los enterremos allí para que se pudran.

De repente, me doy cuenta de lo que acabo de escuchar.

—¿Cómo has dicho?

Ella continúa con su cepillo, tirando de aquí y de allá,

—No me entiendas mal: Hargrove padre me caía bien. Pero creo que se equivocabas con cierto tipo de gente.

—No, no —trago saliva—. ¿Qué has dicho después de eso?

Tira de mi barbilla hacia arriba con brusquedad y me mira con detalle.

—Bueno, yo creo que deberían pudrirse en las Criptas. Los delincuentes, quiero decir, y los enfermos.

Empieza a rizarme el pelo, haciendo pruebas para ver cómo queda.

Tonta, qué tonta he sido.

—Y cuando una piensa en cómo murió...

El padre de Fred murió el 12 de enero, el día de los incidentes, debido a la explosión de las bombas en las Criptas. La fachada este del edificio saltó por los aires; de pronto, los prisioneros se encontraron en celdas sin paredes, en patios sin vallas.

Hubo una insurrección masiva. El padre de Fred acudió con la policía e intentó restaurar el orden.

Me llegan las ideas rápida y bruscamente, como una nevada abundante, de modo que se forma una pared blanca que no puedo escalar ni rodear.

Barbazul mantenía una habitación cerrada con llave, un lugar secreto donde ocultaba a sus esposas... Cuartos cerrados, pesados cerrojos, mujeres que se pudren en cárceles de piedra...

Posible. Es posible. Encaja. Eso explicaría la nota, y por qué ella no estaba en el sistema COIE. Puede que la invalidaran. A algunos presos los invalidan. Su identidad, su historia, se borra toda su vida. *Paf*. Con un sencillo golpe de tecla, una puerta metálica se cierra, y es como si nunca hubiera existido.

Debbie sigue dándole a la lengua:

—Que sea en buena hora es lo que digo yo, y deberían estar agradecidos de que no los matemos allí mismo. ¿Has oído lo que ha pasado en Waterbury?

Se ríe y el sonido retumba en la sala. En mi cabeza estallan pequeñas explosiones de dolor.

El sábado por la mañana, en una hora nada más, un enorme campamento de miembros de la Resistencia situado a las afueras de Waterbury fue borrado del

mapa. Solo unos pocos de nuestros soldados resultaron heridos.

Debbie vuelve a ponerse seria.

—¿Sabes una cosa? Creo que es mejor la luz del piso de arriba, en el cuarto de tu madre. ¿No crees?

Yo me muestro de acuerdo y, antes de que me dé cuenta, me pongo también en movimiento. Subo las escaleras como flotando por delante de ella. Dirijo la marcha hacia el dormitorio de mi madre como si me deslizara, como si estuviera soñando, o muerta.

Con la marcha de Álex, se apodera de nosotros una sensación de embotamiento. Estaba causando problemas, pero seguía siendo uno de nosotros, uno del grupo, y creo que todos, salvo Julián, lamentan haberle perdido.

Me muevo como aturdida. A pesar de todo, me consolaba su presencia, verle, saber que estaba a salvo. Ahora que se ha ido solo, ¿quién sabe lo que puede pasarle? Ya no es mío para perderlo, pero el dolor de la pérdida está ahí, la sensación de incredulidad.

Coral está pálida y silenciosa, siempre con los ojos muy abiertos. No llora. Tampoco come mucho.

Tack y Hunter hablaron de ir en busca de Álex, pero enseguida Raven les hizo ver lo absurdo de la idea. Sin duda llevaba muchas horas de ventaja: una persona sola, que se mueve rápidamente a pie, es más difícil de rastrear que un grupo. Sería una pérdida de tiempo, de recursos, de energía.

—No hay nada que podamos hacer —dijo, con cuidado de no mirarme a la cara—, solo dejar que se vaya.

Y eso es lo que hacemos. De pronto no hay lámparas suficientes que puedan acabar con las sombras que a menudo se interponen entre nosotros, las siluetas de otras personas y otras vidas perdidas en la Tierra Salvaje, en este mundo dividido en dos. No puedo evitar pensar en el campamento, y en Pippa, y en la fila de soldados que vimos avanzando por los bosques.

Ella dijo que había que esperar a que la Resistencia contactara con nosotros en un periodo de tres días, pero el tercero llega lentamente a la noche sin que haya aparecido nadie.

Cada día nos volvemos un poco más locos. No es ansiedad exactamente. Tenemos comida suficiente, y ahora que Tack y Hunter han encontrado un arroyo cercano, suficiente agua. La primavera ha llegado: los animales salen y hemos empezado a colocar las trampas con buenos resultados.

Pero estamos completamente aislados, no sabemos lo que ha pasado en Waterbury ni lo que está ocurriendo en el resto del país. Es demasiado fácil imaginar, mientras otra mañana más pasa como una suave ola por encima de los



robles viejos y altísimos, que somos los únicos que quedamos en el mundo.

Ya no puedo soportar más estar dentro, bajo tierra. Cada día, después de comer lo que hayamos conseguido reunir, elijo una dirección y me pongo a caminar, intentando no pensar en Álex y en el mensaje que me dejó, y dándome cuenta de que no puedo pensar en otra cosa.

Hoy me dirijo al este. Es uno de mis momentos favoritos del día: ese perfecto instante cuando la luz es casi líquida, como un chorro de sirope. Sin embargo, no puedo librarme del nudo de infelicidad que llevo en el pecho. No puedo quitarme de la cabeza la idea de que el resto de nuestra vida va a ser así: huir y esconderse, y perder las cosas que amamos, y cobijarnos bajo tierra y sobrevivir buscando comida y agua.

La marea no va a cambiar. Nunca marcharemos de vuelta a las ciudades, triunfantes, gritando nuestra victoria por las calles. Simplemente, nos partiremos el lomo para buscar alimento aquí hasta que no quede alimento por el que partirse el lomo.

*La historia de Salomón.* Es extraño que Álex eligiera esa historia, de entre todas las que hay en el *Manual de FSS*, cuando esa era la que me obsesionaba tanto tras enterarme de que estaba vivo. ¿Pudo haberlo sabido de algún modo? ¿Podía saber él que yo me sentía justo como aquel pobre bebé cortado en dos?

¿Estaba intentando decirme que él se sentía igual?

No. Él me dijo que nuestro pasado juntos, y lo que habíamos compartido, estaba muerto. Me dijo que nunca me había amado.

Sigo caminando por el bosque, sin ser apenas consciente de adonde me dirijo. Las preguntas en mi cabeza son como una marea, que me lleva de vuelta una y otra vez a los mismos sitios.

*La historia de Salomón.* El juicio de un rey. Un bebé cortado en dos y una mancha de sangre que penetra en el suelo...

En cierto momento, me doy cuenta de que no tengo ni idea de cuánto tiempo llevo deambulando ni de a qué distancia está la casa de seguridad. Tampoco he prestado atención al paisaje, un error de novata. Grandpa, uno de los inválidos más ancianos del hogar de Rochester, nos contaba historias de los duendecillos que supuestamente vivían en la Tierra Salvaje y se dedicaban a cambiar de sitio árboles, rocas y ríos, solo para confundir a la gente. Ninguno de nosotros lo creía de veras, pero el mensaje era cierto: la Tierra Salvaje es un caos, un laberinto cambiante que te puede desorientar y hacer que te pierdas.

Comienzo a volver sobre mis pasos, buscando sitios donde mis pies hayan dejado huellas en el barro, señales de vegetación aplastada. Me obligo a desterrar de mi mente cualquier pensamiento sobre Álex. Es demasiado fácil perderse en el bosque: si no tienes cuidado, te puede tragar para siempre.

Veo un rayo de luz solar entre los árboles: el arroyo. Justo ayer vine a coger agua y, desde ese punto, seguro que puedo orientarme para regresar. Pero

primero, un baño rápido. A estas alturas estoy sudando.

Me abro paso entre las últimas matas hasta salir a una orilla amplia, de hierba y cantos, bañada por el sol.

Me detengo.

Hay alguien más ahí: una mujer, agachada, a unos quince metros más abajo en la orilla opuesta, con las manos sumergidas en el agua. Tiene la cabeza baja y todo lo que veo es una mata de pelo gris veteado de blanco. Durante un instante barajo la posibilidad de que sea reguladora, o soldado, pero incluso desde esta distancia me doy cuenta de que su ropa no es un uniforme. La mochila que tiene a su lado es vieja y está remendada, su camiseta tiene manchas amarillas de sudor.

Un hombre al que no veo dice algo que no entiendo, y ella contesta sin alzar la vista:

—Solo un minuto más.

Mi cuerpo se pone tenso, me paraliza. Conozco esa voz.

Saca del agua un trozo de tela, una prenda que ha estado lavando, y se pone de pie. Cuando lo hace, me quedo sin respiración. Sostiene la tela tensa entre las dos manos y le da la vuelta rápidamente; luego al revés, con la misma velocidad. El movimiento provoca un remolino de agua en la orilla.

Y de repente vuelvo a tener cinco años, estoy en el lavadero, en Portland, escucho el borboteo gutural del agua jabonosa que se va lentamente por el desagüe, la miro hacer lo mismo con nuestras camisas, nuestra ropa interior, observo las salpicaduras del agua en las paredes de azulejo, la miro mientras se vuelve y, *clip, clip*, cuelga la ropa con pinzas en los tendederos que cruzan nuestro techo y luego se gira otra vez me sonríe, tarareando para sí misma...

Jabón de lavanda. Lejía. Camisetas que escurren y agua que cae al suelo. Es este momento. Estoy allí.

Ella está aquí.

Me ve y se queda paralizada. Durante un instante, no dice nada y me da tiempo a darme cuenta de lo diferente que es del recuerdo que tengo de ella. Ahora tiene un aspecto mucho más duro, la cara afilada, con muchas líneas y ángulos. Pero por detrás detecto otro rostro, como una imagen que ronda justo bajo la superficie del agua, una boca redonda y sonriente, pómulos altos, ojos chispeantes.

Por fin dice:

—Magdalena.

Yo trago aire. Abro la boca.

Digo:

—Mamá.

Durante un interminable minuto nos quedamos así, mirándonos fijamente la una a la otra, mientras el pasado y el presente siguen convergiendo y separándose: mi madre entonces, mi madre ahora.

Hace ademán de decir algo. Justo en ese momento, dos hombres salen deprisa de entre los árboles, en mitad de una conversación. En cuando me ven, alzan las armas.

—Esperad —dice mi madre con severidad levantando una mano—. Está con nosotros.

No respiro. Suelto aire mientras los hombres bajan las armas. Mi madre sigue mirándome en silencio, asombrada y quizá algo más. ¿Tiene miedo?

—¿Quién eres? —pregunta uno de los hombres. Tiene el pelo rojo, lustroso, vetado de blanco. Parece un enorme gato anaranjado—. ¿Con quién estás?

—Me llamo Lena —milagrosamente, no me tiembla la voz. Mi madre hace una mueca de dolor. Ella siempre me llamaba Magdalena, y no le gustaba acortar mi nombre. Me pregunto por qué sigue molestándole después de todo este tiempo—. He venido de Waterbury con más gente.

Espero que mi madre diga o haga algo para indicar que nos conocemos, que soy su hija, pero no lo hace. Intercambia una mirada con sus dos compañeros.

—¿Estás con Pippa? —pregunta el hombre pelirrojo.

Muevo la cabeza.

—Pippa se quedó —digo—. Nos indicó cómo venir hasta aquí, hasta la casa de seguridad. Nos dijo que vendría la Resistencia.

El otro hombre, que es moreno y enjuto, se ríe brevemente mientras se echa el rifle al hombro.

—Esto es la Resistencia —dice—. Yo soy Cap. Este es Max —señala con el dedo al hombre gato—, y esta es Bee —señala con la cabeza a mi madre.

Bee. Mi madre se llama Annabel. El nombre de esta mujer es Bee. Mi madre siempre se estaba moviendo. Mi madre tenía manos suaves que olían a jabón y una sonrisa como el primer rayo de sol que se asomaba sobre un césped recortado.

No sé quién es esta mujer.

—¿Vas de vuelta hacia la casa? —pregunta Cap.

—Sí —consigo decir.

—Te seguimos —dice haciendo una media reverencia que teniendo en cuenta donde estamos, parece bastante irónica. Siento que mi madre me mira otra vez, pero en cuanto le devuelvo la mirada, aparta la vista.

Caminamos hasta la casa en silencio, aunque Max y Cap intercambian unas pocas palabras aisladas, casi todas en un código que no puedo comprender. Mi madre, Annabel, Bee, está callada.

A medida que nos acercamos, voy ralentizando el paso sin darme cuenta, desesperada por alargar el trayecto, deseando que mi madre diga algo, que me reconozca.

Pero alcanzamos demasiado pronto la maltrecha caseta y la escalera que lleva al subterráneo. Me quedo atrás y permito que Max y Cap pasen delante. Espero que mi madre también pille la indirecta y se quede un momento, pero ella simplemente sigue a Cap hasta abajo.

—Gracias —dice suavemente al pasar junto a mí.

*Gracias.*

Ni siquiera soy capaz de enfadarme. Me siento demasiado aturdida, demasiado pasmada por su aparición: esta mujer espejismo con la cara de mi madre. Mi cuerpo es como un vacío; mis manos y mis pies, enormes, como globos, como si pertenecieran a otra persona. Observo las manos que avanzan a tientas por la pared, veo los pies que bajan las escaleras con un ruido, *clop, clop, clop*.

Durante un instante me quedo al pie de la escalera, desorientada. En mi ausencia, han vuelto todos. Tack y Hunter hablan a la vez, contestando preguntas; Julián se levanta de una silla en cuanto me ve; Raven se mueve apresurada por el cuarto organizando, dando ordenes.

Y en mitad de todo ello, mi madre, que se quita la mochila y se sienta en una silla moviéndose con una elegancia de la que no es consciente. Todo el mundo se aparta como en un revoloteo de excitación, como polillas que giran alrededor de una llama, borrones indiferentes a contraluz. Hasta el cuarto parece distinto ahora que ella está en él.

Esto debe de ser un sueño. Tiene que serlo. Un sueño sobre mi madre que no es de verdad mi madre, sino otra persona.

—Hola, Lena —Julián me acaricia la barbilla con las dos manos y se inclina para darme un beso. Sigue teniendo los ojos hinchados y amoratados. Automáticamente le beso—. ¿Estás bien?

Se separa de mí y yo, deliberadamente, evito su mirada.

—Sí —le digo—. Ya te lo explicaré más tarde.

Se ha quedado atrapada en mi pecho una burbuja de aire que me dificulta hablar o respirar.

No lo sabe. Nadie lo sabe, excepto Raven y puede que Tack. Ellos ya han trabajado antes con Bee.

En este momento, mi madre no me mira en absoluto. Acepta una taza de agua de Raven y se pone a beber. Y solo eso, ese movimiento minúsculo, hace que el enfado se desencadene en mi interior.

—Hoy he matado un ciervo —cuenta Julián—. Tack lo ha visto en mitad del claro. Yo no me lo creía, pero...

—Me alegro por ti —le interrumpo—. Has apretado un gatillo.

Julián parece dolido. Llevo días portándome mal con él. Ese es el problema: eliminas la cura y las cartillas y los códigos, y te quedas sin reglas que obedecer. El amor llega sólo en destellos.

—Es comida, Lena —dice suavemente—. ¿No me has dicho siempre que esto no era un juego? Yo estoy jugándomelo todo para siempre —hace una pausa—. Para quedarme.

Recalca esta última parte, y sé que está pensando en Álex y entonces no puedo evitar pensar y o también en él.

Tengo que seguir en movimiento, encontrar mi equilibrio, salir de este cuarto sofocante.

—Lena —Raven aparece a mi lado—. Ayúdame a preparar algo de comida, ¿vale?

Esta es la regla de Raven. Mantente ocupada. Sigue haciendo lo que haga falta. Ponte de pie.

Abre una lata. Saca agua.

Haz algo.

La sigo automáticamente hasta el fregadero.

—¿Se sabe algo del campamento de Waterbury? —pregunta Tack

Durante un momento hay silencio. Mi madre es quien habla:

—Desaparecido —dice simplemente.

Raven, sin darse cuenta, corta con demasiada fuerza una tira de carne seca y aparta el dedo, jadeando y chupándose.

—¿Qué quieres decir con *desaparecido*? —la voz de Tack tiene un tono severo.

—Borrado —esta vez habla Cap—. Barrido del mapa.

—¡Dios mío! —Hunter se sienta pesadamente en una silla. Julián está de pie perfectamente rígido, tieso, con las manos apretadas. El gesto de Tack se ha vuelto frío. Mi madre, la mujer que era mi madre, está sentada con las manos juntas sobre el regazo, inmóvil, sin expresión. Solo Raven sigue moviéndose, envolviéndose el dedo herido con un trapo de cocina, cortando la carne seca, una y otra vez, una y otra vez.

—¿Y ahora qué? —pregunta Julián con la voz tensa.

Mi madre alza la mirada. Algo antiguo y profundo se mueve en mi interior. Sus ojos siguen teniendo el azul que yo recuerdo, inalterado, como un cielo al que caer. Como los ojos de Julián.

—Tenemos que movernos —dice—. Proporcionar apoyo donde pueda servir. La Resistencia continúa uniendo fuerzas, aunando a más gente...

—¿Y qué pasa con Pippa? —estalla Hunter—. Pippa nos dijo que la esperáramos. Dijo...

—¡Hunter! —dice Tack—. Ya has oído lo que ha dicho Cap —baja la voz—. Barrido.

Hay otro momento de pesado silencio. Veo un músculo que se mueve en la mandíbula de mi madre, un nuevo *tic*. Cuando ella se vuelve, observo el desvaído número verde que lleva tatuado en el cuello, justo bajo la atroz avalancha de irritadas cicatrices, resultado de todas sus operaciones fallidas. Pienso en todos los años que pasó en su diminuta celda sin ventanas en las Criptas, erosionando poco a poco las paredes con el colgante metálico que mi padre le había regalado, grabando la palabra *amor* interminablemente en la piedra. Y ahora, en este momento, tras menos de un año de libertad, ha ingresado en la Resistencia. Más que eso. Está en el núcleo de la organización.

No conozco a esta mujer en absoluto; no sé cómo se ha convertido en lo que es, o cuándo empezó a temblarle la mandíbula y su pelo empezó a volverse gris, y ella empezó a ponerse un velo sobre los ojos y a evitar la mirada de su hija.

—Bueno, entonces ¿adonde vamos? —pregunta Raven.

Max y Cap se intercambian una mirada.

—Algo se está moviendo por el norte —dice Max—. En Portland.

—¿Portland? —repito la palabra aunque no tenía intención de hablar. Mi madre alza la mirada hacia mí y me da la sensación de que tiene miedo. Luego la baja.

—Es la ciudad de la que procedes, ¿no? —me pregunta Raven.

Me apoyo en el fregadero, cierro los ojos un instante y me llega una imagen de mi madre en la playa, corriendo por delante de mí, riendo, levantando arena oscura, con un amplio vestido verde que le revoloteaba en los tobillos. Abro los ojos de nuevo rápidamente y consigo asentir con la cabeza.

—No puedo volver allí.

Me salen las palabras con más fuerza de la que quería y todo el mundo se vuelve a mirarme.

—Si vamos a algún sitio, iremos todos juntos —dice Raven.

—Hay un gran movimiento clandestino en Portland —dice Max—. La red está creciendo, no ha dejado de hacerlo desde los incidentes. Aquello fue tan solo el principio. Lo que suceda después... —mueve la cabeza, los ojos brillantes—. Va a ser algo grande.

—Yo no puedo ir —repito—, y no lo haré.

Me vuelven los recuerdos a toda velocidad: Hana que corre junto a mí por Back Cove, con las zapatillas hundiéndose en el barro; los fuegos artificiales del 4 de julio en la bahía, que envían tentáculos de luz por encima del agua; Álex y yo, tumbados, riendo, sobre la manta en la casa del número 37 de la calle Brooks; Grace, que tiembla a mi lado en el dormitorio de la casa de tía Carol y me abraza por la cintura con sus bracitos delgados, huele a chicle de uva. Capas y capas de recuerdos, una vida que he procurado enterrar y matar, un pasado que estaba muerto, como siempre ha dicho Raven, pero que ahora surge de pronto y amenaza con hundirme.

Y con los recuerdos llega el sentimiento de culpa, otra emoción que he intentado hacer desaparecer con todas mis fuerzas. Los abandoné: a Hana y a Grace, también a Álex. Los abandoné y me eché a correr, y nunca miré atrás.

—No te corresponde a ti decidir —dice Tack

Raven dice:

—No seas niña, Lena.

Normalmente, cuando los dos se unen contra mí, yo me achanto. Pero hoy no. Aplasto el sentimiento de culpa con un puñado de ira. Todo el mundo me mira fijamente, pero siento los ojos de mi madre como una quemadura, su curiosidad imparable, como si yo fuera un espécimen de museo, una herramienta antigua y extraña cuya utilidad está intentando deducir.

—Yo no voy a ir —dejo caer el abrelatas en la encimera, con demasiada fuerza.

—¿Se puede saber qué te pasa? —dice Raven en voz baja. Pero se ha hecho tal silencio en el cuarto que estoy segura de que todo el mundo lo oye.

Tengo la garganta tan tensa que casi no puedo tragar. Me doy cuenta, de pronto, de que estoy a punto de llorar.

—Pregúntale a ella —consigo decir alzando la barbilla en dirección a la mujer que se llama a sí misma Bee.

Se produce otro momento de silencio. En ese instante, todos los ojos se vuelven hacia mi madre. Al menos tiene aspecto de culpabilidad, sabe que es una impostora. Esta mujer que quiere encabezar una revolución en nombre del amor y no es capaz siquiera de reconocer a su propia hija.

Justo entonces, Bram baja silbando por las escaleras. Lleva un cuchillo grande manchado de sangre: ha debido estar destazando el ciervo. También tiene la camiseta manchada. Se para cuando nos ve ahí de pie, en silencio.

—¿Qué pasa? —pregunta—. ¿Qué me he perdido? —y después, al ver a mi madre, Cap y Max—: ¿Quiénes sois vosotros?

Ver toda esa sangre hace que se me revuelva el estómago. Somos asesinos, todos nosotros. Matamos nuestra vida, nuestro yo, las cosas que nos importaban. Lo enterramos todo bajo consignas y excusas. Antes de romper a llorar, me aparto bruscamente del fregadero y paso junto a Bram con tanta furia que suelta una exclamación de sorpresa. Echo a correr escaleras arriba y salgo al exterior, al aire libre y a la tarde cálida y al sonido ronco de los bosques que se abren a la primavera.

Pero incluso fuera siento claustrofobia. No hay adonde huir. No hay forma de escapar a la sensación aplastante de pérdida, al interminable cansancio del tiempo que separa de mí a las personas y las cosas que he amado.

Hana, Grace, Álex, mi madre, las mañanas de Portland con el aire cargado de espuma salada del mar y los gritos lejanos de las gaviotas que revoloteaban en círculos, todo roto, hecho añicos, alojado en algún sitio profundo, imposible

librarse de todo eso.

Quizá, después de todo, ellos tuvieran razón sobre la cura. No soy más feliz ahora de lo que era cuando creía que el amor era una enfermedad. En muchos aspectos, soy más infeliz.

Solo consigo alejarme unos minutos de la casa antes de dejar de luchar contra la presión que siento en los ojos. Mis primeros sollozos son convulsiones, y me traen un regusto a bilis. Me dejo llevar por completo. Me hundo entre la maleza y el musgo, coloco la cabeza entre las piernas y lloro hasta quedarme sin respiración, hasta que escupo en las hojas que hay bajo mis pies. Llora por todo lo que he abandonado y porque yo también he sido abandonada: por Álex, por mi madre, por el tiempo que partió en dos nuestro mundo y nos separó.

Oigo pasos a mi espalda y sé, sin volverme, que será Raven.

—Vete —digo. Mi voz suena espesa. Me paso el dorso de la mano por las mejillas y la nariz.

Pero es mi madre quien responde:

—Estás enfadada conmigo —dice.

Dejo de llorar al instante. Todo mi cuerpo se queda quieto y frío. Ella se agacha a mi lado y, aunque tengo cuidado de no alzar la vista, de no mirarla en absoluto, puedo sentirla, puedo oler el sudor de su piel y oír el ritmo irregular de su respiración.

—Estás enfadada conmigo —repite, y su voz se quiebra un poco—. Crees que no me importas.

Su voz es igual. Durante años me imaginé una y otra vez esa voz pronunciando las palabras prohibidas. *Te amo. Recuerda. Eso no pueden quitártelo.* Sus últimas palabras antes de irse.

Avanza y se agacha junto a mí. Duda, luego alarga el brazo y coloca la palma de su mano en mi mejilla y presiona de forma que tengo que mirarla. Siento los callos en sus dedos.

En sus ojos me veo reflejada en miniatura y regreso por el túnel del tiempo hasta un momento anterior a que ella se fuera, antes de creer que se había ido para siempre, cuando sus ojos me daban la bienvenida a cada nuevo día y me acompañaban cada noche, hasta el sueño.

—Eres incluso más hermosa de lo que imaginaba —susurra. Ella también está llorando.

La dura coraza de mi interior se rompe.

—¿Por qué? —es todo lo que se me ocurre. Sin intención y sin pensar siquiera en ello, permito que me estreche contra su pecho, que me envuelva en sus brazos. Llora en el hueco entre sus clavículas, inhalando el olor de su piel que me sigue siendo familiar.

Hay tantas cosas que tengo que preguntarle: *¿Qué te sucedió en las Criptas? ¿Cómo permitiste que te llevaran? ¿Dónde fuiste?* Pero todo lo que puedo decir



es:

—¿Por qué no viniste a por mí? Después de todos aquellos años, después de todo aquel tiempo, ¿por qué no viniste?

Luego ya no puedo hablar más, los sollozos se vuelven estremecimientos.

—Chist —presiona sus labios sobre mi frente y me acaricia el pelo, como solía hacer cuando yo era niña. Soy otra vez un bebé en sus brazos, indefenso y necesitado—. Ahora estoy aquí.

Me frota la espalda mientras lloro. Lentamente, siento que la oscuridad me abandona, como llevada por el movimiento de su mano. Por fin puedo volver a respirar. Me arden los ojos y tengo la garganta dolorida, en carne viva. Me aparto de ella, limpiándome los ojos con la mano, sin que me importe la aguiña que me cae de la nariz.

De repente me siento agotada, demasiado cansada para sentirme herida, demasiado cansada para enfadarme. Quiero dormir, y dormir.

—Nunca he dejado de pensar en ti —dice mi madre—. He pensado en ti cada día, en ti y en Rachel.

—Rachel fue curada —digo. El agotamiento es algo pesado, una manta que aplasta cada sentimiento—. La emparejaron y se fue. Y tú dejaste que yo pensara que estabas muerta. Todavía seguiría pensándolo si...

*Si no hubiera sido por Alex*, pienso, pero no lo digo. Por supuesto, mi madre no conoce la historia de Álex. No conoce ninguna de mis historias.

Mi madre aparta la mirada. Durante un instante me parece que va a ponerse a llorar otra vez. Pero no lo hace.

—Cuando estaba en ese lugar lejano, pensar en vosotras, mis dos hermosas hijas, era lo único que me hacía seguir. Era lo único que me impedía volverme loca.

Su voz posee un filo, un trasfondo de furia, y me acuerdo de cuando estuve en las Criptas con Álex: la asfixiante oscuridad y los ecos de gritos inhumanos, el olor del Pabellón Seis, las celdas como jaulas.

Yo insisto, testaruda.

—Para mí fue duro también. No tenía a nadie. Y podrías haber venido a buscarme cuando te escapaste. Podrías habérmelo dicho... —se me quiebra la voz y trago saliva—. Cuando me encontraste en Salvamento... estábamos muy cerca. Me podrías haber mostrado tu cara, podrías haber dicho algo...

—Lena —mi madre alza la mano hasta mi cara una vez más, pero esta vez nota que me pongo tensa y la deja caer con un suspiro—. ¿Alguna vez has leído el *Libro de las Lamentaciones*? ¿Has leído sobre María Magdalena y José? ¿Alguna vez has preguntado por qué te puse ese nombre?

—Lo he leído.

He leído el *Libro de las Lamentaciones* por lo menos diez veces: es el capítulo del *Manual de FSS* que mejor conozco. Buscaba claves, una señal secreta de mi

madre, suspiros de muertos.

El *Libro de las Lamentaciones* es una historia de amor. Es más que eso: es una historia de sacrificio.

—Solo quería que estuvieras a salvo —dice mi madre—. ¿Lo comprendes? Que estuvieras a salvo y que fueras feliz. Todo lo que yo podía hacer... aunque significara que yo no podría estar contigo...

Su voz se pone pastosa y tengo que apartar la vista para contener el dolor que se me acumula otra vez. Mi madre envejeció en un pequeño cuarto cuadrado, solo con un poco de esperanza duramente atesorada, palabras garabateadas en las paredes día a día, para darse fuerzas.

—Si no lo hubiera creído, si no hubiera podido confiar en que... Hubo muchas veces en que pensé en... —se interrumpe.

No hace falta que termine la frase. Comprendo lo que quiere decir. Hubo veces en que deseó morir.

Recuerdo que solía imaginarla a veces de pie, al borde de un acantilado, con un abrigo ondeando al viento. La veía. Durante un instante se quedaba suspendida en el aire, inmóvil, como una visión de un ángel. Pero siempre, incluso en mi mente, el acantilado desaparecía, y la veía caer. Yo me quedaba sin poder hacer nada cuando ella saltaba, con el abrigo ondeando a su alrededor. Me pregunto si de alguna manera ella deseaba llegar a mí a través de los ecos del espacio en aquellas noches, si yo podía sentirla.

Durante un rato dejamos que el silencio se extienda entre nosotras. Me seco la cara con la manga. Luego me pongo de pie. Ella se pone de pie conmigo. Me sorprende, como me sorprendió darme cuenta de que ella había sido una de las personas que me rescataron de Salvamento, ver que tenemos más o menos la misma altura.

—¿Y ahora qué? —pregunto—. ¿Te vas a volver a ir?

—Iré adonde me necesite la Resistencia —dice.

Aparto la vista.

—Así que sí te vas a ir —digo sintiendo que un peso sordo se instala en mi estómago. Claro. Eso es lo que la gente hace en un mundo desorganizado, en un mundo de libertad donde se puede elegir. Se van cuando quieren. Desaparecen, regresan, se vuelven a ir. Y tú te quedas sola, a recoger los fragmentos.

Un mundo libre es también un mundo fracturado, justo como nos advertía el *Manual de FSS*. Hay más verdad en Zombilandia de la que yo quería creer.

El viento sopla levantando el pelo de la frente a mi madre. Ella se lo vuelve a colocar detrás de la oreja, un gesto que recuerdo de hace años.

—Tengo que asegurarme de que lo que me sucedió a mí, todo aquello a lo que tuve que renunciar por fuerza, no le vuelva a suceder a nadie más —sus ojos encuentran los míos y me obligan a mirarla—. Pero yo no quiero irme —añade en voz baja—. Me... me gustaría conocerte como eres ahora, Magdalena.

Me cruzo de brazos y me encojo de hombros, intentando encontrar parte de la dureza que me he ido construyendo durante el tiempo pasado en la Tierra Salvaje.

—No sé ni por dónde empezar —digo.

Ella abre las manos en un gesto de sumisión.

—Ni yo tampoco. Pero podemos hacerlo, creo. Yo puedo, si me dejas —esboza una sonrisa—. Tú también eres parte de la Resistencia, ¿sabes? Esto es lo que hacemos. Luchamos por lo que nos importa. ¿De acuerdo?

La miro a los ojos. Tienen el color azul claro del cielo que se extiende bien alto por encima de los árboles, un alto techo de color. Recuerdo: playas de Portland, cometas que vuelan, ensalada de pasta, *picnics* veraniegos, las manos de mi madre, una canción de cuna que suena hasta que me duermo.

—De acuerdo —digo.

Volvemos caminando, juntas, hacía la casa de seguridad.

Las Criptas tienen un aspecto distinto de lo que recuerdo.

Solo había estado aquí una vez, en una excursión escolar cuando estaba en tercero. Es raro, no recuerdo nada de la visita, solo que Jen Finnegan vomitó en el autobús de regreso y que olía a atún, incluso después de que el conductor abriera todas las ventanas.

Las Criptas están situadas en la frontera norte y llegan hasta la Tierra Salvaje y el río Presumpscot. Por eso es por lo que tantos prisioneros pudieron escapar durante los incidentes. La metralla destruyó grandes tramos del muro fronterizo; los presos que consiguieron salir de sus celdas huyeron directamente a la Tierra Salvaje.

Después de los incidentes, fueron reconstruidas y se añadió una nueva ala. Las Criptas siempre fueron de una fealdad monstruosa, pero ahora es peor que nunca: el anexo de acero y cemento contrasta con el antiguo edificio de piedra ennegrecida, con sus cientos de ventanas diminutas con barrotes. Hoy hace sol y, más allá del tejado, el cielo tiene un color azul profundo. Toda la escena me resulta extraña. Este es un lugar que nunca debería ver la luz del sol.

Durante un instante me quedo frente a las puertas, preguntándome si debería darme la vuelta. He llegado en el autobús municipal, que me ha traído desde el centro, y que iba vaciándose a medida que nos acercábamos aquí. Al final, yo compartía el vehículo solo con el conductor y con una mujer grande y muy maquillada que llevaba un uniforme de enfermera. Cuando el autobús se ha ido, levantando barro y humo, durante un instante de confusión he pensado en salir corriendo detrás de él.

Pero tengo que saber. Sea como sea.

Así que sigo a la enfermera, que se dirige arrastrando los pies hacia el guardia situado justo en el lado exterior de la verja y le muestra su identificación. El guardia me mira y yo, sin hablar, le paso un papel.

Escanea la copia.

—¿Eleanor?

Asiento con la cabeza. No confío en mí misma para hablar. En la fotocopia es

imposible distinguir muchos de sus rasgos, o identificar el color indistinto de su pelo. Pero si el guardia se fija, se dará cuenta de que los detalles no encajan: la altura, el color de ojos.

Por suerte, no lo hace.

—¿Qué le ha pasado al original?

—Se me quedó en la secadora —contesto con prontitud—. He tenido que solicitar uno nuevo al SVS.

Vuelve la mirada a la fotocopia. Yo tengo la esperanza de que no pueda oír mi corazón, que late acelerado y con mucho ruido.

Conseguir la fotocopia no ha sido ningún problema. Una llamada rápida a la señora Hargrove esta mañana, una taza de té, una charla de veinte minutos, el deseo de usar el baño y, en vez de eso, un desvío de dos minutos al estudio de Fred. No podía arriesgarme a que me identificaran como su futura esposa. Si Cassie está aquí, es posible que alguno de los guardias le conozca a él también. Y si se entera de que he estado husmeando en las Criptas...

Ya me ha dicho que no debo hacer preguntas.

—¿Asunto?

—Solo... de visita.

El guardia gruñe. Me devuelve el papel y me hace un gesto para que pase cuando las puertas se abren con un estremecimiento.

—Tienes que pasar por el mostrador de visitantes —rezonga. La enfermera me lanza una mirada de curiosidad antes de cruzar el patio rápidamente por delante de mí. Imagino que aquí no vienen muchas visitas.

Esa es la idea. Encerrarlos y dejar que se pudran.

Cruzo el patio y paso por una puerta pesada de acero reforzado, para encontrarme en un claustrofóbico vestíbulo de entrada, dominado por un detector de metales y varios guardias enormes. Para cuando entro por la puerta, la enfermera ya ha puesto su bolso en la cinta y está de pie con las manos y los brazos separados mientras un guardia le pasa un detector por el cuerpo, buscando armas. Ella casi no se da cuenta, está ocupada charlando con la mujer que lleva el mostrador de recepción de la derecha, situado detrás de un vidrio a prueba de balas.

—Como siempre —dice—. El bebé me ha tenido en pie toda la noche. Así que si el 2426 me da más problemas hoy, le mando a confinamiento.

—Ya te digo —dice la mujer del mostrador. Luego vuelve la mirada hacia mí—. ¿Identificación?

Repetimos exactamente el mismo procedimiento. Paso el papel por el hueco en la ventana y explico que el original se ha echado a perder.

—¿Qué deseas? —pregunta.

Durante las últimas veinticuatro horas he estado preparando mi historia con todo cuidado, pero aun así me doy cuenta de que las palabras me salen

vacilantes.

—Yo... yo estoy aquí para ver a mi tía.

—¿Sabes en qué pabellón está?

Muevo la cabeza en sentido negativo.

—No, verá... Yo ni siquiera sabía que estaba aquí. Quiero decir, me acabo de enterar. La mayor parte de mi vida he pensado que estaba muerta.

La mujer no muestra ninguna reacción ante esto.

—¿Nombre?

—Cassandra. Cassandra O'Donnell.

Aprieto los puños y me centro en el dolor que me recorre las manos a medida que ella introduce el nombre en el ordenador. No estoy segura de si tengo la esperanza de que aparezca el nombre.

La mujer niega con la cabeza. Tiene ojos azules aguados y una masa de pelo rubio muy rizado, que con esta luz parece del mismo tono gris apagado de las paredes.

—Aquí no hay nada. ¿Tienes el mes de ingreso?

¿Cuántos años hace que Cassie desapareció? Me acuerdo de haber oído en la toma de posesión de Fred que no tiene pareja desde hace tres años.

Me aventuro a decir algo.

—Enero o febrero. Hace tres años.

Suspira y se levanta de la silla.

—Solo se informatizó el año pasado.

Va a un lugar donde no puedo verla. Luego vuelve con un libro gordo forrado en cuero, que coloca en su lado del mostrador con un ruido pesado. Pasa unas cuantas páginas. A continuación, abre una ventanilla en la cabina y me pasa el grueso volumen.

—Enero y febrero —dice bruscamente—. Está todo organizado por fecha: si pasó por aquí, tiene que estar en el libro.

El libro es muy grande y tiene las páginas repletas de una escritura menuda, fechas de ingreso, nombres de internos y el número de prisionero correspondiente. El periodo de enero a febrero llena varias páginas, y me siento incómoda sabiendo que la mujer me observa con impaciencia mientras recorro lentamente con el dedo las columnas de nombres.

Noto una tensión en el estómago. No está aquí. Claro, puede que me haya equivocado con las fechas, o puede que me haya equivocado del todo. Tal vez nunca haya estado en la Criptas.

Me acuerdo de Fred riéndose mientras decía: *Últimamente no tiene mucha gente con quien hablar.*

—¿Has tenido suerte? —pregunta la mujer, sin ningún interés sincero.

—Solo un momento.

Una gota de sudor me corre por la columna. Paso a abril y sigo buscando.

Entonces veo un nombre que me detiene: *Melanea O.*

Melanea. Esa era el segundo nombre de Cassandra. Me acuerdo de haberlo oído en la toma de posesión de Fred y de haberlo visto en la carta que robé de su estudio

—Aquí está —digo. Tiene sentido que Fred no la ingresara con su nombre de verdad. Después de todo, la idea era hacer que desapareciera.

Paso el libro por la ventanilla. Los ojos de la mujer van de *Melanea O.* al número de recluso que se le asignó: 2225. Lo introduce en el ordenador mientras lo repite entre dientes.

—Pabellón B —dice—. En el ala nueva —introduce más órdenes con el teclado y, por detrás de ella, la impresora vuelve a la vida con un estremecimiento y de ella sale una pequeña etiqueta blanca que lleva impreso claramente VISITANTE PABELLÓN B. Me la pasa por la ventanilla junto con otro libro más fino, también forrado en piel—. Firma con tu nombre y rellena la fecha en el libro de visitas, y marca el nombre de la persona a la que vienes a ver. Colócate la etiqueta en el pecho; debe estar visible en todo momento. Y tendrás que esperar a que venga alguien que te acompañe. Pasa por el control de seguridad y llamaré para que te recojan.

Me suelta este último discurso con rapidez, en tono monocrorde. Rebusco en el bolso hasta encontrar un boli y escribo *Eleanor Latterly* en la posición indicada, rezando para que no pregunte por mi carné de identidad. El libro de visitas es muy fino. En la última semana solo han venido tres personas.

Han empezado a temblarme las manos. Tengo problemas para quitarme la chaqueta cuando los guardias de seguridad me ordenan que la ponga en la cinta. El bolso y los zapatos también se ponen en bandejas, y tengo que colocarme con los brazos y las piernas abiertos, como ha hecho la enfermera, mientras uno de los hombres me inspecciona con pocas contemplaciones, pasándome un detector entre las piernas y sobre los pechos.

—Despejado —dice, haciéndose a un lado para que pase. Justo después del control hay una pequeña zona de espera, amueblada con varias sillas baratas de plástico y una mesa. Más allá veo que salen varios pasillos y hay letreros que indican diferentes pabellones y secciones del complejo. En un rincón está puesta una televisión sin sonido: un programa de política. Aparto los ojos rápidamente, no sea que aparezca Fred en la pantalla.

Una enfermera con el pelo negro y la cara grasienta y brillante viene hacia mí por el pasillo con aire enérgico. Lleva zuecos de hospital y un uniforme de flores. El nombre de su identificación es JAN.

—¿Tú eres la del Pabellón B? —me dice jadeando.

Asiento con la cabeza. Usa perfume de vainilla, demasiado dulce e intenso, pero aun así no puede enmascarar por completo los otros olores de este sitio: lejía, olor corporal.

—Por aquí.

Camina delante de mí hasta una puerta doble, que abre con un empujón de cadera.

Más allá de la puerta, el ambiente cambia. El pasillo por el que hemos entrado es de un blanco reluciente. Esta debe ser el ala nueva. Los suelos, las paredes, hasta el techo, todo es del mismo recubrimiento sin mancha. Hasta el aire huele distinto, más limpio, más nuevo. Hay mucho silencio, pero a medida que avanzamos por el pasillo oigo voces amortiguadas, ruido de equipo mecánico, el taconeo de los zuecos de otra enfermera que camina por otro corredor.

—¿Has estado aquí antes? —me pregunta resollando. Niego con la cabeza y me lanza una mirada de soslayo—. Eso pensaba. No recibimos muchas visitas por aquí. Total, para qué, es lo que yo digo.

—Acabo de enterarme de que mi tía...

Me interrumpe.

—Vas a tener que dejar la bolsa fuera del pabellón —jadeo, jadeo, jadeo—. Hasta una lima de uñas sirve en caso de extrema necesidad. Y tendremos que darte unas zapatillas. No puedes entrar al pabellón con esos cordones. El año pasado, uno de nuestros internos se colgó de una tubería, en un abrir y cerrar de ojos, en cuanto se hizo con unos cordones. Estaba más seco que la mojama. ¿A quién vienes a ver?

Lo dice todo tan deprisa que casi no puedo seguir el hilo de la conversación. Se me forma una imagen muy rápida: alguien que cuelga del techo con unos cordones atados a la garganta. En mi mente la persona se balancea, dando vueltas a mi alrededor. Es raro: es la cara de Fred la que me imagino, enorme, hinchada, roja.

—He venido a ver a Melanea —observo la cara de la enfermera, ese nombre no significa nada para ella—. Número 2225 —añado.

Al parecer, en las Criptas solo se identifica a la gente por su número, porque la enfermera suelta un gruñido de reconocimiento.

—No te va a dar ningún problema —dice con aire de complicidad, como si estuviera compartiendo un gran secreto—. Es tan tranquila como un ratón de iglesia. Bueno, no siempre. Me acuerdo de los primeros meses, que gritaba y gritaba: «¡Este no es mi sitio! ¡Yo no estoy loca!» —la enfermera se ríe—. Claro, eso es lo que dicen todos. Y si les haces caso, te aburren hablándote de hombrecitos verdes y arañas.

—¿Ella está... está loca, entonces? —pregunto.

—Bueno, no estaría aquí si no lo estuviera, ¿no? —dice Jan. Claramente, no espera que conteste. Hemos llegado a otra puerta doble, marcada con un letrero que dice: *Pabellón B: Psicosis, Neurosis, Histeria*.

—Vete y coge un par de zapatillas —continúa con aire alegre, señalando.



Fuera de las puertas hay un banco y una pequeña estantería de madera, en la cual han dejado varios pares de zapatillas de plástico. Los muebles son viejos y resultan raros en mitad de toda la blancura reluciente.

—Deja tus zapatos y el bolso justo aquí. No te preocupes, nadie te los va a quitar. Los delinquentes están en los pabellones viejos.

Se vuelve a reír.

Me siento en el banco y tiro de los cordones, deseando haberme puesto botas o zapatos planos en vez de esto. Noto los dedos torpes.

—¿Así que gritaba? —pregunto—. Cuando vino aquí, quiero decir.

La enfermera pone los ojos en blanco.

—Pensaba que su marido intentaba acabar con ella. No hacía más que hablar de una conspiración.

Todo mi cuerpo se pone frío. Trago saliva.

—¿Acabar con ella? ¿Qué quiere decir?

—No te preocupes —Jan mueve una mano—. Enseguida se tranquilizó. Les pasa a la mayoría. En cuanto se toman la medicación, no dan ni un problema —me toca el hombro—. ¿Estás lista?

No puedo más que asentir, aunque no me siento lista en absoluto. Mi cuerpo rebosa de la necesidad de dar la vuelta, de salir corriendo. Pero en vez de eso me quedo y sigo a Jan, que pasa por la puerta hasta otro pasillo, tan limpio como el anterior, con puertas blancas a ambos lados, sin ventanas. Cada paso parece más seguro que el anterior. Siento el frío del piso a través de las suelas, que son muy finas, y cada vez que poso el pie, me sube un escalofrío hasta la columna.

Llegamos a la puerta donde dice 2225 demasiado pronto. Jan da dos golpes con energía, pero no parece que espere respuesta. Se quita una llave que lleva al cuello y la coloca en el escáner situado a la izquierda de la puerta.

—Hemos renovado todos los sistemas de seguridad a raíz de los incidentes. Mola, ¿verdad? —y cuando la puerta se abre con un ruidito, la empuja con firmeza.

—Tienes una visita —dice alegremente entrando en el cuarto.

Este último paso es el más duro. Durante un instante me parece que no voy a ser capaz de darlo. Prácticamente tengo que lanzarme hacia delante cruzando el umbral, entrando en la celda. Al hacerlo, me quedo sin aire en los pulmones.

Está sentada en una silla de plástico de bordes redondeados, mirando por un ventanuco con gruesos barrotes de hierro. No se vuelve cuando entramos, aunque distingo su perfil, al que llega la luz que se filtra desde el exterior: la nariz respingona, exquisita boca pequeña, las largas pestañas, su oreja rosada como una concha marina y la clara marca de la operación justo debajo. Tiene el pelo largo y rubio, lo lleva suelto, casi hasta la cintura. Me parece que debe tener unos treinta años.

Es bella.

Se parece a mí.

El estómago me da una sacudida.

—Buenas —dice con voz fuerte Jan, como si Cassandra no pudiera oírnos de otro modo, aunque el cuarto es diminuto. Es demasiado pequeño para que quepamos todas, y aunque no hay más que un catre, una silla, un lavabo y un inodoro, parece demasiado lleno—. Te he traído una visita. Qué agradable sorpresa, ¿verdad?

Cassandra no habla. Ni siquiera se da por aludida.

Jan pone los ojos en blanco de forma muy expresiva. Me dice sin voz: *Lo siento*. En voz alta dice:

—Venga, vamos, no seas maleducada. Date la vuelta y saluda como una niña buena.

En ese momento Cassie se vuelve, aunque sus ojos me pasan por encima completamente y van directos a Jan.

—¿Me puede traer una bandeja, por favor? Esta mañana no he desayunado.

Jan se lleva las manos a las caderas y dice con un tono exagerado de reproche, como si estuviera hablando con un niño:

—Bueno, eso ha sido una tontería por tu parte, ¿no?

—No tenía hambre —dice Cassie con sencillez.

Jan suspira.

—Tienes suerte de que hoy esté de buen humor —dice con un guiño—. ¿No te importa quedarte sola un minuto? —esta pregunta me la dirige a mí.

—Yo...

—No te preocupes —dice Jan—. Es inofensiva —alza la voz y adopta de nuevo el tono de forzado optimismo—. Ahora mismo vuelvo. Pórtate bien. No le causes problemas a tu invitada —se vuelve de nuevo hacia mí—. Si pasa cualquier cosa, dale al botón de emergencias que está junto a la puerta.

Antes de que pueda reaccionar, ya está en el pasillo y cierra la puerta a su espalda. Oigo el cerrojo que se desliza. El miedo me apuñala, agudo y claro, a través de los efectos amortiguadores de la cura.

Durante un momento hay silencio mientras intento recordar lo que había venido a decir. El hecho de haber encontrado a la mujer misteriosa es abrumador, y de repente no se me ocurre qué preguntarle.

Sus ojos se vuelven a los míos. Son de color avellana, muy claros. Inteligentes.

Nada de locos.

—¿Quién eres? —ahora que Jan se ha ido del cuarto, su voz adopta un tono acusador—. ¿Qué has venido a hacer aquí?

—Me llamo Hana Tate —digo. Aspiro hondo—. Me voy a casar con Fred Hargrove el próximo sábado.

El silencio se extiende entre nosotras. Siento que sus ojos me recorren y me

obligo a quedarme quieta.

—Sus gustos no han cambiado —dice con tono neutro. Luego se vuelve hacia la ventana.

—Por favor —se me quiebra un poco la voz. Ojalá tuviera agua—. Me gustaría saber lo que sucedió.

Sigue teniendo las manos en el regazo. Debe haber perfeccionado este arte a lo largo de los años: estar sentada sin moverse.

—Estoy loca —dice sin entonación—. ¿No te lo han dicho?

—Yo no me lo creo —digo, y es verdad. No lo creo. Ahora que estoy hablando con ella, sé con certeza que está cuerda—. Quiero la verdad.

—¿Por qué? —se vuelve hacia mí—. ¿Qué te importa?

*Para que no me suceda a mí. Para poder detenerlo.* Esa es la verdadera y egoísta razón. Pero no puedo decir eso. Ella no tiene ningún motivo para ayudarme. Ya no se nos educa para que nos preocupemos por las personas que no conocemos.

Antes de poder pensar en algo que decir, se ríe: un sonido seco, como si no hubiera usado la garganta en mucho tiempo.

—Quieres saber lo que hice, ¿no? Quieres estar segura de que no cometes el mismo error.

—No —digo, aunque por supuesto tiene razón—. Eso no es lo que yo...

—No te preocupes —dice—. Lo comprendo —una sonrisa ilumina brevemente su rostro. Se mira las manos—. Me emparejaron con Fred cuando yo tenía dieciocho años —dice—. No fui a la universidad. Él era mayor. Habían tenido problemas para encontrarle una pareja. Era muy quisquilloso, y se le permitía serlo porque su padre era quien era. Todo el mundo decía que yo había tenido mucha suerte —se encoge de hombros—. Estuvimos casados cinco años.

Eso significa que es más joven de lo que yo creía.

—¿Qué pasó? —pregunto.

—Se cansó de mí —esto lo afirma con rotundidad. Sus ojos se posan en los míos un instante—. Y yo era un lastre. Sabía demasiado.

—¿Qué quieres decir? —me gustaría sentarme en el catre: me siento un poco mareada y las piernas me pesan. Pero me da miedo moverme. Me da miedo hasta respirar. En cualquier momento me puede ordenar que me vaya. No me debe nada.

No me contesta directamente.

—¿Sabes lo que le gustaba hacer cuando era pequeño? Solía atraer hasta su casa a los gatos del vecindario, les daba leche, atún, se ganaba su confianza. Y luego los envenenaba. Le gustaba verlos morir.

El cuarto parece más pequeño que nunca, sofocante y sin aire.

Vuelve a mirarme una vez más. Su mirada serena y firme me desconcierta. Tengo que hacer un esfuerzo para no apartar los ojos.

—A mí también me envenenó —dice—. Estuve enferma durante meses y meses. Por fin me lo contó. Ricino en el café. Lo suficiente para mantenerme en cama, enferma, dependiente. Me lo dijo para que supiera de lo que era capaz —hace una pausa—. Mató a su propio padre, ¿sabes?

Por primera vez, me pregunto si no estará loca después de todo. Quizá la enfermera tenía razón, quizá este sea su sitio. Esa idea supone una liberación.

—El padre de Fred murió durante los incidentes —digo—. Le mataron los inválidos.

Me mira con pena.

—Lo sé —como si me leyera la mente, añade—. Tengo ojos y oídos. Las enfermeras hablan. Y, por supuesto, yo estaba en el ala antigua cuando explotaron las bombas —baja la mirada hasta sus manos—. Se escaparon trescientos prisioneros. Y unos cuantos murieron. Yo no tuve la suerte de estar en ninguno de esos dos grupos.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con Fred? —pregunto. Se me cuele un quejido en la voz.

—Todo —dice. Su tono se vuelve acerado—. Fred quería que tuvieran lugar los incidentes. Quería que las bombas explotaran. Trabajó con los inválidos, ayudó a planearlo.

No puede ser verdad. No puedo creerla. No voy a creerla.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Tiene todo el sentido del mundo. Fred debe haberlo planeado durante años. Trabajó con la ASD, ellos tenían la misma idea. Él quería demostrar que su padre se equivocaba respecto a los inválidos, y quería que su padre muriera. Así se vería que él tenía razón y sería alcalde.

Una sacudida me recorre la columna vertebral cuando menciona la ASD. En marzo, durante una enorme concentración de esa organización en Nueva York, los inválidos atacaron y mataron a treinta ciudadanos e hirieron a muchos más. Todos lo compararon con los incidentes, y durante semanas se incrementó la seguridad por todas partes: se escaneaban los carnés de identidad, se hicieron búsquedas en vehículos, redadas en casas, y se redoblaron las patrullas callejeras.

Pero también hubo otros rumores: algunas personas decían que Thomas Fineman, el presidente de la ASD, sabía con antelación lo que iba a suceder y que incluso había permitido que pasara. Luego, dos semanas más tarde, fue asesinado.

No sé qué creer. Me duele el pecho por una emoción que no recuerdo cómo se nombra.

—Me caía bien el señor Hargrove —dice Cassandra—. Yo le daba pena. Sabía cómo era su hijo. Me visitaba de vez en cuando, después de que Fred me hiciera encerrar, gracias a que consiguió gente que testificó que yo era una

lunática. Amigos. Médicos. Me internaron en este sitio de por vida —señala el pequeño cuarto blanco, su tumba—. Pero el señor Hargrove sabía que no estaba loca. Me contaba historias del mundo exterior. Les buscó a mi madre y a mi padre un sitio donde vivir en Deering Highlands. Fred también quería silenciarlos a ellos. Debe haber pensado que yo les había contado que... Debe haber pensado que ellos sabían lo que yo sabía —mueve la cabeza—. Pero yo no se lo conté. Ellos no sabían nada.

Así que los padres de Cassie se vieron forzados a vivir en Highlands, como la familia de Lena.

—Lo siento —digo. Es lo único que se me ocurre, aunque sé lo endeble que suena.

Ella no parece oírme.

—Ese día, cuando explotaron las bombas, el señor Hargrove había venido de visita. Me trajo chocolate —se vuelve hacia la ventana. Me pregunto en qué pensará, está de nuevo completamente quieta, su perfil dibujado con la escasa luz solar—. He oído que murió intentando restaurar el orden. Entonces me sentí triste por él. Es raro, ¿verdad? Pero supongo que al final Fred consiguió acabar con los dos.

—¡Aquí estoy! ¡Más vale tarde que nunca!

La voz de Jan hace que me sobresalte. Me doy la vuelta: entra por la puerta trayendo una bandeja de plástico con un pequeño vaso de plástico con agua y un pequeño cuenco de plástico con una papilla grumosa de avena. Me hago a un lado mientras deposita la bandeja en el catre. Noto que los cubiertos son de plástico también. Claro, no puede haber metal. Ni cuchillos tampoco.

Me acuerdo del hombre que se colgó con los cordones de los zapatos, cierro los ojos y en vez de eso pienso en la bahía. La imagen se quiebra en las olas. Vuelvo a abrirlos.

—Bueno, ¿qué te parece? —dice Jan alegremente—. ¿Quieres comer ahora?

—La verdad es que creo que voy a esperar —dice con voz suave Cassie. Sus ojos siguen dirigidos al exterior de la ventana—. Se me ha pasado el hambre.

Jan me mira y pone los ojos en blanco como diciendo: *Majaretas*.

No perdemos tiempo en abandonar la casa de seguridad una vez se ha decidido: vamos a ir a Portland todos juntos en grupo, para unirnos a la Resistencia de allí y añadir nuestra fuerza a los agitadores. Se prepara algo grande, pero Cap y Max se niegan a comentar nada al respecto, y mi madre alega que, de todos modos, solo conocen unos pocos detalles. Ahora que ha caído el muro que nos separaba, ya no me resisto a volver a Portland. De hecho, una pequeña parte de mí incluso lo espera con impaciencia.

Mi madre y yo hablamos junto al fuego de campamento mientras comemos. Nos quedamos a hablar hasta bien entrada la noche, hasta que Julián asoma la cabeza por la tienda, desorientado y con cara de sueño, y me dice que tendría que dormir un poco, o hasta que Raven nos da una voz para que nos callemos.

Hablamos por la mañana. Hablamos mientras caminamos.

Hablamos de cómo ha sido mi vida en la Tierra Salvaje, y la suya. Me cuenta que incluso cuando estaba en las Criptas, ya estaba metida en la Resistencia. Había un topo, un infiltrado, un curado que aun así simpatizaba con la causa y que trabajaba de guardia en el Pabellón Seis, donde ella estaba presa. Le echaron la culpa de que ella escapara y le encerraron a él también.

Me acuerdo de él: le vi hecho un ovillo, como un feto, en una esquina de una celda diminuta de piedra. Pero esto no se lo he contado a mi madre. No le he contado que Álex y yo conseguimos entrar en las Criptas, porque eso implicaría hablar de él. Y no puedo hablar de él, ni con ella ni con nadie.

—Pobre Thomas —mi madre mueve la cabeza—. Se esforzó mucho para que le pusieran en el Pabellón Seis. Me buscó —mira de soslayo—. Conocía a Rachel, ¿sabes?, desde hacía mucho. Creo que nunca pudo superar haber tenido que renunciar a ella. Siguió estando enfadado, incluso después de su operación.

Aprieto bien los ojos al mirar al sol. Me vuelven imágenes largo tiempo enterradas: Rachel encerrada en su habitación, negándose a salir y a comer; la cara pálida y pecosa de Thomas en la ventana, diciéndome por gestos que le deje entrar; yo, agachada en un rincón el día que se llevaron a Rachel a rastras a los laboratorios, viéndola dar patadas y gritar enseñando los dientes, como un

animal.

Yo debía tener ocho años. Solo había pasado un año desde la muerte de mi madre, o desde que me dijeron que había muerto.

—Thomas Dale —suelto. Me he quedado con el nombre durante todos estos años.

Mi madre pasa la mano con aire distraído por la hierba. Al sol, su edad y las arrugas se hacen más evidentes.

—Casi no me acordaba de él. Y por supuesto, cuando le volví a ver, había cambiado un montón. Habían pasado tres, cuatro años. Me acuerdo de que le pillé merodeando cerca de casa una vez que volví pronto del trabajo. Se asustó muchísimo. Pensaba que le iba a denunciar —suelta una carcajada—. Eso fue justo antes de que... me llevaran.

—Y él te ayudó —digo. Intento aclarar mentalmente los detalles de su cara, recuperarlos del olvido, pero todo lo que veo es una figura mugrienta hecha un ovillo en el suelo de una celda asquerosa.

Mi madre asiente.

—No consiguió olvidar del todo lo que había perdido. Conservó una parte. A veces les pasa, ¿sabes?, a algunas personas. Siempre pensé que eso era lo que le había pasado a tu padre.

—Entonces, ¿papá estaba curado?

No sé por qué me siento tan decepcionada. Casi ni me acuerdo de él: murió de cáncer cuando yo tenía un año.

—Sí, lo estaba —a mi madre le tiembla la barbilla—. Pero había veces en que yo sentía... Había veces en que parecía como si todavía pudiera sentirlo, solo durante un instante. Quizá eran solo imaginaciones mías. No importa. Yo le amaba de todos modos. Él era muy bueno conmigo.

Inconscientemente se lleva la mano al cuello como buscando el colgante que llevaba, la insignia militar del abuelo, que mi padre le regaló. La usó para abrirse un túnel y escapar de las Criptas.

—El colgante —digo—. Aún no te acostumbras a no tenerlo.

Se vuelve hacia mí entrecerrando los ojos. Consigue esbozar una pequeña sonrisa.

—Hay algunas pérdidas que nunca se superan.

También le hablo a mi madre sobre mi vida, en especial de lo que ha sucedido desde que vine de Portland, y de cómo llegué a implicarme con Raven, Tacky la Resistencia. De vez en cuando, sacamos a relucir recuerdos de la época de antes: el tiempo perdido antes de que ella se fuera, antes de que mi hermana fuera curada, antes de que a mí me llevaran a casa de tía Carol. Pero no muy a menudo.

Como dice mi madre, hay pérdidas que nunca se superan.

Algunos temas siguen siendo tabú. Ella no me pregunta qué me impulsó a

cruzar, y yo no se lo cuento tampoco. Conservo la nota de Álex en un pequeño bolsito de cuero que llevo al cuello, un regalo de mi madre. Se lo compró a un buhonero a comienzos de año, pero es un recuerdo de una vida pasada, como llevar la foto de alguien que está muerto.

Mi madre sabe, por supuesto, que he descubierto el camino del amor. De vez en cuando, la pillo mirándome cuando estoy con Julián. La expresión de su cara, orgullo, dolor, envidia y amor todo mezclado, me recuerda que no solo es mi madre, sino una mujer que ha luchado toda su vida por algo que nunca ha experimentado de verdad.

Mi padre estaba curado. Y no se puede amar, no plenamente, a menos que ese amor sea correspondido.

Me duele por ella. Es un sentimiento que odio y del que, de algún modo, me avergüenzo.

Julián y yo hemos encontrado de nuevo nuestro ritmo. Es como si hubiéramos saltado por encima de las últimas semanas, por encima de la larga sombra de Álex, y hemos aterrizado limpiamente al otro lado. Nunca nos cansamos el uno del otro. Me asombra una vez más cada parte de él: sus manos, su modo amable y grave de hablar, todas las formas distintas en que se ríe.

Por la noche, en la oscuridad, nos volvemos el uno hacia el otro. Nos perdemos en el ritmo nocturno, en los gritos, aullidos y gruñidos de los animales de fuera. Y a pesar de los peligros de la Tierra Salvaje y de la amenaza constante de los reguladores y los carroñeros, me siento libre por primera vez en lo que parece una eternidad.

Una mañana, salgo de la tienda y me encuentro que Raven se ha quedado dormida y en realidad son Julián y mi madre quienes están atizando el fuego. Están de espaldas a mí y se ríen por algo. Se elevan finos hilillos de humo en el aire primaveral. Durante un momento me quedo completamente inmóvil, aterrorizada, sintiendo como si estuviera al borde de algo: si me muevo, si doy un paso hacia delante o hacia atrás, la imagen se desvanecerá en el viento y ellos se volverán polvo.

En ese momento, Julián se gira y me ve.

—Hola, guapa —dice. Sigue teniendo moretones en la cara, aún hinchada en algunos sitios, pero sus ojos mantienen el color exacto del cielo de la mañana temprana. Cuando sonrío, me parece la cosa más bella que he visto nunca.

Mi madre agarra un cubo y se pone de pie.

—Iba a darme un baño —dice.

—Te acompaño —digo.

Al meterme en el arroyo de aguas aún heladas, el viento me pone la piel de gallina. Un grupo de golondrinas se desliza por el cielo y el agua trae un ligero sabor a tierra. Mi madre tararea una canción, un poco más abajo. Esta no es la felicidad que yo hubiera imaginado. No es lo que elegí.



Pero es suficiente. Es más que suficiente.

En la frontera con Rhode Island nos encontramos con otro grupo de unos veintitantos habitantes de un hogar, que también se dirigen a Portland. Todos menos dos apoyan a la Resistencia, y los dos que no quieren luchar no se atreven a quedarse solos. Nos estamos aproximando a la costa y se ven por todas partes los desechos de la antigua vida. Nos encontramos con una enorme estructura de cemento en forma de colmena, que Tack identifica como un antiguo aparcamiento de varias plantas.

Hay algo en la estructura que me produce ansiedad. Es como un altísimo insecto de piedra con cientos de ojos. Todo el grupo se queda en silencio mientras pasamos junto a él. Se me erizan los pelos de la nuca y, aunque sé que es absurdo, no puedo sacudirme la idea de que nos están vigilando.

Tack, que dirige el grupo, alza la mano. Todos nos detenemos bruscamente. Inclina la cabeza como si intentase oír algo. Contengo el aliento. Todo está en silencio, salvo por los sonidos de los animales del bosque y el suave canto del viento.

En ese momento nos cae un montoncito de fina grava, como si alguien, por descuido, la hubiera empujado con el pie desde alguno de los pisos superiores de la construcción.

Al instante, todo se vuelve un caos.

—¡Agachaos, agachaos! —grita Max, mientras todos nos lanzamos a por nuestras armas, sacando rifles y escondiéndonos entre la maleza.

—¡Cuuuu-iiiiii!

La voz, el grito, nos paraliza. Alzo la cabeza hacia el cielo, protegiéndome los ojos del sol. Durante un instante me parece estar soñando.

Pippa ha salido de las cavernas de la colmena y está de pie en una cornisa bañada por el sol, saludándonos con un pañuelo rojo, sonriendo.

—¡Pippa! —grita Raven con voz estrangulada. Solo entonces me lo creo.

—Hola a todos —nos grita Pippa a su vez. Y lentamente, de detrás de ella sale más y más gente: una masa de gente flaca, andrajosa, que llena las diferentes plantas del aparcamiento.

Cuando por fin Pippa llega a la planta baja, inmediatamente es tragada por Tack, Raven y Max. Beast, que también está vivo, sale a la luz justo detrás de ella, y casi me parece demasiado para creerlo. Durante un cuarto de hora no hacemos más que gritar y reír y hablar todos a la vez, sin que se entienda ni una sola palabra de lo que decimos.

Por fin, Max consigue hacerse oír por encima del caos de voces y risas.

—¿Qué pasó? —está riendo, sin aliento—. Oímos que no había sobrevivido nadie. Que había sido una masacre.

Al momento, Pippa se pone seria.

—Fue una masacre —dice—. Perdimos a cientos de personas. Llegaron los tanques y rodearon el campamento. Usaron gases lacrimógenos, ametralladoras, bombas. Fue un baño de sangre. Los gritos... —se interrumpe—. Fue horrible.

—¿Cómo conseguisteis salir? —pregunta Raven. Todos nos hemos quedado en silencio. Ahora parece horrible que hace solo un segundo estuviéramos todos riendo y celebrando que Pippa esté a salvo.

—Casi no tuvimos tiempo —dice Pippa—. Intentamos advertir a todo el mundo. Pero ya podéis imaginar cómo fue: un caos. Nadie hacía caso.

Por detrás de ella, los inválidos van saliendo del aparcamiento a la luz del sol con aire cauto, con los ojos muy abiertos, en silencio, nerviosos, como supervivientes de un huracán que se sorprenden de que el mundo siga existiendo. No puedo imaginarme lo que habrán presenciado en Waterbury.

—¿Cómo conseguisteis evadir el cerco de tanques? —pregunta Bee. Aún me resulta raro pensar en ella como mi madre cuando se comporta así, como una curtida combatiente de la Resistencia. De momento, me contento con permitirle una doble existencia, a veces es mi madre y a veces es una líder, una luchadora.

—No salimos corriendo —dice Pippa—. No hubo oportunidad. Toda la zona estaba hasta arriba de soldados. Nos escondimos.

Le cruza la cara un gesto de dolor. Abre la boca, como para seguir hablando, pero luego vuelve a cerrarla.

—¿Dónde os escondisteis? —Insiste Max.

Pippa y Beast se intercambian una mirada indescifrable. Durante un instante, me da la sensación de que Pippa no va a contestar. Algo sucedió en el campo, algo que no nos quieren contar.

Luego tose y vuelve la mirada a Max.

—En el lecho del río, al principio, antes de que empezaran los disparos. Poco después empezaron a caer los cuerpos. Y nos protegimos con ellos.

—¡Dios mío! —Hunter se lleva el puño al ojo derecho. Parece como si fuera a vomitar. Julián se aparta de Pippa.

—No teníamos elección —dice ella con severidad—. Además, ya estaban muertos. Al menos sus cuerpos sirvieron para algo.

—Nos alegramos de que lo consiguierais, Pippa —dice amablemente Raven, y le pone una mano en el hombro. Pippa se vuelve hacia ella, agradecida, con una expresión ilusionada, abierta, como la de un cachorro.

—Pensaba enviaros noticias a la casa de seguridad, pero me imaginé que ya os habríais ido —dice—. No quise arriesgarme habiendo tropas en la zona. Demasiado visible. Así que nos dirigimos al norte. Nos encontramos con la colmena por casualidad —señala con la barbilla la enorme estructura del aparcamiento. Es verdad que parece una colmena gigante ahora que hay figuras, medio en sombras, que nos miran desde distintos niveles, flotando en distintos

planos de luz y luego retirándose de nuevo a la oscuridad—. Pensamos que era un buen sitio para escondernos un tiempo y esperar a que se calmaran las cosas.

—¿Cuánta gente tienes? —pregunta Tack. Han bajado decenas y decenas de personas y están de pie, agrupadas juntas, un poco por detrás de Pippa, como una jauría de perros que han sido golpeados y han pasado hambre y por eso son sumisos. Su silencio resulta desconcertante.

—Más de trescientos —dice Pippa—. Casi cuatrocientos.

Un número enorme; con todo, solo una fracción de la cantidad de gente que estaba acampada en las afueras de Waterbury. Durante un instante me llena la rabia ciega, ardiente. Queríamos libertad de amar, y en lugar de eso nos hemos convertido en salvajes, en luchadores. Julián se acerca a mí y me pasa la mano por el hombro permitiendo que me apoye en él, como si supiera lo que estoy pensando.

—No hemos visto señales de los soldados —dice Raven—. Yo supongo que vendrían de Nueva York. Si tenían tanques, deben haber usado alguna de las carreteras de servicio a lo largo del Hudson. Es de esperar que hayan vuelto al sur.

—Misión cumplida —dice Pippa con amargura.

—No han conseguido nada —mi madre interviene de nuevo, pero ahora su voz es más suave—. La lucha no ha terminado, solo está empezando.

—Nos dirigimos a Portland —dice Max—. Tenemos amigos allí muchos. Entonces será la hora de devolver el golpe —añade con repentina fiereza—. Ojo por ojo.

—Y todo el mundo se queda ciego —dice Coral en voz baja.

Todo el mundo se vuelve a mirarla. Apenas ha hablado desde que Álex se fue, y yo la he evitado cuidadosamente. Siento su dolor como una presencia física, una energía oscura y absorbente que la consume y la rodea y que me hace compadecerla, al tiempo que me irrita. Es un recuerdo de que él ya no era mío para perderlo.

—¿Qué has dicho? —pregunta Max con una agresividad apenas disimulada. Coral aparta la vista.

—Nada —dice—. Es solo algo que oí una vez.

—No tenemos opción —insiste mi madre—. Si no luchamos, acabarán con nosotros. No se trata de devolver el golpe —lanza una mirada a Max, que gruñe y se cruza de brazos—. Es una cuestión de supervivencia.

Pippa se pasa una mano por la cabeza.

—Mi gente está débil —dice por fin—. Nos hemos estado alimentando con lo que encontrábamos por el bosque, ratas sobre todo.

—En el norte habrá comida —dice Max—. Pertrechos. Como he dicho, la Resistencia tiene amigos en Portland.

—No estoy segura de que consigan llegar —dice Pippa bajando la voz.

—Bueno, aquí tampoco os podéis quedar —apunta Tack.

Pippa se muerde el labio e intercambia una mirada con Beast. Él asiente.

—Tiene razón, Pip —dice Beast.

Por detrás de Pippa, de repente, interviene una mujer. Está tan delgada que parece como si hubiera sido tallada en madera.

—Iremos —su voz suena sorprendentemente profunda y fuerte. En su rostro hundido, naufragado, sus ojos brillan como dos carbones ardientes—. Lucharemos.

Pippa suelta el aire despacio. Luego asiente.

—De acuerdo, entonces —dice—. Iremos a Portland.

A medida que nos acercamos a la ciudad, a medida que la luz y el terreno se van haciendo más familiares, con vegetación frondosa y olores que conozco desde la infancia, de mis recuerdos más antiguos, empiezo a trazar mis planes.

Nueve días después de abandonar la casa de seguridad, ahora que somos mucho más numerosos, atisbamos por primera vez una de las vallas fronterizas de Portland. Solo que ya no es una valla. Es una alta pared de cemento, una lámina de piedra sin rostro, manchada de un rosa sobrenatural a la luz del amanecer.

Me quedo tan sorprendida que me detengo.

—¿Qué demonios...?

Max camina detrás de mí y tiene que evitarme en el último momento.

—Obra reciente —dice—. Han reforzado los controles fronterizos. Han intensificado el control por todas partes. Portland está dando ejemplo.

Mueve la cabeza y murmura algo.

Esta imagen, la visión de un muro construido hace poco, ha hecho que mi corazón se desboque. Me fui de la ciudad hace menos de un año, pero ya ha cambiado. Se apodera de mí el miedo a que todo sea distinto también dentro de ese muro. Quizá no reconoceré ninguna calle. Quizá no seré capaz de encontrar el camino hasta la casa de tía Carol.

Tal vez no pueda encontrar a Grace.

No puedo evitar preocuparme también por Hana. Me pregunto dónde estará una vez que entremos en la ciudad en masa, los niños rechazados, los hijos pródigos, como los ángeles que se describen en el *Manual de FSS*, que fueron arrojados del paraíso por haber contraído la enfermedad, expulsados por un dios colérico.

Pero recuerdo que mi Hana, la Hana que conocí y amé, ya no existe.

—No me gusta —digo.

Max se gira para mirarme, un lado de su boca curvado en una sonrisa.

—No te preocupes —dice—. No seguirá en pie mucho tiempo.

Me guiña un ojo.

Vaya. Más explosiones. Eso tiene sentido: de alguna forma tenemos que introducir a un gran número de personas en la ciudad.

Un silbato agudo, débil, rompe el silencio de la mañana. Beast, Pippa y él se han adelantado al grupo esta mañana para explorar recorriendo el perímetro de la ciudad, buscando a otros inválidos o señales de un campamento o un hogar. Nos volvemos hacia el sonido. Llevamos caminando desde medianoche, pero en este momento encontramos una energía renovada y nos movemos más rápido que durante todo el trayecto.

Los árboles nos escupen al borde de un amplio claro. La vegetación ha sido estrictamente recortada y ante nosotros se extiende un largo camino de césped, bien cuidado, que medirá medio kilómetro. En él hay caravanas colocadas sobre ladrillos y bloques de cemento, al igual que remolques de camión oxidados y mantas colgadas de las ramas de los árboles para formar improvisados doseles. La gente ya se mueve en torno al campamento y el aire huele a madera quemada.

Beast y Pippa están de pie un poco aparte, conversando con un hombre alto de pelo rubio rojizo en el exterior de una de las caravanas.

Raven y mi madre empiezan a dirigir el grupo hacia el claro. Yo me quedo donde estoy, paralizada. Julián, al darse cuenta de que no estoy con el grupo, se vuelve hacia mí.

—¿Qué pasa? —pregunta. Tiene los ojos rojos. Ha estado haciendo más que la mayoría: explorar, buscar comida, hacer guardia mientras el resto dormíamos.

—Yo... yo sé dónde estamos —digo—. He estado aquí antes.

No digo que con Álex. No hace falta. Julián parpadea.

—Vamos —dice. Su voz suena forzada, pero alarga el brazo y me toma la mano. Se le han encallecido las palmas, pero me sigue tocando con ternura.

Instintivamente busco en la línea de caravanas, intentando identificar la que Álex se había apropiado. Pero eso fue el verano pasado, era de noche y yo estaba muerta de miedo. No recuerdo ninguna de sus características, salvo el techo enrollable de lona, que no se distinguiría desde donde me encuentro.

Siento un breve alateo de esperanza. Quizá Álex esté aquí. Quizá haya vuelto a territorio conocido.

El hombre rubio habla con Pippa.

—Habéis llegado justo a tiempo —dice. Es mucho mayor de lo que parecía desde lejos, por lo menos tiene cuarenta años, aunque no tiene cicatriz en el cuello. Obviamente, no ha pasado mucho tiempo en Zombilandia—. El juego comienza mañana a las doce.

—¿Mañana? —repite Pippa. Tack y ella intercambian una mirada. Julián me aprieta la mano. Siento una corriente de ansiedad—. ¿Por qué tan pronto? Sí

tuviéramos más tiempo para planear...

—Y más tiempo para alimentarnos —interrumpe Raven—. La mitad de nuestra gente está muerta de hambre. No van a poder luchar mucho.

El hombre rubio extiende los brazos.

—No ha sido cosa mía. Nos estamos coordinando con nuestros amigos del otro lado. Mañana tenemos nuestra mejor oportunidad de entrar. Una parte significativa del personal de seguridad estará ocupada, hay un evento público en la zona de los laboratorios. Eso significa que se los llevarán del perímetro para proteger ese acontecimiento.

Pippa se frota los ojos y suspira. Mi madre interviene:

—¿Quién va primero?

—Aún estamos decidiendo los últimos detalles —dice—. No sabíamos si la Resistencia había hecho correr la voz. No sabíamos si podíamos esperar alguna ayuda.

Cuando se dirige a mi madre, su expresión cambia: se hace más formal, y mucho más respetuosa también. Veo que sus ojos descienden hasta el tatuaje del cuello, el que la identifica como antigua prisionera de las Criptas. Sin duda sabe lo que eso significa, aunque no haya pasado mucho tiempo en la ciudad.

—Ahora tenéis ayuda —dice mi madre.

El hombre rubio recorre nuestro grupo con la mirada y más gente sale de los bosques, fluyen hacia el claro, se van juntando en la débil luz de la mañana. Se sorprende un poco, como si acabara de darse cuenta de cuántos somos.

—¿Cuántos sois en total? —pregunta.

Raven sonríe enseñando todos los dientes.

—Suficientes —asegura.

## Hana

La casa de los Hargrove derrocha luz. Cuando nuestro coche entra en el sendero, me da la sensación de que es un enorme barco blanco varado. En cada ventana reluce una lámpara; de los árboles del jardín se han colgado pequeñas lucecitas blancas, y el tejado está también coronado de ellas.

Por supuesto, las luces no tienen que ver con el hecho de celebrar. Son una manifestación de poder. Nosotros tendremos, controlaremos, poseeremos, incluso derrocharemos, y otros se marchitarán en la oscuridad, sudarán en verano, se congelarán en cuanto cambie el tiempo.

—¿No crees que es precioso, Hana? —dice mi madre en el momento en que guardias vestidos de negro aparecen surgidos de la oscuridad y abren las puertas del coche. Se apartan y esperan a que salgamos, con las manos juntas, respetuosos, deferentes, en silencio. Obra de Fred, probablemente. Me acuerdo de sus dedos apretándome la garganta. *Aun así vas a aprender a saltar cuando yo te lo diga...*

Y la inexpresiva voz de Cassandra, la apagada resignación en sus ojos. *De niño envenenaba gatos. Le gustaba ver cómo morían.*

—Precioso —repito como un eco.

Se vuelve a mí mientras está girando las piernas para salir del coche y frunce el ceño ligeramente.

—Estás muy callada esta noche.

—Cansada —digo.

La última semana y media se ha pasado sin sentir. No puedo recordar días concretos. Todo se mezcla, adopta el gris entreverado de un sueño confuso.

Mañana me caso con Fred Hargrove.

Todo el día me he sentido como sonámbula. He visto como mi cuerpo se movía y sonreía y hablaba, se vestía y se echaba crema y perfume, bajaba las escaleras como flotando hasta el coche que esperaba, y en este momento se deja llevar por el sendero de baldosas hasta la puerta principal de la casa de Fred.

Mira a Hana caminar. Mira a Hana que entra en el vestíbulo, parpadeando por lo brillante de las luces: una araña que envía dardos irisados de luz por las

paredes, lámparas que atiborran la mesa del salón y las librerías, velas que arden en candelabros de plata maciza. Mira a Hana que se vuelve hacia la sala llena de gente, un centenar de caras brillantes e hinchadas que se giran a mirarla.

—¡Ahí está!

—¡Aquí llega la novia...!

—Y la señora Tate.

Mira a Hana que dice hola, saluda con la mano y asiente, estrecha manos y sonríe.

—¡Hana! Justo a tiempo. Justamente estaba cantando tus alabanzas.

Fred se dirige hacia mí cruzando la habitación, sonriente. Sus zapatos elegantes se hunden silenciosos en la elegante moqueta.

Mira a Hana que le da una mano a su casi esposo.

Fred se inclina para susurrar.

—Estás muy guapa —y luego—. Espero que te hayas tomado en serio lo que hablamos.

Al decirlo me pellizca el brazo, fuerte, en la parte carnosa justo por encima del codo. Le da el otro brazo a mi madre y nos movemos por la sala mientras la multitud se abre a nuestro paso, con un crujido de sedas y lino. Fred me dirige, deteniéndose a charlar con los miembros más importantes del gobierno de la ciudad y con sus benefactores más generosos. Yo escucho y río en los momentos adecuados, pero todo el tiempo tengo la sensación de estar soñando.

—Una idea brillante, alcalde Hargrove. Justo le estaba diciendo a Ginny...

—¿Y por qué tendrían que tener luz? ¿Por qué tendrían que recibir nada de nosotros, después de todo?

—... pronto se acabará el problema.

Mi padre ya está aquí; veo que habla con Patrick Riley, el hombre que se hizo cargo de la presidencia de América sin Deliria cuando Thomas Fineman fue asesinado el mes pasado. Riley debe haber venido de Nueva York, donde la organización tiene su cuartel general.

Me acuerdo de lo que me contó Cassandra: que la ASD había colaborado con los inválidos, que también Fred lo ha hecho, y que ambos ataques estaban planeados. Siento que me estoy volviendo loca. Ya no sé qué creer. Quizá me encerrarán en las Criptas con ella y me quitarán los cordones de los zapatos.

Tengo que tragarme las ganas repentinas de reír.

—Con permiso —digo en cuanto se afloja el apretón de Fred en mi codo y veo la oportunidad de escapar—. Voy a buscar una bebida.

Fred me sonríe, aunque su mirada es sombría. La advertencia está clara: *Compórtate*.

—Por supuesto —dice en tono relajado. A medida que me abro camino por la sala, la multitud cierra filas en torno a él hasta que no se le ve.

Han colocado una mesa cubierta con un mantel de lino ante uno de los



amplios ventanales que dan al césped bien cuidado y a los impecables arriates, donde las flores están dispuestas por altura, tipo y color.

Pido agua y trato de pasar lo más inadvertida posible, esperando evitar la conversación al menos durante unos pocos minutos.

—¡Ahí está! ¡Hana! ¿Te acuerdas de mí? —Desde el otro lado de la sala, Celia Briggs, que está de pie junto a Steven Hilt, vestida como si se hubiera tropezado por accidente con un montón enorme de gasa azul, está tratando desesperadamente de atraer mi atención. Yo aparto la vista, fingiendo que no la he visto. A medida que ella se abre paso a empujones en mi dirección, tirando de Steven por una manga, yo avanzo hacia el vestíbulo y me apresuro en dirección a la parte trasera de la casa.

Me pregunto si ella sabe lo que sucedió el verano pasado: cómo Steven y yo respirábamos el uno en la boca del otro, dejando que los sentimientos se transmitieran por nuestros labios. Puede que Steven se lo haya contado. Quizá ahora se rían con ello, ahora que ya estamos todos a salvo, del otro lado de aquellas agitadas noches aterradoras.

Me dirijo al porche cubierto de la parte de atrás, pero esa zona también está llena de gente. Cuando estoy a punto de pasar la cocina, oigo alzarse la voz de la señora Hargrove.

—Agarra ese cubo de hielo, ¿vale? Al camarero de la barra casi se le ha acabado.

Tratando de evitarla, me cuelo en el estudio de Fred y cierro la puerta rápidamente a mi espalda. Ella solo me llevaría firmemente de vuelta a la fiesta, de vuelta a Celia Briggs y a esa sala llena de dientes. Me apoyo en la puerta, soltando el aire despacio.

Mis ojos se posan en el único cuadro de la habitación: el hombre, el cazador y los cuerpos masacrados.

Solo que esta vez no aparto la vista.

Hay algo raro en el cazador: va demasiado bien vestido, lleva un traje pasado de moda y botas pulidas. Sin darme cuenta me acerco dos pasos, horrorizada e incapaz de mirar a otro lado. Los animales colgados de ganchos de carne no son animales.

Son mujeres.

Cadáveres, cadáveres humanos colgados del techo y apilados en el suelo de mármol.

Junto a la firma del artista hay una pequeña nota pintada: *El Mito de Barbazul o Los Peligros de la Desobediencia*.

Siento una necesidad que no puedo nombrar de manera precisa, de hablar, de gritar, de correr. Sin embargo, me siento en la silla de cuero de respaldo duro que está detrás del escritorio, me inclino hacia delante y apoyo la cabeza en los brazos intentando recordar cómo se llora. Pero no me viene nada, excepto un

ligero picor en la garganta y un dolor de cabeza.

No sé cuánto tiempo llevo sentada en esa posición cuando oigo que se acerca una sirena. Entonces la habitación se llena repentinamente de color: ráfagas de rojo y blanco se cuelan de manera intermitente por los cristales de la ventana. Las sirenas siguen sonando y entonces me doy cuenta de que están por todas partes, tanto cerca como lejos, algunas aúllan con un sonido agudo calle abajo y otras no llegan a ser más que un eco.

Algo pasa.

Salgo al vestíbulo, justo cuando varias puertas resuenan a la vez. Ha cesado el murmullo de las conversaciones y la música. En vez de eso, oigo cómo se gritan unos a otros. Fred sale corriendo al vestíbulo y viene hacia mí a grandes zancadas, justo después de que haya cerrado la puerta de su estudio.

Al verme se detiene.

—¿Dónde estabas? —pregunta.

—En el porche —contesto rápidamente. Me late el corazón a toda velocidad —. Necesitaba un poco de aire.

Abre la boca y en ese mismo momento llega mi madre, pálida.

—Hana —dice—. Aquí estás.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

Cada vez más grupos abandonan la sala: reguladores de impecable uniforme, los guardaespaldas de Fred, dos oficiales de policía con expresión solemne, y Patrick Riley poniéndose la americana. Los móviles no paran de sonar y el vestíbulo está inundado por las interferencias de los *walkie-talkies*.

—Se ha producido un incidente en el muro fronterizo —dice mi madre mirando nerviosamente a Fred.

—Miembros de la Resistencia —la expresión de mi madre me confirma que mis sospechas son ciertas.

—Han sido eliminados, por supuesto —dice Fred en voz alta, para que todo el mundo lo oiga.

—¿Cuántos había? —pregunto.

Fred se vuelve hacia mí mientras se pone la americana que un regulador de cara gris acaba de pasarle.

—¿Importa eso? Ya nos hemos ocupado del asunto.

Mi madre me lanza una mirada y mueve la cabeza en un tímido gesto de negación.

Detrás de él, un policía habla por el *walkie*.

—Diez-cuatro, diez-cuatro, estamos en camino.

—¿Estás listo? —pregunta Patrick Riley a Fred. Este asiente. Al momento, su teléfono móvil empieza a sonar. Lo saca del bolsillo y lo silencia rápidamente.

—Mierda. Más vale que nos demos prisa. Los teléfonos del despacho probablemente se estarán volviendo locos.

Mi madre me pasa un brazo por los hombros. Por un momento me sobresalto. Es muy raro que nos toquemos así. Debe estar más preocupada de lo que aparenta.

—Vamos —dice—. Tu padre nos espera.

—¿Adonde vamos? —pregunto mientras me conducen hacia la parte delantera de la casa.

—A casa —dice.

Fuera, ya se están reuniendo los invitados. Nos unimos a la fila de gente que espera sus coches. Vemos siete u ocho personas que se amontonan en un vehículo, mujeres con trajes largos, una encima de otra en los asientos traseros. Está claro que nadie quiere caminar por las calles, que siguen invadidas con el sonido de las sirenas.

Mi padre se sienta delante, con Tony. Mi madre y yo nos apretamos atrás con el señor y la señora Brande, que trabajan en el Ministerio de Desinfección. Normalmente la señora Brande no se calla ni dormida —mi madre siempre ha dicho que la cura la dejó sin autocontrol verbal—, pero esta noche viajamos en silencio. Tony conduce más rápido de lo normal.

Empieza a llover. Las farolas crean formas en las ventanas como haces de luz rotos. En este momento en que estoy alerta por el miedo y la ansiedad, no me puedo creer lo estúpida que he sido. Tomo una decisión repentina, nada de volver a Deering Highlands. Es demasiado peligroso. La familia de Lena no es mi problema. He hecho todo lo que podía.

El sentimiento de culpa sigue ahí, haciendo presión sobre mi garganta, pero me lo trago.

Pasamos otra farola, y la lluvia se convierte en largos dedos sobre el cristal de la ventanilla; después, el coche es tragado de nuevo por la oscuridad. Imagino figuras que se mueven en las tinieblas deslizándose junto al coche, caras que salen y entran en las sombras. Durante un instante, cuando pasamos junto a otra farola, veo una figura con capucha que sale del bosque a un lado de la carretera. Nuestros ojos se cruzan y suelto un pequeño grito.

Álex. Es Álex.

—¿Qué pasa? —pregunta mi madre, tensa.

—Nada, yo... —para cuando me doy la vuelta, ya no está. Estoy segura de que solo lo he imaginado. He debido imaginármelo. Álex está muerto; acabaron con él en la frontera y nunca consiguió llegar a la Tierra Salvaje. Trago saliva—. Me había parecido ver algo.

—No te preocupes, Hana —dice mi madre—. En el coche estamos a salvo —pero se inclina hacia delante y le dice a Tony con severidad—. ¿No puedes conducir más rápido?

Me acuerdo de la nueva muralla, iluminada por una luz giratoria, manchada de rojo por la sangre.

¿Y qué pasa si hay más? ¿Qué pasa si vienen por nosotros?

Tengo una visión de Lena moviéndose por ahí, moviéndose furtivamente por las calles, escondiéndose en las sombras, con un cuchillo. Durante un instante, mis pulmones dejan de funcionar.

Pero no. Ella no sabe que fui yo quien los denunció a Álex y a ella. Nadie lo sabe.

Además, probablemente está muerta.

E incluso si no lo está, incluso si por algún milagro se salvó cuando escapaba y ha conseguido sobrevivir en la Tierra Salvaje, ella nunca se uniría a la Resistencia. Nunca sería violenta ni vengativa. Lena no, ella casi se desmayaba cuando se pinchaba un dedo, y ni siquiera era capaz de contarle una bola a un profesor por llegar tarde. No sería capaz.

¿O sí?

Los planes continúan hasta bien avanzada la noche. El hombre rubio, que se llama Colin, sigue encerrado en una de las caravanas junto a Beast y Pippa, Raven y Tack, Max, Cap, mi madre y algunos otros que él ha elegido de su grupo. Asigna a una persona la vigilancia en la puerta y no se admite a nadie más. Sé que se prepara algo grande, tan grande como los incidentes en que volaron parte de un muro de las Criptas y pusieron una bomba en una comisaría, o incluso más. Por pequeños comentarios que se le han escapado a Max, he deducido que esta nueva rebelión no se reduce solo a Portland. Como en los anteriores incidentes, en ciudades de todo el país se están juntando inválidos y simpatizantes y canalizando su energía y su furia en manifestaciones de resistencia.

En cierto momento, Max y Raven salen de la caravana para mear en el bosque, con los rostros demacrados y serios, pero cuando le suplico a Raven que me deje asistir, me corta al momento.

—Vete a la cama, Lena —dice—. Todo está controlado.

Debe ser casi medianoche. Julián lleva horas dormido. Pero yo no soy capaz de estar tumbada. Siento como si mi sangre estuviera llena de hormigas: me recorren brazos y piernas, es un picor que me incita a moverme, a hacer algo. Camino en círculos intentando librarme de esa sensación, y al mismo tiempo me siento irritada, molesta con Julián, furiosa con Raven, pensando en todas las cosas que me gustaría decirle.

Yo fui la que sacó a Julián del subsuelo. Yo fui la que arriesgó la vida para introducirme clandestinamente en Nueva York y salvarle. Yo fui la que entró en Waterbury. Yo fui la que descubrí que Lu era una traidora. Y ahora Raven me dice que me vaya a la cama, como si fuera una niña revoltosa de cinco años.

Apunto con una piedra a una taza metálica que estaba tirada, medio enterrada en la ceniza, en el borde de un fuego apagado, y la veo rodar varios metros hasta golpear el costado de una caravana. Un hombre grita:

—¡Ya vale con el ruido!

Pero no me importa si le he despertado. No me importa si despierto a todo el campamento.

—¿No puedes dormir?

Me vuelvo, sobresaltada. Coral está sentada un poco aparte, con las rodillas contra el pecho, junto a lo que queda de otra hoguera. De vez en cuando atiza la lumbre con un palo.

—Hola —digo con cautela. Desde que Álex se fue, es casi como si fuera muda—. No te había visto.

Sus ojos buscan los míos. Sonríe débilmente.

—Yo tampoco podía dormir.

Aunque sigo nerviosa, se me hace raro estar hablando de pie cuando ella está sentada, así que me acomodo en uno de los troncos ennegrecidos por el humo que rodean el fuego.

—¿Estás preocupada por lo de mañana?

—La verdad es que no —vuelve a atizar el fuego, observa cómo se aviva la llama por un momento—. Para mí no cambia demasiado.

—¿Qué quieres decir?

La miro de cerca por primera vez en una semana. Inconscientemente he tratado de evitarla. Ahora veo en ella algo trágico y hueco: su piel cremosa y pálida parece una cáscara, vacía, seca.

Se encoge de hombros y mantiene la vista en las brasas

—Pues que a mí ya no me queda nadie.

Trago saliva. Tenía intención de hablarle de Álex, pedirle perdón de algún modo, pero no me salían las palabras. Incluso ahora crecen y se me quedan atascadas en la garganta.

—Oye, Coral —respiro hondo. *Dilo, solo dilo*—. Siento mucho que Álex se fuera. Sé... sé que debe haber sido muy duro para ti.

Ahí está: he admitido explícitamente que era suyo, por lo que la pérdida es suya. En cuanto las palabras abandonan mi boca, me siento extrañamente desinflada, como si todo este tiempo hubieran estado hinchadas, como un globo, en mi pecho.

Por primera vez desde que me he sentado, me mira. No puedo leer la expresión de su cara.

—No importa —dice por fin volviendo a mirar la lumbre—. De todas formas, él seguía enamorado de ti.

Es como si hubiera alargado el brazo y me hubiera pegado un puñetazo en el estómago. De repente, no puedo respirar.

—¿Qué... qué dices?

Su boca se curva en una sonrisa.

—De veras. Estaba claro. No importa. Yo le caía bien y él me caía bien a mí —mueve la cabeza—. Cuando he dicho que no me quedaba nadie, no me refería a Álex. Pensaba en Nan y en el resto del grupo. Mi gente —tira el palo y se abraza las rodillas con más fuerza—. Es raro que hasta ahora no me haya dado

cuenta, ¿verdad?

Aunque siga aturdida por lo que acaba de decir, consigo mantener el control. Alargo la mano y te toco el codo.

—Oye —digo—. Ahora nos tienes a nosotros. Ahora nosotros somos tu gente.

—Gracias —sus ojos vuelven a los míos. Fuerza una sonrisa. Inclina la cabeza hacia un lado y me observa un instante—. Entiendo por qué te amaba.

—Coral, estás equivocada —empiezo a decir.

Pero justo en ese momento se oyen pisadas detrás de nosotras y mi madre dice:

—Pensaba que te habías ido a dormir hace horas.

Coral se pone de pie limpiándose la trasera de los vaqueros. Son nervios, porque todos estamos cubiertos de polvo y de suciedad, que se nos ha metido hasta en las pestañas y entre las uñas.

—Ya me iba —dice—. Buenas noches, Lena. Y... gracias.

Antes de que pueda reaccionar, se da la vuelta y se dirige al extremo sur del claro, donde se ha juntado la mayor parte de nuestro grupo.

—Parece una muchacha muy dulce —dice mi madre sentándose en el tronco que ha dejado vacío Coral—. Demasiado dulce para la Tierra Salvaje.

—Lleva aquí casi toda su vida —no puedo evitar la tensión en mi voz—. Y es una gran luchadora.

Mi madre se me queda mirando.

—¿Pasa algo?

—Lo que pasa es que no me gusta quedarme al margen. Quiero saber cuál es el plan para mañana.

Mi corazón late a toda velocidad. Sé que no estoy siendo justa con mi madre: no ha sido culpa suya que no me admitieran en la reunión de planificación, pero tengo ganas de gritar. Las palabras de Coral han removido algo en mi interior, lo noto vibrando dentro de mí, chocando dolorosamente con mis pulmones: *Él seguía enamorado de ti.*

No. Es imposible; ella no ha entendido nada. Él nunca me amó. Él me lo dijo.

Mi madre se pone seria.

—Lena, tienes que prometerme que te quedarás aquí, en el campamento, mañana. Tienes que prometerme que no vas a luchar.

Ahora me toca a mí quedarme mirándola.

—¿Qué?

Se pasa una mano por el pelo. Parece que se lo ha peinado con una corriente eléctrica.

—Nadie tiene una idea muy clara sobre lo que encontraremos al otro lado de ese muro. Los números que tenemos de las fuerzas de seguridad son solo aproximados, y no estamos seguros de cuánto apoyo habrán conseguido nuestros amigos de Portland. Yo era partidaria de un retraso, pero ha ganado la otra

opción —mueve la cabeza—. Es peligroso, Lena. No quiero que participes en ello.

Eso que vibra en mi pecho —la furia y la tristeza por haber perdido a Álex, y también por esta vida que vamos construyendo a base de restos y harapos, de medias palabras y promesas incumplidas— estalla de repente.

—Sigues sin entenderlo, ¿no? —estoy casi temblando—. Ya no soy una niña. He crecido. He crecido sin ti. Y tú no puedes decirme lo que tengo que hacer.

Casi espero que me responda con la misma moneda, pero se limita a suspirar y se queda mirando el resplandor anaranjado que aún brilla entre las brasas, como un ocaso enterrado. Luego dice de pronto:

—¿Te acuerdas de la historia de Salomón?

Sus palabras me resultan tan inesperadas que por un instante no puedo hablar. Solo puedo asentir con la cabeza.

—Cuéntamela —dice—. Cuéntame lo que recuerdas.

La nota de Álex, aún guardada en el bolsito que llevo al cuello, también parece arder, me quema junto al pecho.

—Dos madres se pelean por un bebé —digo con cautela—. Deciden cortarlo en dos. El rey así lo decreta.

Mi madre niega con la cabeza.

—No. Esa es la versión corregida; esa es la historia tal como aparece en el *Manual de FSS*. En la historia real, las madres no cortan al bebé en dos.

Me quedo muy quieta, casi me da miedo hasta respirar. Me parece que estoy tambaleándome al borde de un precipicio, a punto de comprender algo, y no estoy segura de si quiero avanzar.

Mi madre continúa:

—En la historia de verdad, el rey Salomón decide que el bebé debería ser cortado en dos. Pero solo es una prueba. Una de las madres acepta, la otra dice que renunciará al bebé para siempre. No quiere que se haga daño al niño. —Mi madre vuelve los ojos hacia mí. Incluso en la oscuridad, veo su brillo, esa claridad que nunca ha desaparecido—. Así es como el rey identifica a la madre verdadera. Está dispuesta a sacrificar su derecho a su hijo, a sacrificar su felicidad, con tal de mantenerlo a salvo.

Cierro los ojos y veo las brasas que arden tras mis párpados: el alba rojo sangre, humo y fuego, Álex detrás de las cenizas. De repente, lo sé. Comprendo el significado de su nota.

—No estoy intentando controlarte, Lena —dice mi madre en voz baja—. Solo quiero que estés a salvo. Eso es lo que siempre he querido.

Abro los ojos. El recuerdo de Álex de pie tras la valla mientras te rodeaba un enjambre negro, retrocede.

—Es demasiado tarde —mi voz suena hueca, no se parece a mi voz—. He visto cosas... He perdido cosas que no puedes comprender.



Es lo más cerca que he estado de hablarle de Álex. Por fortuna, no insiste. Simplemente, asiente con la cabeza.

—Estoy cansada.

Me pongo de pie. Siento algo extraño en mi cuerpo, como si fuera una marioneta a la que han empezado a abrísele las costuras. Álex se sacrificó una vez para que yo pudiera vivir y ser feliz. Ahora ha vuelto a hacerlo.

He sido tan tonta... Y ahora él ya no está y no puedo encontrarte y decirle que lo sé y que lo entiendo.

No puedo confesarle que sigo enamorada de él.

—Voy a dormir un poco —le digo a mi madre evitando su mirada.

—Creo que esa es una buena idea —dice.

Ya me he dado la vuelta para alejarme cuando me llama. Me vuelvo. El fuego se ha apagado por completo y su cara está sumida en la oscuridad.

—Salimos hacia el muro al amanecer —dice.

## **Hana**

No puedo dormir.

Mañana dejaré de ser yo misma. Caminaré por la alfombra blanca y me colocaré bajo el dosel blanco y pronunciaré votos de lealtad y determinación. Después me caerán encima pétalos blancos lanzados por los sacerdotes, por los invitados, por mis padres.

Mañana volveré a nacer: la plantilla en blanco, limpia, uniforme, como el mundo después de una tormenta de nieve.

Me quedo despierta toda la noche y contemplo cómo el amanecer rompe lentamente por el horizonte, dándole al mundo un toque de blanco.

Me encuentro en una multitud, contemplando cómo dos niños se pelean por un bebé. Ambos tiran de él en direcciones opuestas, violentamente, atrás y adelante, y el bebé está morado, y sé que con tanto movimiento lo están matando. Intento abrirme paso entre la gente, pero cada vez aparecen más personas a mi alrededor, me cierran el paso, hacen que no pueda moverme. Y luego, justo como me temía, el bebé cae: al chocar contra el suelo, se rompe en mil pedazos como una muñeca de porcelana.

Y entonces la gente ya no está. Estoy sola en una carretera y, delante de mí, una niña con el pelo largo y enredado está inclinada sobre la muñeca rota, volviendo a juntar los pedazos cuidadosamente, mientras canturrea. Es un día muy claro y todo está en perfecta quietud. Cada uno de mis pasos resuena como un disparo, pero la niña no alza la vista hasta que estoy delante de ella.

Entonces levanta los ojos, y es Grace.

—¿Ves? —dice extendiendo la muñeca hacia mí—. La he arreglado.

Y veo que la cara de la muñeca es la mía, recorrida por miles de pequeñas grietas y fisuras.

Grace acuna la muñeca en sus brazos.

—Despierta, despierta —dice tiernamente.

—Despierta.

Abro los ojos: mi madre está de pie junto a mí. Me siento, el cuerpo tenso. Intento que los dedos de los pies y de las manos recuperen la sensibilidad, los flexiono y los estiro. El ambiente está cubierto de niebla y el cielo apenas comienza a aclararse. El suelo está lleno de escarcha, que se ha filtrado a través de mi manta mientras dormía, y el viento tiene un filo agudo en esta mañana. Hay mucha actividad en el campamento: a mi alrededor la gente se estira, se pone de pie, moviéndose como sombras en la penumbra. Hay hogueras que chisporrotean cada vez más, y de vez en cuando me llega un fragmento de conversación, un grito que contiene una orden.

Mi madre alarga el brazo y me ayuda a ponerme de pie. Es increíble, tiene un aire descansado y alerta. Doy unos cuantos saltitos para desentumecer las

piernas.

—El café hará que te circule la sangre —dice.

No me sorprende que Raven, Tack, Pippa y Beast estén levantados. Están de pie junto a Colin, y otros diez más cerca de uno de los fuegos más grandes. Su aliento empaña el aire mientras hablan en voz baja. Hay un bote de café al fuego: amargo y lleno de granos sin moler, pero caliente. Solo después de tomar unos pocos sorbos, empiezo a sentirme mejor y más despierta. Pero no consigo comer nada.

Raven alza las cejas cuando me ve. Mi madre le hace un gesto de resignación, y Raven se vuelve hacia Colin.

—Vale —dice él—. Como hablamos anoche, entraremos en la ciudad en tres grupos. El primero sale dentro de una hora, lleva a cabo las tareas de exploración y establece contacto con nuestros amigos. La fuerza principal no se mueve hasta la explosión de las doce-cero-cero horas. El tercer grupo sigue inmediatamente después y se dirige directamente al objetivo...

—Hola —Julián aparece a mi espalda. Acaba de despertarse: tiene los ojos aún un poco hinchados y el pelo totalmente revuelto—. Te eché de menos anoche.

La noche pasada, no fui capaz de acostarme junto a él después de eso, busqué una manta y me hice la cama a la intemperie junto a cientos de mujeres. Durante mucho tiempo me quedé mirando a las estrellas, acordándome de la primera vez que vine a la Tierra Salvaje con Álex, de cómo me llevó a una de las caravanas y desenrolló la lona que servía de techo para que pudiéramos ver el cielo.

Tantas cosas entre nosotros se quedaron sin decir... Ese es el riesgo, y la belleza, de la vida sin la operación. Siempre hay barullo y confusión, y el camino nunca está claro.

Julián hace ademán de tocarme y yo retrocedo un paso.

—Me costó dormirme —digo—. No quería despertarte.

Él frunce el ceño. No consigo mirarle a los ojos. A lo largo de la última semana, he aceptado que nunca le amaré como amé a Álex. Pero ahora esa idea es enorme, como un muro entre nosotros. Nunca amaré a Julián como amo a Álex.

—¿Qué te pasa? —Julián me mira con recelo.

—Nada —digo, y luego repito—: Nada.

—¿Ha pasado...? —comienza a decir Julián, cuando Raven se da la vuelta y le mira fijamente.

—Oye, Julis —le suelta ese mote con aspereza, se lo llama cuando está molesta—. Este no es momento de cotorrear, ¿vale? O te callas o te piras.

Julián se calla. Vuelvo la mirada hacia Colin y Julián no intenta tocarme ni acercarse a mí. El cielo ahora está veteado con largos filamentos de naranja y

rojo, como los tentáculos de una medusa enorme flotando en un océano blanco lechoso. Se alza la niebla, la tierra empieza a despertarse. Portland también estará volviendo a la vida.

Colin nos cuenta el plan.

## Hana

En mi última mañana como Hana Tate, me tomo el café en el porche delantero, a solas.

Había planeado darme una última vuelta en la bici, pero ya no es posible, no después de lo que sucedió anoche. Las calles estarán atestadas de policía y reguladores. Tendré que enseñar mis documentos y eludir preguntas que no puedo responder.

En vez de eso, me siento en el columpio del porche, buscando consuelo en su quejido rítmico. El aire tiene esa quietud de la mañana, es fresco y gris y está cargado de sal. Está claro que va a hacer un día perfecto, despejado y luminoso. De vez en cuando, una gaviota suelta un chillido agudo. Por lo demás, todo está en silencio. Aquí no suenan alarmas ni sirenas, nada que recuerde los problemas de la noche pasada.

Pero en el centro será distinto. Habrá barricadas y controles, habrán reforzado la seguridad en el nuevo muro fronterizo. De pronto me acuerdo de lo que me contó Fred una vez sobre él: que sería como la palma de la mano de Dios, que nos cobijaría eternamente y nos mantendría a salvo, dejando fuera a los enfermos, los dañados, los desleales y los indignos.

Pero quizá nunca se puede estar verdaderamente a salvo.

Me pregunto si habrá más redadas en Highlands, si las familias de allí tendrán que irse a otro lugar, y enseguida desecho esa preocupación. La familia de Lena está fuera de mi alcance, ahora me doy cuenta. Debería haberlo visto desde el principio. Lo que les ocurra, si pasan hambre o se mueren de frío, no es cosa mía.

Todos somos castigados por la vida que hemos elegido, de una manera o de otra. Yo pagaré mi penitencia, a Lena por fallarle, a su familia por ayudarla, cada día de mi vida.

Cierro los ojos y veo la zona de Old Port: el laberinto de calles, los muelles, el sol que se libera del agua y las olas que golpean contra los muelles.

*Adiós, adiós, adiós.*

Mentalmente dibujo una ruta desde Eastern Prom hasta la cima de Munjoy

Hill: contemplo toda la ciudad extendida a mis pies, brillando con una luz nueva.

—¿Hana?

Abro los ojos. Mi madre ha salido al porche. Arrebujada en su fino camisón, con los ojos entrecerrados. Su piel, sin maquillaje, tiene un aspecto casi gris.

—Probablemente, tendrías que darte una ducha —dice.

Me pongo de pie y la sigo hasta el interior de la casa.

Hemos llegado hasta el muro. Debemos ser unos cuatrocientos agrupados entre los árboles.

La noche pasada, un pequeño equipo efectuó el cruce para ocuparse de los últimos preparativos de cara a la operación a gran escala de hoy. Y esta mañana temprano, otro pequeño grupo, la gente de Colin, elegida especialmente, ha saltado la valla por el lado oeste de Portland, cerca de las Criptas donde todavía no han construido el muro y donde la seguridad había sido burlada por amigos y aliados desde el interior.

Pero eso ha sido hace horas, y en este momento no queda más que esperar la señal.

El grupo principal atacará el muro, todos a la vez. La mayor parte de las fuerzas de Portland estarán ocupadas en los laboratorios: tengo entendido que hoy tendrá lugar allí un gran acontecimiento.

Debería haber solo un pequeño número de policías para contenernos, aunque a Colin le preocupa que la operación de anoche no fuera tan bien como se había planeado. Es posible que dentro del muro haya más reguladores y más armas de lo que pensamos.

Tendremos que esperar y ver.

Desde donde estoy agachada entre las matas, veo a veces a Pippa, a unos cuarenta metros de distancia, cuando se mueve por detrás del junípero que ha elegido para ocultarse. Me pregunto si estará nerviosa. Ella tiene uno de los papeles más importantes.

Es la encargada de una de las bombas. El grupo principal, el caos en la muralla, tiene la función de permitir a los que llevan las bombas, cuatro en total, que se introduzcan en Portland sin llamar la atención. El objetivo de Pippa es el número 88 de la calle Essex, una dirección que no reconozco, posiblemente un edificio gubernamental, como los otros objetivos.

El sol se eleva lentamente en el cielo. Son las diez de la mañana. Son las diez y media. Mediodía.

Ya falta muy poco.



Esperamos.

—Ya ha llegado el coche —mi madre apoya una mano en mi hombro—. ¿Estás lista?

No confío en poder hablar, así que asiento con la cabeza. La chica del espejo —mechones de pelo rubio recogidos hacia atrás con horquillas, pestañas oscuras por el rímel, piel perfecta, labios pintados— asiente también.

—Me siento muy orgullosa de ti —dice mi madre en voz baja.

La gente sale y entra del cuarto: fotógrafos, maquilladores y Debbie, la peluquera. Supongo que le da vergüenza: mi madre no ha admitido nunca en toda su vida que estuviera orgullosa de mí.

—Ven.

Mi madre me ayuda a ponerme una suave bata de algodón para que el vestido, largo y con mucho vuelo, ceñido al hombro con un broche de oro en forma de águila —el animal con el que a menudo se compara a Fred— no se ensucie durante el corto trayecto hasta los laboratorios.

En el exterior de la cancela hay un grupo de periodistas y, cuando salgo al porche, me sorprende contemplar tantas lentes enfocadas en mí, el rápido *clic-clic-clic* de las cámaras. El sol flota en el cielo sin nubes, como un único ojo blanco. Aún no deben ser las doce. Siento un gran alivio cuando llegamos al coche. El interior del vehículo está sombrío y fresco, y sé que nadie puede verme a través de los cristales ahumados.

—La verdad es que no puedo creerlo —mi madre juguetea con sus pulseras. Está más excitada de lo que la he visto nunca—. Siempre pensé que este día no iba a llegar jamás. ¡Qué tontería!

—Tontería —repito como un eco. Cuando salimos de la urbanización, veo que la presencia policial se ha doblado. La mitad de las calles que conducen al centro tienen barricadas y están patrulladas por reguladores, policía y hasta algunos hombres que llevan las insignias de plata de la guardia militar. Para cuando veo los blancos tejados inclinados del complejo de los laboratorios, donde Fred y yo vamos a contraer matrimonio en una de las salas de conferencias médicas más amplias, con capacidad para acoger a mil invitados, la multitud es tan grande que

Tony apenas consigue avanzar.

Parece que todo Portland ha venido a ver cómo nos casamos. La gente alarga el brazo y toca el capó del coche con los nudillos como si fuera un amuleto que diera buena suerte. Las manos golpean el techo y las ventanillas, y hacen que me sobresalte. La policía se mete entre la gente apartándola, intentando abrir paso al vehículo, gritando: *Abran paso, abran paso*.

En el exterior de la valla de los laboratorios se ha erigido una serie de barricadas policiales. Varios reguladores las apartan para que podamos acceder al pequeño aparcamiento pavimentado justo delante de la entrada principal de los laboratorios. Veo el coche familiar de Fred. Debe haber llegado ya.

Se me revuelve un poco el estómago. No había vuelto aquí desde que me hicieron la intervención, cuando entré como una muchacha abatida y atormentada, llena de enojo, de culpa y de dolor, y salí completamente distinta, menos confundida. Ese mismo día me separaron de Lena, y de Steve Hilt también, y de todas aquellas noches oscuras y sudorosas en que no estaba segura de nada.

Pero aquello fue solo el comienzo de la cura. Esto —el emparejamiento, la boda, y Fred— es su culminación.

Han vuelto a cerrar las puertas tras nosotros y a colocar las barricadas. Sin embargo, al salir del vehículo, siento que la multitud se acerca más y más, que avanza centímetro a centímetro para entrar, para observar, para verme consagrar mi vida y mi futuro al camino que ha sido elegido para mí. Pero la ceremonia no va a empezar hasta dentro de quince minutos, y las puertas continuarán cerradas hasta ese momento.

Al otro lado de las puertas giratorias de cristal veo a Fred esperándome, sin sonreír, con los brazos cruzados. Su rostro está distorsionado por la luz y el cristal. Desde aquí parece como si su piel estuviera llena de agujeros.

—Ha llegado el momento —dice mi madre.

—Lo sé —contesto, y paso ante ella camino del interior del edificio.

## **Lena**

Ha llegado el momento. Los disparos resuenan en la distancia, al menos una decena, y así, sin más, nos movemos todos a la vez. Salimos de los árboles, cientos de nosotros, levantando polvo y barro. El ritmo de nuestras pisadas es como un único latido.

Por encima del muro aparecen dos escalas de cuerda, luego otras dos, luego tres más. De momento, todo va bien. El primero de nuestro grupo alcanza una de las escalas, coge el primer peldaño y comienza a subir.

A lo lejos, una banda de música está tocando la marcha nupcial.

## Hana

En el exterior de los laboratorios, los guardias, unos veinte, con uniformes immaculados, disparan una salva de bienvenida, lo que señala que la ceremonia puede comenzar. Los amplios ventanales de la sala de conferencias están abiertos y por ellos podemos oír a la banda que comienza a tocar la marcha nupcial. La mayoría de los espectadores no han podido entrar en los laboratorios y estarán apiñados fuera, escuchando, esforzándose en ver por las ventanas lo que sucede en el interior. El sacerdote lleva un micrófono para que su voz sea amplificad, de forma que llegue a cada miembro de la multitud que se ha reunido, para que los toque con sus palabras de perfección y honor, de deber y seguridad.

Se ha erigido una plataforma en el centro de la sala, justo delante del podio desde donde el sacerdote va a oficiar la ceremonia. Dos participantes, ambos vestidos simbólicamente con batas de los laboratorios, me ayudan a subir a él.

Cuando Fred toma mis manos entre las suyas y las coloca sobre el *Manual de FSS*, un pequeño suspiro recorre la sala, una exhalación de alivio.

Para esto es para lo que nos han preparado: promesas, compromisos, juramentos solemnes de obediencia.

Voy por la mitad de la escala cuando comienzan a sonar las alarmas. Un segundo después, se desencadena otra ráfaga de disparos. No hay nada coordinado en ellos: explotan con un rápido ruido entrecortado, tan cerca que resultan ensordecedores, y al instante el aire se convierte en una sinfonía de gritos, detonaciones y chillidos. Una mujer que estaba encabalgada en la pared cae hacia atrás y aterriza en el suelo con un golpe escalofriante. La sangre le brota del pecho.

Solo una pequeña parte de nuestro grupo ha conseguido escalar el muro. De repente, el aire se espesa con el humo de las armas. Se oyen gritos: *Vamos, parad, moveos. ¡Quédate donde estás o te disparo!* Durante un instante me quedo paralizada, balanceándome en la escala, petrificada, se me resbalan un poco las manos, apenas consigo equilibrarme para no caerme. No recuerdo cómo debo moverme. En lo alto de la escala, un regulador está cortando las cuerdas con un cuchillo.

—¡Adelante, Lena, adelante!

Julían está debajo de mí en la escala. Levanta los brazos y me empuja, haciendo que recupere el control de mi cuerpo. Comienzo a ascender de nuevo, ignorando el dolor de las manos. Mejor luchar contra los reguladores en terreno firme, donde tendremos una oportunidad: todo es mejor que estar colgados aquí, expuestos, como un pez en un sedal.

La escala se estremece. El regulador sigue trabajando enfebrecidamente con su cuchillo. Es joven, me resulta familiar y el sudor le pega el pelo rubio a la frente. Beast acaba de llegar a lo alto del muro. Se oye un ruido y un pequeño grito cuando le pega un golpe con el codo en la nariz al regulador.

El resto sucede muy rápido: Beast agarra el cuchillo del hombre con el puño y tira fuerte; el regulador cae hacia delante, sin ver, y Beast lo tira sin miramientos por la muralla, como si fuera una bolsa de basura. Su cuerpo también produce un sonido al llegar al suelo. Solo entonces lo reconozco: es un chico de los que iban a la escuela Joffrey's Academy, alguien con quien Hana habló una vez en la playa. De mi edad: nos evaluaron el mismo día.

No hay tiempo de pensar en eso.

Dos fuertes impulsos más y llego a lo alto del muro. Me tumbo sobre el estómago apretándome fuerte contra el cemento, intentando ocupar el menor espacio posible. Compacto. La parte interior del muro está llena de andamios de cuando se construyó. Solo están completas algunas secciones del sendero para las patrullas. Hay cuerpos caídos por todas partes, gente que pelea, cuerpos enredados luchando por obtener ventaja.

Pippa va subiendo forzosamente por la escala de mi derecha. Tack se ha agazapado en un andamio para cubrirla, barriendo con su arma de derecha a izquierda, abatiendo a los guardias que nos acosan desde abajo. Detrás de Pippa va Raven, con el mango de un cuchillo entre los dientes y un arma atada a la cadera. Tiene la cara tensa, muy concentrada.

Lo percibo todo a retazos, en momentos aislados.

Guardias que corren hacia la muralla, que aparecen saliendo de garitas y naves.

Sirenas que aúllan, policía. Han respondido muy rápido a la señal de alarma.

Y por debajo de esto, se me tensan las entrañas: el paisaje de tejados y calles, la cinta gris oscuro del pavimento; Back Cove, que reluce ante mí; parques como puntos verdes en la distancia; la extensión de la bahía, más allá del borrón blanco que es el complejo de los laboratorios... Portland, mi hogar.

Durante un instante, me preocupa estar a punto de desmayarme. Hay demasiada gente, cuerpos que oscilan y se balancean por todas partes, caras contraídas y grotescas, demasiado ruido. Me arde la garganta por el humo. Una parte del andamio se ha incendiado. Y todavía no hemos conseguido que escale la muralla más que una cuarta parte de nosotros. No puedo ver a mi madre, no sé qué le ha pasado.

En ese momento, Julián llega hasta mí, me toma de la cintura y me obliga a arrodillarme.

—¡Abajo, abajo! —me grita, y caemos de rodillas en el momento en que una ráfaga de proyectiles impacta en la pared que está detrás de nosotros y nos cae encima un polvo fino y trocitos de muro. El andamio cruje y se balancea bajo nosotros. En el suelo, los guardias, que se han agrupado, empujan los soportes, intentando hacer que caiga.

Julián grita algo. Sus palabras se pierden, pero sé que me está diciendo que tenemos que movernos, que tenemos que bajar a tierra. Junto a mí, Tack está ayudando a Pippa a cruzar a este otro lado del muro. Ella se mueve con torpeza, lastrada por la mochila que carga. Durante un segundo imagino que la bomba va a estallar justo aquí —la sangre y el fuego, el humo de olor dulzón y la metralla de piedra que sale disparada—, pero en ese momento Pippa pasa sin dificultad y se pone de pie.

Justo entonces, un guardia dirige el rifle hacia ella y apunta. Quiero gritar,

advertirla, pero no me sale ningún sonido.

—¡Abajo, Pippa! —Raven se lanza por encima del muro, apartando a Pippa y sacándola de la trayectoria del proyectil justo en el momento en que el guardia aprieta el gatillo.

*Bang.* El ruido más pequeño. Un sonido de petardo de juguete.

Raven hace un movimiento compulsivo y se tensa. Durante un instante, me parece que solo se ha sorprendido: abre la boca y los ojos de par en par. Luego comienza a tambalearse hacia atrás y me doy cuenta de que está muerta. Cae, cae, cae...

—¡No!

Tack se lanza hacia delante y la agarra por la camiseta antes de que caiga de la pared, la baja y la coloca en su regazo. La gente sigue trepando a su alrededor, bullendo como ratas por entre el andamio, pero él simplemente se queda ahí sentado, acunándose un poco, acariciándole la cara con las manos. Le limpia la frente, le aparta el cabello de la cara. Ella le mira fijamente sin ver, con la boca abierta y húmeda, los ojos abiertos en una expresión de *shock*, la trenza negra hecha un círculo junto a la pierna de Tack. Los labios de él se mueven, le está hablando.

Y en ese momento surge un grito en mi interior, silencioso y enorme, como un agujero negro que excava un túnel en lo más profundo de mí. No puedo moverme, no puedo hacer nada más que quedarme mirando fijamente. No es así como Raven muere, no aquí, no de esta forma, no en un endeble segundo, no sin luchar.

*Bang hace la comadreja.* Me acuerdo entonces del juego infantil, de cómo nos perseguíamos unos a otros por el parque, jugando a pillar. *Bang. Tú la llevas.*

Esto es todo un juego de niños. Jugamos con relucientes juguetes de metal y ruidos fuertes. Lo jugamos en dos bandos, como cuando éramos niños.

*Bang.* Me atraviesa un dolor abrasador, candente. Me llevo la mano instintivamente a la cara y me toco buscando la herida, los dedos me acarician la oreja y vuelven húmedos de sangre. Una bala me ha debido pasar rozando.

Es el *shock*, más que el dolor, lo que me saca del trance lo que hace que mi cuerpo se ponga en movimiento. No había pistolas suficientes para todos, aunque tengo un cuchillo, está viejo y mal afilado, pero sigue siendo mejor que nada. Lo saco con dificultad de la bolsita de cuero que llevo en la cadera. Julián va bajando del andamio, balanceándose en las barras cruzadas de metal como si fuera un mono. Un guardia intenta atrapar una de sus piernas. Julián se retuerce y le da un puntapié fuerte en la cara. El policía cae hacia atrás tambaleándose y le suelta. Julián cae el resto de la distancia hasta el suelo, hasta ese caos de cuerpos: inválidos y agentes, de los nuestros y de los suyos, que se funden en un animal enorme y ensangrentado que se retuerce.

Corro hasta el borde del sendero de la muralla y pego el salto. Los pocos



segundos en que estoy en el aire, y soy un objetivo, son los más aterradores. Me siento totalmente expuesta, totalmente vulnerable. Dos segundos, tres máximo, pero me parecen una eternidad.

Caigo al suelo, casi encima de un regulador, y lo derribo al caer, se me tuerce el tobillo y me desplomo en la gravilla. Nos enredamos, por un momento mezclados, luchando por conseguir ventaja. Intenta apuntarme con su arma, pero le agarro por la muñeca y se la retuerzo hacia atrás con fuerza. Grita y suelta la pistola. Alguien le da una patada al arma y salta dando vueltas, lejos de mi alcance, hacia el caos de polvo gris.

Entonces la veo a apenas treinta centímetros de distancia. El regulador la ve al mismo tiempo y ambos nos lanzamos a por ella a la vez. Él es más grande que yo, pero también más lento. La tengo en mi mano y cierro los dedos en torno al gatillo un segundo antes que él, así que su puño solo conecta con la tierra. Ruge enfurecido y se lanza contra mí. Giro el arma hacia arriba, le pego en un lado de la cabeza, oigo el crujido cuando la pistola choca con su sien. Se queda flojo y yo me pongo en pie rápidamente antes de que me aplaste.

Me sabe la boca a polvo y a metal y ha empezado a martillearme la cabeza. No veo a Julián. No veo a mi madre ni a Colin ni a Hunter.

Y a continuación, una explosión de mortero, que levanta piedra y polvo blanco. El impacto casi me hace caer. Al principio me parece que una de las bombas debe haberse activado accidentalmente y miro alrededor buscando a Pippa, intentando despejar mi cabeza del pitido, del polvo que pica y asfixia, justo a tiempo de ver cómo se escurre entre dos garitas sin que la vean y se dirige al centro de la ciudad.

A mi espalda, uno de los andamios cruje y empieza a derrumbarse. Aumentan los gritos. Hay manos que tiran de mí mientras todo el mundo se lanza hacia delante, intentando salir de la trayectoria de caída. Lenta, muy lentamente, con un gemido, la estructura se tambalea y luego acelera el movimiento y choca contra el suelo, haciéndose pedazos, atrapando bajo su peso a quienes no han tenido suerte.

La pared tiene ahora un enorme agujero en su base; me doy cuenta de que esto debe haber sido obra de una bomba de tubería, una detonación improvisada por la Resistencia. El dispositivo de Pippa habría partido la pared en dos.

Con todo, es suficiente: los que faltaban de nuestra gente entran por la brecha en tropel, una corriente de personas que se han visto obligadas a vivir fuera, que han sido desposeídas de todo, a las que se ha etiquetado como enfermas, y en este momento entran en Portland como un torrente. Los guardias, una línea desordenada de uniformes de color azul y blanco son tragados por la marea, tienen que retroceder, se ven forzados a salir corriendo.

He perdido a Julián. Ya no tiene sentido intentar encontrarle solo puedo rezar para que esté a salvo y para que consiga salir indemne de esta confusión. No sé

tampoco lo que le ha pasado a Tack Parte de mí tiene la esperanza de que se haya retirado al otro lado de la muralla con Raven, y durante un instante imagino que la ha llevado de vuelta a la Tierra Salvaje, que ella despertará. Abrirá los ojos y se dará cuenta de que el mundo ha sido reconstruido como ella deseaba.

O quizá no despertará. Tal vez está ya en un peregrinaje distinto y se ha ido a buscar a Blue de nuevo.

Me abro paso hacia el lugar donde vi desaparecer a Pippa, luchando por respirar en el aire cargado de humo. Una de las garitas de los guardias está en llamas. Me acuerdo de la vieja placa de matrícula que encontramos, medio enterrada en el lodo, durante nuestra migración desde Portland el invierno pasado.

*Vive libre o muere.*

Me tropiezo con un cuerpo. Se me sube el estómago a la boca, durante una décima de segundo se apodera de mí la oscuridad, enredada en mi estómago como el pelo de Raven en la pierna de Tack. Ella está muerta, *Dios mío*, pero trago y respiro hondo y sigo adelante, sigo luchando y peleando. Queríamos la libertad para amar. Queríamos la libertad para elegir. Pues ahora tenemos que luchar por ella.

Por fin consigo salir de donde se lucha. Me escabullo hasta alcanzar la zona situada más allá de las garitas de los guardias, echo a correr por el sendero de grava que las separa, en dirección al pequeño grupo de árboles que rodea Back Cove.

Me duele el tobillo cada vez que apoyo el peso, pero no me detengo. Me limpio la oreja rápidamente con la manga y me parece que ya ha dejado de sangrar.

Puede que la Resistencia tenga una misión en Portland, pero yo tengo la mía propia.

Saltan las alarmas antes de que el sacerdote nos declare marido y mujer. Por un momento, todo está tranquilo y ordenado. La música ha cesado, la gente está en silencio, la voz del sacerdote resuena por la sala, deslizándose sobre el público. En esta quietud, casi puedo oír el obturador de cada cámara por separado: la apertura y el cierre, la apertura y el cierre, como pulmones de metal.

Al momento siguiente, todo se vuelve movimiento y sonido, un caos chillón, sirenas. Y sé en ese instante que los inválidos están aquí. Han venido a por nosotros.

Hay manos que me agarran violentamente desde todos lados.

—Vamos, vamos, vamos.

Los guardaespaldas me dirigen hacia la salida. Alguien pisa el borde de mi vestido y oigo cómo se rasga. Me escuecen los ojos; me ahogo con el olor de tanto *aftershave*, de tantos cuerpos que se acumulan y tiran de mí.

—Vamos, deprisa. Deprisa.

Los *walkie-talkies* estallan de ruido de fondo. Voces que gritan con urgencia en un lenguaje codificado que no comprendo. Intento girarme para buscar a mi madre y mis pies casi se alzan del suelo por la presión de los guardias que me empujan hacia delante. Alcanzo a ver a Fred rodeado de su equipo de seguridad. Está pálido, grita por un teléfono móvil. Intento con todas mis fuerzas que él me mire. En ese momento se me olvida Cassie, se me olvida todo. Necesito que me diga que estamos bien, necesito que me explique lo que está sucediendo.

Pero él ni siquiera mira hacia mí.

Fuera, la luz es cegadora. Aprieto bien los ojos. Los periodistas corren para acercarse a las puertas, con lo que bloquean el camino hacia el coche. Los largos tubos de metal de los objetivos me parecen armas durante un instante, todas apuntadas hacia mí.

Nos van a matar a todos.

Los guardaespaldas luchan para abrirme camino, apartando por la fuerza a la oleada de gente que corre. Por fin llegamos al coche. De nuevo busco a Fred. Nuestros ojos se encuentran brevemente entre la multitud. Él se dirige a un

vehículo de policía.

—Llévala a mi casa.

Esto se lo grita a Tony, luego se vuelve y se sienta en el asiento trasero del coche policial. Eso es todo. Ni una palabra para mí.

Tony me pone una mano en la cabeza y me hace entrar sin miramientos en la parte posterior del vehículo. Dos de los guardaespaldas de Fred se colocan a ambos lados, con las armas a la vista. Quiero pedirles que las guarden, pero mi cerebro no parece funcionar correctamente, no consigo recordar cómo se llama ninguno de los dos.

Tony arranca el coche con brusquedad, pero los nudos de gente en el aparcamiento implican que estamos atrapados. Tony toca el claxon largamente. Me tapo los oídos y me recuerdo que debo respirar, que estamos a salvo, que estamos en el coche, que todo va a ir bien. La policía se ocupará de todo.

Por fin nos ponemos en marcha, nos abrimos paso firmemente entre la muchedumbre que se dispersa. Tardamos casi veinte minutos en salir del largo sendero que lleva a los laboratorios. Giramos para acceder a la calle Comercial, que está atascada con más peatones. Luego circulamos contra corriente hasta meternos por una calleja estrecha de un solo sentido. En el interior del vehículo todo el mundo está callado, observando la mancha de gente en las calles, gente que corre asustada, sin dirección. Aunque veo personas con la boca abierta, gritando, solo el ruido de las alarmas penetra las gruesas ventanillas. Curiosamente, esto es lo que resulta más aterrador: toda esa gente sin voz, dando gritos silenciosos.

Aceleramos por una calle tan estrecha que estoy segura de que nos vamos a quedar atrapados entre las paredes de ladrillo a ambos lados. Luego salimos por otra calle de sentido único, casi sin gente. Pasamos sin respetar las señales de STOP y nos metemos bruscamente por otro callejón. Por fin, nos movemos.

Se me ocurre que puedo hablar con mi madre por el móvil, pero cuando marco su número, el sistema telefónico no hace más que decirme que es un número equivocado. Las líneas deben estar sobrecargadas. De repente me siento muy pequeña. El sistema es seguridad, lo es todo. En Portland, siempre hay alguien que observa.

Pero ahora parece que el sistema ha sido cegado.

—Pon la radio —le digo a Tony. Lo hace. Se oye de manera fragmentaria el Servicio Nacional de Noticias. La voz del presentador resulta reconfortante, casi perezosa, habla de cosas terribles en un tono de calma total.

*... ataque en el muro... se urge a todo el mundo a que mantenga la calma... hasta que la policía restaure el control... cierren con llave puertas y ventanas, manténgase en sus casas... los reguladores y todos los funcionarios públicos están trabajando muy duro de forma coordinada...*

La voz se corta de manera abrupta. Durante un instante no hay más que ruido

de fondo. Tony gira el dial, pero los altavoces solo ofrecen un zumbido mezclado con pedorretas, nada más que ruido. Luego, de repente, entra una voz desconocida, demasiado alta y con tono urgente:

*Estamos reconquistando la ciudad. Estamos recobrando nuestros derechos y nuestra libertad. Uníos a nosotros. Derribad los muros. Derribad los...*

Tony apaga la radio bruscamente. El silencio se extiende por el vehículo, ensordecedor. Recuerdo el día de los primeros ataques terroristas, cuando a las diez de la mañana, en mitad de un martes tranquilo y nada especial, tres bombas estallaron a la vez en la ciudad. Yo en aquel momento iba en un coche con mi madre, me acuerdo; cuando oímos la noticia por la radio, al principio no la creímos. No la creímos hasta que vimos el humo que empañaba el cielo y vimos la gente que se agolpaba y corría, pálida, y la ceniza que comenzaba a caer como nieve.

Cassandra dijo que Fred permitió que ocurrieran aquellos ataques para demostrar que los inválidos existían, para poner de manifiesto que eran unos monstruos. Pero ahora los monstruos están aquí, dentro de los muros, otra vez en nuestras calles. No puedo creer que él haya permitido que suceda esto.

Tengo que creer que lo va a arreglar, incluso si eso significa matarlos a todos.

Por fin salimos del caos y las multitudes. Estamos ya cerca de la calle Cumberland, donde vivía Lena, en un barrio levemente destartado de la ciudad. A lo lejos comienza a sonar la sirena de niebla en la antigua torre de vigilancia de Munjoy Hill. Tiene un tono funeral entremezclado con las alarmas. Ojalá fuéramos a mi casa en vez de a la de Fred. Deseo hacerme un ovillo en mi cama y dormir; quiero despertar y descubrir que el día de hoy ha sido solo una pesadilla que se ha colado por las grietas, más allá de la cura.

Pero mi hogar ya no es mi hogar. Incluso si el sacerdote no ha conseguido terminar de declararnos marido y mujer, ya estoy oficialmente casada con Fred Hargrove. Ya nada será igual.

A la izquierda por la calle Sherman, y luego a la derecha por otra calleja, que nos lleva hasta Park Street. Justo cuando llegamos al final, alguien sale corriendo delante del coche, un bulto gris.

Tony grita y pisa el freno a fondo, pero es demasiado tarde. Me da tiempo a ver la ropa harapienta, el largo pelo apelmazado, una inválida, antes de que el impacto la derribe. Da vueltas por la capota, se pega un instante al parabrisas, antes de desaparecer de la vista.

Se acumula la furia en mi interior, repentina y sorprendente, una puñalada aguda que atraviesa el miedo. Me inclino hacia delante gritando:

—¡Es una de ellos, es una de ellos! ¡No dejéis que se escape!

No tengo que repetir la orden a Tony y los otros guardias. Al momento, bajan del vehículo a toda prisa, con las armas en la mano, dejando las puertas de par en par. Me tiemblan las manos. Aprieto los puños y me recuesto hacia atrás

respirando profundamente, intentando calmarme. Con las puertas abiertas me llega más claramente el sonido de las sirenas, y ruidos lejanos de gritos también, como el eco del rugido del océano.

Esto es Portland, mi Portland. En ese momento, no importa nada más, ni las mentiras, ni los errores, ni las promesas que no he sido capaz de cumplir. Esta es mi ciudad, y mi ciudad está siendo atacada. La furia se concentra.

Tony hace que la chica se ponga de pie. Ella lucha y se debate, aunque está sola y en manifiesta inferioridad. Le cae el pelo sobre la cara, y araña y patalea como un animal.

Quizá la mate y o misma.

Para cuando llego a la avenida Forest, se ha amortiguado el ruido de la lucha, tragado por los chillidos agudos de las alarmas. De vez en cuando veo una mano que mueve una cortina, un ojo de pecera que me mira y luego desaparece rápidamente. Todo el mundo se queda dentro de su casa, encerrado.

Mantengo la cabeza baja, me muevo lo más rápido que puedo a pesar del dolor en el tobillo, que me he lastimado al caer mal, y me mantengo alerta por si se oyen patrullas o brigadas. No hay forma de que la gente piense que soy más que una inválida: tengo un aspecto asqueroso, llevo ropa vieja y llena de barro y mi oreja sigue manchada de sangre. Curiosamente, no hay nadie por la calle. Las fuerzas de seguridad parece que han sido enviadas a otras zonas. Después de todo, esta es la parte más pobre de la ciudad. Sin duda se considera que esta gente no necesita protección.

Un sendero y un sentido para cada uno... y para algunos, un sendero que conduce directamente a la tumba.

Consigo llegar a la calle Cumberland sin problemas. En cuanto pongo el pie en lo que era mi manzana, me da la sensación por un momento de estar atrapada en una naturaleza muerta del pasado.

Parece que hace una eternidad desde que giraba en esta esquina al volver del colegio. Aquí era donde hacía los estiramientos después de correr, colocando una pierna en el banco de la parada del autobús. Aquí miraba a Jenny y a los otros chicos que jugaban a darle patadas a una lata y les abría las bombas de agua cuando hacía calor en verano.

En realidad, hace una vida de todo eso. Ahora soy una Lena distinta.

También la calle parece distinta, más hundida, como si un agujero negro invisible hiciera que toda la manzana se derrumbara lentamente sobre sí misma. Incluso antes de llegar a la cancela frente al número 237, sé que la casa va a estar vacía. La certeza se aloja como un peso pesado entre mis pulmones. Pero aun así me quedo tontamente en mitad de la acera, mirando al edificio ahora abandonado —mi hogar, mi antigua casa, el pequeño dormitorio del piso de arriba, los olores a jabón y a ropa recién lavada y a salsa de tomate—,

observando la pintura que se cae, los peldaños del porche que se están pudriendo, las ventanas tapadas con tablas, la desgastada equis pintada con espray sobre la puerta, que señala que la casa está condenada.

Siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. La tía Carol se sentía tan orgullosa de esta casa... No dejaba pasar ni un año sin darle una mano de pintura, sin desatascar a fondo los canalones y hacer una buena limpieza en el porche.

Luego, el dolor es sustituido por el pánico. ¿Dónde habrán ido?

¿Qué le habrá pasado a Grace?

A lo lejos aúlla la sirena antiniebla, que suena como una canción funeraria. Me sobresalto, y de pronto me doy cuenta de dónde estoy: una ciudad extraña, hostil. Ya no es mi sitio, ya no soy bienvenida aquí. La sirena de niebla aúlla por segunda vez, y luego, una tercera. La señal significa que las bombas han sido colocadas con éxito. Eso nos da una hora hasta que exploten y se desencadenen todas las cóleras del infierno.

Eso me da solo una hora para encontrar a Grace, y no tengo ni idea de por dónde empezar.

Un ventana se cierra de pronto a mi espalda. Me vuelvo justo a tiempo para ver una cara redonda como una luna, preocupada; parece la señora Hendrickson, que desaparece de la vista. Una cosa está clara: tengo que irme de aquí.

Agacho la cabeza y camino apresuradamente calle abajo, dando la vuelta en cuanto veo una calleja estrecha entre dos edificios. Me muevo a ciegas, esperando que los pies me lleven en la dirección adecuada. *Grace. Grace, Grace.* Rezo para que ella, de algún modo, pueda oírme.

Ciegamente, cruzo la calle Mellen hacia otro callejón más, un negro agujero abierto, un lugar de sombras laterales que me oculten. *Grace, ¿dónde estás?* En mi mente grito, grito tan fuerte que el grito se lo traga todo y apaga el sonido del coche que se acerca.

Y de repente, salido de la nada, ahí está: el motor resuena y jadea, la ventanilla que refleja la luz en mis ojos, cegándome, los neumáticos que chirrían mientras el conductor intenta frenar. Luego, el dolor, la sensación del golpe. Pienso: *Voy a morir.* Veo el cielo que da vueltas por encima, veo la cara de Álex, que sonríe, y luego siento el mordisco duro del suelo por debajo de mí. Me quedo sin aire y giro para quedar de espaldas, con los pulmones que tartamudean, luchando por llenarse de aire.

Durante un instante de confusión, viendo el cielo azul por encima, extendido tenso y alto entre los tejados de los edificios, se me olvida dónde estoy. Siento que estoy flotando, me deslizo por una superficie de agua azul. Todo lo que sé es que no estoy muerta. Mi cuerpo sigue siendo mío: muevo las manos y flexiono los pies solo para asegurarme. Milagrosamente, he conseguido no golpearme la cabeza.



Se oye ruido de puertas. Voces que gritan. Me acuerdo de que tengo que moverme, tengo que incorporarme. *Grace.*

Pero antes de que pueda hacer nada, unas manos me cogen con violencia de los brazos y me ponen de pie. Todo me llega en ráfagas. Oscuros trajes negros. Armas. Caras malas.

Muy malas.

El instinto se impone y empiezo a revolverme y a dar patadas. Muerdo la mano del guardia que me tiene agarrada, pero no me suelta y otro se adelanta y me da una bofetada. El golpe me duele y envía una explosión de fuego a mis ojos. Le escupo sin ver. Otro guardia —hay tres— me apunta a la cabeza con el arma. Sus ojos son negros y tan fríos como la piedra tallada. No están llenos de odio —los curados no odian, pero tampoco hay nada que les importe—, sino de asco, como si yo fuera un tipo de insecto especialmente asqueroso, y en ese momento sé que voy a morir.

*Perdóname, Alex. Y Julián, perdóname tú también.*

*Perdóname, Grace.*

Cierro los ojos.

—¡Esperad!

Abro los ojos. Del asiento de atrás sale una chica.

Lleva el traje blanco de muselina de las novias. Su pelo está peinado de una manera muy elaborada, con rizos en tomo a la cabeza, y la cicatriz de su operación ha sido destacada con maquillaje para que parezca una pequeña estrella coloreada justo debajo de su oreja izquierda. Es hermosa, parece uno de esos cuadros de ángeles que solíamos ver en la iglesia.

Entonces sus ojos se posan en mí, y se me revuelve el estómago. El suelo se abre por debajo. Apenas puedo confiar en que podré mantenerme en pie.

—Lena —dice serenamente. Es más un anuncio que un saludo.

No consigo hablar. No puedo pronunciar su nombre, aunque reverbera en un chillido por mi cabeza.

*Hana.*

—¿Adonde vamos?

Hana se vuelve hacia mí. Son las primeras palabras que he conseguido decirle. Durante un instante muestra sorpresa, y también algo más. ¿Placer? Es difícil de decir. Sus expresiones son distintas, y ya no puedo leer su rostro.

—A mi casa —dice tras una breve pausa.

Podría reírme a carcajadas. Está tan ridículamente tranquila... Es como si me estuviera invitando a buscar música en BMDA, o a que veamos una película acurrucados en su sofá.

—¿No vas a entregarme? —mi voz suena sarcástica. Sé que va a entregarme.

Lo he sabido desde que he visto la cicatriz, la inexpressión tras sus ojos, como un estanque que ha perdido toda su profundidad.

Puede que no perciba el desafío, o tal vez prefiere ignorarlo.

—Lo haré —dice sencillamente—, pero aún no.

Por su cara pasa una expresión, una incertidumbre momentánea, y parece que va a decir algo más. Sin embargo, se vuelve hacia la ventanilla mordiendo el labio inferior.

Eso me preocupa, ese morderse el labio. Es una grieta en esa superficie suya de serenidad, un pliegue que no me esperaba. Es la antigua Hana que asoma en esta nueva versión rutilante, y eso me produce otro calambre de estómago. Me abruma la necesidad urgente de abrazarla, de aspirar su olor —dos gotitas de vainilla en los codos y un poco de jazmín en el cuello— y decirle cuánto la he echado de menos.

Justo a tiempo, me pilla mirándola fijamente y aprieta los labios en una línea firme. Yo me recuerdo a mí misma que la antigua Hana ya no existe. Probablemente, ya ni huele igual. No me ha hecho ni una sola pregunta sobre lo que me ha pasado, dónde he estado, cómo es que estoy en Portland, manchada de sangre y con ropa sucia de tierra. Apenas no me ha mirado en absoluto y, cuando me mira, lo hace con una curiosidad vaga, distante, como si yo fuera una extraña especie animal en un zoo.

Espero que giremos hacia el West End, pero lo que hacemos es dirigirnos hacia el exterior de la península. Hana debe haberse trasladado. Las casas por esta zona son aún más amplias y señoriales que en su antiguo barrio. No sé por qué me sorprende. Esa es una de las cosas que he aprendido durante mi periodo en la Resistencia. La cura tiene que ver con el control. Tiene que ver con el sistema. Y los ricos se hacen cada vez más ricos, mientras se exprime a los pobres para que vivan en callejas estrechas y espacios diminutos, y se les dice que se les está protegiendo, y se les promete que se les premiará por su obediencia en el cielo. La servidumbre se llama seguridad.

Entramos en una calle bordeada de arcos que parecen muy viejos, árboles cuyas ramas se entrelazan para formar un pasillo cubierto. Atisbo al pasar un letrero con el nombre de la calle: Essex Street. Mi estómago pega otro violento revolcón. En el número 88 de esta calle es donde Pippa ha colocado la bomba. ¿Cuánto hace que ha sonado la sirena antiniebla? ¿Diez minutos? ¿Quince?

Se me acumula el sudor bajo los brazos. Compruebo los buzones al pasar. Una de estas casas, una de estas gloriosas mansiones blancas, coronadas como pasteles con cúpulas y celosías, rodeadas de amplios porches blancos y alejadas de la calle por extensiones de césped de intenso color verde, va a volar por los aires en menos de una hora.

El coche frena hasta detenerse ante una cancela de hierro muy ornamentada. El conductor se inclina por la ventanilla para introducir un código en un teclado y

las puertas se abren suavemente. Eso me recuerda a la antigua casa de Julián en Nueva York, y sigue asombrándome: toda esta energía, toda esta electricidad que fluye y bombea bajo el control de unos pocos.

Hana sigue mirando impasible por la ventanilla y me entran de repente ganas de extender el brazo y darle un puñetazo a esa imagen tal como se refleja en el cristal. Ella no tiene ni idea de cómo es el resto del mundo. No ha visto nunca la adversidad ni ha pasado hambre, o vivido sin calefacción ni comodidades. Me asombra incluso que en el pasado fuera mi mejor amiga. Siempre vivimos en mundos separados, solo que yo era tan tonta que pensaba que no importaba.

Altos setos flanquean el coche por ambos lados, delimitando un corto sendero que lleva a otra casa monstruosa. Es más amplia que todas las que hemos visto antes. En la puerta delantera hay un número metálico clavado.

88.

Durante un instante no veo nada. Luego parpadeo. Pero el número sigue ahí.

El número 88 de la calle Essex. Aquí está la bomba. Me corre el sudor por la parte baja de la espalda. No tiene ningún sentido: las otras bombas están colocadas en el centro, en edificios municipales, como las del año pasado.

—¿Tú vives aquí? —le pregunto a Hana. Está bajando del coche, aún mantiene esa misma calma irritante, como si estuviéramos en una visita de cortesía.

De nuevo duda.

—Es la casa de Fred —dice—. Supongo que en realidad ahora la compartimos —como me la quedo mirando, corrige—: Fred Hargrove. Es el alcalde.

Se me había olvidado por completo que Hana estaba emparejada con Fred Hargrove. Habíamos oído el rumor por medio de la Resistencia de que Hargrove padre murió durante los incidentes. Fred debe haber ocupado su lugar. Ahora empieza a tener sentido que hayan puesto una bomba en este lugar; nada resulta más simbólico que golpear directamente al líder. Pero nos hemos equivocado: no es Fred quien va a estar en casa, es Hana.

Se me seca la boca y me pica. Uno de los matones intenta agarrarme y obligarme a bajar del coche, y me zafo de él con un tirón.

—No me voy a escapar —digo prácticamente escupiendo las palabras, y me bajo del coche por mis propios medios. Sé que no podría dar más de tres pasos antes de que abrieran fuego sobre mí. Tendré que tener mucho cuidado, y pensar, y buscar una oportunidad de escapar. Para nada voy a quedarme por aquí cerca cuando la bomba estalle.

Hana nos ha precedido subiendo las escaleras del porche. Espera, de espaldas a mí, hasta que uno de los guardias se adelanta y abre la puerta. Siento un ramalazo de odio por esta niña malcriada y de aire frágil, con su vestido blanco immaculado y su casa de amplios salones.

El interior, curiosamente, está oscuro, decorado con mucho roble oscuro y cuero. Casi todas las ventanas están medio cubiertas por elaboradas colgaduras y cortinas de terciopelo. Hana hace ademán de llevarme a la sala de estar, pero luego se lo piensa mejor. Sigue por el pasillo sin preocuparse de encender la luz, solo se vuelve una vez a mirarme con una expresión que no consigo descifrar, y por fin pasamos unas puertas batientes y accedemos a la cocina.

Este cuarto, por contraste con el resto de la casa, es muy luminoso. Amplios ventanales dan a un enorme patio trasero. Aquí la madera es pino o fresno visto, suave y casi blanco, y las encimeras son de mármol blanco inmaculado.

Los guardias nos siguen y entran en la cocina. Hana se vuelve hacia ellos.

—Dejadnos —dice. Iluminada por la luz del sol, que la hace aparecer como si brillara ligeramente, parece una vez más un ángel. Me sorprende su inmovilidad y el silencio de la casa, lo limpia que está y lo bella que es.

Y en alguna parte de sus entrañas, bien enterrado, crece un tumor que hace tic-tac mientras se acerca a la explosión final.

El guardia que conducía, el que me ha amenazado con una llave, intenta protestar, pero Hana le hace callar rápidamente.

—He dicho que nos dejéis —durante un segundo, resurge la antigua Hana; veo el desafío en sus ojos, el ángulo imperial de su barbilla—. Y cerrad la puerta al salir.

Los guardias se van de mala gana. Siento el peso de sus miradas y sé que si Hana no estuviera aquí, yo ya estaría muerta. Pero me niego a sentir agradecimiento hacia ella. Para nada.

Cuando nos quedamos a solas, Hana me mira fijamente durante un minuto en silencio. Su gesto es indescifrable. Por fin dice:

—Estás demasiado flaca.

Casi me echo a reír.

—Bueno, ya sabes. Los restaurantes en la Tierra Salvaje están casi todos cerrados. La verdad es que la mayor parte han sido bombardeados.

No intento suavizar el tono de mi voz.

Ella no reacciona. Se limita a seguir mirándome. Pasa otro minuto en silencio. Luego señala la mesa.

—Siéntate.

—Prefiero quedarme de pie, gracias.

Hana frunce el ceño.

—Considéralo una orden.

La verdad es que no creo que vaya a llamar a los guardias si me niego a sentarme, pero no tiene sentido arriesgarse. Me siento en una silla, sin dejar de mirarla fijamente todo el rato. Pero no puedo relajarme. Han pasado por lo menos veinte minutos desde que sonó la sirena de la niebla. Eso quiere decir que me quedan menos de cuarenta para salir de aquí.

En cuanto me siento, Hana se da la vuelta y desaparece en la parte de atrás de la cocina, donde un hueco oscuro más allá del frigorífico indica que hay una despensa. Antes de que pueda pensar en huir, vuelve a salir con una hogaza de pan envuelta en un trapo de cocina. Llega a la encimera y corta gruesas rebanadas, untándolas de mantequilla y apilándolas en un plato. Luego se acerca al fregadero y humedece el trapo de cocina.

Viéndola girar el grifo, observando el agua caliente que aparece al instante, me siento llena de envidia. Ha pasado muchísimo tiempo desde que me di una ducha en condiciones o desde que me pude lavar, excepto en ríos helados.

—Toma —me pasa la toalla caliente—. Estás hecha un desastre.

—No he tenido tiempo de maquillarme —contesto con retintín. Pero igualmente acepto la toalla y me la llevo con cuidado a la oreja. Ha dejado de sangrar, por lo menos, aunque la toalla se queda manchada de sangre seca. Mantengo los ojos en Hana mientras me limpio la cara y las manos. Me pregunto qué estará pensando.

Me pone el plato de pan delante cuando acabo con la toalla, y me llena un vaso de agua con cubitos de verdad, cinco que golpean alegremente al chocar unos con otros.

—Come —dice—. Bebe.

—No tengo hambre —digo mintiendo.

Pone los ojos en blanco, y veo de nuevo a la antigua Hana que se cuele en esta nueva impostora.

—No seas tonta. Claro que tienes hambre, estás que te mueres de hambre. Probablemente, también de sed.

—¿Por qué haces esto? —le pregunto.

Hana abre la boca y la vuelve a cerrar.

—Éramos amigos —dice.

—Lo éramos —digo con firmeza—. Ahora somos enemigas.

—¿De verdad?

Parece sobresaltada, como si la idea no se le hubiera ocurrido nunca. Una vez más, siento un aleteo de incomodidad, un sentimiento de culpa y vergüenza. Hay algo que no está bien. Me obligo a pasar de esa sensación.

—Por supuesto —digo.

Hana me observa durante un segundo más. Luego, abruptamente, se levanta de la mesa y se acerca a los ventanales. Cuando está de espaldas a mí, cojo rápidamente un trozo de pan y me lo meto en la boca, y lo como tan rápido como puedo sin ahogarme. Lo paso con un largo trago de agua, tan fresca que me produce un dolor de cabeza ardiente, delicioso.

Durante largo rato, Hana no dice nada. Yo como otro trozo de pan. Sin duda ella me oye masticar, pero no hace comentarios ni se da la vuelta. Me permite mantener la pose de que no estoy comiendo y a mí me asalta un breve estallido

de gratitud.

—Siento lo de Álex —dice por fin, sin darse la vuelta.

Mi estómago da un vuelco incómodo. Demasiada comida, demasiado deprisa.

—No murió.

Mi voz suena demasiado fuerte. No sé por qué siento la necesidad de contárselo. Pero necesito que ella sepa que su lado, su gente, no se salió con la suya; al menos, no en este caso. Aunque, por supuesto, en cierto modo sí se salieron con la suya.

Se vuelve.

—¿Qué?

—Que no murió —repito—. Lo llevaron a las Criptas.

Hana hace un gesto de dolor, como si la hubiera abofeteado. Se mete el labio inferior hacia dentro y empieza a mordérselo.

—Yo... —se interrumpe frunciendo un poco el ceño.

—¿Qué? —conozco ese gesto, lo reconozco. Sabe algo—. ¿Qué pasa?

—Nada. Yo... —mueve la cabeza como para quitarse una idea que tiene—. Me pareció verle.

El estómago se me sube a la garganta.

—¿Dónde?

—Aquí —me mira con otra de sus expresiones inescrutables La nueva Hana es mucho más difícil de interpretar que la antigua—. Anoche. Pero si está en las Criptas...

—Ya no. Se escapó.

Hana, la luz, la cocina, hasta la bomba que hace tic-tac silenciosamente por debajo, acercándonos a la destrucción, todo eso parece lejano de repente. En cuanto Hana lo sugiere, me doy cuenta de que tiene sentido. Álex estaba totalmente solo. Habría vuelto a territorio conocido.

Álex podría estar aquí, en algún lugar de Portland. Cerca. Quizá haya esperanza, después de todo.

Si pudiera salir de aquí...

—Entonces, ¿qué? —me levanto de la silla—. ¿Vas a llamar a los reguladores o qué?

Incluso mientras hablo, no dejo de hacer planes. Probablemente podría con ella, si la cosa llega a eso, pero la idea de atacarla me produce incomodidad. Y seguro que ella lucha. Para cuando consiguiera dominarla, los guardias se nos habrían echado encima.

Pero si puedo hacer que salga de la cocina, aunque sea durante unos pocos segundos, tiraré la silla por la ventana, saldré por el jardín, intentaré despistar a los guardias en los árboles. El jardín probablemente lleva a otra calle; si no, tendré que dar la vuelta para volver a Essex. Es una posibilidad remota, pero es

una posibilidad.

Hana me observa fijamente. El reloj que está sobre la cocina parece moverse a una velocidad récord, y me imagino que el temporizador de la bomba también lo hace.

—Quería pedirte perdón —dice con calma.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

No tengo tiempo para esto. No tenemos tiempo para esto. Hago a un lado pensamientos de lo que le pasará a Hana incluso si consigo escapar. Ella se quedará aquí, en la casa...

Mi estómago se tensa y se destensa. No quiero acabar vomitando el pan. Tengo que centrarme. Lo que le pase a Hana no es cosa mía, ni es culpa mía tampoco.

—Por hablarles a los reguladores de la casa del número 37 de Brooks —dice—. Por contarles lo de Álex contigo.

Y así, de repente, se me funde el cerebro.

—¿Cómo?

—Yo se lo conté —suelta una pequeña exhalación, como si pronunciar las palabras le hubiera proporcionado alivio—. Lo siento. Estaba celosa.

No puedo hablar. Nado entre la niebla.

—¿Celosa? —consigo decir escupiendo las palabras.

—Yo... yo quería lo que tú tenías con Álex. Me sentía confusa. No comprendía lo que estaba haciendo.

Vuelve a mover la cabeza.

Me siento mareada, como si estuviera en un columpio o en un barco. No tiene ningún sentido. Hana, la chica dorada, mi mejor amiga, impulsiva y temeraria. Yo confiaba en ella. La amaba.

—Eras mi mejor amiga.

—Lo sé.

Una vez más tiene un aire preocupado, como si estuviera intentando recordar lo que significan las palabras.

—Tú lo tenías todo —no puedo evitar alzar la voz. Mi cólera vibra, me recorre como una corriente eléctrica—. Una vida perfecta. Notas perfectas. Todo —señalo la cocina inmaculada el sol que entra y reluce sobre las encimeras de mármol como mantequilla fundida—. Yo no tenía nada. Él era todo lo que tenía. Mi único... —la náusea sube y doy un paso adelante apretando los puños, ciega de rabia—. ¿Por qué no pudiste dejar que lo disfrutara? ¿Por qué tuviste que arrebatármelo? ¿Por qué siempre tenías que quedarte con todo?

—Te he dicho que lo sentía —dice de nuevo mecánicamente.

Podría aullar de risa. Podría gritar, o sacarle los ojos. Lo que hago es alargar el brazo y darle un bofetón. La corriente eléctrica fluye hasta mi brazo, llega hasta mi mano antes de que me dé cuenta de lo que estoy haciendo. El sonido es

inesperadamente agudo y durante un instante estoy segura de que los guardias van a aparecer por la puerta. Pero no viene nadie.

Al momento, la cara de Hana comienza a ponerse roja. Pero no grita. No emite ningún sonido.

En el silencio, puedo oír mi propia respiración, agitada y desesperada. Siento las lágrimas que hacen presión en el fondo de mis ojos. Me siento avergonzada, furiosa y enferma, todo a la vez.

Hana se vuelve lentamente hacia mí. Tiene un aire casi triste.

—Eso me lo merecía —dice.

De pronto me siento agotada. Estoy cansada de luchar, de golpear y ser golpeada. Es lo extraño del mundo: las personas que sencillamente desean amar, por el contrario, deben convertirse en guerreros. Es la naturaleza contra natura de la vida. Hago todo lo que puedo por no caer de nuevo en la silla.

—Después me sentí fatal —dice Hana con una voz que es poco más que un suspiro—. Tienes que saber eso. Por eso es por lo que te ayudé a escapar. Sentí —Hana busca la palabra adecuada— arrepentimiento.

—¿Y ahora? —le pregunto.

Hana se encoge de hombros.

—Ahora estoy curada —dice—. Ahora es distinto.

—¿Distinto? ¿Cómo? —durante una fracción de segundo, deseo más que nada, más que respirar, haberme quedado aquí con ella, haber dejado que el cuchillo cayera sobre mi nuca.

—Me siento más libre —dice. Sea lo que fuere lo que yo esperaba que dijera, no era esto. Debe notar que estoy sorprendida, porque continúa—: Todo está como... amortiguado. Es como oír las cosas debajo del agua. No tengo que sentir cosas por otra gente con tanta intensidad —un lado de su boca se curva en una sonrisa—. Quizá, como tú decías, nunca lo sentí.

Ha empezado a dolerme la cabeza. Se ha terminado. Se ha terminado todo. Solo quiero hacerme una bola y dormir.

—No lo decía en serio. Claro que sentías. Tenías sentimientos. Quiero decir, por los demás. Los tenías.

No estoy segura de que me escuche. Dice, casi como si acabara de ocurrírsele:

—Ya no tengo que hacer caso a nadie nunca más.

Algo en su tono me suena raro, casi triunfante. Cuando la miro sonrío. Me pregunto si estará pensando en alguien en concreto.

Se oye una puerta que se abre y se cierra y la voz de un hombre, como un ladrido. Toda su expresión cambia. En un instante se vuelve a poner seria.

—Es Fred —dice. Cruza rápidamente hasta las puertas batientes a mi espalda y asoma la cabeza tímidamente por el pasillo. Luego se vuelve para mirarme, de pronto sin aliento.



—Vamos —dice—. Rápido, mientras él está en el estudio.

—¿Vamos? ¿Adonde? —pregunto.

Hana tiene un aire irritado por un momento.

—La puerta trasera da al porche. Por ahí puedes atajar por el jardín y salir a la calle Dennett, que te llevará de vuelta a Brighton. Rápido —añade—. Si te ve, te matará.

Me sorprende tanto que por un instante me quedo ahí mirándola, con la boca abierta.

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Por qué me estás ayudando?

Hana vuelve a sonreír, pero sus ojos siguen estando turbios e indescifrables.

—Tú lo has dicho. Yo era tu mejor amiga.

De repente me vuelve la energía. Va a dejar que me marche. Antes de que cambie de opinión, me acerco a ella. Empuja con la espalda uno de los batientes, manteniéndolo abierto para mí, asomando la cabeza al pasillo cada pocos segundos para asegurarse de que no hay moros en la costa. Justo cuando estoy a punto de pasar junto a ella, me detengo.

Jazmín y vainilla. Después de todo sigue usándolos. De verdad, huele igual.

—Hana —digo. Estoy muy cerca de ella. Puedo ver el oro entremezclado con el azul de sus ojos. Me paso la lengua por los labios—. Hay una bomba.

Se echa un poco para atrás.

—¿Qué?

No me da tiempo a arrepentirme de lo que estoy diciendo.

—Aquí. En alguna parte de la casa. Sal de aquí, ¿vale? Sálvate.

Se llevará a Fred también y el atentado será un fracaso, pero no me importa. Amé a Hana antaño y ella me está ayudando ahora. Se lo debo.

De nuevo, su expresión es inescrutable.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta de repente.

Muevo la cabeza.

—Diez, máximo quince minutos.

Asiente con la cabeza para indicar que ha comprendido. Paso junto a ella hacia la oscuridad del pasillo. Ella permanece donde está, apoyada contra las puertas, rígida como una estatua. Alza la barbilla señalando la puerta trasera.

Justo cuando voy a tocar el pomo de la puerta, me llama en un susurro.

—Casi se me olvida —se acerca a mí, su traje cruje y durante un instante me da la impresión de que es un fantasma—. Grace está en Highlands. En el número 31 de la calle Wynnewood Road. Viven allí ahora.

Me la quedo mirando. En alguna parte, en el fondo de esta desconocida, está enterrada mi mejor amiga.

—Hana —comienzo a decir.

Me interrumpe.

—No me lo agradezcas —dice en voz baja—. Solo vete.

Impulsivamente, sin pensar en lo que estoy haciendo, extendo el brazo y tomo su mano. Dos apretones largos, dos cortos. Nuestro antiguo código.

Hana se queda perpleja; luego, lentamente, su cara se relaja. Apenas por un instante resplandece como si estuviera iluminada por dentro con una antorcha.

—Me acuerdo... —susurra.

Una puerta se cierra de un portazo. Hana se separa bruscamente, de repente asustada. Me da la vuelta y me empuja hacia la puerta trasera.

—Vete —dice, y yo me voy. No miro atrás.

Llevo contados treinta y tres segundos por el reloj cuando Fred irrumpe en la cocina, con la cara colorada.

—¿Dónde está?

Tiene las axilas mojadas de sudor, y su pelo, que durante la ceremonia estaba peinado y engominado de manera tan cuidada, está hecho un desastre.

Me siento tentada de preguntarle a quién se refiere, pero sé que eso solo le pondría furioso.

—Se ha escapado —digo.

—¿Qué quieres decir? Marcus me ha dicho que...

—Me ha golpeado —digo. Espero que Lena me haya dejado una marca en la cara al darme la bofetada—. Yo... yo me he golpeado la cabeza en la pared. Y ella ha echado a correr.

—Mierda —Fred se pasa una mano por el pelo, sale al pasillo y llama a gritos a los guardias. Luego se vuelve hacia mí—. ¿Por qué demonios no has dejado que Marcus se ocupara del asunto? ¿Por qué te has quedado a solas con ella?

—Quería información —digo—. Me pareció que era más probable que me la diera estando yo sola.

—Mierda —vuelve a decir Fred. Cuanto más nervioso se pone, curiosamente, más serena me siento yo.

—¿Qué está pasando, Fred?

De pronto le pega una patada a una silla y la manda dando tumbos por la cocina.

—Un maldito caos, eso es lo que está pasando —no puede dejar de moverse; aprieta el puño y durante un instante me parece que va a venir a por mí, solo por tener algo que golpear—. Debe haber como mil personas que se están rebelando. Algunos de ellos son inválidos. Otros son solo niños... Qué tontos, qué tontos... Si supieran...

Se interrumpe cuando se acercan los guardias corriendo por el pasillo.

—Ha dejado que se escapara la chica —dice Fred sin darles una oportunidad de preguntar qué pasa. Es obvio el desprecio en su voz.

—Es que me ha golpeado —repito una vez más.

Noto que Marcus me mira. Deliberadamente evito sus ojos. Él no tiene forma de saber que he dejado que Lena se escape. No he dado ninguna pista de que la conocía. En el coche he tenido cuidado de no mirarla.

Cuando los ojos de Marcus vuelven a Fred, me permito respirar.

—¿Qué quiere que hagamos? —pregunta Marcus.

—No lo sé —Fred se frota la frente—. Tengo que pensar. Maldita sea. Tengo que pensar.

—La chica estaba presumiendo de que tenían refuerzos en la calle Essex —digo—. Ha dicho que había un inválido apostado en cada casa de la calle.

—Mierda —Fred se queda quieto un instante mirando al patio de atrás. Luego relaja los hombros—. Vale. Llamad al 1-1-1 para que envíen refuerzos. Mientras tanto, salid ahí fuera y empezad a peinar las calles. Buscad movimiento entre los árboles. Vamos a hacer salir a todos los gilipollas de esos que podamos. Yo voy enseguida.

—De acuerdo.

Marcus y Bill desaparecen por el pasillo.

Fred coge el teléfono. Yo le pongo una mano en el brazo. Se vuelve hacia mí, irritado, y cuelga.

—¿Qué quieres? —dice casi escupiendo las palabras.

—No salgas ahí, Fred —digo—. Por favor. La chica ha dicho... ha dicho que los otros estaban armados. Ha dicho que abrirían fuego en cuanto asomaras la cabeza por la puerta...

—No me va a pasar nada.

Se aparta bruscamente de mí.

—Por favor —repito. Cierro los ojos y rezo una breve plegaria a Dios. *Perdón*—. No vale la pena, Fred. Te necesitamos. Quédate en casa. Deja que la policía haga su trabajo. Prométeme que no vas a salir de aquí.

Se le mueve un músculo en la mandíbula. Pasa un largo instante. A cada segundo, no hago más que esperar la explosión: un tornado de metralla de madera, un túnel como un rugido de fuego. Me pregunto si dolerá.

*Dios, perdóname, porque he pecado.*

—Vale —dice por fin Fred—. Lo prometo —levanta de nuevo el auricular—. Solo mantente fuera de mi vista. No quiero que lo estropees todo.

—Estaré arriba —le digo. Pero ya me ha vuelto la espalda.

Paso al corredor, dejando que las puertas se cierren a mi espalda. Oigo el sonido amortiguado de su voz a través de la madera. En cualquier momento, el infierno.

Pienso en subir al piso de arriba, a la que debería haber sido mi habitación. Podría tenderme y cerrar los ojos. Estoy lo suficientemente cansada para dormir.

Pero lo que hago en realidad es abrir con cuidado la puerta trasera, cruzar el porche y bajar al jardín, con cuidado de mantenerme fuera de la vista de los amplios ventanales de la cocina. Huele a primavera, a tierra mojada y brotes nuevos. Los pájaros cantan en los árboles. Se me pega a los tobillos la hierba húmeda y me mancha el dobladillo de mi traje de novia.

Los árboles me rodean y después ya no puedo ver la casa.

No me quedará a verla arder.

Highlands está en llamas.

Huelo el humo antes de llegar, y cuando estoy todavía a medio kilómetro de distancia empiezo a ver la mancha de humo sobre los árboles, y el fuego que se eleva de los tejados viejos y golpeados por el tiempo.

En la calle Harmon he visto un garaje abierto y una bici herrumbrosa colgada de la pared como un trofeo de cazador. Aunque es muy mala y las marchas gimen y protestan cada vez que intento ajustarlas, es mejor que nada. La verdad es que no me importa el ruido, el chirrido de la cadena o el pitido intenso del viento en los oídos. Eso me impide pensar en Hana y tratar de comprender lo que ha sucedido. Ahoga en el interior de mi cabeza su voz, que dice: *Vete*.

No ahoga la explosión, sin embargo, ni las sirenas que la siguen. Las oigo aunque casi he recorrido todo el trayecto hasta Highlands: se alzan como gritos.

Espero que haya podido salir. Rezo por que haya sido así. Aunque ya no sé a quién le estoy rezando.

Y entonces me encuentro en Highlands y solo puedo pensar en Grace.

Lo primero que veo es el fuego, que salta de casa a casa, de un árbol a un tejado o a una pared. Quien lo haya iniciado lo ha hecho de manera deliberada, sistemática. El primer grupo de inválidos cruzó la valla no lejos de aquí. Esto debe ser obra de reguladores.

La segunda cosa que noto es la gente: gente que corre entre los árboles, cuerpos que no se distinguen entre el humo. Eso me sorprende. Cuando vivía en Portland, este barrio estaba deshabitado, lo habían evacuado tras las acusaciones de que había personas contagiadas, con lo que se convirtió en un desierto. No he tenido tiempo de pensar en lo que significa que Grace y mi tía vivan aquí en este momento, o de deducir que otros podrían haberse hecho un hogar aquí también.

Intento buscar caras conocidas mientras pasan junto a mí como en un remolino, escabullándose entre los árboles, gritando. No puedo distinguir nada más que formas y colores, gente que carga en los brazos bultos con sus pertenencias. Los niños gritan y mi corazón se detiene: cualquiera de ellos podría

ser Grace. La pequeña Grace, que apenas pronunciaba sonidos, ella podría estar aullando en la semipenumbra en algún sitio.

Un sentimiento caliente, eléctrico, vibra en mi interior, como si las llamas hubieran llegado a mi sangre. Estoy intentando recordar la estructura de esta zona, pero tengo la mente llena de ruido inútil: no deja de obsesionarme una imagen de la casa del número 37 de Brooks, de la manta en el jardín y los árboles teñidos de dorado por el sol poniente. Llego a Edgewood y me doy cuenta de que me he pasado.

Doy la vuelta, tosiendo, y vuelvo sobre mis pasos. El aire está lleno de chasquidos, crujidos como de un trueno: casas enteras son pasto de las llamas, arden de pie como fantasmas que se estremecen, con las puertas como agujeros, la piel que se funde sobre la carne. *Por favor, por favor, por favor.* Las palabras me taladran la mente. *Por favor.*

Luego veo el letrero de la calle Wynnewood: por suerte, una calle corta de tres manzanas. Aquí el incendio no se ha extendido tanto y sigue retenido en el enmarañado dosel de árboles y se desliza sobre los tejados, una corona de naranja y blanco que cada vez se hace más grande. Ahora se ve menos gente entre los árboles, pero no hago más que pensar que oigo gritar a niños, ecos, aullidos espectrales.

Estoy sudando y me arden los ojos. Cuando suelto la bici, tengo que esforzarme por recobrar el aliento. Me llevo la camiseta a la cara e intento respirar a través de ella mientras corro por la calle. La mitad de las casas no tienen números visibles. Sé que con toda probabilidad Grace ha huido. Espero que sea una de las personas que he visto moverse entre los árboles, pero no puedo sacudirme el miedo de que pueda estar atrapada en algún lugar, que la tía Carol y el tío William y Jenny la hayan dejado atrás. Ella siempre estaba haciéndose una bola en un rincón y escondiéndose en lugares ocultos y retirados, siempre intentando hacerse invisible.

Un buzón desgastado indica el número 31, una casa triste y decaída de cuyas ventanas superiores sale humo. Las llamas la acosan por el tejado, castigado por los elementos. Entonces la veo, o al menos eso me parece. Solo por un instante, juro que veo su cara pálida en una de las ventanas. Pero desaparece antes de que pueda gritar su nombre.

Tomo aire y corro cruzando el césped y subo la mitad de los peldaños medio carcomidos. Me paro nada más pasar la puerta principal, un poco mareada. Reconozco los muebles, el gastado sofá de rayas, la alfombra con sus flecos raídos y la mancha en los viejos cojines donde Jenny dejó caer su zumo de uva... Todo ello de mi antigua casa, la casa de tía Carol en Cumberland. Me parece que me he tropezado directamente con el pasado, pero con un pasado alterado: un pasado que huele a humo y a papel pintado mojado, con habitaciones que han sido distorsionadas.

Voy de cuarto en cuarto llamando a Grace, comprobando detrás de los muebles y en los armarios de varias salas, que están totalmente vacías. Esta casa es mucho más grande que la nuestra de antes y no hay cosas suficientes para llenarla ni de lejos. Se ha ido. Quizá nunca haya estado aquí, puede que yo solo me haya imaginado que veía su cara.

El piso de arriba está negro de humo. Solo he llegado a mitad de camino del descansillo cuando me veo obligada a retroceder y a bajar a la planta baja, jadeando y tosiendo. Ahora los cuartos delanteros están también en llamas. Cortinas de ducha baratas están pegadas a las ventanas con chinchetas. Con el fuego desaparecen en un instante, y sueltan un olor terrible a plástico quemado.

Retrocedo hasta la cocina sintiendo que un gigante me tiene agarrada del pecho con el puño. Necesito salir, necesito respirar. Le doy un empujón con el hombro a la puerta de atrás. Está hinchada por el calor y se resiste, pero al final salgo dando traspiés al patio trasero, tosiendo, con los ojos llorosos. Ya no pienso, mis pies se mueven de forma automática para alejarme del fuego hacia el aire limpio, lejos, cuando siento un dolor lacerante en el pie y caigo. Caigo al suelo y miro para ver qué es lo que me ha hecho caer: es la manija de una portezuela, una bodega, medio oculta por la hierba que crece alta a ambos lados de la trampilla.

No sé qué es lo que me hace abrirla de un tirón, quizá el instinto o la superstición. Unas escaleras empinadas de madera conducen a un pequeño sótano, vaciado de manera tosca en la tierra. El diminuto espacio está equipado con estanterías que contienen latas de comida. Varias botellas de cristal, quizá de refresco, están alineadas en el suelo.

Ella está tan encogida en un rincón que casi no la veo. Por suerte, antes de volver a cerrar la trampilla, se mueve y distingo una de sus deportivas, iluminada por la luz roja humeante que viene de arriba. Los zapatos son nuevos, pero reconozco los cordones morados, que se pintó ella misma.

—Grace.

Tengo la voz ronca. Bajo con cuidado el peldaño superior. A medida que mis ojos se acostumbran a la penumbra, su figura aparece mejor enfocada: más alta que hace ocho meses, más delgada y también más sucia, acurrucada en la esquina, mirándose con ojos salvajes, aterrorizados.

—Grace, soy yo.

Extiendo el brazo hacia ella, pero no se mueve. Bajo cautelosamente otro peldaño, sin intención de entrar en la bodega y tratar de agarrarla. Siempre ha sido rápida, me da miedo que consiga eludirme y eche a correr. Me palpita con fuerza el corazón en la garganta y me sabe la boca a humo. Hay en el sótano un olor intenso, penetrante, que no consigo identificar. Me centro en Grace, en conseguir que se mueva.

—Soy yo, Grace —lo vuelvo a intentar. Solo puedo imaginar el aspecto que



tengo para ella, lo cambiada que debo estar—. Soy Lena. Tu prima Lena.

Se queda tiesa, como si le hubiera dado un susto.

—¿Lena? —susurra con voz asombrada. Pero aun así no se mueve. Por encima de nuestras cabezas, se oye un crujido tremendo. Una rama de árbol, o parte del tejado. Me entra el terror repentino de que nos vayamos a quedar enterradas aquí si no nos movemos ya. La casa se derrumbará y nos atrapará debajo.

—Vamos, Gracie —digo usando su antiguo diminutivo. Me suda la nuca—. Tenemos que irnos, ¿vale?

Por fin se mueve. Extiende torpemente un pie y oigo el ruido de cristal al romperse. Se intensifica el olor, me quema las fosas nasales y de repente sé lo que es.

Gasolina.

—Ha sido sin querer —dice Grace con voz aguda, más chillona por el pánico. Ahora se agacha y veo una mancha oscura de líquido que se extiende a su alrededor por el suelo de tierra.

Ahora mi pánico es enorme. Me presiona desde todos lados.

—Grace, vamos, bonita —intento mantener el miedo lejos de mi voz—. Ven y toma mi mano.

—¡Ha sido sin querer!

Comienza a llorar.

Bajo los últimos peldaños y la agarro y me la coloco en la cintura. No es cómodo, es demasiado grande para cargarla con facilidad, pero pesa sorprendentemente poco. Me rodea la cintura con las piernas. Noto sus costillas y los huesos de sus caderas. Le huele el pelo a grasa y aceite y, muy muy débilmente, a líquido lavavajillas.

Subimos las escaleras y accedemos a ese universo de llamas y fuego, al aire que se ha convertido en algo húmedo, que hierve de calor, como si el mundo se estuviera descomponiendo para formar un espejismo. Sería más rápido si dejara a Grace en el suelo y permitiera que ella corriera junto a mí, pero ahora que la tengo, ahora que está aquí, colgada de mí, con su corazón batiendo frenéticamente en el pecho, golpeando con su ritmo en el mío, no la quiero soltar.

La bici está donde la había dejado, gracias a Dios. Grace se monta torpemente en el sillín y yo me aprieto como puedo detrás de ella. Tiro por la calle, con las piernas que me pesan como piedras, hasta que el impulso nos transporta y entonces pedaleo tan rápido como puedo, alejándome del humo y las llamas, dejando que Highlands se queme.

## Hana

Camino sin prestar atención al sitio donde estoy o adonde me dirijo. Un pie delante del otro, con los zapatos blancos que golpean suavemente en el pavimento. A lo lejos oigo voces que gritan. El sol brilla y me agrada sentirlo sobre los hombros. Se levanta una brisa silenciosa en los árboles, que se inclinan y saludan cuando paso.

Un pie y luego el otro. Es tan simple... El cielo es tan brillante...

¿Qué va a ser de mí?

No lo sé. Quizá me encuentre con alguien que me reconozca. Quizá me lleven de vuelta con mis padres. Quizá, si el mundo no termina, si Fred está muerto, me emparejarán con otra persona.

O quizá seguiré caminando hasta llegar al fin del mundo.

Tal vez. Pero por el momento solo existe el alto sol, y el cielo, e hilillos de humo gris, y voces que suenan como olas del océano a lo lejos.

Existe el sonido de mis zapatos, y los árboles que parece que asienten y me dicen: *Todo va bien. Todo va a ir bien.*

Puede que, después de todo, tengan razón.

A medida que nos acercamos a Back Cove, la fila de gente se va engrosando hasta formar un arroyo rugiente y apresurado y apenas consigo maniobrar con la bici entre ellos. Corren, gritan, enarbolan martillos y cuchillos y trozos de tubería metálica, se dirigen hacia algún punto desconocido, y me sorprende ver que ya no son solo inválidos: son chavales también, algunos de tan solo doce o trece años, incurados y rebeldes. Distingo incluso a unos cuantos curados que miran desde sus ventanas por encima de la calle y, de vez en cuando, saludan con la mano, en muestra de solidaridad.

Me aparto de la multitud y dirijo la bici hasta la orilla de la cala, cubierta de barro revuelto, donde Álex y yo tomamos nuestra decisión hace una vida, donde por primera vez él sacrificó su felicidad por la mía. La hierba crece alta entre los escombros de la antigua carretera y hay gente herida o muerta tendida en ella, personas que gimen o miran sin ver el cielo sin nubes. Veo varios cuerpos boca abajo en las aguas superficiales, y tirabuzones rojos que se extienden por la superficie del agua.

Más allá de la cala, en el muro, la muchedumbre sigue siendo enorme, pero parece que es sobre todo gente nuestra. Los reguladores y la policía se habrán visto obligados a retroceder, a irse más hacia Old Port. Ahora miles de amotinados avanzan en esa dirección, con sus voces unidas en una nota única de ira.

Apoyo la bici a la sombra de un gran junípero y, por fin, tomo a Grace por los hombros y la examino buscando cortes o moratones. Está temblando, con los ojos muy abiertos, mirándome como si pensara que voy a desaparecer en cualquier momento.

—¿Qué les ha pasado a los demás? —le pregunto. Tiene las uñas negras de suciedad y está muy flaca, pero, por lo demás, parece que está bien. Más que bien, está preciosa. Siento que me sube un sollozo a la garganta, me lo trago. No estamos a salvo, aún no.

Grace mueve la cabeza.

—No lo sé. Ha habido un fuego y... y yo me he escondido.

O sea, que sí la han abandonado. O no les ha importado lo suficiente para buscarla cuando ha desaparecido. Siento una oleada de náusea.

—Pareces distinta —dice Grace en voz baja.

—Tú estás más alta —digo. De repente, me dan ganas de ponerme a dar saltos de alegría. Podría ponerme a gritar de felicidad mientras el mundo entero se consume entre las llamas.

—¿Adonde fuiste? —me pregunta Grace—. ¿Qué te pasó?

—Ya te lo contaré todo más tarde —la tomo por la barbilla con una mano—. Oye, Grace, tengo que decirte cuánto lo siento. Siento haberte dejado atrás. Nunca volveré a abandonarte, ¿vale?

Sus ojos recorren mi cara. Asiente con un gesto.

—A partir de ahora te voy a mantener a salvo —tengo que empujar las palabras para que sigan traspasar la rigidez que siento en la garganta—. ¿Me crees?

Vuelve a asentir. La atraigo hacia mí, la aprieto. Parece tan delgada, tan frágil... Pero sé que es fuerte. Siempre lo ha sido. Va a estar preparada para lo que venga después.

—Tómame de la mano —le digo. No estoy segura de adónde ir y me acuerdo de Raven. Luego me doy cuenta de que está muerta, de que la han matado en el muro, y las ganas de vomitar amenazan con apoderarse de mí otra vez. Pero tengo que mantener la calma por Grace.

Debo encontrar un lugar seguro para ir con ella hasta que termine la lucha. Mi madre me ayudará, ella sabrá qué hacer.

El apretón de Grace es curiosamente fuerte. Avanzamos por la orilla, entre la gente, inválidos y reguladores todos mezclados: heridos, moribundos, muertos.

En lo alto de la loma, Colin, que cojea, camina apoyándose mucho en otro muchacho y se dirige hacia un trozo vacío en la hierba. El otro chico alza la cabeza y se me para el corazón.

Álex.

Me ve casi un segundo después de que le vea yo. Quiero llamarle, pero se me queda la voz atrapada en la garganta. Durante un instante, duda. Luego coloca a Colin con cuidado en la hierba y se inclina para decirle algo. Colin asiente, se sujeta la rodilla con un gesto de dolor.

Luego, Álex corre hacia mí.

—Álex —es como si decir su nombre le hiciera real. Se para a unos centímetros y sus ojos descubren a Grace y luego se vuelven hacia mí—. Esta es Grace —digo, tirando de su mano. Ella se queda atrás, intentando esconder su cuerpo tras el mío.

—Me acuerdo —dice. Ya no hay más dureza en sus ojos, ni más odio. Se aclara la garganta—. Pensé que no te iba a volver a ver.

—Aquí estoy —el sol parece demasiado brillante, y de pronto no se me

ocurre qué decir, no tengo palabras para describir todo lo que he pensado y deseado, tantas cosas que me he preguntado—. Yo... vi tu nota.

Asiente con la cabeza. Se le tensa la boca solo un poco.

—¿Julián está...?

—No sé dónde está Julián —digo, y al momento me siento culpable. Me acuerdo de sus ojos azules y de su calor, que me envolvía mientras yo dormía. Espero que no haya resultado herido. Me agacho para poder mirar a Grace a los ojos—. ¿Te puedes sentar aquí un minuto, Gracie, porfa?

Se sienta en el suelo obedientemente. No consigo alejarme más que dos pasos de ella. Álex me sigue.

Bajo la voz para que Grace no nos oiga.

—¿Es cierto? —le pregunto.

—¿Qué es cierto?

Sus ojos son del color de la miel. Esos son los ojos que recuerdo de mis sueños.

—Que aún me quieres —digo sin aliento—. Tengo que saberlo.

Álex asiente con la cabeza. Alarga la mano y me toca la cara, apenas rozándome el pómulo y apartando un poco el pelo.

—Es cierto.

—Pero... he cambiado —digo—. Y tú has cambiado.

—Eso también es cierto —dice suavemente. Miro la cicatriz de su cara, que se extiende desde el ojo izquierdo hasta la mandíbula, y algo se me encoge en el pecho.

—¿Y ahora qué? —le pregunto. La luz es demasiado intensa, parece como si el día se estuviera fundiendo con el sueño.

—¿Tú me quieres? —pregunta Álex. Y yo podría llorar, podría apretar la cara contra su pecho y aspirar su olor, y fingir que nada ha cambiado, que todo va a ser perfecto, entero, sin fisuras.

Pero no puedo. Sé que no puedo.

—Nunca he dejado de quererte —aparto la vista. Miro a Grace y a la hierba alta cubierta de heridos y de muertos. Pienso en Julián, en sus ojos azules, en su paciencia y su bondad. Pienso en toda la lucha que hemos llevado adelante y en toda la que aún nos queda. Respiro hondo—. Pero es más complicado.

Álex me coloca las manos en los hombros.

—Ya no voy a volver a huir nunca —dice.

—No quiero que lo hagas —le digo yo.

Sus dedos encuentran mi mejilla y por un instante me apoyo en su palma, dejando que el dolor de los últimos meses me abandone. Dejo que me vuelva la cabeza en su dirección. Entonces se inclina y me besa: es un beso ligero y perfecto, sus labios apenas se juntan con los míos, un beso que promete una renovación.

—¡Lena!

Me aparto de Álex al oír el grito de Grace. Se ha puesto de pie y señala hacia la pared fronteriza dando saltitos de alegría sobre los dedos de los pies, llena de energía. Me vuelvo a mirar. Durante un instante, las lágrimas descomponen mi visión y convierten el mundo en un caleidoscopio de colores: color que trepa por el muro, de forma que el cemento es un mosaico.

No. No es color: gente. Gente que confluye en el muro.

Es más que eso: lo están derribando.

Entre gritos salvajes y triunfantes, con martillos y trozos de andamios derribados o con las manos desnudas, están desmantelando el muro trozo a trozo, quebrando los límites del mundo tal como lo conocemos. La alegría rebosa en mi interior. Grace echa a correr, ella también se ve atraída hacia la pared.

—¡Grace, espera!

Hago ademán de seguirla, pero Álex me toma de la mano.

—Te encontraré —dice mirándome con los ojos que recuerdo—. No te dejaré ir otra vez.

No confío en mí misma para hablar. En vez de eso asiento con la cabeza, con la esperanza de que comprenda. Me aprieta la mano.

—Ve —me dice.

Y me voy. Grace se ha detenido para esperarme, y cojo su pequeña mano delgada en la mía, y enseguida me doy cuenta de que estamos corriendo entre el sol y el humo persistente, por la hierba de la orilla que se ha convertido en un cementerio, mientras el sol continúa su rotación indiferente y el agua no refleja nada más que cielo.

Al acercarnos a la muralla veo a Hunter y a Bram, uno al lado del otro, sudorosos y morenos, atacando el cemento con enormes trozos de tubería metálica. Veo a Pippa, de pie sobre un tramo que todavía permanece, ondeando una falda de color verde fuerte como una bandera. Veo a Coral, salvaje y bella, que aparece y desaparece cuando la multitud pasa junto a ella. A varios metros de distancia, mi madre trabaja con un martillo moviéndolo con facilidad y elegancia, de forma que parece un baile: esta mujer dura y musculosa a la que casi no conozco, una mujer a la que he amado toda mi vida. Está viva. Estamos vivas. Va a poder conocer a Grace.

Ve a Julián también. No lleva camiseta, se mantiene en equilibrio sobre un montón de escombros y usa la culata de un rifle para derribar la pared, con lo que los trozos y el polvo blanco caen sobre la gente de debajo. El sol hace que su pelo brille como un anillo de fuego pálido, y le toca los hombros con alas blancas.

Durante un instante me asalta un dolor abrumador: por cómo las cosas cambian, por el hecho de que nunca podemos volver atrás. Ya no estoy segura de nada. No sé lo que va a suceder, ni a mí ni a Álex ni a Julián, a ninguno de nosotros.

—Vamos, Lena.

Grace me tira de la mano.

Pero no se trata de saber. Se trata simplemente de avanzar hacia delante. Los curados desean saber. Nosotros, por el contrario, hemos elegido la fe. Yo le he pedido a Grace que confiara en mí. Nosotros también tendremos que confiar, confiar en que el mundo no va a acabarse, en que mañana llegará, en que la verdad también llegará.

Una vieja frase, una frase prohibida de un texto que Raven me enseñó una vez, me viene ahora a la memoria: *Quien salta puede caer, pero también es posible que vuele.*

Es el momento de saltar.

—Vamos —le digo a Grace, y dejo que ella me lleve hasta el grupo de gente, manteniéndola bien sujeta de la mano todo el tiempo.

Nos abrimos paso entre los gritos y la alegría y conseguimos llegar hasta la pared. Grace se sube a un montón hecho de madera rota y trozos de cemento y yo la sigo con torpeza, hasta que estoy arriba manteniendo el equilibrio junto a ella. Grita, más alto de lo que nunca la he oído, en un lenguaje infantil ininteligible de gozo y de libertad, y me doy cuenta de que me uno a ella mientras juntas nos ponemos a quitar trozos de cemento con las uñas, mirando cómo desaparece la frontera, mirando cómo más allá de ella emerge un mundo nuevo.

*Derribad los muros.*

Ese es el quid de la cuestión, a fin de cuentas. No se sabe lo que pasará si derribamos los muros, no se puede ver lo que pasa al otro lado, no sabemos si eso traerá la libertad o la ruina, la solución o el caos. Puede ser el paraíso o la destrucción.

*Derribad los muros.*

De otro modo, viviremos encerrados en el miedo, elevando barricadas contra lo desconocido, rezando contra la oscuridad, pronunciando versículos de terror y rigidez.

De otro modo, puede que nunca conozcáis el infierno, pero tampoco conoceréis el cielo. No conoceréis el aire fresco y la sensación de volar.

Todos vosotros, dondequiera que estéis, en vuestras ciudades caóticas o en vuestros pueblecitos. Encontrad la fortaleza que hay en vuestro interior, el punto donde el metal se fisura, las esquirlas de piedra que os colman el estómago. Os propongo un pacto: yo lo haré si lo hacéis vosotros, por siempre y para siempre.

*Derribad los muros.*



LAUREN OLIVER proviene de una familia de escritores en la que pasarse horas delante del ordenador es algo habitual. Empezó a escribir siendo una niña y afirma que cuando terminaba una historia le apremiaba el deseo de iniciar una secuela para no desprenderse de los personajes que había creado su imaginación.

Estudió Literatura y Filosofía en la Universidad de Chicago y completó sus estudios con un master en Bellas Artes en la Universidad de Nueva York. Luego trabajó como asistente editorial en la ciudad de los rascacielos, donde continúa viviendo en el barrio de Brooklyn.

Sus aficiones son muy variadas. Además de escribir constantemente, le gusta leer, dibujar, cocinar, viajar, bailar y cantar sus canciones favoritas. Se considera curiosa por naturaleza y disfruta probando cosas nuevas. Entre sus autores preferidos se encuentran Henry James, Edith Wharton, Gabriel García Márquez, C. S. Lewis y Roald Dahl.

Sus obras más conocidas son la trilogía *Delirium* y *Si no despierto*, que será adaptada al cine.